

A mis padres, ahora y siempre;
y a quien tanto admiraron: Francisco
Franco.

La piel del malo

Autor: J.Carlos Unhomas

Nunca se está solo, sino consigo mismo y con Dios. El hombre nunca calla. Un monólogo siempre es un diálogo. Siempre se habla con alguien, aunque sea consigo mismo que, en ese momento, es otro. Por eso nadie puede ser, de verdad, ateo. Siempre hay otro. La prueba: la soledad no tiene verbo, no se declina. Un hombre, Aub, empieza abajo: tenemos raíces, bien enterradas, y acaba, en la línea recta en el cielo donde tenemos —es mi creencia de siempre— otras raíces.

Max Aub, *Jusep Torres Campalans*

Quiero insistir en esto porque me parece un verdadero drama del que siempre andamos escondiéndonos. Si yo tengo noción de la luz, de la alegría, del amor, del calor o de la paz, ya sea en el orden cosmológico o moral; si yo he construido o heredado como ser humano todo un vocabulario y una escala de valores, ha sido siempre ateniéndome a la ley de los contrarios y estableciendo una correspondencia entre los dos polos de cada cosa, cuya base pugnaz y enemiga me adensa y particulariza el mundo. Si elijo un término cualquiera, la alegría, por ejemplo, debo confesarme con estupor y cólera que, sin la existencia del dolor, la alegría no tendría sentido o, al menos, se me ocultaría su sentido, puesto que sólo me es posible valorar las cosas en función de sus opuestos. De no haber existido nunca la guerra, manejaríamos y viviríamos efectivamente en la paz, una paz de siempre, pero la aceptaríamos con absoluta naturalidad, sin conciencia de estar viviendo en la paz y sin la menor idea de que se trata de una situación valiosa y extraordinariamente agradable, sino de estar viviendo una situación amorfa dada con plena gratuidad. Así ocurriría con todo.

E. Tijeras, *Acerca de la felicidad y la muerte*

Cuando el odio actúa sobre la semilla, la cosecha sólo puede ser de cizaña.

Ernst Jünger, *Abejas de cristal*

Él calló y arrugó el ceño. Sentía que la mentira que le rodeaba se había hecho tan densa, que resultaba difícil entender nada en absoluto.

Leon Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*

Y entonces los siete nos levantamos llenos de horror y permanecemos de pie temblando, estremecidos, pálidos; porque el tono de la voz de la sombra no era el tono de un solo ser, sino el de una multitud de seres, y, variando en sus cadencias de una sílaba a otra, penetraba oscuramente en nuestros oídos con los acentos familiares y harto recordados de mil y mil amigos muertos.

Edgar Allan Poe, *Sombra*

Al despuntar el día.

La ciudad de B*** no es la clásica de provincias pequeña y recoleta donde la vida pasa sin sobresaltos, no es un lugar donde el individuo es conocido por quienes lo habitan. No; B*** es una urbe con varios millones de habitantes que se traga, con el anónimo calificativo de ciudadano, todo cuanto en ella entra: aviones, trenes, autobuses, de gente con nombres y apellidos. En un continuo trasiego, éstos llegan anunciados por la voz anónima de un altavoz, están y, probablemente, de igual modo algún día se irán si en el entretanto no han muerto. Para ello la ciudad cuenta con una bien estudiada infraestructura de red viaria que la comunica tanto con el exterior como, interiormente, con cada punto de su organismo. Cada ciudadano tiene la libertad de ir a donde le dejen ir. Son tantos, y más los intereses, que a menudo la contaminación invade su atmósfera creando problemas respiratorios. En esos días, vista desde lejos, sus calles aparecen difusas tras el polvo sucio en suspensión. Pero no siempre es así. Suele producirse, especialmente en los días festivos del estío, un éxodo masivo de aquéllos en busca de lugares más limpios, y es entonces cuando la ciudad se sabe parte de la naturaleza. Se muestra callada, sin el ruido habitual de los coches ahogando el trinar de los pájaros, con escasos viandantes que al cruzar se miran curiosos; en fin, llena de paz y quietud. No obstante, no todo en ella es uniforme en cuanto a esta forma de ser. Existen matices y tonalidades que la diferencian por zonas. Así se habla de la zona comercial y de residencia, de los barrios obreros y burgeses, del centro y del extrarradio, etc., con nuevos matices que a su vez las diferencian por calles, y éstas, por último, en cuanto a los edificios que la forman. Porque B*** es, resumiendo, un bloque de hormigón donde la vida crece y se aísla rodeada de asfalto.

Una de estas zonas es la formada por el casco antiguo, origen de la actual ciudad. Sus calles, a diferencia de las otras, son estrechas y con tantos vericuetos que dificultan el discurrir de medios de automoción permitiendo un mayor sosiego. Si además la casa es una interior con sus ventanas hacia los tejados circundantes, entonces el silencio es tal que hasta permite oír, por ejemplo, las campanadas del reloj de la vecina iglesia. Este es el caso de la buhardilla donde vive el

inquilino del número 13. Todas las mañanas le despierta el quiquiriquí del gallo desde uno de los terrados próximos, y al poco rato ya sabe qué hora es. Gusta en verano dormir con la ventana abierta porque sabe que, después de lo dicho, un rayo de sol, en su camino hacia el mediodía, cruzará el lecho posándose en sus párpados y a través de ellos sentirá, más que ver, posiblemente el zumbido de un moscardón. Inefable placer en el recuerdo de tiempos pasados más allá del tráfago moderno.

Suelen ser barrios pobres estos del casco antiguo. A ellos el ciudadano viene a vivir cuando otros lugares de la ciudad son demasiado caros para hacerlo. Quizá por ello hay quienes hablan de su mala fama. Y aunque sí, es cierto, algo hay de esto: prostitución, rateros, droga..., no todos son iguales y muchos son los que viven, o quieren vivir, honradamente de su trabajo; como éste a quien un rayo de sol ha despertado definitivamente.

Sentado en el borde de la cama bosteza como dudando de si volverse a acostar. De sus gestos cualquiera deduce un esfuerzo enorme para no hacerlo. Perezosamente se calza a modo de babuchas las alpargatas y casi desnudo se acerca a la cocina. En ella un pequeño habitáculo da cabida al retrete; entra en él. Después de un más que bien pausado rato se oye caer el agua de la cisterna y sale cerrando tras de sí la puerta para evitar el propagarse del mal olor. De nuevo en el dormitorio (en toda la casa no hay más habitaciones) se pone algo que pudo ser bata de andar por casa de más metros cuadrados y busca entre su ropa hasta encontrar una tarjeta de visita.

—Aquí está, Javier Rovira del Río; Director General... Quién nos lo iba a decir, ¿verdad?

A falta de interlocutor habla solo en voz alta. Un gato, negro como el azabache, entra por la ventana proveniente de uno de los tejados y le mira curioso creyéndose llamado.

—Vaya, y qué pronto me oyes —lo saluda acariciándole el lomo—. Anda, pasa.

Seguido por él vuelve a la cocina. Saca de uno de los armarios una botella de leche y vacía parte de su contenido en un tazón y el resto en un plato que deja en el suelo, a donde veloz acude el animal a beber. Cuidando de no pisarlo, se

sienta junto a la única mesa haciendo lo mismo con su ración. Mientras bebe a pequeños sorbos mira de vez en cuando la tarjeta como dudando de algo.

–Qué te parece –musita dirigiéndose al gato–, yo creo que lo mejor es escribir. La otra vez me quedé cortado dándome cuenta lo sabía...; y si ya lo sabe para qué voy a volverme a poner en ridículo. Se lo cuento todo y que él decida... Eso es, lo mejor es escribirle.

Convencido por su razonamiento, coge del cajón de la mesa libreta y bolígrafo y se dispone a hacerlo.

–Veamos. Querido... amigo; dos puntos.

Tan pronto como termina de escribir el preámbulo, recapacita lo puesto y lo tacha.

–No. Ése fue mi error: no debí decirme su amigo. En los Bancos no se tienen amigos. Si hubiese preguntado por él sin más, o a lo sumo como uno de sus clientes, estoy seguro no se hubiera enfadado... A ver. Querido Rovira..., o mejor aún: estimado; de este modo se sobreentiende nuestra amistad sin darla por hecho.

Se detiene de nuevo; la mirada perdida en alguna de las muchas grietas que muestran la decrepitud de la casa. Vuelta a recapacitar. Escribe. De vez en cuando tacha lo puesto. Recapitula; vuelve a escribir.

Después de un arduo trabajo, y más de una hora, da por concluida la carta. Se la lee oyéndose a sí mismo:

–«Estimado Rovira»; dos puntos –apostilla el signo ortográfico–. «Desde que te dejé el otro día he estado pensando en cómo dirigirme de nuevo a ti. Sé que mi comportamiento no fue del todo correcto, y como no quiero se repita, me decido a escribirte.» Punto y aparte –apostilla de nuevo–. «Me resulta difícil expresarte los motivos de esta carta; siempre lo son cuando nuestra vida no es lo que hubiéramos deseado que fuera. ¿Sabes?, yo he luchado; he luchado mucho, tanto como he podido; y ahora que me veo así pienso que también nosotros somos necesarios. ¿He de sentir vergüenza? Sí la siento al decirte que estoy arruinado, que no tengo nada, que incluso de donde vivo me quieren echar. No pido dinero, sólo poder mejorar.» Punto. «Búscame por favor, búscame. Te necesitamos.» Y el afectuoso final, «un abrazo».

Seguro de su acierto, arranca hoja y en una nueva la vuelve a escribir esmerándose en su caligrafía. Una vez firmada, la introduce en un sobre con sólo la dirección del destinatario.

–Mejor de este modo. Yo nunca le dije dónde vivía y él me encontró. Si ahora me quiere volver a ayudar, podrá hacerlo. Sabe de mis problemas.

Se levanta, y al hacerlo pisa sin querer al felino que dormitaba junto a la silla. Un estridente maullido le advierte del daño causado.

–Perdona –se disculpa aturdido con quien despavorido huye hacia la ventana del dormitorio–, no fue mi intención.

Es inútil; el perdonar no es algo que esté al alcance de conciencia no humana.

Lo acepta.

De una repisa situada sobre la fregadera coge brocha y jabón, y orientando un pequeño espejo hacia su rostro se enjabona la cara. Como gusta formar abundante espuma utiliza la brocha con parsimonia. Se dispone a usar la navaja, cuando alguien llama a la puerta. En un principio no se da por aludido, pero ante los insistentes golpes se muestra irritado y va a abrir. Antes de hacerlo mira por la mirilla.

–¡No se esconda; sé que está ahí! –oye gritar tras la puerta.

Descorre el cerrojo y abre.

–Nadie se esconde, señor Justo. Sólo quería saber quién era; en los tiempos que corren hay que ser precavido. Además, ya me ve: me estaba afeitando.

El aludido, un más de viejo que pulcramente vestido, viendo lo realidad de la espuma en su cara cede algo en su enfado, aunque no en su propósito:

–Bien, da igual. ¿Sabrá a lo que vengo?

–De esto quería hablarle. Tengo un asunto entre manos que de confirmarse permitirá resolver nuestros problemas...

–Los nuestros no, el suyo –le interrumpe–. Ya va para el año y sepa que he dado orden a mi abogado para que inicie los trámites del desahucio.

–Muy bien hecho; sí señor.

–¡Pero oiga!, que es usted quien me debe.

–No, si ya lo sé; pero las cosas como tienen que ser. ¿Se imagina si todos hicieran igual?

El viejo lo mira tal dudando de su burla. No es lógico que la víctima dé la razón al verdugo. Viéndolo callado en actitud pesarosa, se convence que no hay tal y siente lástima por él.

–Sólo uno, un mes nada más. Si para entonces no me paga delo por hecho. El que avisa no es traidor.

–Gracias, don Justo. Tenga por cierto que cuando pueda lo haré.

–Eso espero –advierte displicente al tiempo que dándole la espalda empieza a bajar las escaleras con la precaución de sus demasiados años.

Por cortesía, el inquilino sale al rellano acompañándole con la mirada en su camino hacia la calle. Cuando calcula que está próximo a llegar, le da de nuevo las gracias levantando la voz para ser oído. No hay respuesta. Entra de nuevo en el piso cerrando la puerta.

–Pobre don Justo. A muchos como yo lo tenía claro –se lamenta de vuelta hacia la fregadera.

... Terminado su aseo se acerca al dormitorio. Se le ve fatigado, tanto que a punto está de caerse al suelo.

–Qué te pasa –se pregunta palpándose el pecho–. No debes excitarte; ya verás como todo se arregla.

Se deja caer sobre la cama y cierra los ojos intentando acompasar su respiración a un ritmo más sosegado. El gato le mira receloso desde la ventana. Se oyen campanadas del reloj de la vecina iglesia. Algunas voces de mujer, desde los terrados próximos, incitan su curiosidad haciéndole entreabrir los párpados. Las ve hermosas, sin saberse vistas, junto a los tendederos donde la ropa limpia flamea al viento llena de luz. Sonríe. Las disfruta dejándose llevar por este estado de somnolencia... Se ha dormido. Con su quietud la vivienda adquiere mayor protagonismo. En toda ella no hay apenas muebles. En esta habitación: un armario ropero, dos sillones y la cama. Algunas cajas de cartón, apiladas en el suelo, contienen libros y una radio. Ropa sucia se amontona en un rincón. Dejadez es sin lugar a dudas la palabra que la define.

Cuando despierta comprueba que son más de las doce. Se levanta con prisas y, quitada la bata, se viste la ropa de calle. Una vez terminado, mirándose en la vaga sombra del cristal de la ventana más que peinarse se alisa los cabellos. Mira a su alrededor; parece buscar algo. La encuentra sobre la mesa de la

cocina. Vuelve a leerla. Añade algo a lo escrito. A la espera de ponerle sello, humedece la solapa y lo cierra.

Bajando las escaleras, una vecina le llama susurrante a través de uno de los ventanos interiores que comunican las viviendas con éstas. Como las celosías y la mayor oscuridad de adentro no le permiten ver su cara, mira desconcertado no sabiendo por cuál es. La voz le orienta hacia donde está.

–Señora Manuela –se muestra irónico–, algún día nos encontraremos por la calle y no la reconoceré después de tanto tiempo sin verla.

–No bromees, hijo –dice quien por la filiación empleada debe ser, a falta de madre, una anciana–, que no es para tomarlo a broma.

–Pues qué ocurre.

–Esta mañana la he visto bajar con otro hombre.

–¿A Rosarito?

–Sí; y con éste son ya tres en esta semana. Tendrás que decirle algo si no queremos nos denuncien.

–No se preocupe, que por esto no denuncian a nadie –intenta tranquilizarla.

–Eso es lo que tú te crees. El casero, hijo; si don Justo se entera nos echa a todos de aquí... Y a dónde iba a ir yo, a dónde –solloza.

Una involuntaria sonrisa le hace volverse para no ser visto.

–Bien, estése tranquila; ya lo haré.

–No lo olvides, hijo, no lo olvides. Por el bien de todos –la oye implorar mientras reanuda su bajar de escaleras.

Al llegar a la puerta de la calle la abre y el sol entra arrollando a la penumbra del portal. Guiñando los ojos para adaptarlos a la luz, permanece indeciso un momento. Desde los balcones próximos algunos curiosos observan. Unos mozalbetes vienen gritando y tirándose piedras. Cuidando de esquivarlas les impreca por su poca precaución. Ríen sin hacerle caso. Cuando han pasado, cierra la puerta y con paso vacilante emprende camino hacia uno de los cruces.

Las tres menos cuarto de la tarde.

A través del auricular del teléfono alguien le habla del ingreso en Urgencias de un tal Ignacio.

–¿Ignacio? –pregunta un tanto confuso.

–¿Acaso no es pariente suyo? –quiere saber la voz anónima.

–Bueno, ahora no sé.

–Llevaba su tarjeta en uno de los bolsillos del pantalón, y hemos pensado que tal vez usted...

–¿Ignacio, Ignacio? –sigue mostrándose confuso tratando de averiguar.

Breve silencio.

–En su documento de identidad pone Ignacio Goñi Burillo.

–¡Ah! –recuerda súbitamente–, Goñito. Sí hombre, sí; somos viejos amigos.

¿Viejos amigos?; sin lugar a dudas se extralimita en el uso de la frase. Amistad, lo que se dice amistad, nunca tuvieron, y si en este momento lo recuerda es precisamente por el poco tiempo que hace en que le dio su tarjeta de visita. No sé cómo, pero el muy ladino averiguó donde trabaja. Apareció por el Banco diciendo que era amigo suyo. No es que Javier presuma de hombre importante,

pero hay clases y clases, y aquello no era persona: tenía todas las trazas de un pobre de solemnidad. Quiso hacerse el desentendido, pero sus precisas referencias acerca del pasado le obligaron a recordarlo. Consciente del sarcástico efecto que en sus empleados causaba, lo llevó a su despacho: «¡Bien, ya está bien!», le hizo callar cerrando la puerta. Estaba furioso. A quién se le ocurre humillarle con su presencia; debió ser más discreto. Debo decirlo con toda naturalidad, sin ningún tipo de presunción por su parte: Javier ocupa una posición en la escala social que le obliga a guardar las apariencias. No fue otra la razón de su enfado. Y la prueba de ello la tiene en su prontitud en ir a verle.

... Al llegar al hospital y preguntar por él, le informan que está en el quirófano. Un infarto al corazón supongo lo requiere. Yendo por la calle –explica la enfermera– repentinamente se desplomó, y la gente al ver lo ocurrido llamó a la ambulancia. Excepto de Javier, nada saben de parientes o amigos. Javier tampoco sabe gran cosa, pues el día de su visita al Banco todo su interés estuvo en desembarazarse de su comprometida figura. No podía ser para menos. Vestido con sufrido traje gris (además de corto de talla, a todas luces pasado de moda), calzaba unas horribles alpargatas de lona azul marino; eso sí: con impoluta camisa blanca, abrochada desde el primer botón del cuello sin corbata, y perfumado en su bien afeitada cara y re peinada cabellera. Debió de pensar que causaba asombro, y a fe que lo consiguió, pero para mal. Sin embargo, fuera de su lugar de trabajo, y también por lo trágico de la situación, la disposición de Javier es ahora otra con respecto a la de aquel día, y no tiene reparos en comprometerse con la enfermera en cuanto a indagar sobre el asunto.

Lo primero es mirar en el listín de teléfonos buscando el nombre de Ignacio. No lo encuentra. Piensa entonces que tal vez en la dirección que aparece en su documento nacional de identidad puedan darle referencia...; pero una vez allí ha comprobado que el edificio que ocupaba el solar ha sido derruido para dar cabida a lo que va a ser una nueva construcción... De nuevo en el hospital, y mientras espera su salida del quirófano, rememora lo sucedido en la visita y otros tiempos buscando algún indicio.

Dándose cuenta Ignacio del enfado de su supuesto amigo quiso congraciarse alabando su situación –según decía– de alto copete. Esa forma de concretar su actual patrimonio hizo gracia a Javier, y para que viera que estaba

en lo cierto le ofreció uno de sus puros habanos. «Goñito –le dijo empleando el, en sus años jóvenes, apodo de facultad–, debiste avisarme antes de venir.» Al oírse llamar por su apodo pareció animarse. «Ves como sí, ves como te acuerdas.» «Claro, hombre; cómo iba a olvidarme. Lo que pasa es que siempre has sido bastante inoportuno. ¿No comprendes que éste no es el sitio adecuado?» Ante esta su insinuación, Javier pudo darse cuenta que Ignacio sigue como siempre: a la menor contrariedad pierde su inicial ímpetu y adopta una actitud pusilánime que le inhabilita para toda acción. «Bueno, bien –quiso disculparse–; ¿y qué es de tu vida?» «Ya ves», pareció dudar mirándose a sí mismo. «Sí, desde luego –hizo pública su opinión sin ser más explícito–. Si en algo puedo ayudarte.» Ignacio enrojeció visiblemente nervioso, supongo por la evidencia de no poder ocultar los motivos de su presencia allí; visto lo cual, Javier, para no avergonzarle más, cambió de conversación hablando de cosas banales, y al despedirse le dio la dirección de su casa insistiendo viniera a verle y de este modo –pensaba– poderle ayudar. Tan cierto como lo digo; eso pensaba entonces y esto piensa ahora.

No obstante, para ayudar es preciso conocer, y la relación entre ambos –como ya he dicho– no ha dado para tanto.

Fue hace poco más de veinte años cuando se conocieron. Por aquel entonces las cosas a nivel político andaban bastante revueltas por el ya se sabe vete tú para ponerme yo. Qué importan las razones si hables con quien hables siempre consideran la suya justa. Lo cierto eran algaradas y problemas por todas partes, entre ellas también en la Facultad. Matriculado en primer año de carrera, Ignacio era uno más entre sus compañeros...; bueno, quizá sea mejor anteponer la palabra casi, pues desde siempre ha sido un neurasténico con fobias y manías en cuanto a relaciones sociales se refiere. Cuidaba de no desentonar, y tampoco lo hizo cuando la mayoría propuso adherirse a la huelga. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él tenía sus ideas al respecto, pero sabía que dijera lo que dijera (supuesto haber podido) nadie le haría caso. Era una íntima sensación materializada en elevadas dosis de adrenalina al intentar hablar. «Y tú, Goñito, ¿qué dices?», le preguntaba alguien al darse cuenta que su voto a mano alzada no había sido todo lo entusiasta que se hubiera deseado. Callaban todos. Las miradas se volvían hacia él y un silencio expectante y cómplice se concentraba en su persona.

«Yo..., yo...», tartamudeaba incapaz de expresarse con soltura. «Yo..., yo Goñito soy», remedaba otro. Era la señal. Una algarabía de chufas y carcajadas alegraba a todos en la asamblea excepto a él que, ofuscado, continuaba sin saber qué decir. En su fuero interno es probable el resentimiento hiciera mella, mas visto desde fuera su imagen llegaba, a falta de un saberse sobreponer, hasta la ridiculez. Javier, más tarde testigo de alguna de estas crisis de identidad, no participaba de estos movimientos por hallarse cumpliendo el servicio militar. Nada sabía, pues, de Ignacio el día en que, licenciado de sus obligaciones militares, se incorporó a las clases.

La experiencia de una facultad con todo el claustro de profesores y un solo alumno en su interior es bastante extraña. «Similar –se dice Javier– a la en que ahora estamos: un enfermo siendo operado por un equipo de médicos y yo esperando fuera.» Sí, él llevaba meses sabiendo de la huelga desde el cuartel por referencias, pero aquella mañana ya no fue así cuando el bedel le dijo que uno de sus compañeros se había reincorporado a las clases. «Fue como si en estos momentos se abriera la puerta del quirófano y el doctor me pidiera un poco de mi sangre para salvar al enfermo, no de los muchos que intuimos están por ahí, sino de éste, de éste en concreto que sé con el pecho abierto.» ¿El doctor? –me pregunto–; no comprendo su forma de pensar. Javier conocía la voluntad mayoritaria de continuar la huelga hasta incluso, llegado el caso, los exámenes de fin de curso. Si decidió, al igual que Ignacio, oponerse a esa voluntad debió ser porque no la creía correcta, y nadie, por muy mayoritario que sea, está legitimado para obligar al suicidio colectivo. Pero de esto a decir que lo hizo por su bien...

En el aula Ignacio esperaba la llegada del profesor de turno. Con su presencia la huelga había dejado de ser lo unánime que desde siempre había sido. Al ver entrar a Javier se sobresaltó temeroso de que fuera alguno de los huelguistas dispuesto a emplear la fuerza. Antes de que éste dijera nada, cogió apresuradamente su cartera, levantose del pupitre y, cosa inusual en él, desafiante le espetó: «Ce... cerdos; no... no te... tenéis derecho... a reiros más.» Javier, perplejo en un principio, pronto comprendió que era objeto de un error, y empleando sus mejores dotes persuasivas le tranquilizó diciéndole que estaba allí para acompañarle. El otro se disculpó receloso de alguna treta para hacerle fracasar, pero a

medida transcurrió la mañana pudo comprobar la verdad de lo dicho y su actitud fue haciéndose confiada hacia el nuevo compañero.

Días después otros disidentes se reincorporaron a las clases. Aquello supuso un revulsivo en el alicaído fervor huelguístico, últimamente dejado casi exclusivamente en manos de sus líderes. Se convocaron nuevas asambleas y se propuso el linchamiento, a falta de Javier (a quien nadie conocía), de Ignacio. Nada se logró, y la huelga se dio por finalmente fracasada.

Javier –en los recuerdos de su espera frente al quirófano– hace especial hincapié en estos diez o quince días, pues fueron en ellos cuando más llegaron a intimar. Después, a dos meses escasos de finalizar el curso y ya de nuevo con todos los alumnos en sus clases, la relación entre ambos perdió en intensidad. Nada recuerda haberle oído de su familia, y sólo por rumores supo de la supuesta condición de procurador en Cortes de su padre. Esto último era muy comentado por Antonio Grau (máximo partidario de la huelga) intentando estimular la malquerencia de todos hacia el traidor, como llamaba a Ignacio, pero nunca nadie pudo aportar prueba alguna. De lo que sí Javier no tiene dudas es de lo desahogada que debía ser la posición económica de su progenitor, puesta de manifiesto en el apartamento donde Goñi vivía solo. Era éste uno de alquiler con cuyo precio ya se hubiera dado él por satisfecho en aquellos tiempos de penuria. Por si esto fuera poco, una chica se encargaba de los menesteres domésticos; o sea, todo un lujo. La única vez que estuvo en dicho apartamento fue para ponerle sobre aviso del deseo que tenían aquéllos de lincharle. Cuando aquella joven le dijo que no estaba, creyéndola su hermana no tuvo reparos en contárselo todo. Mientras lo hacía, pensando en cómo granjearse las simpatías de tanta belleza, acabó hablando de lo bien que sienta la primavera a las mujeres. Ella reía sabedora de su atractivo y le dejaba decir. Se llamaba Carmen Millán Elizalde; «Carmenchu para los amigos», según sus propias palabras al despedirse. El nombre lo recuerda bien por habérselo apuntado (y ser durante mucho tiempo un obsesivo amor) después de tan explícita despedida. «Sí –se repite sonriendo–, Carmen Millán; y qué buena estaba la pobre. Cuando miraba parecía pedir perdón por ser tan preciosa.» Se levanta excitado de donde está y se pone a pasear por la sala. No recuerda la calle, y aunque sí la zona, es poco probable de encontrarlo saque algo en claro siendo como era de

alquiler. Otra vez su nombre: Carmen. «Oye –se dice a sí mismo–, eres tonto o qué. Mira en la guía.» Dicho y hecho. Baja al vestíbulo y de nuevo pide a la enfermera el listín de teléfonos. Está. Anota su número y dirección y, sin dudar, decide llamarla.

Lo hace desde una de las cabinas ubicadas aquí mismo, en el vestíbulo. Una voz varonil (por el tono yo diría de hombre joven) le responde a su pregunta sobre Carmen diciéndole que no está.

–¿Pero vive ahí? –insiste Javier.

–Por supuesto que vive aquí. Es mi madre –se identifica la voz.

Era normal que fuera así. Ya tendrá sus cerca de cuarenta años y no iba a estar toda la vida esperándolo a él, por otra parte con sólo el recuerdo de una tarde. Piensa que el flechazo fue mútuo; pero, y qué, otros hay y se olvidan.

–¿Y dices que hasta mañana no vendrá?

–Trabaja en el hospital y hoy está de guardia.

–¿En el hospital provincial?

–Sí.

¡Hombre!, esto sí que es casualidad: justo donde está. Las cosas se van poniendo fáciles. Pregunta a la enfermera del listín y, aunque no la conoce, preguntando a otras compañeras dan con ella.

Al verla, los deseos de Javier se enardecen: «Sigue tan hermosa como siempre.» Contrariado comprueba que por su parte no hay saludo ni otras muestras de haberle reconocido. En vista de ello se abstiene de toda referencia a su propia persona y le habla del apartamento donde vivía un tal Ignacio.

–¿Ignacio Goñi? Claro que lo recuerdo; era un chico guapísimo.

Vaya golpe para su creencia del flechazo; hubiera jurado que era a él a quien quería.

–Esta tarde le ha dado un infarto al corazón y ahora lo están operando. No sé si saldrá con vida.

Aunque él no sabe nada de la gravedad de la dolencia, esto último lo dice –como suele decirse– para crear ambiente, y quizás tanto ha creado que el dramatismo casi hace llorar a Carmen. Siente un cierto resquemor de verlo tan querido.

–El problema –continúa explicando– es que no sabemos nada de su familia, y he pensado que tal vez tú podrías darnos algún detalle.

Carmen no comprende que Javier (de quien ni siquiera sabe el nombre) sepa de ella y no de la familia. Es entonces cuando la pone en antecedentes de aquella tarde de primavera, pero por mucho que lo intenta no consigue hacérsela recordar. Dejado por inútil, le insiste por la razón de su llamada.

–El apartamento era de mis padres, pero como Ignacio estaba solo acordamos que una vez por semana fuera yo a limpiarlo. Aproximadamente estuvo año y medio; no seguido, porque cuando daban las vacaciones se iba, supongo que con su familia. Yo de ésta sólo conocí a su madre. Venía de vez en cuando a verle, y en alguna coincidimos. La pobre mujer se lamentaba de lo mal que trataban a su hijo en la Facultad, y algo de esto debió haber cuando se fue. Sí –aclara ante el gesto de incompreensión de quien la escucha–, dejó los estudios. Los últimos meses estaba tan pálido y ojeroso que daba pena verlo. Yo le preguntaba por el motivo, pero no quería contestarme. Hasta que un día, cuando como de costumbre fui a hacer la limpieza, me encontré el piso vacío. Encima de la mesilla de noche había dejado el dinero del alquiler pendiente de pagar y una nota en la que se disculpaba por no poderse despedir. –Después de un alto en sus recuerdos, prosigue–: Ahora no lo sé, pero entonces era bastante raro. Parecía molestarle mi presencia, y con cualquier excusa se marchaba cuando yo llegaba. Cuando calculaba que ya habría terminado mi trabajo volvía, a veces hasta con pasteles. Rojo como la grana me ofrecía alguno como queriéndose disculpar por no haber sido más amable. Viéndolo sufrir de este modo, yo me justificaba alegando prisas y sin más me iba.

Javier sigue como estaba: nada de nada. Que Goñi es un poco raro lo saben todos quienes lo han conocido; pero ahora no se trata de esto, sino de saber de su familia. Le pregunta por su madre.

–Aunque en el físico se parecían mucho, no lo eran en su forma de ser. Las veces que coincidimos me hablaba como si nos conociéramos desde hacía tiempo, Yo nunca le dije que estaba enamorada de su hijo –se sincera con tímida sonrisa.

El otro ya no tiene dudas: lo suyo fue un amor no correspondido. Algo irritado le dice que se deje de cursilerías y le diga de una puñetera vez si sabe algo o no de su familia.

–Oiga usted –se enfada Carmen–, le estoy diciendo lo que sé: que únicamente conocí a su madre. Esto es todo.

Le pide disculpas.

–Comprendo que mi ayuda sirva de poco, pero qué más puedo decir: ¿que tenía dos hermanos y que su padre trabajaba en no sé qué pueblo de por ahí?

–Sí, por ejemplo; eso es importante. Las noticias que yo tengo son de que su padre era procurador en Cortes.

–De eso nada. Su padre era ingeniero; y lo sé bien porque su madre me comentaba el trastorno que les suponía el continuo cambio de residencia por el trabajo de su marido siempre yendo detrás de los pantanos o yo qué sé de qué otras obras. «Por su culpa –me decía– cada uno de mis hijos ha nacido donde han podido, y no donde yo hubiera querido. Aunque también es verdad –añadía– que gracias a esto tienen el padre que tienen, porque si no ya me contarás cómo lo hubiera conocido.» Y es que creo recordar que eran de distinto sitio.

Javier se queda pensativo. Ya desde que nada más llegar al hospital ha estado en la dirección que aparece en su DNI, y viendo lo que allí hay, le estaba rondando en la cabeza la idea de que tal vez en el lugar donde según aquél Ignacio ha nacido tuviera algún pariente, pero después de lo que acaba de oír, huelga comprobarlo. Para mayor desgracia ni siquiera sabe de dónde son sus padres; ella sólo cree recordar (encima eso: con la duda del creer) que no eran del mismo sitio. Todo se ha ido al traste: el averiguar sobre el paradero de la familia, el reanudar –adivino yo– un amor en su fantasía esperándole...

Desde el mostrador de recepción una de las enfermeras le hace gestos llamándole. El médico que ha operado a Ignacio quiere hablar con él. Se lo dice a Carmen por si quiere acompañarle; como ella es de la profesión comprenderá mejor. Suben a su despacho.

Se conocen. Sabedor por Javier que nada tiene que ver con la familia del paciente, ella termina de explicárselo. La conversación discurre –entre ellos dos y alguna que otra mirada hacia el lego– sobre los avatares de la operación y la casi certeza de una próxima muerte.

–Todo depende de cómo responda esta noche –opina el doctor–; si llega a mañana el mayor peligro habrá pasado.

A solas de nuevo, Javier, viendo en la triste mirada de a quien hubiera deseado amar el dolor que siente por el enfermo, cede en su resentimiento haciéndose compasivo. La acompaña a la habitación donde convalece Ignacio. Entra sola al no permitirse las visitas de los no facultativos. Mientras espera en el pasillo, paseando se acerca hasta uno de los ventanales. A su través, a lo lejos y un poco en declive, observa la ciudad con matices color rosa en el crepuscular de la tarde. Los coches, pequeños como si fueran de juguete, se mueven con los faros encendidos por sus amplias avenidas, y alguna que otra luz de neón aparece y desaparece con palabras de publicidad impresa. La vida más que verse se siente en el crecer de lucecitas haciéndose multitud a medida entra la noche. Él también forma parte de esta vida; e Ignacio y Carmen, y todos. Algo tan pueril como esto requiere del sosiego para darse cuenta. Cada cual siendo como es influye sobre los demás y hace que éstos sean como son e influyan a su vez sobre el primero y los demás. Ya sea directa o indirectamente el efecto de la onda expansiva siempre llega creando vida. El del pobre que crea la de quien no lo es, y viceversa; la belleza poniendo de manifiesto la fealdad; la salud con la enfermedad...; en fin, todo lo que es. Porque qué se es sin la posibilidad de comparar. «Nada, creo que nada –piensa–; como el movimiento en el tiempo de un espacio vacío y sin un mojón de referencia.» Vuelve sobre sus pasos continuando el paseo. Hasta la soledad de donde está llega acompañando al silencio algún quejido de enfermo. «No me porté bien. Debí interesarme más. Si le hubiera preguntado dónde vive, ahora su familia estaría con él.» Tampoco lo hizo entonces y consiguió averiguarlo.

Cuando a Antonio Grau alguien le dijo esa misma mañana que Goñi había requerido del Decano la presencia de los profesores para que le dieran clase, no sé si impelido por ese alguien o por propia iniciativa, se presentó en la Facultad para abortar el intento. Debió pensar que siendo quien era el insumiso él solo se bastaba y no llamó a ninguno de sus amigos, especialmente a Peirona y Rico con quienes compartía la representación del colectivo en huelga. Sin embargo, ni siquiera se molestó en llegarse hasta el aula cuando supo que no era uno, sino dos los que allí estaban. Desconcertado por la presencia de aquel otro insumiso

prefirió, antes de hacer nada, recabar información sobre quién era. Nadie lo conocía. Era un personaje misterioso, aparecido de la noche a la mañana de no se sabía dónde, del que se pudo comprobar, días más tarde, como consecuencia de una denuncia acusándolo de no estar matriculado, que sí lo estaba en primer año de carrera con el nombre de Javier Rovira del Río. Pero esto fue más tarde. Lo que los tres representantes acordaron el mismo día fue atajar cuanto antes el problema para no dar pábulo a nuevas deserciones, y para ello nada mejor que vérselas en privado con el disidente conocido a torta limpia. El plan consistía en esperar a Goñi al comienzo de las clases del día siguiente en los aledaños de la Facultad, hacerle subir al coche de Antonio y llevárselo a las afueras de B*** donde le enseñarían a respetar la voluntad mayoritaria.

Javier supo del asunto por el bedel, y aún hoy es el día en que sigue sin entenderlo. Aquel hombre estaba siempre al corriente de todo, y cuando lo creía oportuno (esto es lo que yo no entiendo) se lo decía a él para que actuase en consecuencia.

La solución necesariamente pasaba por evitar el enfrentamiento que les hubiese equiparado a los huelguistas. Ni siquiera se pretendía oponerse a quienes quisieran continuar la huelga. De lo que se trataba era de dejar a cada cual hacer lo que creyese conveniente al margen de voluntades más o menos mayoritarias. Por otra parte, Javier, siendo como era un desconocido (y quizás también por su miedo a comprometerse en demasía), precisaba de Ignacio como cabeza visible de esa libertad para quienes desearan emularlo. Era, pues, de suma importancia ponerle sobre aviso de la trama para poderla desbaratar.

Estaba en su casa cuando le llamó el bedel. Éste nada sabía de la dirección de Ignacio, ni él tampoco se la había preguntado por la mañana. El problema era similar al actual y actuó del mismo modo: mirar en la guía de teléfonos. No encontró su nombre. Lo inextricable del asunto ya le llevaba a desesperar cuando apareció Roberto Alcázar. (El recuerdo de este nombre con su homónimo del cómic hace reír de tal modo a Javier que una monja que por aquí pasa lo mira censurándole su actitud. Comprende su razón: No es éste el lugar apropiado para demostrar tanta alegría.) A Roberto lo conoció en el cuartel. Se incorporó a filas unos meses después que él y, por tanto, también se licenció más tarde. El día que vino a verle continuaba en activo, y no sé si por hacerle una

visita de cortesía, o por informarse sobre cómo estaban yendo las cosas por la Facultad, o por él sabrá por qué, lo cierto es que su llegada fue sumamente oportuna. Su historia era la de un repetidor matriculado por segunda vez en primer año que viendo como la huelga le va a hacer perder de nuevo el curso, decide aprovechar el tiempo cumpliendo con la milicia lo que, al fin y al cabo, tarde o temprano tendrá que cumplir. Conocía a Ignacio de los primeros meses de clase previos a la huelga, y por lo visto debieron ser algo amigos cuando sabía, entre otras cosas, donde vivía.

Roberto Alcázar («Sierra», recuerda su segundo apellido para diferenciarlo del héroe de la viñeta que tanta gracia le ha hecho) es una de esas amistades que a pesar de los años se mantiene, no como consecuencia de un trato asiduo, sino porque cada cierto tiempo te lo encuentras y le preguntas por su vida. Ahora hará más de un año que no lo ve, pero sabe que cuando quiera puede hacerlo porque tiene apuntada su dirección por alguna parte. Podría ir a casa y buscarla, o todavía más fácil: mirar en la guía su número de teléfono. «Pero qué va a saber si decidió que su futuro no estaba en volver a la Facultad», piensa. Y es verdad, porque Roberto, terminado el servicio militar abandonó los estudios para dedicarse –como él suele decir– a sus negocios.

Al ver salir a Carmen de la habitación se le acerca diligente.

–¿Qué tal? –le pregunta queriendo saber de su estado.

–No sé. Ahora parece que bien...; pero no sé –se reafirma en la duda–. Está con respiración asistida y es difícil saberlo.

Permanecen callados. Javier no sabe qué hacer ni qué decir. Ella, dándose cuenta de lo tarde de la hora, le aconseja que se vaya a su casa, y, si algo ocurre, le avisará.

–Debo estar aquí toda la noche. Aunque la mía no es guardia de posoperatorios, me acercaré de vez en cuando a ver como sigue.

La mira a los ojos. A estas horas de la noche, en la soledad de un pasillo, la siente más hermosa que nunca. Su pasión se enardece.

–¿De verdad no te acuerdas? –quiere saber de su tarde de primavera.

–¿Cómo dice?

–No, nada. Que si no sabes algo más de su familia; si está casado o tiene hijos. Yo qué sé.

–Ya le he dicho que no... De todas formas es probable hayan dado aviso a la policía al ver que no viene.

Es una posibilidad no carente de lógica. Toda familia que se precie de tal debe velar por la integridad de sus miembros, y un motivo de alarma puede ser el no llegar a casa a la hora habitual. Mira el reloj: son casi las once. Decide esperar un rato más, y antes de irse llamará a la policía por si tienen alguna denuncia al respecto. Mientras tanto será mejor tomar algo en la cafetería; lleva toda la tarde sin probar bocado. La invita a acompañarle, pero ella se disculpa alegando que no puede por estar de guardia. En fin, otra vez será. Se despiden, si no hay novedad, hasta el día siguiente. Le da la mano, Carmen. (¿Qué hace?) Tira Javier de ella acercando su cuerpo, su cara. Un beso... Aturdida la ve alejarse por el corredor hasta encontrar una de sus varias salidas.

Ya en la cafetería, tomando el refrigerio observa a los únicos clientes que con él están, por su vestimenta blanca identificados como trabajadores del hospital, mofarse de uno de ellos. Algo muy gracioso debe ser cuando tanta risa les causa. El afectado, sin inmutarse aguanta la broma, y a veces hasta la sigue. «No era así con Goñito –piensa–, el pobre se hundía a la menor contrariedad.» Aunque algunas, hay que reconocerlo, eran bromas bastante pesadas.

Desde el encerado, donde a duras penas ha sabido responder a las preguntas del profesor, se dirige a su pupitre, como siempre que se sabe protagonista de algo, sumamente excitado. Al irse a sentar, en el silencio expectante del aula por conocer quién va a ser el siguiente alumno llamado, se oye un ruido de flatulencia incontinida. Todos se vuelven hacia él y una unánime carcajada le acusa de lo que sabe, y los demás intuyen, no es autor. El profesor ordena guardar silencio, no sin antes llamarle la atención. De nuevo hecha la calma, y mientras otro alumno responde al examen de aquél, un fétido olor avanza desde donde Ignacio está hacia los circundantes. Al principio sólo los más próximos se miran extrañados haciendo gestos que denotan su malestar y la búsqueda del origen, pero al final es tal el olor y tan claro de donde procede que algunos se levantan apartándose de él. El profesor (que todo hay que decirlo, parece idiota) pregunta qué ocurre. «Que Goñi apesta», responden varias voces. Intenta calmar los ánimos diciéndoles que se sienten, que quizás sean ellos los que huelen. Es entonces cuando Grau (o Peirona) se levanta desafiante: «Eso lo dice porque no

está usted aquí. Venga y compruébelo.» Se acerca. Es verdad: el aludido huele mal. Le pregunta si hace mucho que no se lava. Rojo de vergüenza no responde. El otro amenaza: «O se va él o nos vamos nosotros. Esto es inaguantable.» Voces se suman a su parecer. El profesor duda. El malestar general se acrecienta. «Bien, márchese; y procure venir mañana más limpio», cede temiendo un mal mayor. El acusado del olor (que no responsable, porque excepto él mismo, el idiota del profesor y algún que otro despistado, todos saben es objeto de una burla) se levanta. Sus manos tiemblan ostensiblemente intentando meter sus libros en la cartera. No hay síntomas de querer llorar, sólo de un profundo abatimiento en su incapacidad por sobreponerse. Cabizbajo, humillado se va sin mirar a nadie ni haber podido proferir palabra.

Otras, más que bromas desprecios, pueden ser diferenciar su nombre del de otro compañero con el calificativo de traidor («qué Ignacio –preguntan–, ¿el traidor?»); tacharle de una fotografía repartida entre los alumnos donde aparecen todos ellos como recuerdo de no sé qué evento... Cualquier motivo es útil para zaherir, humillar, vengarse por haber sido el primero en desafiar la huelga. Porque después de él fueron más los que volvieron, pero éstos o saben hacerse respetar o son lo suficientemente hábiles como para justificar su acción en la culpabilidad ajena. Es el caso de Javier. Todos lo miraban con respeto, y si alguna vez hubo alguien dispuesto a sobrepasarse, le salió al paso para impedirlo.

Terminado de comer, llama al 091. Como no hay denuncia de desaparecido, les cuenta lo ocurrido por si alguien llamara. Paga su consumición y, en vista de que nada más puede hacer, se retira bajando lento las escaleras hacia la salida del hospital. Prefiere hacerlo de este modo a coger el ascensor. Le gusta sentir la quietud de los largos corredores de un edificio que sabe lleno de gente la mayoría durmiendo y con sólo unos pocos de guardia. Su andar suena amplificado por el silencio de la noche encerrado entre paredes. Al llegar comprueba que la puerta del vestíbulo principal está cerrada. Mira en derredor; un cartel le orienta hacia otra salida. Se encamina hacia ella. Las lámparas encendidas son cada vez menos hasta ser penumbra su luz. Casi llega cuando oye a lo lejos a alguien llamarle. Se detiene queriendo saber.

–¿Era usted el amigo del señor Ignacio? –pregunta.

En su gesto afirmativo no hay tiempo para pensar en el porqué del era si sigue siéndolo. La escucha decir:

–Ha muerto.

Tan de repente, tan de pronto es la noticia que el efecto que le produce no acierta a concretarlo, si es que en verdad existe. No es asombro (ya sabía de la gravedad), no es pena ni ningún otro sentimiento emocional, no es algo... Esto es: no es algo, porque es la nada del vacío. La monja que le habla, tal vez por su experiencia en estos casos, piensa en alguna reacción histérica y se previene para calmarla sujetándole de los brazos. Pronto se da cuenta de su error; Javier no siente nada. Tan es así que es entonces, mientras juntos vuelven a la habitación del finado, cuando empieza a culparse de no haberlo sentido. Es un vago remordimiento por no saber si la no tristeza por la pérdida del amigo se debe a una oculta alegría por saberse liberado de los males que con su vida hubiera tenido que compartir para ayudarlo.

–Por lo menos, gracias a Dios, ha descansado.

Oye. Es lo normal; la frase se atiene a los cánones establecidos. A fin de cuentas ya no sufre; y para ser sinceros habría que añadir: y sin él tampoco nosotros.

No hace apenas una hora que la dejó y vuelve a encontrarla. Sentada en una silla de la habitación; a solas con él; la cabeza apoyada en las manos. Lo mira al entrar. Solloza:

–Ya no tendrá que preocuparse.

Ve una lágrima resbalar por la pálida mejilla donde antes puso su beso de pasión.

Bajo una sábana blanca, blanquísima por la blanca luz de la lámpara que no deja resquicio a la sombra, yace su cuerpo. La monja, quizás para que comprenda de la vanidad de la vida, la levanta en parte dejando a la vista su rostro; pero no le impresiona. Ignacio era más, mucho más que esto que apenas reconoce. Era sus nervios, su timidez, sus manías, su bondad, su belleza varonil. Era lo que pudo y quiso ser siendo lo que era.

«Si estuvierais dentro de mí comprenderíais por qué lo hago», le dijo cuando lo confundió con uno de los huelguistas. Javier no sabiendo a qué se refería, permaneció callado. «¿Creéis que porque soy como soy no tengo volun-

tad, que no pienso, que no siento? Siempre con vuestros derechos. ¡Estoy harto de aguantaros! Yo también tengo los míos.»

Sus derechos. «Nunca supe muy bien cuáles eran», piensa. Si en aquella ocasión consiguió hacerlos valer fue porque la voluntad mayoritaria de continuar la huelga se demostró con los hechos que no era tal. La gente, o sea, el grueso de la masa anónima, había dejado de creer en ella. Si con sus palabras, o votos a mano alzada identificando a cada cual ante la opinión pública, ocultaba su pensamiento, en la mayoría era porque creyéndose cada uno la excepción, temían ser acusados de reaccionarios, con lo que eso supone de pérdida del favor colectivo; en otros, por una mal entendida amistad con quienes de verdad deseaban continuarla; y en algunos porque no querían sufrir la humillación de reconocerse fracasados. Pero que más puede decirse de sus derechos. No creo equivocarme si digo que el suyo fue ser el hazmerreír de todos, el basurero donde se echan los desperdicios. Fuera de esto dudo tuviera otros, sencillamente porque no estaba capacitado para tenerlos.

–Carmen –la llama por su nombre–, ¿piensas si tal vez su madre sabrá de él?

No le responde; un celador acaba de entrar hablando de que debe llevárselo. Le ayudan a quitar los frenos de las ruedas de la cama. Con el cuidado que se requiere para no golpear el marco de la puerta, lo sacan de la habitación. La monja se va en dirección opuesta; mientras, ellos siguen camino hacia uno de los ascensores.

Ninguno de los tres habla. Sólo el metálico ruido del correr de la cama sobre el pavimento. Pasan junto al ventanal desde donde antes observó la ciudad. Sus cristales, azogados por la luz del pasillo junto a la oscuridad de afuera, reflejan la imagen del grupo. Javier inconscientemente lo mira. No comprende nada, absolutamente nada. Qué puñetas hace él aquí cuando debiera ser su familia la que estuviera llorando su muerte. ¿Tanta es la desidia que ni siquiera se preocupan de su tardanza en llegar? La policía sabe de lo ocurrido. ¿A qué esperan?

Se detienen frente a la puerta del ascensor y aguardan, una vez llamado, que llegue hasta donde están. El indicador luminoso del número de planta avanza lentamente.

–Y si nadie se interesa por él, ¿qué haréis? –la pregunta.

–No sé; eso depende de los que mandan.

Piensa en alguna práctica de disección para estudiantes de medicina.

–Y ahora, ¿a dónde lo lleváis?

El celador lo mira de perfil como no dando crédito de que ni siquiera se lo imagine.

–Al depósito de cadáveres.

La puerta se abre. Entre los dos introducen la cama mientras él los ve hacer desde afuera. Duda de si ir con ellos o quedarse.

–No se preocupe –es ella quien comprende–; ya le informaré.

–Sí, será mejor. Saben mi dirección y pueden llamarme cuando quieran.

–Eso es. Adiós; buenas noches.

–Adiós.

Espera hasta que se van. No duda: todo se ha acabado. Reinicia el camino dejado antes, andando, vacío de pensamiento. Al llegar, el aire fresco de la medianoche le hace detenerse respirándolo con fruición; han sido muchas horas encerrado entre enfermos. Rodea el edificio buscando el sendero que lleva a su coche aparcado frente a la fachada principal. Un leve murmullo del mover de los árboles se mezcla con el cantar de algún grillo. La pálida luz de las farolas proyecta sombras que se le muestran inciertas. Aligera el paso. Al volver de una esquina, y mirar hacia atrás por no sé qué instinto de preservación, se da de cara contra un poste de la luz.

–¡Maldita sea –se enfada asustado–; ¿y quién habrá puesto esto aquí?!

Sofocado continúa camino hasta dar con aquél. Una vez dentro, más tranquilo, enciende los faros y pone en funcionamiento el motor. Lentamente al principio y más deprisa después, se aleja en la oscuridad viendo en el frontispicio, a través del retrovisor, caracteres iluminados que en la inversión que de ellos hace el espejo sabe deben leerse: Hospital Provincial.

Las cuatro.

Han pasado casi dos semanas desde su fallecimiento. Lo que las autoridades competentes hayan averiguado durante este tiempo es algo que sólo a ellas incumbe, pero no creo sea mucho cuando nadie ha reclamado su cuerpo. Al parecer, Ignacio debió estar bastante desatendido al final de su vida; si no, no se explica. Sin embargo –dice Javier–, «cuando los necesitó fue entonces, y no ahora».

Consecuente con esta idea, ya desde su muerte dejó de preocuparse por el paradero de su familia. Allá ellos con su conciencia, si es que la tienen. Ahora bien, esto no es óbice para no preguntar por el día y hora del sepelio. Y así lo ha hecho, y lo sabe, y es ahora a donde va. Sí, andando. Podía haber cogido el coche, pero ha preferido, intuyendo que al ser festivo habría poca gente por la calle, hacerlo de este modo. Uno de los suyos es un *Rolls Royce*, y lo tiene más que nada para impresionar, para que todos vean hasta dónde llega su riqueza. ¿Que es una estupidez? Pues sí, pero la gente es así y hay que darle gusto. Son pocos los que miran más allá de la camisa que llevas puesta. Recuerda en su primer trabajo yendo en bicicleta las risas que causaba y como paulatinamente cambiaron hasta ser de pura envidia a medida mejoraba de vehículo. Él seguía siendo el mismo, pero la camisa no, y esto fue suficiente para adquirir el título de Don, a pesar de haber aprobado el bachiller hacía tiempo. Es una agradable sensación esta la de saberse poderoso, todos se acercan con humildad preguntando si no molestan. Pobrecillos. Aunque, bueno, tampoco hay que confiarse demasiado, pues de vez en cuando de entre ellos surge quien quiere ocupar también el puesto, y hay que convencerle de que no, de que esto es sólo cuestión de uno, precisamente de quien ya lo ocupa. (Sonríe.) Su suegro se quedó de una pieza cuando se lo expuso claramente. «Mire, don Ramiro –le dijo–, va siendo hora de que se vaya a su casa a descansar, que bien merecido se lo tiene, y me deje a mí ocupar el puesto.» Claro, que el caso no era el mismo; él está en la plenitud de la vida, y el viejo chocheaba. «Si lo hubiera dejado, nos arruina a todos.» Tuvo que darle algún que otro disgusto para que se fuera.

Al final de la avenida despuntan los cipreses por encima de la tapia que circunda al camposanto. Por qué serán siempre estos árboles los que señalizan la ubicación de los cementerios. Supone que algo tendrá que ver con los jugos de los cadáveres en putrefacción. La idea tiene su morbo, pero no puede dejar de pensar en ella siempre que visita alguno de estos lugares. Y es que aunque la vista no lo vea, el olfato se lo imagina. Es éste un olor que al llegar impregna la pituitaria produciendo un efecto extraño en el cerebro, quizás el de la muerte en contraste con la vida; no sabría definirlo. Después te habitúas y no hueles a nada, pero la primera impresión siempre es ésta.

Cruza la verja y se adentra por un amplio camino asfaltado a cuyos lados ponen límite una pequeña ladera empedrada, con la humedad y musgo propios de su orientación al norte, y una fila de cipreses. Lo sigue hasta el edificio que en forma de fachada da entrada al cementerio propiamente dicho. En él ve la puerta de la capilla abierta. Se asoma esperando encontrar a alguien. No hay nadie. Es entonces cuando desde una de las ventanas orientadas hacia donde está, una mujer se interesa por lo que quiere. Le cuenta lo de Ignacio, y sí, es aquí, pero todavía no lo han traído; tendrá que esperar.

Aprovecha el rato en visitar la tumba de su suegro. El pobre hombre estaba tan apegado al puesto de Director General que murió al poco de dejarlo; y no por problemas de salud, sino por cabezonería, por creerse imprescindible y no aceptar que el mundo pueda funcionar sin uno. Debió sufrir lo suyo al comprobar que le habían engañado. No aceptaba inmiscuir los negocios en la política porque tarde o temprano –según decía– ésta pasa factura. Independencia era su lema, para no deber nada a nadie. En los tiempos que corren esto no es posible y con su empecinamiento estaba llevando el Banco a la ruina. «Es como la lotería –le decía Javier–, compras un número y si te toca has ganado.» No quería comprenderlo; trataba a todos los clientes por igual exigiéndoles garantías reales en sus préstamos y no simples promesas de un programa político. Como es lógico, en democracia su estrategia fracasaba porque los votos, que son los que en definitiva otorgan el poder de poder otorgar –valga la redundancia– una garantía real, sólo se conocen a posteriori. La situación se estaba haciendo insostenible. Por iniciativa propia, y la de algún que otro allegado, el Director Adjunto otorga al Partido de Renovación Carismática (PARECA) el préstamo

solicitado. Todo hubiera salido a pedir de boca si no se enterara del asunto hasta llegado el momento de saborear las mieles. Pero mira por dónde el viejo descubre las irregularidades contables del balance y, preguntando entre los empleados, se enterara de que es su yerno quien está detrás; primer disgusto. Como consecuencia de esto emprende un pleito contra PARECA solicitando la devolución del préstamo. Lo pierde; segundo disgusto. El consejo de administración entiende, a la vista de cómo marcha la campaña electoral, que los dirigentes de dicho partido, resentidos con don Ramiro, verían con buenos ojos su sustitución por don Javier; tercer disgusto que lo lleva al cementerio.

«Excm. Sr. Don Ramiro Sancho Cruces», lee sobre la lápida. Aunque la suya es una de las mejores tumbas, se echa en falta la presencia de alguna flor. Lamentándose de sólo haberlo previsto con Ignacio, mira si nadie lo ve y, convencido de que está solo, coge de un ramo de flores de otra próxima una rosa blanca y la deposita cariñosamente sobre la de su suegro. «No me guarde rencor –se disculpa–; lo importante es el Banco. ¿Sabe?; les hemos condonado los préstamos como agradecimiento por los favores recibidos. Desde que PARECA llegó al poder nos sobran garantías reales.» Hace pausa. Medita en algún tipo de compensación por el daño causado a quien está en el descanso eterno. «Supongo sabrá que tiene otro nieto. Ramiro le hemos puesto por nombre en memoria de usted. Quién sabe; tal vez mañana sea el nuevo Director General.» Un gorrión detiene su vuelo posándose sobre el eje transversal de la cruz que ornamenta la cabecera de la tumba. En el silencio de multitud de trinos se miran curiosos los dos. El animal responde nervioso a la llamada de sus otros compañeros y, quizás porque le han avisado del peligro que corre, se marcha veloz hacia uno de los cipreses próximos. Ha sido la señal esperada. Don Ramiro le ha dicho que ahora sus preocupaciones son otras y no tiene tiempo para pensar en desquites; así es que lo da todo por bien hecho. Siente una íntima alegría de saberse perdonado. «No podía ser de otro modo –piensa–, al fin y al cabo lo hice por el bien de la familia.»

En paz consigo mismo, recuerda que el verdadero motivo de su presencia aquí no ha sido la de reconciliarse con su suegro, sino la de acompañar al compañero de facultad hasta su última morada. Con prisas vuelve al edificio de entrada; teme que ya le estén dando sepultura. Al llegar comprueba aliviado que

un coche fúnebre, con el correspondiente ataúd, permanece aparcado frente a la capilla. La dedicatoria –«de tu amigo Javier Rovira»– de la corona de flores encargada por él, identifica la carga. El conductor dormita sobre el volante a la espera, parece ser, de recibir las órdenes oportunas. Golpeando levemente el cristal de la ventanilla para llamar su atención, le pregunta por esto. Más que las órdenes lo que espera es a que alguien le ayude a introducir el féretro en la iglesia. La hora, de siesta de esta calurosa tarde de verano, es bastante inoportuna para pedir ayuda a quienes por obligación de su trabajo debieran hacerlo, y es Javier quien se ofrece. No sin cierta pereza el empleado de la funeraria sale del vehículo y, una vez abierta la puerta trasera, saca el féretro hasta su mitad indicándole lo coja por ese lado mientras él lo hace por el otro. En el momento de sentir todo el peso de la carga, Javier a punto está de caerse al suelo. Salta a la vista que no es hombre acostumbrado a realizar trabajos rudos. Con todo, y después de varias paradas en el corto trayecto, consiguen depositarlo sobre dos banquetas dispuestas al efecto frente a las gradas del altar.

–¡Uf!, creí que no lo iba a conseguir –se sincera con el empleado.

Sin prestarle atención, éste vuelve al coche a coger la corona de flores. Javier, cansado, se sienta en uno de los bancos. Dejada la corona encima del ataúd, el empleado le explica su marcha:

–Voy a decirle a Roberta que me voy. Sí –añade viendo que no es comprendido–, la mujer del enterrador. Ellos ya saben lo que tienen que hacer.

Javier duda entre si quedarse en la capilla o salir afuera.

–No se preocupe; usted quédese aquí. De un momento a otro vendrá el capellán.

Se va.

A solas con el muerto, piensa en la amistad que les une. Es curioso esto del aprecio que se puede llegar a sentir por una persona. Si ahora le volvieran a preguntar por Ignacio, diría que era su amigo, pero de verdad, no como la primera vez en que lo dijo por decir algo. Y si vas a mirar sólo han pasado unos días, días en los que ni siquiera se han hablado o han ido por ahí a divertirse. Sí, realmente es curioso.

El abrir de la puerta situada a un lado del altar llama su atención. Un viejecillo entra; la casulla que viste le identifica como el capellán. Con movimientos

cansinos cierra de nuevo la puerta y se dirige hasta el lugar que como oficiante le corresponde en el culto. Un algo sorprendido por la tan escasa concurrencia pregunta si deben esperar a alguien más. Javier hace gesto como indicando que no sabe.

–¿Pero no es usted pariente?

–No, yo sólo soy amigo...; un buen amigo –se reafirma recordando sus últimos pensamientos.

El sacerdote abre el misal por una parte previamente señalizada y lo coloca frente a él sobre la mesa del altar. Se decide a empezar:

–En fin, no vamos a estar toda la tarde esperando... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

La misa discurre con lentitud, sin apenas intervención del oyente en las oraciones, no porque no quiera participar, sino porque no se acuerda de la parte que en ellas le corresponde decir. Su práctica religiosa, limitada a los hábitos sociales, no da para más.

Terminado el acto litúrgico, el viejecillo se retira por donde antes entró. De nuevo solos Ignacio y Javier. Parece como si excepto él nadie tuviera interés por el muerto. Ni siquiera Carmen; y es extraño porque habiendo sido ella quien le informó del entierro, esperaba viniera también.

Pasa el rato. Decide salir a preguntar a Roberta. A gritos la llama orientando su voz hacia la ventana por donde la vio primero.

–Por favor –se asoma la mujer enfadada–; respete el lugar. Qué se ha creído, ¿que está en una feria?

–Perdone. Sólo quería saber...

–Sí, ya lo sabemos –le interrumpe–. Mi marido está con el horno y cuando lo tenga listo irá a por él.

–¿El horno?

–O el incinerador; qué más da. Llámelo como quiera.

Su sorpresa es grande. Había pensado en un sitio, en un nicho, por ejemplo, con su nombre impreso en la lápida donde quienes quisieran pudieran venir a visitarlo; pero en un montón de cenizas la verdad es que no. Quizá sean prejuicios (no sabe), pues unos antes y otros después todos los muertos se convierten en polvo, pero parece mejor dejar hacer el tiempo sin darle prisas. Además, la

vida de Ignacio ya es de por sí bastante anodina como para hacerla más quemando su cuerpo.

–Qué referencia podrá darse sobre su paradero si un día aparece algún familiar.

–La que usted desee –le responde el marido de Roberta mientras ayudado por otro empleado cargan el ataúd sobre una carreta de mano–; todo depende de lo que hagamos con las cenizas. Si quiere yo se las doy para que cuando llegue a su casa las ponga en un tiesto. Usted no sabe lo buenas que son como abono. ¿Se imagina cuando alguien pregunte por él poderle decir: «aquí está», y mostrarle una flor? Su sorpresa será grande al ver belleza donde esperaba encontrar la fealdad de la muerte.

La idea es ciertamente romántica; «propia de un poeta», piensa. No creía que los enterradores pudieran serlo, y menos este hombre de aspecto canijo y cejijunto. Está visto que los grandes corazones se encuentran hasta en los lugares más insospechados. Acepta su ofrecimiento.

El ayudante empujando de la carreta y ellos dos hablando de floricultura se dirigen hacia el crematorio situado en un local contiguo al de la capilla. Tras la carga y quien la conduce, el enterrador le franquea la entrada:

–Entre y comprobará lo aséptico del proceso.

Tanta es la belleza y limpieza de que hace gala que Javier entra sin ningún tipo de aprensión. Al ver el artefacto comprende por qué su mujer lo ha llamado el horno, por ser precisamente esto: un horno similar, por ejemplo, a los de las panaderías. Quitadas las partes metálicas de la caja fúnebre –«por no ser combustibles», explica– y colocada la carreta junto a la compuerta de entrada, la abre mecánicamente apretando un botón. En su interior, marca un termómetro digital, varios cientos de grados centígrados. Al mismo nivel carreta y horno, el ataúd es introducido sin dificultad. Con una barra metálica se le adecúa aproximándolo al origen de las llamas. Cerrada la compuerta, con otro botón hace subir la temperatura hasta el nivel de combustión.

–Y esto es todo. Ahora a esperar.

Da instrucciones al compañero para que vigile la correcta incineración y recoja las cenizas una vez terminada.

–Venga y me firmará en el libro de entrega.

Salen los dos.

–Como habrá podido comprobar la repulsión de la gente hacia este método de sepultura carece de fundamento; su asepsia es total –(Javier intuye en el repetido uso del vocablo asepsia una frustrada vocación médica)–. En un futuro no muy lejano la mayor parte de los enterramientos se harán de este modo y cada cual podrá tener, si quiere, el cementerio en su propia casa. No puede ser de otro modo, pues al ritmo que crece la población faltará espacio para todos. ¿No le parece?

–Supongo.

–Además, como dice mi hijo el economista: «Si la oferta es la misma y la demanda aumenta, el precio sube.» Usted, por ejemplo (antes me pareció verlo junto a la tumba de don Ramiro), ¿sabe lo que actualmente cuesta una como ésa?

Avergonzado por presumirse visto en su pequeño hurto de la rosa, no acierta a responder. El otro aguarda a que diga alguna cifra. Viendo que no lo hace se decide a darla por sí mismo:

–Millones; sí señor, millones de pesetas. Casi tanto como un piso.

Javier sigue callado. El enterrador sospechando –sospecho– el verdadero motivo de su silencio, intenta quitarle importancia:

–No se preocupe; las flores están para eso.

El acusado ya no duda. Se justifica:

–Se me olvidó traerlas. Ya ve, lo hago con este amigo y no con mi suegro.

En la mirada cejijunta adivina un interés súbito por su parentesco.

–¿Es usted yerno de don Ramiro, el Director General del Banco Filantropía?

–Era, pues desgraciadamente hace tiempo que nos dejó.

–Sí, claro; fue una gran pérdida para todos –muestra un penar a todas luces fingido–. Le acompaño en el sentimiento... Mi nombre es Manuel, Manuel Zapata, para en lo que pueda servirle.

Le da la mano.

–Encantado. El mío, Javier.

Son muchos años en el proceloso mundo de los negocios para extrañarse de que, después del rato que llevan hablando, sea precisamente ahora cuando lo saluda diciéndole su nombre. Le deja hacer esperando concrete sobre el tipo de favor. Estas cosas requieren su tiempo y no hay que forzar la marcha.

Como era de esperar, lo primero es ofrecerle su casa mientras se completa la incineración; tardará varias horas y no es cuestión de que vuelva otro día pudiéndose llevar hoy las cenizas del querido amigo. A continuación le presenta a su mujer que, aunque ya se conocen, no sabía de su parentesco con don Ramiro. Puesta al corriente de su alta alcurnia, insiste en que tome al menos un café, café que acaba convirtiéndose en una bandeja con entremeses, otra de galletas variadas y varias botellas de jerez. En la conversación mientras se come, casualmente surge el tema de los hijos, entre los cuales de los suyos descuella por su inteligencia Manolito que acaba de licenciarse en económicas y está sin trabajo. El invitado no se da por aludido. Los padres se miran recelosos de que pretenda no corresponder al ágape como es debido. Sale a relucir el caso de un individuo, cuyo nombre mantienen en secreto por respeto a la elevada posición de su familia, que tenía el vicio de robar flores de las tumbas.

—¿Se imagina el escándalo que supondría de saberse?

Claro que se lo imagina, tanto que se interesa por la posible inclusión de Manolito en la plantilla del Banco. La sorpresa es grande; no esperaban tanto de su bondad.

—Seguro que no se arrepentirá.

¿Arrepentirse?, no lo sabe; pero desde luego lo que no está es ofendido por el chantaje, pues demuestran con ello tener una astucia que si el hijo la ha heredado será muy útil en el departamento de morosos donde piensa colocarlo. Hace falta gente así para cobrar a quienes se resisten a pagar sus deudas.

Concedido el favor, sólo resta que traigan las cenizas. Llegan, todavía calientes, dentro de una preciosa urna. Firma en el libro de entrega su conformidad de haberlas recibido. Manuel le da las últimas instrucciones sobre cómo emplearlas adecuadamente en el anteriormente hablado cultivo. Todo se hará como él dice; Ignacio merece, hecho flor, se le deje descansar en vida más simple como seguro es la vegetal.

Las doce del mediodía.

Deja la carta sobre el sofá y se levanta. Del mueble bar elige de entre una bien surtida variedad de botellas la de coñac; llena la abombada copa hasta comprobar que de hacerlo más su contenido se derramaría al inclinarla horizontalmente. Huele el licor, lo mira al trasluz y bebe un lento y largo sorbo. Se sienta; coge de nuevo la carta manteniendo la copa en la otra mano.

La posdata es lo que más le intriga: «Si nos encontramos ya nada podrá con nosotros.» Si nos encontramos ¿quiénes?, piensa: «¿tal vez él y yo?»; y por qué ya nada podrá con nosotros. No lo entiende. Tampoco comprende que estando casado, o cuando menos viviendo con alguien, según se desprende del «te necesitamos» en la frase «búscame; por favor, búscame», nadie se haya interesado por su paradero después de dos semanas sin ir por casa. Lo demás está bastante claro: Ignacio –como presumió en su visita al Banco– requiere su ayuda... Pero por qué, entonces, no puso el remite. ¿Pensaba que lo encontraría como cuando lo de Roberto Alcázar?, o tal vez el enfado de Javier durante dicha visita le hizo querer saber hasta qué punto estaba dispuesto a ayudarle sin que ello le supusiera un estorbo; si lo encontraba demostraba no serlo, y si no, que quería que lo dejara en paz. Es una respuesta posible en sensibilidades como la de Goñi donde tanto se mira el efecto que las propias acciones causan en los demás.

Toma otro lento y largo sorbo de coñac.

La duda estriba ahora entre si dejarlo todo como está o indagar sobre su familia que a buen seguro precisa de la misma ayuda. Pero qué hacer, dónde buscar si nada ha cambiado desde que tuvo la primera noticia. Observa el matasellos; la fecha es la del día siguiente a la de su muerte y la ciudad ésta. Es

probable que fuera al poco de echarla en correos cuando tuvo el infarto. La tardanza en llegar se explica –como le ha dicho el cartero– por la confusión del número en la dirección de la calle que parece poner cuatro donde debiera poner nueve. Sí, la suya es una letra bastante confusa, propia de una personalidad inmadura; mas qué importa si el problema no es de tiempo, sino de lugar, de saber desde dónde fue escrita.

Apura el contenido de la copa y la deja sobre la mesita que acompaña al tresillo. Se levanta; la carta en la mano. Abre una de las tres puertas que comunican el amplio comedor con el resto de la casa. Es el despacho, en espacio sólo un poco más reducido que éste y tanto o más lujoso en cuanto a mobiliario. De una de las paredes cuelga el plano de la ciudad enmarcado. Busca, señalizándose con el dedo, entre las calles del casco antiguo.

.....

La dirección se le hacía difícil de encontrar. Lloviznaba. Llevaba horas buscando desde su llegada a la ciudad y, con sólo los salientes de los tejados o balcones donde guarecerse, la humedad empezaba a hacer mella en su débil cuerpo. Además, aquella maleta, grande y pesada, impidiéndole aligerar el paso. Todo resultaba molesto, cansado. Al pasar junto al quiosco de la plazuela la vio, morena y con sus grandes ojos negros, mirarle, tal vez, por lo estrafalario de su figura o porque, dado lo desapacible del día, no había nadie más a quien mirar. Le preguntó por la calle. Mientras le explicaba sonreía y dejaba ver una hermosa dentadura blanca. Era fácil de comprender, estaba cerca, a sólo unos pasos de allí, pero la hizo repetirse varias veces por el simple gusto de alargar el rato. Ambos presintieron que aquélla no iba a ser la única vez.

Cuando llegó a la casa no le sorprendió su pobreza y antigüedad; todas las del barrio se parecían. Llamó dando fuertes golpes con el aldabón. Al insistir oyó gritos desde el interior advirtiéndole malhumorado que parara, que ya había sido oído. Al poco se descorrió el pestillo y la puerta quedó entreabierta. A instancias de la voz la empujó a la vez que entraba. Esperaba encontrar al hombre que le hablaba detrás de ella, pero no viendo a nadie miró desconcertado buscando la explicación de su apertura. El mecanismo consistía en una cuerda hábilmente dispuesta desde la cerraja que siguiendo por el techo y el hueco de la

escalera permitía a los inquilinos abrir desde el rellano del respectivo piso. Tras cerrar la puerta por orden de aquél, subió hasta encontrarlo. Mal encarado, vestido con sólo los pantalones a medio abrochar, mostraba todos los síntomas de acabarse de levantar de la cama despertado, sin duda, por el ruido de su llamada. «¿José del Río?», preguntó para saber si era él el objeto de su búsqueda. «Desde luego; ¿quién si no? –se mostró molesto—. Y tú me lo imagino, con esa cara no te me despistas; la misma de mi hermana. ¿No es así?» «Sí, tío.» Confirmado el parentesco entró en la vivienda sin interesarse, no ya por la hermana, sino por el sobrino allí presente. Sorprendido éste, permaneció en el rellano sin saber qué hacer. La puerta dejada abierta parecía invitarle a entrar, pero dudaba si hacerlo sin el correspondiente permiso. Al cabo de un rato su voz sonó fuerte: «¡Bueno, ¿a qué esperas? Entra de una puñetera vez y cierra la puerta!» El muchacho cogió la maleta e hizo lo ordenado. A la izquierda del vestíbulo el pasillo comunicaba con distintas habitaciones. Su tío le hablaba desde una de ellas: «Deja tu equipaje y ven aquí para que podamos hablar.» No estaba solo. Sobrino y mujer se miraron curiosos. Mientras se terminaba de vestir, él la observaba recostado en la cama. Creyéndola su tía se le acercó para darle un beso. «¡Eh! –se lo impidió el otro–, que a ésta sólo la beso yo.» Fue entonces cuando se percató de que una esposa no se viste como ella lo hacía. Además, las últimas noticias dadas por su madre eran de que su hermano Pepe estaba soltero y, por tanto, no pondría reparos en cuanto a recibirle en su casa. Algo de mercantil debía de haber en aquella relación. No hizo falta pensara mucho porque ella misma se lo confirmó: «A tu tío, hijo, hay que darle putas; putas y no tías.» A sus espaldas oyó las carcajadas del confundido con un marido. Pronto empezaba a darse cuenta de la personalidad del hombre con quien iba a compartir su vida, inexorablemente, sin ningún tipo de opción porque no tenía otro sitio adonde ir. Qué otra cosa, sino esto, pudo decirle cuando la mujer se fue: venía para quedarse. La idea no pareció hacerle mucha gracia, ni siquiera cuando supo del fallecimiento de la hermana, porque sus costumbres requerían de una independencia imposible de mantener acompañado. A pesar de no corresponderse esta afirmación con su situación de momentos antes, fue preciso darle el poco dinero que llevaba y la promesa de seguir haciéndolo cuando encontrara trabajo, para que lo aceptase, al menos, como inquilino; «sin sentimentalismos –avisó–,

pues la vida aquí es muy dura». No obstante, el primer paso estaba dado; ya tenía de nuevo un hogar.

Los días siguientes fueron un continuo deambular por la gran urbe. Preci-saba orientarse, conocer, adquirir conciencia de dónde estaba; y todo ello sin un maldito duro en el bolsillo. Hubo de ingeniárselas (imitando a un despistado transeúnte que con él lo hizo) en cuanto a pedir a otros con mil historias inven-tadas el precio de los billetes de autobús o Metro para poderse desplazar allá donde en cada momento quiso ir. Aquél era un mundo diferente del vivido hasta entonces, mucho más complejo; querer abarcarlo era como intentar atrapar el aire: imposible por su misma esencia. La sensación de desamparo motivada por esta falta de control conllevaba, no obstante, la ventaja del anonimato en cuanto a poder hacer creer lo que no se es. Cómo, si no, hubiera conseguido alguno de los placeres del dinero sin tenerlo. La mejora de su vestimenta, honradamente, acudiendo a una institución benéfica, supuso el segundo paso. Denotaba una capacidad económica acorde con su aspiración de aquel momento..., y se decidió a entrar. El local rebosaba de gente. Después de hacerse cargo de la situación tomando un refresco en la barra del bar, se acercó a la única mesa del comedor con espacio libre para otro comensal donde un cliente, recién llegado, esperaba la atención del camarero. El buen hombre accedió complacido a la modosa soli-citud de quien podría ser su hijo de un sitio a su lado. Para no desentonar pidió su mismo menú. Comieron amigablemente como si de una familia se tratara. Antes de los postres, el muchacho se disculpó alegando necesidad de ir al servicio. Ya no le volvería a ver porque salió del restaurante sin volver la vista atrás. Sí, sin volver la vista atrás porque el futuro es mucho más importante, y el suyo lo empezaba a vislumbrar lleno de optimismo.

Por las noches, al volver a casa, se encerraba en su habitación. Había hecho de ésta un lugar con todo lo necesario para transitar lo menos posible por el resto de la vivienda y, de este modo, evitar los encuentros casuales con quien –según sus palabras– pudiera importunar en la necesidad de independencia de sus costumbres. En un principio el interesado no alegó nada al respecto, pero enseguida pudo más el deseo de saber cómo le estaban yendo las cosas al sobrino, máxime cuando no parecían irle del todo mal.

El muchacho estaba seguro de que tarde o temprano preguntaría, y por eso no se extrañó al oírse llamar. Dejó que fuera él quien se acercara a su habitación, y no al revés; era bueno acostumbrarlo a los nuevos cánones de cortesía. «Javier», le oyó otra vez intentando abrir la puerta. Quitó la silla dispuesta a modo de tranca y abrió bostezando como si se acabara de despertar. «¿Qué desea, tío?» Notando de su confusión por no haber podido entrar, le explicó lo de la silla justificándose en su miedo a la oscuridad. José hizo un gesto de desagrado por verse constreñido en su propia casa, pero se abstuvo de hacer reproches; no era conveniente hacérselos a quien venía a recordarle su compromiso de días atrás. «Recordarás lo que te dije acerca de la necesidad de que aportaras algo a tu manutención... –pareció dudar–. Bueno, bien, no sé cómo te las arreglas por ahí; pero convendrás que esta habitación también me supone un gasto. Yo no vivo aquí de balde; ¿sabes?, todos los meses el dueño...» Se interrumpió viendo al sobrino buscar entre la ropa del armario. De una pequeña carpeta extrajo éste el único billete de mil pesetas que contenía contándolo como si en su interior hubiera más. «Aquí tiene –se lo entregó–. Con esto es suficiente por ahora.» En su fuero interno Javier reía la cara de sorpresa de su tío mirando, de hito en hito, la carpeta que él asía fuertemente con sus manos como si contuviera mucho más dinero. «Supongo estará de acuerdo en reglamentar nuestra relación de inquilinato –continuó; y tras breve pausa–: Preciso, primero, legalizar el contrato en documento formal; segundo, una copia de las llaves de la casa, y tercero, me ponga una cerradura en esta puerta –sujetó con más fuerza la carpeta– por mi miedo a la oscuridad.» «Sí, tal vez sea conveniente», musitó aquél. Al irse a marchar, José se volvió no pudiendo reprimir su curiosidad por conocer el origen del dinero que tenía en mano y del que intuía en la carpeta. «¿Has encontrado ya trabajo?» «Algo hay de eso», le contestó el otro con cierto aire de misterio muy propio para exacerbar más su curiosidad, a la vez que le empujaba suavemente haciéndole franquear la puerta. Cuando hubo salido, casi en sus narices se la cerró colocando de nuevo la silla y sin evitar dejar de hacer ruido para que se enterara bien del uso reservado de ese habitáculo. Necesitaba estar solo para planificar su trabajo del día siguiente. Extrajo de la carpeta el plano de la ciudad (fruto de otro más de sus pequeños hurtos en unos grandes almacenes) y lo extendió sobre la cama. (Es un precioso plano a todo color con

una bien detallada información sobre B***.) Buscó hasta encontrar la ubicación de las oficinas, algún monumento público que visitar, y otro restaurante, bastante alejado del último, donde comer. En una bolsa de deportes introdujo el traje de chaqueta, corbata de seda incluida, regalo del difunto marido de una caritativa mujer. Todo dispuesto, recogió el plano y se acostó. Sus jornadas laborales precisaban siempre de un reparador sueño.

Desde la llegada al barrio utilizaba la misma ropa: sobria, austera, que mostraba su condición humilde. Así vestido se dirigió, haciendo tiempo para el inicio de la jornada (la misa de ocho), a una de las iglesias de su lugar de trabajo. Puesto en el portal, éste consistía en abrir la puerta con el correspondiente saludo de buenos días a los feligreses, recibiendo a cambio alguna que otra propina o, para mejor decir, limosna. Poca gente acude a esta primera hora, pero después de tres misas, y sobre todo si era festivo, podía recaudar hasta mil pesetas y otros bienes en especie como, por ejemplo, el traje de la bolsa. Ya con cierta liquidez en el bolsillo, llegaba la hora de tomar el tentempié de media mañana en forma de un bollo, y en ocasiones un trozo de empanada, solicitado gratuitamente (pues para pagar siempre hay tiempo) en cualquier panadería encontrada al paso. Tras el refrigerio gustaba leer la prensa del día, en alguna de las bibliotecas públicas, hasta la hora de proceder al cambio de ropa para ir a almorzar, cambio que solía hacer en los aseos, si no de la misma biblioteca, de algún centro comercial; (más de uno se asombró de verlo entrar pobre y salir hecho un señor). En el restaurante, los modos de actuar eran muy diversos. Aunque por regla general se marchaba sin pagar, hubo casos en que por imperativo de las circunstancias tuvo que hacerlo, o justificar su falta de dinero en el robo o extravío, historias que por lo exquisito de su indumentaria siempre convencieron con la promesa de un pronto pago. Y es que Javier posee el don de la convicción. Aquella tarde no procedió, como solía hacer después de las comidas, a volverse a cambiar de ropa porque tenía concertada una entrevista con un tal señor Ramiro. La oferta de trabajo, anunciada en un periódico, hablaba de un joven de no más de veinte años, agresivo, con bachiller superior y dispuesto a labrarse un futuro en importante entidad financiera. Justamente lo que él era y quería.

Hizo tiempo, visitando el monumento público, hasta la hora convenida. Otros muchachos esperaban a ser recibidos cuando él llegó, y –según le dijo

uno de ellos— otros había habido antes. Era ése un contratiempo no previsto: el de la competencia. Preguntó a la secretaria si había más en lista de espera. En total eran casi ciento cincuenta los candidatos, y, siendo el suyo el puesto cien, faltaban la tercera parte. A medida iban entrando los precedentes, llegaban otros que confirmaban lo dicho. El movimiento era rápido, apenas diez minutos por persona. No tenía las ideas claras y prefirió dejarlo para el final. Pidió a la secretaria le transmitiera a don Ramiro sus disculpas por no poder esperar, con la promesa de atender su oferta cuando todos hubieran terminado, lo cual —anotó aquélla— sería para la próxima semana.

Al salir de las oficinas no dudó en preguntar a los últimos entrevistados; precisaba saber a qué atenerse cuando llegara de nuevo el momento. La opinión era unánime: el señor Ramiro estaba como una cabra, aunque nadie quiso dar explicaciones de por qué lo estaba.

Se volvió a su casa sumamente preocupado. Si en el tiempo que restaba hasta la entrevista no era capaz de averiguar algo, más valía que se olvidara del asunto. Después de mucho pensar dedujo que sólo a través de la secretaria podría lograrlo.

A la mañana siguiente esperó saliera ésta de su trabajo. Fue un largo y complicado seguimiento hasta saber donde vivía. Había decidido hablar con ella en su casa para evitar suspicacias de amoríos que nada tenían que ver con la realidad. La entrevista fue corta, pero muy provechosa. En presencia de la madre supo del carácter en extremo desconfiado del jefe, que le llevaba a veces a emprender estratagemas para comprobar la honradez de sus empleados, así como de la clase de trabajo en oferta: cobrador de recibos. Nada les insinuó de la supuesta locura por temor llegara a sus oídos.

«Dos características debe reunir todo buen cobrador de recibos —pensaba—: cobrarlos y que no se quede con lo cobrado.» A buen seguro que la estratagema, de haberla, tendría que ver con esto.

Y así fue. Sentado de espaldas a su escritorio parecía, enfrascado en otras cuestiones, no percatarse de quien de pie esperaba le atendiera. Un billete en el suelo, supuestamente perdido, tentaba al candidato tan bien dispuesto que no tuvo dudas de su finalidad oculta. Dejado donde estaba, esperó se decidiera a hablar. «¿Su nombre?», preguntó por fin volviéndose hacia él. «Javier Robira

del Río.» Miró la lista de los pretendientes al puesto de trabajo. «Ah, sí; usted es quien se disculpó la semana pasada por no poderme atender», dijo casi riendo el despropósito de semejante afirmación. «Tenía otros asuntos pendientes y se me hacía tarde.» «¿Más importantes que éste?» «Cobrar un recibo siempre lo es.» Esto último lo dijo sin pensar, tal vez movido por un resorte del subconsciente por hacer valer sus aptitudes. El efecto, en verdad, fue feliz. A sus preguntas interesándose por dicho cobro, Javier inventó allí mismo la historia de una deuda de varios miles de duros a favor de su madre. El individuo (mantenido en el anonimato para no seguir hurgando en la herida) se negaba a pagar y hubo de apretarle las clavijas. «Sí, las clavijas –repitió viendo a su oyente sonreír por esta forma de expresarse–. Me llevó varios meses saberlo, pero al final averigüé donde trabaja y los días de haberes. Lo esperé en el portal de su casa sabiendo llevaba la paga del mes. Agazapado en las sombras le puse el dedo en la espalda haciéndole creer era el cañón de una pistola. ‘Oiga –le dije–, o me paga o ya sabe lo que le espera.’ Usted no sabe cómo cambia la gente cuando temen perder la vida. ‘Por favor –me suplicaba–, tengo mujer e hijos. Cóbrese, pero no me haga daño.’ Y ya lo creo que me cobré, hasta la última peseta; pero eso sí, a cambio del correspondiente recibo. A cada cual lo suyo», sentenció al concluir. «Naturalmente –se mostró de acuerdo don Ramiro–, a cada cual lo suyo... Y dígame: ¿qué ha hecho con el dinero?» Javier miró a su interlocutor fijamente a los ojos; ahora no era el subconsciente quien iba a hablar. «Quedármelo», y tras breve pausa dejando se manifestara en el gesto de éste su disgusto, añadió: «Mi madre, que en paz descanse, me lo dejó en herencia. Por cierto –se agachó cogiéndolo–, aquí tiene este billete que seguro es suyo.» Aquella muestra de honradez supuso la guinda del pastel. Todo había salido a pedir de boca. Se sabía elegido aun cuando debiera esperar la notificación. No le importó, pues, decirle dónde contactar con él porque por encima de los prejuicios de barrio pobre estaban las capacidades demostradas para el cargo. «Fue una imprudencia –piensa– que pudo costarme caro.» Pero, en fin, tampoco en esto le abandonó su buena estrella.

Llegado a la plazuela se sienta en uno de los pocos bancos. El pequeño local del quiosco sigue tan destartado como siempre, como la casa que lo contiene y el barrio donde está ubicada. El contraste, sin embargo, lo siente

ahora con la intensidad de quien conoce formas de vida mucho más lujosas. De tener que volver a vivir aquí, la misma objetividad sería subjetivamente apreciada como un mal lo que fue un bien cuando llegó por primera vez, y es porque –cree– avanzar en el progreso tiene esto: cada paso aleja y requiere más para sentir el mismo grado de satisfacción. Se lo decía a ella: «Rosario, tú no puedes comprenderme porque no conoces otra cosa; pero si vieras como viven, cambiarías de opinión.» «Qué nos da a nosotros si tenemos lo necesario», era su respuesta. No podía soportarlo, le sacaba de quicio; tanta mansedumbre ante la injusticia. Llevaba más de un año trabajando en el Banco y seguía siendo el mozo de los recados, siempre yendo con la bicicleta de aquí para allá y de vez en cuando a cobrar algún recibo. De seguir igual y con su quiosco de revistas y chucherías hubieran sido carne de casco antiguo; ayudados además en el empeño por aquel vicioso, hermano de su madre.

Vivía en su casa de prestado, en consideración a quien era. Desde que dejó de pagar al casero, Javier tuvo que hacerse cargo para evitar el desahucio. Lo tenía confinado en la misma habitación donde él estuvo los primeros meses, y aun así no era extraño el día en que lo encontraba borracho o acompañado de alguna mujerzuela, lo de menos si hubiera hecho frente a sus desmanes; pero no, encima los agraviados venían exigiéndole responsabilidades, con todo tipo de amenazas, por razón de parentesco. «El mala bestia, qué debió contarles», se pregunta. Vinieron estando ausente, quizás estratégicamente ausente (nunca ha podido averiguarlo), el verdadero responsable. De los tres, sólo a Anselmo lo conocía de verlo por el barrio. «Sabrás que el Pepe ya ha tocao el piano», le dijo éste. «¿Tocado el piano?», preguntó Javier ignorante del sentido de la frase. «Sí, hombre; que lo tie fichao la bofia. Lo han trincao varias veces por afanar carteras.» «¿Cómo?» «Bueno, déjalo –le zanjó irritado quien parecía mandar el grupo–. Hablando en cristiano: ¿ves esto?», le mostró sacando del bolsillo de su chaqueta un papel timbrado. Javier afirmó con un gesto dándose cuenta era una letra de cambio de las que solía tramitar su cobro. «Pues aún no ha nacido el hijo de mala madre que se burle de mí. Así es que ya estás viniendo a ver al de las piedras.» El asunto parecía consistir en el pago, con el documento sustraído al sobrino (en esto no había dudas), de una deuda de José con aquel hombre, siendo el librado el titular de una joyería en la que Javier ya había estado otras

veces en cumplimiento de su trabajo. La amenaza, en el caso de negarse a acompañarle, era acudir a don Ramiro con la letra y los antecedentes penales del tío ampliables por consanguinidad a su persona; las ventajas (puestas de manifiesto por Anselmo en consideración a su amigo Pepe), cubrir la deuda con alguna que otra sortija que uno de ellos pudiera arramblar del mostrador y cobrar la letra como si tal cosa.

Las joyerías suelen poseer medios de salvaguardia de sus bienes, y aquélla no era la excepción. Para acceder al mostrador se requería la aquiescencia del joyero abriendo la puerta (de cristal blindado al igual que el escaparate donde relucían toda clase de metales nobles y pedrería) desde su interior. Es fácil de suponer que la decisión de esta apertura depende de la no sospecha en los móviles de quien la solicita, en lo cual influye, de no ser persona conocida, la apariencia física. Por ello decidieron que fuera el más joven de los tres, y agraciado de rostro, el que acompañara a Javier. Una vez dentro lo presentaría como un hermano, y mientras cobrador y dueño, en el contiguo despacho donde hacía vida la caja fuerte, tramitaran como en otras ocasiones el correspondiente pago de la letra, el acompañante se encargaría de trasponer la ubicación de algún pedrusco.

Nada más salir a la calle, Anselmo los dejó alegando no sé qué excusa, porque (la verdad fue ésta) cumplido el objetivo de convencer al pipiolo no se requería su presencia. Llegados al lugar, el mandamás del grupo se acercó solo al escaparate para comprobar, disimuladamente, si el centro de operaciones estaba libre de gente indeseada, verificado lo cual Javier, seguido del falso hermano, llamó al timbre solicitando franqueo libre. Ya dentro, y hechas las convenidas presentaciones, el joyero lo llevó a su despacho mientras el otro esperaba frente al mostrador. Fue cuestión de no más de un minuto hasta verse sorprendidos por un revólver, precisamente encañonados por quien no debía intervenir: el agraviado por la deuda. «Venga, rápido; y cuidado con hacer tonterías», les conminó desafiante. La cosa estaba clara: no se trataba de uno como los suyos antaño habituales hurtos, sino de un atraco en toda regla. El falso hermano, tras franquear la entrada a su compañero, se afanaba en dejar limpias las vitrinas de cuanto había en ellas; mientras, el dueño miraba a todos asustado y Javier mucho más a él por saberse causa de lo que estaba sucediendo.

«¡No fue esto lo convenido!», se atrevió a gritarles rojo de miedo y rabia. «Tú a callar, niñato de mierda, si no quieres se enfade ésta –le amenazó el mandamás empujándole con el cañón de la pistola–. Y venga, vaya abriendo lo maría», le ordenó a aquél señalando la caja fuerte. Fue entonces cuando, a espaldas del dueño el intimidador observaba cómo hacía girar los números de la combinación secreta y el otro seguía con su limpieza, Javier se abalanzó sobre el brazo de la pistola sujetándolo con los suyos en un intento por arrebatársela. No sabe explicarlo. Un agarrarse con desesperación, un morder carne hasta gustar el sabor salado de la sangre entre los dientes, corrimientos y gritos, el aullido de una sirena golpeando el tímpano, un disparo y un caer, caer sin fin por un túnel oscuro y estrecho, es todo lo que recuerda; lo demás se lo contaron.

El atracado reaccionó rápido en un principio por ayudarle, pero a la vista de quien como compañero de aventura venía a desbaratar la acción, los dejó en busca de poder pulsar la alarma de la tienda. La estridencia de ésta no sólo alertó a la gente que por allí pasaba, sino que asustó de tal modo al desarmado y supuesto hermano que le hizo emprender la huída sorteando los intentos del propietario del negocio por evitarlo, lo cual hubiera conseguido de no ser por el ruido que un disparo producido en el forcejeo de quienes formando un solo cuerpo luchaban por dominar, le hizo volverse y desistir yendo a impedir que quien había herido se hiciese de nuevo con el control de la pistola, caída en el suelo. Con ella en la mano pudo hacerse obedecer exigiendo al mismo ladrón llamase por teléfono a la policía, pues la gente que curiosa miraba desde afuera no se atreía a entrar, además de que tampoco, de quererlo, lo hubiera podido hacer dado el sistema de apertura del local.

Dicen que, convaleciente, Javier deliraba pidiendo perdón a don Ramiro por haberse dejado sustraer la letra de cambio. No lo recuerda; pero lo que sí sabe es que cuando despertó estaba en el hospital, y a su lado, sonriente, su jefe lloraba de emoción...

–¿Le importa me siente aquí?

Ensimismado en sus recuerdos no comprende. El abuelo insiste.

–Oh, sí, desde luego. Perdone, estaba distraído –accede corriéndose a un lado para dejarle sitio.

–Sí lo poco no lo cuidamos, todavía tendremos menos –advierte el llegado señalando un banco roto y los demás manchados por algún desaprensivo con algo que, de no serlo, mucho se asemeja a excremento de animal, incluido el hombre.

Javier asiente en su parecer evitando toda referencia a posibles culpables por no quererse comprometer ante un extraño. Callan; pasa el rato. El viejo deja la cachava a un lado y saca de uno de los bolsillos de su raída chaqueta paquete de picadura y librillo. Cachazudo coge hoja y, sujeta ésta hasta que le llegue el turno por lo que de pegajoso tiene su labio inferior, lo devuelve a donde estaba. Extiende tabaco sobre la palma de la mano, el resto a su bolsillo; el papel, acanalándolo entre sus grasientos y arrugosos dedos, lo hace receptáculo del contenido de ella, y, tras liarlo todo, lo ensaliva para darle cuerpo.

–¿Gusta? –ofrece amable.

–No, gracias.

–Hace bien –(no se ha percatado del escrúpulo que la negativa tiene por esa forma de hacer cigarros)–; el fumar es un vicio inútil excepto para los que queremos ya palmarla de una dichosa vez –se duele encendiéndolo.

–¿Tan mal le trata a usted la vida?

–Según se mire. A mis años ya no quedan ganas para nada.

–¿Alguna ilusión tendrá?

–¿Ilusión? Como no sea la de ver crecer a mis nietos, no sé de otra.

–¿Tiene muchos?

–Veintitrés. Pero sólo dos están conmigo –matiza viendo en el gesto del contertulio el asombro producido por tal exceso de descendencia–; los otros marcharon hace tiempo.

–¿Lleva mucho tiempo viviendo en este barrio?

–Desde siempre.

Deja de hacer preguntas. Javier, el excelentísimo señor don Javier Rovira del Río, ha vuelto a sus orígenes de incógnito por motivos que sólo a él incumben, y teme, de seguir hablando, que a su vez quiera saber de su persona. Espera un poco para distraer el tan brusco cese de su interés y se levanta para seguir camino.

–Bueno, debo irme. Espero le sea propicio el día.

–Igualmente se lo deseo.

Alejándose, se siente mirado e indagado por ese hombre en sus recuerdos. Él ha creído reconocerlo como el padre de uno de los amigos de su tío José; pero prefiere quedarse en esto, sólo en esto: en creer. Para miserias ya tiene bastante con las de Ignacio.

A sus espaldas la plaza, sigue calle hasta un pequeño cruce. En él se detiene meditando un rato. Tuerce hacia la izquierda y, tras un corto trayecto, de nuevo en el mismo sentido, adentrándose por otra calle más estrecha donde desemboca un único callejón sin salida. El sitio es umbrío porque la proximidad entre las casas que lo limitan lo hacen tan estrecho que apenas permiten entrar al sol, aunque, también por esto, a quienes pudieran perturbar su paz. Se oye a un niño llorar tras una de las ventanas. Busca por saber si alguien mira. Nadie ve. Saca la llave, llave grande de antiguas cerraduras, y abre el portal. Entra; el mecanismo de la cuerda de apertura sigue igual. Cierra evitando todo ruido. Sube, casi tanteando, las escaleras hasta el rellano del segundo piso. Llama levemente con la aldaba. Espera un rato; nadie atiende. Vuelve a llamar más tendido. Intuye, más que ver, el sigiloso y minúsculo levantar de la mirilla.

–¿Señora Petra? –pregunta con el nombre para que le otorguen confianza.

–Sí, ¿quién es? –responden desde dentro.

–Soy yo, Javier; el sobrino de José, José del Río. ¿No se acuerda?

El descorrer de la cerradura advierte del entreabrir de una anciana que comprueba recelosa.

–¡Oh!, si es verdad –se convence acabando de abrir la puerta.

–Claro, ya se lo he dicho.

–No podía imaginármelo. Tanto tiempo.

–Sí, demasiado.

Callan y se observan sonrientes. No sabe si la impresión será recíproca, pero la suya es la de ver, instantáneamente desde el recuerdo hasta la realidad del presente, los años pasados, e imperceptibles en uno mismo por su lento discurrir, en el cuerpo de quien fue mujer madura. Las arrugas y el escaso pelo blanco, la palidez del rostro, lo encorvado del estar en pie, todo muestra la penosa imagen de su vejez.

–Pero no te quedes ahí –interrumpe ella–. Anda, pasa, y cuéntame lo que te trae.

La vivienda la sabe idéntica (a la derecha la cocina y en frente el pasillo con dos habitaciones y al final el comedor) a la que fue suya y –supone– a la de abajo; en total tres, una por planta. La sigue por el pasillo.

–¿Vive sola?

–Sí. Mi marido murió hace dos años, y Andrés ¿sabrás que se casó?

–No, no lo sabía.

–Con una chica de aquí, Mercedes, la amiga de Rosarito.

El recuerdo produce en Javier una súbita nostalgia por equiparación entre la pareja que supone feliz y la de un tiempo pasado que, creyendo en esa misma felicidad, también lo fue.

–¿Y de qué murió? –tuerce el curso de la conversación por no querer hablar de ello.

–De viejo. A nuestras edades sólo se muere de eso.

Entran en la habitación pareja a la en que vivió los primeros días de su llegada a B***, hecha en este caso cuarto de estar. No es muy grande; el mobiliario escaso: armario, mesa camilla y algunas sillas. Una única ventana deja entrar, amortiguada, la escasa luz del callejón.

–Aquí es donde hago vida –dice tomando asiento. Se disculpa–: Perdona, pero me cansa mucho estar de pie. Anda, siéntate y háblame de ti.

Cuando se fue (dos o tres años antes de lo de la huelga) no tenía el Don, sólo el contenido en ropa y otros utensilios personales de una maleta y poco más. Qué va a contarle pues, ¿que ha mejorado, que ahora es todo un ejemplo del progreso humano? Decirle esto sería ir contra las convicciones del joven idealista de aquel entonces; sería poner en evidencia su falsedad. Cómo decirle: «me he enriquecido, tengo cuanto deseé», y al mismo tiempo: «sigo creyendo en la felicidad del mundo»; cómo concordar intereses contrapuestos. No es posible, al mismo tiempo, contentar a todos; mientras unos ríen otros lloran. Esto ha tardado en comprenderlo. Lo que se recibe es dado por alguien, no surge de la nada; aunque no siempre se perciba hay otra persona, animal, planta o la misma tierra que sufre nuestro bien. Él conoce ambos mundos; en su momento dio y ahora toma. Su falsedad, el miedo de darse a conocer entre la gente de su

antiguo barrio, estriba en no querer ser el último (por ese no ser posible de la felicidad en estado puro) en dejar de dar, en gozar del bien.

–Pues ya ve –informa sin decir nada. Hace como que recapacita en lo sucedido en su vida no encontrando nada de interés–. Poco hay que contar: que ahora estoy aquí y mañana Dios sabe dónde.

–Siempre tan parco en palabras –sonríe–. Mi hijo Andrés me lo decía: «Con Javier no sabrás nunca.»

«Yo sí creo que lo sé –disiente callado con un gesto de estar en desacuerdo–, pero a veces las circunstancias obligan.»

–Erais muy buenos amigos, ¿verdad?

–Sí. Por eso he venido; quería saber de él. Como en la guía de teléfonos no aparece, supuse se habría ido.

–No; sigue viviendo aquí, aunque en mejor zona. Desde que se afilió al PARECA...

–¿Al Partido de Renovación Carismática? –interrumpe Javier para confirmarse en su sorpresa.

–Sí. Pero de esto hace años –informa como queriendo justificar la decisión de su hijo de afiliarse a este partido–; ahora trabaja en sus asuntos... Pues bien, como te estaba diciendo –retoma el hilo de la conversación–, desde entonces apenas verás su nombre por ninguna parte; es el de su mujer quien le sustituye.

–¿Y eso?

–Por la mala gente que hay por ahí. Amenazas anónimas y esas cosas; ya sabes.

–Sí –se muestra de acuerdo.

Desde luego que sí. Lo sabe por propia experiencia. La envidia hace estragos entre quienes aspiran a más. Estaba a sólo un paso de llegar a la cumbre de la dirección del Banco. Había otorgado el préstamo al PARECA sin la anuencia de su suegro y esperaba, pacientemente, que el tiempo le diera la razón. La carta, cuasi anónima (pues siempre la ha creído de Rupérez, su más conspicuo competidor), le conminaba a dejar el puesto de Director Adjunto so pena de informar a don Ramiro de lo sucedido. Él, por supuesto, se negó; no podía permitir que una amenaza diera al traste con tanto esfuerzo acumulado en su continuo ascender en el organigrama del Banco. Sin embargo, algo debía hacer para desbaratar la arti-

maña urdida. Se sinceró con su esposa. «Angelines –le dijo–, todos estamos en el mismo sitio; tu padre es quien manda y tú, a través mío, le sigues, y si nos perdemos perderemos todos.» Fue suficiente; el matrimonio no es que fuera (ni es) un modelo de amor, pero ante los seguros sufrimientos del perderse (pormenorizados por Javier con su experiencia de pobre) se hizo una piña. Cumplida la amenaza, la hija se opuso al deseo del padre de tramitar su divorcio y expulsar al yerno del Banco, advirtiéndole que, de no cejar en su empeño, con el marido se irían ella y sus hijos y se quedaría solo en su viudez de viejo.

La contraamenaza –como sabemos– tuvo su efecto, y Javier no sólo se mantuvo en su puesto sino que más tarde, por el bien de todos, hubo de hacerse cargo de la dirección general. A partir de aquí se acaban las amenazas, no porque no haya gente que envidie, sino porque les falta eso: la misma amenaza, pues cómo amenazar a quien nadie puede castigar. La soledad del mando, suele oponerse como contrapartida a tan alto poder; y sí, es cierto, en la cúspide se está muy solo, tanto que a veces duele el corazón; «pero la prefiero –se dice– a estar sujeto a la voluntad de otros».

–¿Cómo dices?

–No, nada –vuelve en sí–; pensaba en mis cosas.

La anciana ríe alegre, y adivinando su causa también Javier, por la evidencia que reafirma su anterior opinión.

–Sí, tal vez tenga razón –admite–; el pensamiento me juega a veces malas pasadas.

–Sin embargo a tu tío no se las jugaba –opina ella–. Qué irresponsable era. Bueno, tú lo sabrás mejor que yo. Te mete en problemas y luego ahí te quedas.

–¿Lo dice por lo de la joyería? –(La ve afirmar con la cabeza.)– Me condenaron a un año, y pude haber sido absuelto si hubiera declarado en mi favor; pero desde aquel día dejé de saber de él.

–Mi marido sí lo supo –bisbisea cabizbaja.

Nuestra sorpresa es grande porque cuando éste vino a verlo al hospital le dijo lo contrario, y lo mismo a la policía que no pudo dar con su paradero.

La señora Petra rehuye su mirada inquiriendo al respecto; se agita nerviosa.

–No sé si debería –duda entre callar o seguir hablando–. La situación era difícil, y al fin y al cabo tú eras joven.

Hace pausa. Parece querer asegurarse, de decidirse a explicar lo sucedido, que el perdón impedirá todo tipo de represalias.

–No se preocupe –se lo da Javier–; sea lo que fuere ya ha pasado.

–Ha pasado –repite ella con cierto deje de melancolía. Rememora–: Andrés, mi marido –lo diferencia del hijo con el mismo nombre–, era el tercero de siete hermanos; nacieron, al igual que yo, en este barrio, pero esto no quita para que no tuvieran sus aspiraciones, (yo siempre he sido más sumisa). Buscando darles cumplimiento, los dos mayores emigraron... –recapacita– ahora no recuerdo adonde; pero bueno, sea a donde fuera, lo cierto es que él también lo hubiera hecho de no ser por mí, que me negaba a acompañarle. (Hoy es el día en que sigo preguntándome si no me equivoqué.) Nos casamos y vinimos a vivir a esta casa; no creas, desde según sales del callejón hacia la derecha –detalla haciendo ver en la proximidad una misma situación de indigencia–. Mi Andrés era bueno trabajando, y creo que habiéramos podido mejorar si no llega a ser por lo del accidente. Me lo trajeron una tarde casi desfallecido; se había caído del andamio donde trabajaba como peón de albañil. En un principio no le dimos importancia; su pierna herida tardaba en curar, pero creíamos era por la humedad de la casa.

–¿Y por qué no lo llevaron al Seguro? –pregunta Javier por lo que debería haberse hecho y no se hizo.

–Porque estaba sin papeles. Entre él y el patrón lo habían acordado así, y éste nos recomendó no llevarlo. Luego sí lo hicimos; pero ya era tarde y tuvieron que amputársela.

–¿Le indemnizarían?

–Bien; ni una perra. Hubo juicio, eso sí; pero como el acuerdo fue mutuo y el otro llevaba su buen abogado, la cosa quedó en nada.

Ambos callan: Javier esperando continúe, y ella –quizás– por el remordimiento de supuestas culpabilidades. Repuesta de lo que haya sido, prosigue:

–Pepe ya vivía en el tercero cuando ocurrió esto, y no creas, también él se trampeaba como podía; lo que ocurre es que, como sabes –(Javier asiente pensando se trata del trampear)–, lo suyo eran las carteras en el Metro –(se da

cuenta de su error)–. De vez en cuando topaba con alguna bien cargada, y hala: a disfrutarlo, «que la vida sólo se vive una vez», como solía decir. Pero nosotros éramos tres, y yo quería que Andresico estudiara. Me puse a hacer faenas, y mi hombre, con su pata de palo, a cuanto pudiera sacarle un duro. No puedo decirte que pasáramos hambre; no, esto no; nuestro plato, aunque fuera de acelgas, siempre estuvo lleno; pero lo demás –se duele– se nos hacía difícil. En esto llegas tú, con una pinta (no te enfades) si la nuestra pobre la tuya miserable, y nos decimos: «a perro flaco todo son pulgas»; pero mira por dónde, pasa el tiempo y la pulga sostiene al perro..., al perro de tu tío –sentencia segura–. Se lo propuso a mi marido y se negó. Entonces va y se lo cuenta a Anselmo, y éste a los otros. Total: todo lo que tú ya sabes.

–Sí –confirma Javier–, pero no veo qué tenga que ver.

–Hasta aquí nada, desde luego; pero a partir de ahora ya verás.

»De los otros, uno era Joaquín (el más joven –detalla para que lo identifique–). Huyendo de la joyería vino hasta donde tenía que venir, o sea, la guarida del perro; pero al no encontrarlo bajó a nuestro piso. «Joaquín –le dijimos– ¿qué tú por aquí?» Nos extrañaba verlo a las horas en que todo el mundo está comiendo en casa. Su padre, pensé, lo ha echado; porque Joaquín de pequeño era un verdadero diablo. Ahora no, ha cambiado. Fíjate si será bueno que de vez en cuando viene a verme, y hablamos, y hasta nos reímos recordando esto... –(el ceño de Javier le advierte de la poca gracia que a él le hace)–; bueno, no por ti –reconsidera– sino por lo que a nosotros toca. Traía un saquete lleno de relojes, sortijas, de todo había allí. Entonces va Andrés y le dice... ¿Te lo digo? –se interrumpe preguntando a quien expectante escucha.

–Sí, venga ya; dígalo –le apremia irritado éste.

–Sobrino –alza la voz dejando bien en claro el parentesco–, esto tú lo has robado.

Normal –me digo–, puestos a elegir entre sobrinos se quedan con el suyo; y a continuación, a poco que lo medito, me doy cuenta que la cosa sigue estando poco clara. Javier, aunque no sabía del parentesco, no da muestras de sorpresa, porque en toda familia hay ovejas negras, y las blancas no tienen por qué cargar con la culpa de ellas. Razón esta de que no pregunte en la espera de la señora Petra de que sí lo haga.

–Es el mayor del quinto hermano –prosigue decepcionada por el nulo efecto de su entramado escénico acerca del grado de consanguinidad–. (Tú no lo conoces porque vive en otro barrio.) Daba pena; si lo hubieras visto, también a ti te la hubiera dado –se justifica con quien sabe fue la víctima–. Arrepentido nos dio el saquete para que hiciéramos con él lo que quisiéramos. Mi marido lo guardó bien guardado y le mandó se fuera a casa a la espera de decidir lo conveniente. Y en esto, ya de noche y mientras Andresico y yo dormíamos, Andrés oye a tu tío subir a tienta las escaleras. Abre la puerta y la luz del piso ilumina la oscuridad donde se mueve; del susto a punto está de caerse al suelo. En su mirada, de culpa y miedo, intuye conoce de tu muerte (en aquellos momentos supuesta por todos). Viene, huyendo, para coger sus cosas y seguir huyendo. Le habla de Joaquín, pero no de lo robado; y hace causa con la suya de que tiene que irse de la ciudad. «¿Dinero?» «El justo para coger el tren», responde. Le da algo más y casi llora de emoción. «Corre, no te entretengas; la policía puede llegar en cualquier momento», le apresura. Se despiden: agradecido él; mi hombre avergonzado.

–No sé por qué –interrumpe Javier–. Para vergüenza la suya.

Quien conoce de lo ocurrido y cuenta, sonrío comprensiva –parece ser– por lo infundado de tal apreciación.

–No –se sincera–, la nuestra. Lo conveniente fue acordado entre los dos hermanos: Joaquín se entregaría voluntariamente a la justicia y devolvería los joyas, aunque sólo en parte. Del resto (a repartir en dos mitades) se alegó su pérdida en la huida, cosa no del todo falsa, porque de las que se cayeron durante aquélla, algunas fueron encontradas, pero otras realmente se perdieron.

Comprendido; ahora sí. Lo sucedido se resume en el popular dicho: «quien roba a un ladrón cien años tiene de perdón», y muchos más –añado yo– si no delata al que fue el ladrón. Y Andrés hizo ambas cosas.

–Nunca quiso hablarnos del destino de su tren. «Se fue –decía él–, y eso es todo. Si algún día quiere volverá.»

Han pasado muchos años para pensar que lo haya hecho; pero aunque así fuera, qué nos importa a nosotros el mal nacido ese. Javier siente rabia –¡sí, Señor!–, casi odio contra quienes causan sufrimiento. Y éstos están en todos los estratos sociales, por mucho que se empeñen los políticos de uno y otro bando

en decir que no. Los hay ricos (ha conocido a muchos), pero también pobres como Andrés, su tío y un largo etcétera que llegado el momento no dudan en destrozar, hacer sufrir.

–¡Y qué se cree –la recrimina resentido–, ¿que para mí fueron tiempos felices?! No, ni mucho menos; la pulga las estaba pasando de Caín. Pero, claro, qué les importaba a ustedes. Había que vivir y a ser posible mejor que antes. Si para ello a este primo lo encarcelaban, pues qué se le va a hacer, alguien tiene que pagar.

La violencia de sus gestos denotan un estado de ánimo a punto de estallar. La mujer se asusta y hace intentos por levantarse. De ser el marido, o su tío, le abofetearía para hacerle conocer todo el mal que él sufrió. Qué ingenuo, pensar cuando ha llegado pudieran recriminarle, de saber su actual poder, su falsedad por no ayudarles. «Que lo hagan si se atreven y verán de qué soy capaz.»

–¡Hipócritas! –acusa dando voz al pensamiento.

Ella, a punto de caerse de la silla en sus esfuerzos por huir, se convence de la imposibilidad de hacerlo y se abandona, aterrada, al castigo que quien no tuvo culpa quiera infligirle. Éste ve su ancianidad, su miedo; recuerda la promesa del perdón y, poco a poco, se serena ante lo que –acepta– ya no tiene remedio.

–No se preocupe –la tranquiliza–, que no voy a hacerle nada. Aún me queda dignidad.

Duda entre si irse, y mandarlo todo a la mierda, o seguir intentando sacar algo en claro sobre Ignacio. Es a su hijo Andrés a quien ha venido a preguntar. Ni él, ni su madre, ni nadie del barrio saben de su vida desde que pasó, camino de la cárcel, a recoger sus pertenencias. Ésta es una historia que a ninguno de ellos interesa; la anterior sí.

–Bueno, a lo que he venido –se decide por continuar–. Tengo un amigo que antes de morir me pidió le hiciera un favor, pero por circunstancias que no vienen ahora al caso, desconozco donde vive su familia y quisiera dar con su paradero.

La señora Petra lo mira con recelo sin atreverse a decir esta boca es mía.

–Vamos, mujer, no se me ponga así. Perdóneme.

–No, si lo comprendo –se reanima viendo recobrada la mansedumbre de quien ha creído la iba a pegar. Se justifica–: Cuando me enteré ya estaba hecho, y no era cuestión de denunciar a mi propio hombre.

–Es normal... Pero, bien, a lo que iba: Este amigo creo lo conoce alguien que a su vez es conocido por su hijo.

–¿Y dices que se llama?

–Lo de menos es su nombre, pues ya le digo que ninguno de ustedes lo conoce. De lo que se trata es de saber cuánto tiempo siguió Andrés en la Organización desde que yo me fui.

–Teniendo en cuenta que su entrada en el PARECA fue poco después de morir el Dictador, yo calculo sería por entonces cuando la dejó. Muy segura no estoy; pero sí –calcula mentalmente–, dos o tres años sí estaría.

–Dos o tres años –repite pensativo Javier–. Lo que suponía: theta contactó con él.

–¿Teta? –pregunta ella pensando en una de su especie de dudosa reputación.

–Sí, theta; con hache en medio. Es una del alfabeto griego.

–¡Ah! –cree comprender–, ya me extrañaba... ¿Y qué se trae una griega con mi Andrés?

Javier se deja llevar por la risa viendo la confusión que en la anciana causa el significado de sus palabras con un supuesto amor adúltero del hijo.

–Theta era una más de las células de la Organización –le explica–. Usted de esto no sabe; ni siquiera su propio hijo hasta que yo se lo dije.

Ella guarda silencio como cavilando sobre la relación que puede haber entre las células con las griegas y éstas con las tetas. El otro sonrío compasivo y se decide a explicárselo, porque al fin y al cabo ya no tiene importancia que se sepa, además de que –tal vez– con ello consiga refrescarle la memoria sobre cosas que pudieran serle de utilidad.

–Entonces no era como ahora donde la gente despótica lo que quiere sin que nadie le diga nada; no, a la mínima te trincaban y había que ir con ojo. Usted ya lo sabe.

–Sí –confirma–; los que os metáis en política lo pasabais crudo.

–La Organización se componía de células (como los eslabones de una cadena –aclara–), y cada célula la formaban el responsable político y dos o tres acompañantes. (La nuestra la componíamos su hijo Andrés, el hermano de Rosario: Ricardo, y yo.) De la estructura organizativa, el responsable, y sólo él, de cada célula (en la nuestra era yo) conocía a los responsables de las células, o sea, eslabones, anterior y posterior; de este modo si alguno de estos responsables era detenido por la policía y cantaba, sólo ponía en aprieto a las células contiguas, pues, a parte de los acompañantes de su propia célula (si no huidos, detenidos con él), no sabía nada más...; bueno, sí –recuerda– las claves secretas; pero esto no comprometía por el momento a ningún compañero, porque eran eso: secretas. Ya le explicaré –la indica ante un gesto suyo de incompreensión.

»Esos responsables políticos de las células contiguas a la descubierta, pasaban a estar (en nuestro argot) contaminados, pues al saber de ellos la policía debían ocultarse y alejarse lo más rápido posible de la Organización, traspasando sus conocimientos de responsable, o sea, el nombre del responsable de la célula contigua todavía activa, la plica de la clave y la suya propia, a uno de los acompañantes de célula, que pasaba a ser el nuevo responsable, ahora sí, desconocido por aquélla, es decir, la policía. Sin embargo, la cadena continuaba estando rota por el eslabón detenido y urgía volverla a unir. Era el momento de utilizar las claves secretas.

»La clave secreta consistía en una frase (por ejemplo: «si me quieres ven aquí») con algún tipo de originalidad que la protegiese contra copias casuales (en la antedicha podía ser sustituir las cus por kas: «si me kieres ven akí», que suena lo mismo). De este modo dos compañeros que no se conocían personalmente, pero sí la clave, podían entrar en contacto. ¿El medio?: un anuncio en el periódico, una pintada en la pared, cualquier cosa que pudiera ser vista por el nuevo responsable del eslabón a contactar, pues cada responsable, llegado el caso, al abrir la plica era sabedor, además de la clave, de en qué zona operaba subrepticamente la célula emisora de esa clave. Como es fácil de suponer, excepto en el último y primer eslabón, dos eran las claves en posesión de cada célula: una por cada lado de la cadena saltando al eslabón contiguo.

»Para evitar confusiones cada célula se numeraba desde el uno en adelante. Si, por ejemplo, la detenida era la cinco, los responsables de la cuatro y de la

seis, como ya le he dicho, desaparecían tras nombrar a los nuevos responsables, y era el nuevo de la cuatro a quien correspondía hacer uso de la clave en plica para contactar con el nuevo de la seis. Por último, ese nuevo responsable de la seis y el responsable de la siete debían invalidar las claves contaminadas y hacer llegar, a través de la cadena restaurada y en plica para no dejar de ser secretas en el trayecto, las nuevas claves al responsable de la tres y al nuevo de la cuatro, respectivamente; tras lo cual la cadena se volvía a numerar.

Después de tan minuciosa explicación, la pobre mujer está –como suele decirse– con los plomos fundidos, y ni siquiera se molesta en hacer preguntas. No obstante Javier, aunque se da cuenta de ello, prosigue porque –cree– lo que falta por contar no es tan enrevesado.

–Una, por tanto (de ser células intermedias), era la clave encerrada en plica y desconocida por el responsable en cuestión, pues la otra la conocía por ser él mismo el autor.

»En mi caso, yo supe de esa clave por una falsa alarma de un compañero (responsable de su célula) al que detuvieron durante unos días (después supimos) por motivos ajenos a la Organización, pero que en los primeros momentos nos llevó a creer lo contrario y poner en marcha el proceso de oclusión a la policía.

»El nuevo responsable con el que Andrés (en quien yo pensaba para que me sustituyera) habría tenido que contactar, supuesto que dicho compañero hubiera realmente roto la cadena, operaba en el distrito universitario, y su frase era: «ésta es tu theta», con hache intercalada.

»Sí, ya sé –se disculpa con la señora Petra de lo que sabe es sólo propia inculpación–. Debería haberle entregado a su hijo la plica sin más, y que él se encargara de abrirla; pero por una de esas cosas raras que de vez en cuando uno hace –(yo más bien me inclino a creer lo hizo por su defecto innato a desconfiar de todo)–, la abrí yo. Por esto cuando años más tarde, y ya separado de la Organización, vi en el tablón de anuncios de la Facultad la susodicha frase, supe que entre los estudiantes había una célula con la que Andrés (según me ha confirmado usted antes, todavía en la Organización como el nuevo responsable a quien yo dejé cuando me encarcelaron) quería contactar, y si no él –reconsidera– alguno de sus acompañantes.

»Y esto es todo. He venido para saber del responsable de esta célula, pues estoy seguro conocía al amigo del que le he hablado.

El silencio es mutuo: él porque espera de ella alguna aportación sobre lo dicho, ella porque –estoy seguro– piensa de él que es un obseso de las tetas. En este estado se aperciben de que la luz de en donde están, escasa antes por lo escasa del callejón, es ahora casi oscuridad por estar anocheciendo afuera.

–Deberíamos encender la luz –dicen al mismo tiempo, y sorprendidos ríen la coincidencia.

Es Javier quien la enciende. Al irse a sentar de nuevo, ella le indica que baje la persiana de la ventana para evitar el fisgoneo, atraídos por la mayor claridad, de los vecinos de enfrente. Al hacerlo ve a una pareja, supone de novios, advertidos de su presencia ocultarse en el portal de la casa de al lado. Sonríe. Por semejanza recuerda a Rosario, bien sujeta entre sus brazos, resistirse sin ganas a sus caricias por miedo a ser vistos. Eran tiempos de juventud, años en los que el macho busca desesperadamente a la hembra; y él estaba solo, muy solo, y precisaba una a su lado. De todas, la chica del quiosco era la suya. Lo supo desde el primer momento; embelesado por la dulzura de su mirada, por su sencillez, por su simpatía hablándole de callejas por las que voluntariamente se perdía para seguir gozando de ella. Sin embargo, tuvo que esperar a decírselo porque no quería supiera de su pedir limosna, de su engañar para poder comer, de sus hurtos aquí y allá. Fueron meses donde las miradas primaron sobre las palabras, donde preguntó a otros hasta conocer su nombre: Rosario Bitrian Soler, donde le mandó sin remite –(«cursilería de enamorado», piensa)– un ramo de flores.

–Pues dudo pueda decirte algo –interrumpe la señora Petra–. Mi hijo de cuestiones de la Organización me ha hablado poco.

–Algo sabrá; aunque sólo sea quién ocupó mi ausencia. Ya le digo que era requisito para formar célula un mínimo de tres miembros, y si por las circunstancias de que le he hablado, u otras cualesquiera (como cuando yo me fui), el número se reducía, el responsable político quedaba obligado a buscar acompañante a la mayor brevedad posible, so pena de disolver la célula; cosa que sabemos no ocurrió con la nuestra.

So pena, subrepticamente, argot, plica, susodicha, oclusión a la policía...;

la anciana no entiende del significado de éstas y otras muchas palabras, pero sabe que quienes las emplean demuestran no ser del montón. Y Javier no debe serlo actualmente, pues las emplea. El sencillo traje que viste no es prueba suficiente para desmentirla, puede ser debido a múltiples causas; lo importante es el yo, lo que forma parte de uno mismo: expresión en el habla, manos finas y bien cuidadas, semblante rubicundo.

–Quizás fuera alguien del barrio; alguien que frecuentaba la amistad de Andrés, o la de Ricardo.

–No, la de Ricardo sí que no.

–¿Por qué?

–Porque murió al poco de irte tú.

De nuevo nos sorprende. Esta mujer –tal vez por naturaleza– es una caja de sorpresas. Antes ha sido con lo del verdadero responsable de su año en cárcel; ¿y ahora? Casi da miedo preguntarle.

–¿No lo sabías? –(En su gesto ve que no.)– Pues fue muy comentado; incluso hablaron de ello en los periódicos. Es una historia de ésas de novela negra donde el asesino al final resulta que es de la familia.

Vuelta al misterio. Está visto que es lo suyo. Habrá que sobreponerse al miedo y preguntar, si no quieres nos quedemos con la comezón de no saber lo que pasó.

–¿Y qué ocurrió? –pregunta él.

–Lo que ocurre donde no hay harina: que todo es mohína, y sobre todo entre quienes han conocido el buen comer. Como supongo sabes era la clásica familia venida a menos. Llegaron al barrio al poco de morir la madre; según cuentan de posición elevada. Él no; pero dudo le importara a ella siendo como era, recordarás, un tipazo de hombre.

Hay que echarle imaginación a esto de los gustos. Mira que llamar tipazo al tipejo ese. Por suerte sus hijos no se le parecían. Cuando se enteró que Javier salía con su hija, le para un día por la calle y le dice: «Sepa que quien aspire a tenerme a mí por suegro –(siempre con su complejo del primero yo)– deberá aportar buena dote.» Por lo visto, después de arruinar a la mujer le quedaba la esperanza de recuperarse a través del futuro yerno.

–Rosario de la época de esplendor recordaba poco porque era muy

pequeña; pero Ricardo sí, que vio cómo los dineros menguaban hasta ser nada cuando falleció la madre. Por causa de esto –(«y de caracteres contrapuestos», piensa Javier)– las trifulcas con el padre eran continuas; incluso hay quien asegura haberlos visto enzarzarse con las manos. Todo debió influir: las peleas, la mala situación de los monises, el saberse culpable... Lo cierto es que empezó a frecuentar las tabernas y a empinar el codo. Tenías que haberlo visto; parecía no ser él mismo. Todos nos dábamos cuenta que la muerte le rondaba, pero nadie de ese modo...

Hace la ya, por habitual, conocida pausa de suspense, y prosigue:

–... con una vulgar maceta de geranios.

–¿Cómo?

–Como lo oyes. Con un tiesto caído de un tercero mientras borracho intentaba, una noche a altas horas, introducir la llave en la cerradura del portal de su casa. Cae preciso, sin un milímetro de error en el camino, destrozándole el cráneo. A la mañana siguiente, cuando lo encontraron, aunque todavía vivo, eran tantas las horas transcurridas desde el golpe que falleció al poco de ingresarlo en Urgencias. La opinión general habló de un desgraciado y sin culpa accidente, pero la compañía aseguradora de la póliza a todo riesgo, suscrita por el muerto meses atrás, quiso asegurarse de que era así antes de proceder al pago de la indemnización a los hijos, e inició las comprobaciones oportunas.

»Acuden al lugar de los hechos. La casa, como sabes, al igual que ésta posee un pequeño local en la planta baja y tres pisos, uno por planta. La víctima, inquilino del primero y del local, vivía con sus hijos y de los pocos ingresos que da el quiosco; el segundo lo ocupa un matrimonio sin hijos ya mayor, y el tercero esta desocupado. Llaman al dueño (las llaves las tiene él) y suben a tratar de comprender las razones que originaron la fatal caída de la maceta. Como ya saben por haberlo visto desde la calle, de las dos ventanas una está justo encima del portal; ahora bien, la huella de donde estaba la maceta no coincide con la vertical de la cerradura, de donde deducen que junto a la fuerza de caída actuó otra, quizás, de siniestras intenciones. Buscan los restos rotos del tiesto, y, aunque no con todos, dan con algunos. Los mandan a analizar; entre otras huellas están las de Ricardo. Le preguntan por el motivo, y dice que debió ser al recogerlos. «No es posible –responden–; las de quien hizo tal trabajo están

identificadas.» «Pues serán de cuando subía al piso a ver a los últimos inquilinos», se defiende el acusado. «Y cómo entonces no están también las de ellos.» Como no encuentra razón, les grita si le están llamando asesino. Ni se molestan en desmentirle; días más tarde la policía le detuvo.

»En comisaría, hoy lo ingresan por la mañana y por la noche se suicida ahorcándose en el calabozo donde estaba detenido, según contaron, con la sábana del catre sujeta a uno de los barrotes del ventano.

La sorpresa, excepto en un principio invariante por las nuevas aportaciones que la narradora ha ido dando acerca de lo sucedido, ha mudado en Javier hasta ser amargura de la que su sensibilidad y yo le decimos debió sentir su amigo Ricardo para decidirse a abandonar este mundo; y poco después, en la meditación, la amplía a la tristeza de la hermana abandonada. Casi con lágrimas en los ojos, pregunta por su suerte.

–Rosario se marchó al poco tiempo, y desde entonces no he vuelto a saber de ella.

La señora Petra –creo– podría extenderse en detalles y suposiciones de lo ocurrido, pero viendo el abatimiento causado por sus palabras, prefiere dejarlo donde está y volver al motivo de la visita.

–Mi hijo amigos siempre ha tenido muchos; por eso me es imposible decirte si era éste o aquél quienes junto a él, como tú dices, formaban célula. Pero hay algo que sí recuerdo, y fue poco antes de la muerte del Dictador.

Javier hace esfuerzos por rehacerse en su anterior estado anímico y presta atención a lo que pudiera ayudarle en su búsqueda.

–Vino un día a casa una mujer, calculo yo de unos treinta años, preguntando por Andrés. Vestía muy sencilla, pero esto no era suficiente para ocultar (casi diría que la ensalzaba más) su belleza. La verdad, pensando se trataba de mi marido sentí celos y me puse en guardia. Le pregunté con malos modos que qué quería de él. «Cosas nuestras», me respondió evasiva. Creyendo que lo mejor sería estar yo presente en esas cosas para poder juzgar (y castigar más tarde) lo habido entre mi hombre y ella, cambié de táctica mostrándome más amable y ofreciéndole el piso para que le esperase. Durante la espera apenas cruzamos palabra, pero empecé a darme cuenta de lo absurdo de mis temores de cornuda, no sólo por la diferencia de edad que había entre ambos, sino también

porque dudo que un cojo tenga capacidad de seducción. Cuando llegado Andrés le habló de la Organización, sólo sabía lo que yo: que nuestro hijo militaba en ella, pero nada más. Entonces los tres caímos en la cuenta de que era con Andre-sico con quien quería hablar; en un principio ignorado porque nunca antes se habían visto.

»Con mi hijo ya en medio, supimos de su interés por encontrarle. Se trataba de querer saber si estaríamos dispuestos a albergar en el secreto de nuestra casa a un buscado por la policía, hasta tanto ellos daban con la forma de sacarlo clandestinamente del país. Como las razones de tal búsqueda eran políticas y nada que ver con la delincuencia –(«mira quién fue a hablar», censura mentalmente quien se recuerda víctima del robo de la joyería)–, accedimos enseguida sin poner reparos.

»Aquella misma noche, de madrugada, llegó el perseguido acompañado por la joven. Hechas las presentaciones (por razones de seguridad se nos ocultó su verdadero nombre a cambio del de Profesor), ella nos dejó con la promesa de volver cuando llegase el momento de la huida, cosa que no hizo, porque fue mi propio Andrés quien, recibiendo órdenes de la Organización, le acompañó hasta donde le dijeron debía ir.

Calla como dando por finalizada la explicación. Javier, pensando que el nombre de Profesor algo pueda tener que ver con el ejercicio de la profesión, se interesa por su aspecto.

–Aunque aparentaba más edad por lo escaso de su pelo, yo le calculo aproximadamente la de ella; con gafas y barba en forma de perilla. Me hacía gracia oírle hablar porque tenía dificultades de pronunciación con las erres. Así resultaba, por ejemplo, que nuestro hijo era su cago amigo. Nos llevo tiempo averiguar que no se trataba de un insulto, sino que era de su defecto cagarse en quien amaba, pues, según nos enseñó en el diccionario, esto significa caro.

Ríen la gracia de la anécdota; ella más que él, todavía afectado por lo sabido de Rosario.

–Y poco más puedo decir –prosigue la anciana tras breve pausa–; que, salvo eso de la erre, se expresaba como tú y sus manos tampoco parecían acostumbradas al trabajo duro.

–¿Como yo? –se sorprende el aludido.

–Sí, como tú. ¿Porque no querrás hacerme creer que durante estos años te has limitado a no hacer nada? Desde que has llegado no has soltado prenda; pero no pienses que me engañas, picarón, que ya veo que las cosas no te han ido del todo mal.

–Psché; no crea, también he tenido mis problemas. Lo que pasa es que quien se acostumbra a vivir con nada, con algo tiene mucho.

La mirada de la señora Petra busca, adentrándose por la pupila de él, la verdad, pero ésta, no queriéndose dar a conocer, le cierra el paso mirando hacia otra parte. La intenta distraer llevándola de nuevo a su terreno.

–Y la mujer, ¿recuerda cómo se llamaba?

–Carmen. Y por suerte no volvió, porque si lo llega a hacer me quedo sin mis dos hombres. Tú no sabes la cantidad de tonterías que hicieron por simpatizar con ella mientras estuvo con nosotros. En mi hijo todavía cabe, porque al fin y al cabo estaba en el ardor de la juventud; pero él –señala un retrato del marido colgado de la pared–, qué poca vergüenza, casado y a su edad.

El nombre de Carmen, creída su Carmenchu, produce en Javier –como eficaz elixir de amor– el efecto de transmutar el recuerdo del tranquilo por Rosario en el del apasionado por la otra. En este estado es incapaz de razonar con lógica y no piensa en lo inconsistente de tal creencia por la diferencia de edad. Quiere saber más de ella.

–Rubia, aunque no mucho; con ojos verdes, y una carita de humildad que se hacía perdonar su pecado de ser tan bonita.

«No cabe duda; es la mía», se dice el enamorado.

–... Debía de estar casada, porque mientras hablaba con mis hombres era frecuente en ella tocar con su otra mano el anillo en el dedo de comprometida, como dándoles a entender su estado para que no se llevasen a engaño.

Es ahora, al oír lo del anillo, cuando su cerebro entra en acción. La Carmen que él conoce era por entonces quinceañera y –juraría– tan virginal como una paloma; ¿en cambio ésta?, dice que era treintona y, al parecer, casada.

–No, no debe ser la misma –admite mostrando en su decir todavía una cierta duda.

La anciana lo mira tal indicando que si no se explica más en nada podrá ayudarle. Él se da cuenta e intenta justificar su negativa a querer hablar:

–Nada, no tiene importancia. Por un momento he pensado se trataba de una Carmen que yo conozco.

Haces bien. Esta gente es así: mucho querer saber, pero sólo por curiosidad o porque intuyen algo bueno para ellos, pues cuando en el conocimiento ven problemas a compartir, te dejan con la palabra en la boca. Ya has visto, has venido al barrio censurándote de falsedad, y al final ¿qué?, resulta que los falsos fueron ellos al negarse a decirle al Juez lo del robo. No te lames a engaño. Si le dices la verdad la noticia correrá como la pólvora y aparecerán amigos hasta debajo de las piedras (recuerda el otro día en el entierro con el hijo de Manuel); pero cuidado no te niegues a darles gusto que verás lo que es bueno: el amor se transformará en odio y si pueden te hundir otra vez en la miseria. Ya te lo tengo dicho: prudencia, Javier, sobre todo prudencia. Con los humildes no presumas; y con los que no lo son, diles: ¡Andad con ojo!, que aquí estoy yo.

–¿Me lo querrás decir? –insiste ella.

–Bah; ya le digo que no tiene importancia...

«Lo mejor será ir a ver a Andrés; él seguro sabe de todo esto y mucho más. Me presento un día de éstos en su casa y hablamos tranquilamente. Gusta de vez en cuando recordar los viejos tiempos.»

–Cuanta razón tenía mi hijo: «Con Javier no sabrás nunca.»

«Y dale. ¿Si pensará que yo lo sé?»

Al atardecer.

–Tu madre me la dio. Fui al barrio pensando encontrarte allí, y me dijo donde ahora vives.

Quien tiene en frente no acaba de creerse que Javier sea el Javier de entonces; y desde luego que no lo es, como tampoco él aquel Andrés. Para bien o para mal ambos han cambiado; lentamente, cada día, en sus cuerpos, en sus formas de pensar, en sus mil y un aspectos desconocidos. «Porque qué es la vida –(yo en esto estoy de acuerdo)–, sino un continuo cambio en eso que se llama Yo.» Cuando estaban juntos, el tiempo transcurrido desde un dejar de verse hasta volverse a ver era tan pequeño que dichos cambios no impedían el posterior reconocimiento; pero ahora, veintitantos años después, son tantos y tan grandes que precisan de la ayuda del recuerdo.

–Te creía más delgado y sin tantas canas.

–Y yo a ti sin gafas y con todo el pelo –se desquita Javier en lo que interpreta insinuación de su envejecimiento.

El encuentro ha sido bastante ajeno a lo esperado. No ha habido abrazos ni otras muestras de sentimientos recobrados. «Usted dirá», le ha dicho al abrir

la puerta. Javier ha vuelto a mirar el número del piso pensando se había equivocado; pero no, era éste. «¿Vive aquí Andrés Liñan Crespo?», ha preguntado. «Sí; soy yo.» La sorpresa de ver lo que no esperaba ha producido en él tal desconcierto que ha obligado al otro a tomar la iniciativa interesándose por el motivo de la pregunta. Se ha dado a conocer; y el fenómeno se ha vuelto a producir pero a la inversa. Incluso, una vez instalados en el comedor, han tenido que reconvenirse del usted para empezar a tutearse. Todo —como explica Andrés— por causa de eso que se llama Yo.

—Es algo que siempre me ha intrigado. ¿Quién soy?, me pregunto mirándome en el espejo; y me veo, como tú dices, con gafas y casi calvo, pero yo me sigo sabiendo yo. No puede ser de otro modo porque a poco que lo meditas te das cuenta que Yo somos todo cuanto existe, ha existido y no creo exagerar si digo: existirá.

Javier se repantiga en su sillón sabedor, por experiencia de cuando eran jóvenes, va a ser un oírle hablar monótono, un ir cayendo, suavemente, en placentero estado de somnolencia, un bostezar irreprimible que cuando esté a punto de hacerse sueño será impedido por la pregunta, en gran medida irritada, de: ¡Javier, ¿me escuchas?!

—... Esto que yo me sé, o tú te sabes, no sólo depende de mí o de ti, también de nuestros antepasados y de quienes nos rodean. Figúrate lo diferente que hubieras sido si recién nacido te llevan a la Cochinchina —(«sigue con su predilección por el Lejano Oriente», piensa el trasladado)—; físicamente seguirías siendo igual, ¿pero en tu forma de pensar y de actuar?; qué me dices. Nada, serías completamente otro; y todo por qué, pues porque la gente que te habría rodeado no es la misma. Idem ocurre con nuestros antepasados; de lo que ellos hicieron depende en gran medida lo que somos ahora: los matrimonios que permitieron los nacimientos hasta llegar al nuestro, los avances tecnológicos sustentados cada uno en los anteriores, y yo qué sé cuantas cosas. Fíjate si es así que hasta la galaxia más remota influye en cómo somos. ¿Por qué?, me preguntarás. Pues muy sencillo, porque su movimiento determina, directamente o a través de otras, el de nuestra Vía Láctea, en la cual está el Sol que calienta a la Tierra y da vida a cuanto hay en ella.

Hace un alto en sus reflexiones, por su gesto, satisfecho de en cuanto cree.
Continúa:

–Pero aún hay más. No se trata sólo de un soy como soy porque lo demás es como es y el pasado fue como fue, sino también de esto por lo primero, o sea, lo demás es como es y el futuro será como será porque yo soy como soy...

Ahora comprendo de dónde le vinieron a Javier (y por inmanencia también a mí) las ideas aquellas mientras contemplando a través del ventanal el anochecer de B*** esperaba saliera Carmen de la habitación donde agonizaba Ignacio, o las de cuando llegado al barrio tuvo remordimientos de falsedad: de esta forma de pensar de Andrés, si no recuerdo mal, ya manifestada cuando andaban en la Organización. Para que luego digan que la verdad no siempre se impone; aunque sea dormitando, disiento yo.

–... Cada acto, por insignificante que sea, deja marca en la memoria del Cosmos. El de ése que al pasar tira la colilla provocando un incendio; el de la mosca impertinente que distrae al conductor haciéndole chocar contra otro vehículo; el de... ¡Javier, ¿me escuchas?!

–¿Eh...? Ah, sí.

–Joder; y pensar que he dudado de que fueras tú. Contigo no se sabe nunca –se queja al darse cuenta del despiste de su auditor.

–No es verdad –el identificado se resiste a la siempre misma acusación. Intenta justificarse–: Lo que pasa es que me parece un despropósito esto de la mosca. Si me dijeras que influye en cómo es el lagarto que se las come, pues vale, podría estar de acuerdo; ¿pero en nosotros?

–Es un ejemplo nada más. Lo que trato de decir es que Yo es todo el pasado en el presente caminando hacia el futuro; siempre él mismo, siempre distinto en su caminar. Como una caldera de vapor donde las burbujas (nuestros yos privados) surgen, se agrandan y explotan presionadas entre ellas y sustentadas por todo el proceso (el Yo global) en ebullición, y donde nada puede dejar de ser lo que es: agua en estado líquido o gaseoso... Desde la yerba comida por los herbívoros hasta éstos por los carnívoros, es una cadena donde cada eslabón depende de los otros.

Mira qué oportuno; justo va a parar a lo que ha venido: saber si theta contactó con él.

–Ya que lo mencionas –ahora sí muestra interés Javier–; supongo recordarás nuestros días en la Organización.

–Cómo olvidarlos –se percibe en el deje melancólico de quien recuerda, mucho de añoranza.

–¿Y también por qué te hice responsable de nuestra célula?

La pregunta tiene su malicia porque pretende averiguar, en lo sabido por la madre del robo a un ladrón, hasta qué punto quien fue amigo (no sabe si actualmente) es sincero, y en consecuencia poder o no confiar en lo que le diga después respecto de lo que no conoce. Javier sonrío satisfecho viendo sonrojarse a Andrés –piensa– por el recuerdo de unos hechos que, aunque cree secretos, le acusan en su fuero interno. La respuesta se queda en un gesto como indicando que no entiende.

–Sí, hombre; ¿no te acuerdas? –Le refresca la memoria–: Tú y tu padre, en el hospital donde yo convalecía del disparo recibido en la tienda aquella, me dijisteis que no sabíais de mi tío José; y por culpa suya más tarde me condenaron a prisión. Tuve que dejarte el mando.

El otro calla, pero debido a que ya no puede alegar ignorancia mira en derredor a todas luces buscando excusa para salir del paso. Javier se impacienta mirándole inquisidor. No sin cierto esfuerzo, se decide a hablar:

–¿Estuviste mucho tiempo? –lo hace por donde menos le compromete: del efecto sin mencionar las causas.

–¿En la cárcel? –(Le ve afirmar que sí.)– Un año; pero pudo haber sido nada si las cosas se hubieran dicho tal y como fueron –vuelve a emplazarlo, más explícito, frente a lo que quiere que él le explique.

–Las cosas no siempre son como uno quisiera... –se muestra pesimista–. No sé a ti, pero en mi caso han dejado mucho que desear.

Impaciente por oírle explicar, quien escucha no quiere interrumpir, pero le parece poco ajustada a la realidad tal apreciación. Como le dijo su madre, Andrés ha mejorado (aunque no tanto como él); vive actualmente en una barriada de ésas de clase media donde las viviendas se aglutinan multitud formando bloques de estructura paralelepípeda, con varias escaleras de acceso y cuatro o cinco pisos por planta. En cuanto a éste el suyo, sólo sabe del recibidor y el comedor, y no puede decirse de sensación de penuria: mueble librería con televi-

sión, mesa plegable adosada a una de las paredes, tresillo y mesita junto a la amplia puerta acristalada que da acceso al balcón; todo muy limpio y ordenado.

—... Mis padres esforzándose por que el hijo estudiara, yo haciéndolo dentro de mis capacidades, y los demás queriendo también lo suyo, han hecho que fuera dejando por el camino muchas (por no decir la mayor parte) de mis aspiraciones. ¿Recuerdas?, hasta alguna cartera ministerial había, porque, según tú, una vez en el poder la Organización precisaría de gente como nosotros para acabar con esos... ¿cómo los llamabas?...; ah sí —recuerda—, *don-ramiros* —(un repentino ardor en la cara advierte a Javier que ahora es él el sonrojado—; qué locura, ¿verdad? —con una sonrisa estúpidamente paralizada en la boca que da que pensar sobre su salud mental). Tras una pausa, tal vez por esto, Andrés prosigue—: Si quieres que te sea sincero éste fue, y siempre ha sido, el motivo: no estar conforme con lo que tengo. Tu condena me supuso en aquellos momentos poder terminar los estudios. ¿Que luego las cosas no fueron como esperaba?, pues bueno, qué se le va a hacer; pero nadie podrá acusarme de no haberlo intentado.

Es suficiente; no hay por qué insistir más. El pecado es el habitual. ¿Qué sería de nosotros sin él?

—Tienes razón: la ausencia de esta historia que nos sustenta.

—¿Decías? —inquieta Andrés ante esta afirmación sin duda a su entender sin ilación con lo que estaba hablando.

Algo aturdido, Javier intenta reconducirse, en lo que piensa es en quien le mira sorprendido confirmación de sus temores de enfermedad, enlazando su discurso con el anterior del Yo:

—Yo... Como tú dices: el pasado lo define; por eso no es de extrañar que no nos entendamos ni a nosotros mismos. Porque, vamos a ver: ¿quién es capaz de conocer toda la historia de que estamos hechos?; toda —recalca—, sin una brizna de desperdicio. Nadie; la hacemos y ya está. Y que luego vengan otros a tratar de comprender, si es que pueden.

—Así es, desde luego —el sorprendido está de acuerdo—; la insatisfacción lleva al esfuerzo por salir de ella y éste hace historia creando nuestros yos. Lo quieran o no lo quieran los que se empeñan en controlar, ésta es la verdad, la única, libre de modificarse a sí misma hasta, si es preciso, hacerse absurda.

Mira, si no, el desconcierto que provoca el comportamiento humano en quienes lo estudian; cuando creen comprenderlo va y, ¡zas!, hace estupideces aunque sólo sea por llevarles la contraria. Y es que, no te engañes, hasta de lo bueno se cansa uno...

Un repentino ruido de llaves abriendo la puerta de la calle le interrumpe. Mira hacia el recibidor: quienes entran lo hacen a gritos discutiendo. Se levanta disculpándose con un perdona y se va a ver qué ocurre cerrando tras de sí la puerta. Orden de silencio; indicación de que hay visita. Susurros explicativos del porqué de los gritos. Carrerillas hacia el interior de la casa y un portazo. Larga pausa. De nuevo movimientos, ahora sosegados, indican a Javier que alguien se acerca, y, discreto, hace como que no se ha enterado de lo sucedido aparentando que mira absorto uno de los dos cuadros que cuelgan de la pared.

–No sé si te acordarás de Mercedes –es Andrés quien requiere su atención.

Simulando sorpresa se vuelve y fija sus ojos en la mujer que le acompaña. Se acuerda perfectamente después de lo dicho por la madre, pero instintivamente dice que no. ¿La justificación?, ya se sabe: el tiempo transcurrido; pero algo me dice que Rosario está por medio. Tras las innecesarias explicaciones para hacerle recordar a la amiga de su novia del barrio, cae, por fin, falsamente en la cuenta. Claro, cuando él se fue Andrés estaba soltero y sin compromiso, y ella era una de tantas, afirmación esta que a punto está de malquistarle con la señora por su falta de tacto.

–No te ofendas –se apresura Javier a subsanar su error–; me refiero a que entre tanta belleza es difícil distinguir.

Risa complacida y advertencia (¿también fingida?) de que sabe lo hace por galantería. Intento de convencer de que no hay tal, sino la pura verdad. Interrupción del marido molesto de verlos flirtear tan descaradamente en su presencia:

–Bueno, ya está bien... –(sonrisa de los implicados). Es a ella a quien le habla–: En esta casa siempre vamos de un extremo a otro; hace un momento gritando y ahora... –se reprime en la reprimenda quizás por temor a represalias en la intimidad. Informa al otro–: Ya has visto, tanto luchar por un mundo mejor

para verlos renegar. Esta juventud de hoy en día parece idiota. Nada menos que quieren volver a donde nosotros tanto hicimos por salir.

–Se trata de nuestra hija –aclara Mercedes–. Está enamorada, y ya se sabe que el amor es ciego.

–Pero no tanto, puñetas –se enfada el padre.

–¿Tenéis muchos?

–Dos: chico y chica. El pequeño está interno en un colegio; pero con ésta siempre hemos tenido más problemas. Ya se fue de casa hará dos años, y ahora quiere volverse a marchar incitada por su novio.

–Lo malo no es esto –interfiere Andrés–, sino a donde quiere ir: a uno de aquellos tugurios de nuestro barrio. El mequetrefe ese le ha sorbido el seso prometiéndole el oro y el moro cuando llegue a ser famoso, ya me dirás cómo, pintando cuadros en las baldosas de las aceras.

–Ah, es artista.

–¡Ja!, artista; qué más quisiera. Ensucia lo que encuentra con manchas de pintura.

–Y otras cosas que no lo son –lo defiende la probable futura suegra–; al fin y al cabo estudia Bellas Artes. ¿Ves ese cuadro? –señala al que ha servido de excusa de la aparente distracción–; pues es suyo.

Javier vuelve a mirarlo con detenimiento. Ciertamente el caos es grande; no se sabe lo que representa. Pintado sobre fondo negro muestra un conjunto de colores, aunque agradables a la vista, sin orden ni concierto. Andrés ríe la confusión del espectador.

–No te comas el coco buscándole explicación porque no la tiene. Ya te lo he dicho antes: Con tal de llevar la contraria son capaces de todo...

Debo detenerme un momento; es preciso. No puedo seguir oyéndolos hasta tanto no haya puesto orden a cuanto bulle en mi interior. No pretendo comprender, ni mucho menos explicar; sólo conocer. Como a ese vecino que cuando lo encuentro al salir de casa lo saludo porque lo conozco; con su cuerpo así o asá y toda una historia humanizada a sus espaldas. Lo identifico por Fulano, pero lo de menos es el nombre, pues otros hay iguales y sin embargo no saludo porque no conozco o, si conozco, porque no me gusta su humanidad (es entonces cuando digo porque su mundo no es mi mundo). Los dos nos vemos y

nos miramos, sonreímos, y, si se tercia, hablamos del tiempo o de cualquier otra bagatela. ¿Qué sucede en todo esto? Simplemente, nos intercambiamos algo de nosotros mismos, y, aunque sólo sea en cuantía infinitesimal, ello hace que cual ósmosis cada uno ya no sea lo que era; sin comprender, sin darnos cuenta. Si no he entendido mal, esto mismo se ha dicho aquí con otras palabras. A qué viene entonces quejarse de que si la juventud de hoy en día parece idiota, que si con tal de llevar la contraria son capaces de cualquier cosa, que si... Por favor, seamos serios. Que Yo es difícil de contentar lo sabemos todos (tarde o temprano se cansa de lo que tiene), pero ello no es razón suficiente para el desaliento, porque una cosa es la confusión y otra muy distinta el absurdo; al menos así lo entiendo yo. Confundido, y cuando digo confundido me refiero a lo mucho que no comprendo, lo estoy desde siempre; ahora bien, absurdo dudo pueda serlo alguien, máxime cuando ese alguien está ahí. Por ejemplo, Ignacio; su existencia fue un hecho, Javier y yo lo conocimos en dos momentos de su vida; primer punto: con un carácter lo bastante raro como para confundir; segundo: ¿se infiere de esto que sea absurdo? La respuesta no admite medias tintas. Si es que sí, huelga seguir buscando; y si no, el camino espera.

Los está oyendo hablar, e incluso, tras el cuadro, mira alternativamente las caras del matrimonio. Ve sus gestos, sus ademanes; el oír de palabras sueltas. Mas no escucha ensimismado que está por mis pensamientos. Lo siento; no podía quedarme como si tal cosa después de escuchar lo que he escuchado.

—Perdonad —les interrumpe—. ¿Y decís que vive con su hermano Ignacio?

Los dos se miran extrañados. Aunque poco tiempo, casi nada, —deduzco— por su buena disposición hacia quien queriendo cuerdo no admiten se deba a causa que no sea la de involuntario acto de distracción. Coherentes, niegan

—No su hermano; —y se repiten— nuestro hijo Ignacio. Sueña con vivir también la bohemia.

Javier entiende. Es el momento, al tiempo que justifica esta metedura de pata, de ir al grano.

—Ah, lo había creído un amigo mío; se llamaba también Ignacio. Murió no hace mucho. —Se dirige a Andrés—: Es por lo que he venido a verte. Me pidió un favor y hasta la fecha no he podido hacérselo porque no sé en qué consiste...

–(se da cuenta de la contradicción)–. Bueno, sí; a ver si me entiendes: que creo debía ser lo que yo pienso...

Me estoy temiendo que semejante aturullamiento le viene por lo mismo de la señora Petra: no querer sepan demasiado de su vida; en este caso no ya sólo por el temor a tener que compartir, sino porque conocedor Andrés de los entresijos del PARECA, tal vez pudiera llegar a descubrir los trapos sucios de su actual fortuna, y, volvemos a lo de siempre, añadir a éstos el suyo propio del chantaje para no hacer la luz. Antecedentes no le faltan. Uno fue (en tiempo pasado, porque toda suciedad puesta al descubierto se blanquea con el castigo o el perdón) el de su robo a un ladrón de joyas, y otro pudiera ser éste. Pero para qué ponerle ante la prueba si es posible evitarlo.

–Verás –reconcentra su atención–. Lo conocí estando en la Facultad de Ciencias durante la famosa huelga, ya sabes, justo después de la muerte del Dictador. El pobre hombre tenía problemas de personalidad y era el hazmerreír de todos; me daba pena... Después dejé de verlo durante muchos años; y ahora, aproximadamente hace un mes, aparece por el Banco donde trabajo diciendo que quiere verme. Como no estaba –miente en lo realmente sucedido– le dieron mi dirección, y más tarde me llamaron por teléfono desde el hospital informándome de su ingreso en Urgencias como consecuencia de un repentino infarto yendo solo por la calle, creídos de que yo era familiar suyo por esa dirección encontrada en uno de los bolsillos de su chaqueta. Al llegar les dije todo esto, pero por más que me uní en la búsqueda, no pudimos dar con su familia; muriendo ese mismo día... –(Es Mercedes quien muestra condolencia.)– Mas mira por dónde, cuando lo daba todo por olvidado, recibo una carta suya en la que me habla de problemas, de los que no hubiera hecho caso sabiéndolo muerto de no ser por que de sus palabras deduzco no los vivía solo...; y es aquí donde entras tú, Andrés.

El aludido parece alarmarse por tener que entrar donde hay problemas, pero sin duda obligado por su al menos antigua amistad con el compañero de Organización,

–Tú dirás –dice mostrándose receptivo a cuanto pueda serle útil.

Javier cae en la cuenta de que su mujer, presente ahora, no lo estaba en los años de los que va a hablar, y teme con sus palabras crear disensión donde, por lo que lleva visto, no la hay. Se previene para evitarlo:

–¿Sabe ella de nuestras andanzas en política?

–Sí –se apresura ella a responder–. De mi marido lo sé todo, y más que ni él mismo sabe.

Éste asiente con gesto de que ya sabía pero acepta por no quedarle más remedio.

–Bien, pues vamos allá. Recordarás cuando me detuvieron, y más tarde condenaron injustamente –matiza provocando de nuevo el sonrojo en su oyente– por lo del robo, requerí tu presencia a la policía con la excusa de encargarte la recogida de mis pertenencias al no poderlo hacer yo. Viniste con tu padre al hospital, y en un momento en que nos quedamos solos te hice sabedor de la clave secreta de nuestra célula así como del lugar donde ocultaba la plica de la otra clave, pues, evidentemente, en aquellas condiciones yo no podía seguir siendo el responsable. «No te preocupes –me dijiste–, cuando salgas te devolveré el mando.» Lo que no sabía era que el salir iba a tardar un año... ¡de miseria y de rabia! –se irrita Javier recordándose víctima.

–Qué quieres, ¿que vuelva a disculparme? –esta vez se enfada Andrés–. De mi padre fue la idea, y como hijo no podía denunciarlo. Además, nunca sospeché que la condena pudiera llegar a tanto.

Mercedes guarda silencio; no parece sorprenderse de cuanto está oyendo. Javier comprende que si prosigue por el camino del enfado mutuo corren el peligro de enzarzarse a tortas, dando al traste con el motivo de su visita. Haciendo de tripas corazón, y aun a riesgo de que su oponente pueda considerarlo cobardía, se apacigua. Como si nada hubiera pasado, continúa:

–Ya te digo, fue durante la huelga, haciendo primero de carrera, cuando un día veo en el tablón de anuncios de la Facultad, debajo de una tía despelotada, en letras grandes: «Ésta es tu theta»... Comprendes, ¿no? –(Ve su gesto de afirmación.)– Supe de la existencia de una célula; en tu caso intentando contactar con ella... A este amigo del que te he hablado, Ignacio, dejé de verlo a partir de entonces, no por él, sino porque yo me fui. Y es ahora, tras tantos años y encima muerto, cuando me veo buscando a su familia.

–¿Y qué quieres que yo haga? –pregunta Andrés.

–Nada; que me digas quién era el responsable de esa célula. Estoy seguro, operando como operaba en la zona de nuestra facultad, que conocía a mi amigo y podrá darme referencias sobre su persona.

El antiguo camarada mira a su mujer con cierta complicidad. La célula, actualmente no política sino familiar, sigue requiriendo el consenso de sus miembros para según qué cosas, y hablar de la Organización puede ser una de ellas. Javier comprende. Hay que tener en cuenta que dicha Organización surgió, casi diría por generación espontánea, en un contexto de lucha contra el Dictador (aglutinando en su seno a toda clase de personas, desde humildes trabajadores hasta gente culta y adinerada) y con unas prácticas no precisamente de caridad cristiana. Decir esto ahora, puede parecer duro; pero así fue. Las hemerotecas lo confirman. Otra cosa es si pudo o no evitarse; si sin esas algaradas callejeras, extorsiones, incluso muertes (según ellos –los opresores–, asesinatos), se hubiera podido acabar con la personificación del Mal. No lo sé; lo que sí sé es que muchas manos quedaron sucias en aquella guerra santificada por la historia actual. Manos fuertes, poderosas, que pueden hacer daño.

–Mira, Javier, ya te dije antes que las cosas no siempre son como uno quisiera... Me preguntas por el responsable y debo decirte que no lo sé; y no porque quiera ocultártelo, sino porque realmente no lo sé. Yo en la Organización fui un cero a la izquierda; no me dejaron ser otra cosa.

El desánimo se muestra a ojos vista en el rostro de Javier. Sin embargo, un repentino detalle hace hueco en su memoria moviéndole a esperanza de que le estén mintiendo. Pide explicación:

–¿Cómo, pues, sabías de la clave? Me has dicho que sí sabías; no mientas.

Andrés vuelve a mirar a su mujer. Interviene ella:

–Es verdad; no sabe quién era. Vuestra célula se disolvió al poco de dajarla tú.

–Cómo es eso posible si su madre me dijo que continuó durante al menos dos años.

–En la Organización sí, pero no en la célula. Anda, explícaselo Andrés –da por fin su autorización.

–Me quedé solo –prosigue éste–. Supongo te enterarías por los periódicos: Ricardo se suicidó.

—No, no lo sabía. Tu madre me habló de ello.

—Sí; fue muy triste... —hace pausa como esperando un querer saber más. No hay preguntas. Continúa—: Además de las claves (se te ha olvidado) me dijiste los nombres de los responsables de las células contiguas a la nuestra. Uno de ellos era, si no recuerdo mal, un tal Rupérez, empleado de banca; y el otro... (¡ay! este otro —se queja—) el hijo del alcalde de aquel entonces, y nuestro actual alcalde, don Crispín de Vicente, Crispi para los amigos. Incapaz de hacerme con acompañantes me obligaron a integrarme, bajo su mando, en su célula, o mejor dicho: mi célula, pues fue la nuestra, recordarás al ser la suya inferior en orden de numeración, la que mantuvo su número y, por tanto, la clave en plica. De aquí viene el que te haya dicho que conocía ésta, porque fue la que tú me diste... —(«En sobre cerrado», se dice Javier calladamente porque también él la recibió así.)— Es un pájaro de mucho cuidado este Crispi; en los años que estuve con él tuve tiempo de conocerlo. Me tenía por el pito del sereno; yo era su dominguillo. Todo aquello de la justicia social me daba cuenta que en su caso no era más que pantomima; mucho hablar, y a la hora de la verdad se comportaba (hoy porque no le dejan) como un verdadero déspota. Se le metió entre ceja y ceja que había que hacer algo grande contra el Dictador, y qué mejor cosa, oculto éste en su guarida, que atentar contra alguno de sus esbirros... Ya me tienes a mí siguiendo los pasos que si de éste que si de aquél. No hay manera; los muy astutos sabían protegerse bien. Es entonces cuando a Crispín se le ocurre la genial idea: en el Día de la Patria Grande volar la estatua del Dictador; ya sabes, aquélla que estaba en la Plaza del Ayuntamiento... Se consulta a la Organización; aprueban el proyecto, y a los pocos días el material explosivo no es entregado. Viene en una pequeña caja con el sistema de relojería incluido. Su manejo es fácil: se pone la hora en que se quiere explote, y ya está. Quién mejor para hacerlo que el propio autor de la idea que vive en la misma plaza. La colocará por la noche al ir a casa; ¿la explosión?: de madrugada, cuando todos duermen para evitar peligros de posibles víctimas. No fue así. Un barrendero, de ésos que a altas horas limpian las calles con mangueras de riego, murió en el atentado. Carne fresca para la propaganda oficial: «Los enemigos del Régimen, aquéllos que dicen defender la causa del pueblo, asesinan al propio pueblo.» Aumento de la represión policial. Detienen a un pobre hombre que tuvo la desgracia de pasar junto a la

estatua poco antes de la explosión, y, como se demuestra su animadversión hacia el Dictador desde antiguo, es ajusticiado. Mientras tanto, Crispín, a buen recaudo en casa de papá (¿quién duda de la lealtad de este último?: nadie) come la sopa boba... Pasa el susto; pero a mí no se me olvida que por nuestra culpa dos inocentes murieron. Discutimos a menudo por ello; y al final son tantas nuestras desavenencias que decido abandonar la Organización.

«Cosas veredes, Sancho, que te asombrarán», recuerda Javier que le dice don Quijote a su escudero. Crispín de Vicente, elegido alcalde por circunscripción electoral independiente, más allá del bien y del mal, pringado también con la porquería. Nunca lo hubiera dicho. Tan circunspecto él, tan educado, tan... Aparte de aquellos años, se conocen porque, quieras que no, un Excelentísimo Señor Alcalde y un Director General de Banco tan importante como el Filantropía coinciden en muchos actos oficiales; con damas y caballeros vestidos de largo y frac, sonrisas y parabienes, e hipocresía a raudales. Pero este conocimiento a más no llega. Decirle: «Mire, señor Crispín, me he enterado de que en sus años mozos puso alguna que otra bomba, y me gustaría me informase sobre theta», sería considerado descortesía, y, muy probablemente, el inicio de una peligrosa enemistad. Por otra parte, que Andrés y él conocieran de la clave por motivos de curiosidad, no implica que aquél no cumpliera las estrictas normas de la Organización de no abrir el sobre, entregándoselo tal cual al nuevo responsable como instrumento de enlace de la cadena rota... «Espera un momento. ¿Has dicho nuevo responsable? ¡Eso es!; al otro acompañante del que nada me ha dicho.»

—¡Tres; lo normal era ser tres! —casi grita ante la mirada atónita de marido y mujer—. Nada me has dicho del otro acompañante.

—Es cierto —reconoce Andrés su descuido—. Era un universitario de ésos que envejecen matriculándose cada año en diferente carrera. ¿Cómo se llamaba? —hace esfuerzos por recordar—; Porota, Peirota...

—¿No será por casualidad Peirona? —pregunta Javier.

—¡Eso es! —recuerda de pronto—: Luis Peirona. Un tipo larguirucho, moreno y con una constante expresión de burla en su cara. Yo le llamaba “El jocosa ironía” porque siempre se estaba riendo de los demás.

–El mismo. ¡Ya era hora! –se congratula quien lleva semanas buscando–. Fue compañero nuestro de facultad. Un mala sombra; como otros. De toda esta gentuza apenas si hago memoria del primer apellido; pero sí, ahora que lo dices, se llamaba Luis, o mejor dicho: se llama, porque supongo seguirá por ahí vivo y coleando. ¿No?

–No lo sé. Yo desde que me fui de la Organización perdí todo contacto con ellos. De Crispi sé porque es lo que es; pero de los demás, ni idea. Fíjate que ni de ti sabía.

«¿Será posible? –se dice Javier inclinando la cabeza hacia el suelo para disimular su contrariedad–. Vale que yo no sea un fanfarrón –(¿cómo?)–, pero de esto a que los demás me ignoren tampoco es. Mira que decirme que de Crispi sabe porque es alcalde. Y yo qué; ¿acaso no soy tanto o más que él.» Reprimiéndose por no dar suelta a su orgullo herido, le pregunta por el nombre completo del acompañante. No lo recuerda. Miran en la guía de teléfonos: hay tantos Peironas y Luises que más vale dejarlo. Pide le diga algo más sobre su relación con él.

–Peirona y Crispi se llevaban muy bien. No sé si de verdad o para hacérmelo creer, parecían siempre guardar algo en secreto entre ellos dos. Me sentía como desplazado, como si estuviera fuera de lugar; y si vas a mirar era lógico que así fuera, pues mientras ellos pertenecían a la alta burguesía, yo no era más que un muerto de hambre, un desharrapado aspirando a mejorar en la vida. Cuando discutíamos Crispín y yo, Peirona, muchas veces sin saber siquiera por qué lo hacíamos, se ponía siempre a favor del otro; en aquellos momentos de buena gana le hubiera roto la cara. Al final, ya te digo, me fui porque no los aguantaba.

Quizás se haya apresurado en cantar victoria. La información suministrada es escasa: Peirona miembro de la Organización (seguramente él mismo intentando contactar con la célula del distrito universitario) y todo lo del alcalde. De este último –como ya he dicho–, Javier conoce más que nada por razón de cargo, pues pienso sobran dedos de una mano para contar las veces que como responsables de sus respectivas células se vieran. Tan es así que el señor Crispín no relaciona al actual Javier Rovira del Río con el andrajoso de aquel entonces, sólo conocido (a no ser por Andrés –lo cual dudo, pues estaría en contradicción

con dicho conocimiento—) por su nombre de pila. Querer alterar esta relación no entra en nuestros planes. Que hoy en día el haber luchado contra el Dictador sea considerado mérito, no quita para que de saberse según qué cosas pudieran surgir voces acusadoras, y no porque dichas cosas sean censurables por sí mismas, sino porque es común sabido que no hay dos puntos de vista iguales. Como muestra ahí están las discusiones acerca de si hubo culpa o no por los dos muertos de la bomba. Ahora bien, existe la tercera vía: la de sin mentar la Organización para nada, ni comprometer a nadie, llegar al mismo sitio, o sea, a Luis Peirona. Para ello nada mejor que alguno de esos actos oficiales en que coincidan ambos; lleva la conversación, por ejemplo, a las habituales comparaciones intergeneracionales, acto seguido a añorar los viejos tiempos donde había compañeros —dirá Javier— tan graciosos como Luis Peirona (de seguro automáticamente reconocido por el señor Crispín como también amigo), y de aquí a interesarse por su actual paradero. Lo demás ya se pensará en su momento.

Resta ahora lo del otro asuntillo del Profesor, tema este que ha obsesionado a Javier durante los últimos días. Su pregunta fija es: cómo el mismo nombre y físicamente iguales si no es la misma. Ha recapacitado una y otra vez acerca de las fechas, y una de dos: o la señora Petra se equivoca, o la Carmen de ella nada tiene que ver con la Carmen suya. Existe, por otra parte, la cuestión de la ausencia de esta última en el entierro de Ignacio. Son varias las veces que ha intentado ponerse en contacto con ella para pedirle explicación, sin conseguirlo. Todo, desde luego, muy extraño.

—Tu madre me comentó —interrumpe Javier a Andrés sobre lo que no sabe de qué le hablaba— que poco antes de morir el Dictador cobijasteis en vuestra casa a un buscado por la policía. Sí —añade viendo la expresión en su cara de no recuerda—; un hombrecillo, de unos treinta años. Se hacía llamar el Profesor.

—Ah; el gangoso —se hace luz en su memoria—. Sí, estuvo con nosotros varios días. Un tipo muy simpático. Si lo vieras; daba risa oírle hablar. Y no creas que él se acomplejaba, que va, todavía le daba más a la trabalengua. Llegué a apreciarlo de veras; era lo que se dice una buena persona.

—Le acompañaba una señorita rubia, de ojos verdes; según tu madre —(silencia su mismo parecer por no hacer de menos a Mercedes)— una verdadera preciosidad.

El ceño de la consorte, tan relajado hasta este momento por –según propias palabras– saberlo todo de Andrés, se dilata en un principio sorprendido, contrayéndose a continuación.

–Nunca me dijiste que fuera acompañado –le censura a su marido.

–Bueno, mujer, no te enfades. Sólo la vi dos veces –se justifica–, y encima en presencia de mis padres.

En la sonrisa de ambos mirándose salta a la vista que esta muestra de celos es un juego amoroso que se traen entre los dos. Sin duda por saberse observado, el amante no va a mayores. Vuelve a donde estaba:

–Como te estaba diciendo –explica a Javier–; nos hicimos verdaderos amigos, tal vez por lo que tú siempre has dicho de mí: que soy un filósofo; no sé. Lo cierto es que de pensador tenía un rato; daba clases (de ahí el nombre de Profesor) en la Universidad. ¿Te dijo mi madre por qué lo buscaban? –(En nuestro gesto ve que no.)– Te contaré: Miembro fundador de Renovación Carismática (ya sabes, el actual partido), tenía a su cargo la redacción de “El luminoso amanecer”; por entonces no el periódico que hoy conocemos, sino clandestino y con apenas dos o tres hojas. Sus firmantes ponían al Dictador a parir, y, claro, los secuaces de éste locos tratando de impedirlo. Fueron miles los ejemplares distribuidos, especialmente en círculos académicos, hasta dar con su lugar de impresión: la misma imprenta de la Universidad, utilizada por él, el Profesor, en horas en que nadie podía verlo. Tuvo que dejar la enseñanza y huir; pero la semilla quedó echada.

Se detiene en su explicación. Mira hacia la librería y se levanta de la butaca del tresillo donde estamos los tres (o los cuatro, según se mire). Busca entre los libros hasta dar con un voluminoso volumen.

–Aquí está. –Lee–: «Casimiro: Recopilación completa de cuanto dijo.» Te recomiendo lo leas –se lo da a Javier–; es un hermoso tratado acerca de lo que se podría haber hecho.

Éste lo abre por el final. «Dos mil setecientas cincuenta y tres páginas», lee en silencio. Cansado con sólo pensar en el esfuerzo que requeriría su lectura, lo deja sobre la mesa.

–Otro día; cuando tenga tiempo. Ahora entre el Banco y el asunto que me llevo entre manos ya tengo bastante –se disculpa.

–Como quieras –se sienta de nuevo–; pero las cosas son así de complejas. De jóvenes nos creemos que todo el monte es orégano, que con cuatro cabezas bien cortadas se arreglaba el mundo. Qué ingenuos; ya se encarga el tiempo de desmentirnos.

–¿Lo dices por tu afiliación al PARECA? –pregunta Javier.

–¿También esto te contó mi madre? –se muestra sorprendido–. Mira que le tengo dicho que no lo haga. No hay manera; a la mínima lo suelta todo... Lo hice en memoria suya –parece querer justificarse; aclara–: de Casimiro Rañada, alias el Profesor. Su presencia me dejó tan buen sabor de boca que, cuando supe había muerto... porque al final lo trincó la policía, ¿sabes? En un control de carretera; les dieron el alto y al no obedecer ametrallaron el coche. Murieron los dos.

–¿Carmen con él?

–¿Qué Carmen?

–La rubia de ojos verdes.

–No, a ésa ya te digo que sólo la vi dos veces. Con quien lo llevaba camino de la frontera... Los enterraron silenciosamente; y sólo después de muerto el Dictador nos enteramos de lo sucedido. Hubo una gran manifestación de duelo.

La manifestación previa a la huelga. Quienes vivimos aquellos años lo recordamos. Lo que no sabíamos, al menos Javier y yo, es que tuviese que ver con ninguna muerte... Bueno, no, miento; me refiero a la de Casimiro, porque muertos sí que hubo. Pudimos verlo por televisión: La Gran Vía abarrotada con miles de personas caminando ordenadamente, sin ruidos (no hay tráfico) ni gritos; la policía antidisturbios a distancia observa, también muchos curiosos en las aceras; de pronto un grupo minoritario entona canciones patrióticas, de ésas que le gustaban al Dictador; silbidos de la gente para que se callen, insultos y forcejeos, puñetazos..., la masa entra en ebullición; la policía interviene con disparos y botes de humo; carrerillas de sálvese quien pueda; empujones, aplastamientos. Daba escalofríos ver a estos últimos, como en tierras movedizas, engulléndolos la masa vociferante y sorda a sus gritos de dolor. Era la locura hecha norma, el terror de la sinrazón... Más tarde, sólo quedaron los muertos; desparramados aquí y allá, junto a grandes manchas de sangre algunos, otros mirando asustados hacia no se sabía donde.

–Recuerdo de uno –dice Javier– que al irlo a coger para ponerlo en camilla, el ojo se le salió de la cara colgándole de un hilo ensangrentado. –(Ve sus gestos de no comprender.)– Me refiero a la manifestación.

–¿Estabas allí? –preguntan casi al unísono los dos.

–Como soldado; estaba haciendo la mili. Nos obligaron a salir del cuartel; no creas, con el fusil dispuesto para disparar. La orden era restablecer el orden a todo trance. Íbamos en camiones con andar despacio, y cuando el sargento mandaba bajábamos unos cuantos y nos quedábamos vigilantes de cumplir aquélla. (Donde yo estuve, no creo exagerar habría seis o siete muertos.) A quienes curiosos se arremolinaban queriendo ver lo sucedido, les obligábamos a circular. Algunos por lo bajo nos llamaban asesinos como si fuéramos nosotros los responsables. ¡Qué tendríamos que ver!; cuando llegamos estaba hecho.

No es del todo cierto, Javier; no mientas. Recordarás que por aquel entonces apenas si me hacías caso preocupado como estabas en labrarte un futuro. Te lo decías constantemente: «Lo que me falta es un buen padrino. Abierta la primera puerta, de las demás me encargo yo.» Lo intentaste con la hija del capitán, y a punto estuviste de conseguirlo si no llega a ser porque, pedidos los informes por el padre, se entera de que eres ex presidiario. En el acto te dejó. Aún te veo, solo, en el pabellón donde dormíais los soldados, humillado momentos antes por las burlas de tus compañeros, dudando entre si pegarte un tiro o no. Menos mal que no lo hiciste; llegado al punto más bajo de la escala, a pequeña que fuera tu suerte, tenías que subir. A los pocos días te llama quien hubiera sido (de no ser por el mencionado informe) tu suegro, el capitán, y te dice que sabe de tu militancia en la Organización. No pudiste por menos que negarlo. «No se moleste –te zanjó–; tengo pruebas irrefutables. De lo que se trata ahora es de que usted elija entre el bien o el mal.» Yo, la verdad sea dicha, no sé si al decir esto pensaba en cuestiones de tipo ético o moralista, pero tú lo interpretaste del modo que te convenía: como una opción entre seguir o no en aquel punto de la escala. Le dijiste algo, no todo; siempre es bueno guardarse alguna carta en la bocamanga. Fue suficiente. Más altas instancias –asesoradas por él– consideraron útil tenerte de su lado como conocedor del enemigo, máxime cuando agonizando el Dictador, la oposición hecha una piña y la mayor parte de las cancillerías a favor de quienes formaban esta última, se presagiaba la batalla por la sucesión. Los

demasiados años en el poder jugaban en contra de los herederos legítimos (según sus leyes), aunque sólo fuera por el cansancio de más de lo mismo, y urgía recordarle al pueblo lo del parálítico que cayéndose por la cuesta rogaba se quedara como estaba. No lo niegues, lo sucedido en la manifestación siempre has sospechado pretendió este fin. No es normal se encontrara entre los manifestantes detenidos, y perfectamente identificados por su historial de oposición al Dictador, pistolas de las que sólo tú (hasta informar al capitán) sabías de su existencia, y que pruebas de balística demostraron ser causantes de la muerte de quienes entonaron las canciones origen de la desbandada.

–... es muy difícil saber qué camino lleva a dónde y si fue posible evitarlo
–es Mercedes quien hablaba.

–Sí –le da la razón Javier por cortesía.

–¡Mamá, ¿puedes venir un momento?! –oyen llamar desde el interior de la casa.

La reclamada se disculpa:

–Perdonad; voy a ver qué quiere. Casi me había olvidado de ella.

Se levanta y se va. De nuevo solos los dos hombres.

–No he querido decírtelo porque estaba ella –habla en voz baja Javier señalando hacia el asiento dejado vacío–, pero conozco a una mujer de bandera que bien pudiera ser la del Profesor.

Sospecho que ha sido la creencia, por esta forma de hablar, de una proposición contraria a la fidelidad conyugal, y su intento por desmentirle, lo que le ha hecho a Andrés levantar la voz con su «¿estás seguro?». Aturdido, el presunto ha vuelto al tono de voz normal:

–Supuesto se equivocara tu madre al decirme que tendría unos treinta años.

–Más o menos. Yo por entonces tenía veinte y ella era mayor que yo; así es que por ahí le debe andar la cosa.

Dicho el nombre completo: Carmen Millán Elizalde, y sólo sabido el de pila por lo que respecta a la otra, dan por zanjado el asunto como fruto de la casualidad. Se hace el silencio. De buena gana Javier retomaría la conversación por lo de su afiliación al PARECA, pero le da miedo por lo ya dicho de los trapos sucios, además de que tampoco a Andrés parece gustarle el tema.

–Excepto que trabajas en un Banco, nada me has dicho de ti –rompe éste la pausa–. ¿Te casaste?; ¿hiciste carrera? Anda, cuéntame algo.

Javier sonríe; comprende que algo tendrá que decirle si no quiere que la conversación acabe como con la señora Petra que, viendo su obstinación en no querer satisfacer su curiosidad, casi lo echó de casa excusándose con que era tarde y ella no estaba para trasnochar. Piensa en la familia como lo más apropiado para salir del paso.

–Sí, me casé; tuve que esperar a asegurarme la vida, pero al final me casé. Tengo tres: dos chicos y una chica. El pequeño cumplirá un año la próxima semana; la mayor tiene siete. De momento no crean problemas; por propia voluntad, se entiende, pues de cuando en vez surge que si el sarampión, que si la tosferina... Sin ir más lejos: hará dos meses a la chica le dio por toser tanto que me hizo llevarla al médico pensando se trataba de algo grave. «No se preocupe –me dijo–, esto se cura tomando aire puro de la montaña.» Dicho y hecho; ahora están todos de vacaciones en el campo, aunque el padre, yo, tenga que quedarse sólo en la cárcel.

Quizá haya sido la equiparación de nuestra ciudad con una prisión, lo que ha motivado en Andrés la pregunta por su estancia en la verdadera.

–Allí todo estaba reglamentado; no había sitio para deseos personales. Claro –reconsidera–, por esto es cárcel. ¿Te imaginas a cada preso eligiendo entre esto quiero y eso no?; sería jauja... No, para mí fue lo de menos; estaba acostumbrado a la vida dura. En estos lugares quienes de verdad te hacen sufrir son los hijos de puta que por nada del mundo tratarías en libertad; y no porque piense que son todos los que están y están todos los que son, sino por lo dicho, porque no te queda más remedio que convivir con ellos. En mi celda, por suerte, de los cuatro que estábamos sólo a uno se le podía considerar como tal hijo de mala madre (por cierto, asesinada por él); el resto éramos unos pobres diablos, a veces ni siquiera sabiendo de nuestra culpa. –(Andrés mira hacia el suelo afligido. No me cabe la menor duda se debe a un acto de contrición). Javier, tras escuchar esta mi creencia, intenta reanimarle–: No te preocupes. A mí me pasó como a aquel que fracasado en su intento de subir al tren, según creencia unánime, con destino a la felicidad, no tuvo más remedio que quedarse en la estación; pero, mira por dónde, pasa el tiempo y al final se ve a donde llevaba: a cualquier

sitio menos al esperado. Moraleja: No siempre quienes más corren llegan primero... –hace pausa meditando lo dicho, (vemos a Andrés sonreír)–; aunque si no andas algo, seguro no llegas. Yo anduve bastante; aproveché el tiempo en repasar mucho de lo estudiado en el bachillerato, y bien que me vino después. Tanto frecuentaba la biblioteca que me hice muy amigo del bibliotecario. Era éste el clásico de los encerrados por no pensar acorde con el Dictador, pero a diferencia de otros que pregonaban su condición de presos políticos, él apenas lo mencionaba. Cuando me enteré, fui y le dije: «Jesús (se llamaba así), ¿no serás tú de la Organización?» No sabía qué era aquello; ni yo tampoco le expliqué gran cosa. La suya era individual, la lucha de un quijote empeñado en desfacer entuertos; iba por la vida de samaritano. No obstante, me daba cuenta (fíjate lo que son las cosas, siendo él uno de nosotros) que no creía en la bondad de nuestra guerra. «Qué te crees –solía decirme–, ¿que cuando demos la vuelta a la tortilla se habrá arreglado todo? Ni lo pienses. Los oprimidos serán otros, pero seguirá habiendo opresión.» Oírsele me sabía a cuerno quemado; era llamarnos (con mucha sutileza, por supuesto) hipócritas, porque a qué, si no, tantas ganas en querer dar la mencionada vuelta sino para ocupar el puesto del opresor. Y no cabía replicar eso de lo que yo quiero es que no haya oprimidos ni opresores, porque este deseo, según él, es contrario a la esencia de la vida, a pretender definir lo bueno sin conocer lo malo, o viceversa. No; para Jesús, los auténticos, los verdaderos revolucionarios son quienes aun a sabiendas de que estarán siempre oprimidos se gozan liberando a otros de este estado... –(Qué hermosas sus palabras y qué difícil de llevar a la práctica; imposible, pienso yo. Pero porque así sea, ¿apagaré la luz?)– No, por favor, no lo hagas.

–¿Qué no haga? –pregunta Andrés.

–Apagar la luz –Javier responde dándose cuenta, cuando ya lo ha dicho, del sinsentido de este su deseo para quien desde fuera de él no me ha oído. Intenta justificarse–: Me había parecido que ibas a hacerlo, y como afuera es de noche nos hubiésemos quedado a oscuras.

–Sigues con tu miedo a la oscuridad.

–No, no era eso –se sincera–. Lo que pasa es que desde hace unos días me ha dado en pensar que porque ciertas formas de conducta, como esta que te he dicho del revolucionario, sean imposibles de cumplir a rajatabla, no por ello

vamos a desecharlas; que cada cual llegue, y si es que quiere, hasta donde pueda. –(No sé si Andrés ha llegado a comprenderte.)– Yo desde luego no llegué a, comprender me refiero, lo que Jesús me decía. Tal vez por nuestra diferencia de edad (podía ser mi padre), la misma realidad de cárcel era diferente («se subjetiviza», decía él) en cada uno. La suya era alegre, confiada; la mía llena de rencor y rabia... El otro día en el barrio, sentado en un banco de la plaza del quiosco, ¿te acuerdas? –(le ve afirmar con la cabeza)–, recordando esto pensaba lo que tú antes también has dicho: que qué desagradable sería para nosotros volver a vivir allí; pero el caso que te cuento no es igual. El mismo lugar, el mismo momento; ¿por qué entonces sentir distinto? Me dirás: porque estaría acostumbrado a peores sitios. ¿Más que yo?; lo dudo. Y encima, ya te digo: viejo él, yo joven; que quieras que no los pocos años ayudan a llevar la carga. Si acaso –se da cuenta del contrasentido con lo dicho de la subjetivada realidad de cárcel– el alegre debería haber sido yo, y no al revés.

Hace pausa. El razonamiento se nos ha ido de las manos. Andrés y él consideran el barrio como algo desagradable, la hija quiere ir a vivir al barrio porque está su novio, Jesús alegre en sitio peor que el barrio...; en fin, todo un embrollo. Y es que no hay manera, a la mínima que me descuido se me olvida que no pretendo comprender, y ellos, claro, al darse cuenta que deseo controlarles, no me dejan. Lógico; yo también haría igual.

–Bueno, dejémoslo –desiste en el empeño–. A veces es mejor ceder si no quieres te vuelvan loco; ¿verdad?

Andrés hace un gesto tal indicando que sí, que tiene razón, que los años le han vuelto un poquillo raro. De nuevo el silencio entre los dos. Javier piensa en algo con que poder desmentirle de ésta que cree es su creencia. Por qué no intentarlo con lo de las pistolas.

–Eso es –retoma la palabra–. Yo en la cárcel aprendí a ser junco, o sea, a dejarme cimbrear por el viento sin moverme de donde quiero estar. Cuando venían los hijos de puta esos de que te he hablado queriendo imponer su voluntad, me cimbreaba dejándolos pasar convencidos de su logro, y mientras yo tan ricamente en mi mismo sitio... Te digo esto porque entre los presos políticos que alardeaban de serlo había uno, más tarde supe –(silencia se lo dijo el capitán)–, ex miembro de la Organización. Formaba con otros presos, éstos

comunes, el llamado Frente Antirrelajación, cuya finalidad primordial era mantener (en quienes ya lo tenían; y en los que no, intentar crearlo) el espíritu combativo contra el Dictador. Muy estrictos en sus normas, contaban con la fuerza de sus músculos, especialmente con los de Bruto (uno de ellos), para hacerlas respetar. Yo, ya me ves, no soy precisamente un hércules, y me dije: «Javier, tú decides: o con éstos o con aquéllos.» (Aquéllos eran los otros, los que carentes de ideales sojuzgaban a cuanto pudieran sacarle gusto, a veces aberrante.) Me hice de éstos, y pasé de no estar a estar relajado y durmiendo a pierna suelta aun en compañía del asesino de su madre. A cambio pocas eran sus exigencias: la diaria clase de adoctrinamiento político, alguna que otra huelga de hambre (en mí mitigada con mendrugos de pan previamente escondidos para el caso), y poco más. Gracias a su ayuda pude acercarme a la realidad subjetivada de Jesús y terminar mi condena como si nada.

–Pues dentro de lo que cabe no te fue mal –se alegra Andrés.

–Dentro de lo que cabe –admite Javier dejando en claro la limitación–, porque no creas que la cárcel se acaba cuando sales de sus muros; no, qué va, el sambenito de ex presidiario tarda años en dejarte. Y cuando lo digo sé muy bien lo que me digo; fíjate si no.

»Una vez en libertad volví al Banco –(se abstiene de decir su nombre porque el Filantropía actualmente es él, y no gusta oír las cosas feas, aunque sean del pasado, de uno mismo)– donde trabajaba, recordarás, de botones, esperando me contratasen de nuevo. Su Director –(también silencia su nombre por temor a recordar otra vez lo de los *don-ramiros*)– lloraba a moco tendido el día en que vino a verme al hospital y esperaba mucho de esa muestra de afecto hacia mi persona. Cuando entré en su despacho, me abrazó emocionado. «Javierín –me dijo–, no esperaba verte tan pronto por aquí.» Oírle esto me dejó con la mosca en la oreja. A qué tanto abrazo para acto seguido decirme que llegaba demasiado pronto; lo lógico hubiera sido lo contrario: echarme en cara mi tardanza en volver o cuando menos el no haberle escrito ninguna carta durante este tiempo. Pero bueno, lo que pasa, las ganas que uno tiene de que todo salga bien hace cerrar los ojos; y yo los cerré bien cerrados.

»Le expuse francamente mis deseos. «Verás –se mostró remilgo–, no sé si tú sabes que eres ex presidiario.» Vaya tontería, pensé; cómo no voy a saberlo

si sólo hace unos días que he dejado la prisión. «Y no querrás que nuestro Banco –continuó; (fíjate cuanto amor: nuestro Banco, suyo y mío)– pierda clientela por la duda que entre la gente honrada supone la presencia de alguien que como tú puede volver a caer en la tentación de apropiarse de lo ajeno.» Caí en la cuenta; los negocios son los negocios, y, aunque duela, hay que dejar a un lado el corazón. El Banco no podía admitirme sin correr graves riesgos, y puestos a sacrificar era preferible sacrificarme a mí.

–Qué miserable –opina el hijo de quien fue el origen de la miseria.

–Ni que lo digas –asiente el yerno de quien la agravó–. Me había hecho tantas ilusiones, que aquello fue como un mazazo; me dejó anonadado. Recuerdo, cuando abandoné el Banco, iba grogui por la calle tropezando aquí y allá ante el asombro de con quienes me cruzaba. No sabía lo que hacía. Sin proponérmelo llegué hasta la playa y me dejé caer sobre la arena; la cara vuelta al cielo. Era tanta la limpieza e inmensidad de éste que veía sobre la córnea de mis propios ojos la suciedad que había en ellos. Largo rato estuvo dándome por seguir el desplazamiento de estas manchas. El rumor acompasado de las olas se mezclaba en el silencio con lejanas voces. A mis espaldas, el paseo marítimo. De pronto, el estridente ruido de una sirena me hizo volver y vi pasar una ambulancia. Puesto en pie, la seguí con la mirada hasta detenerse junto a un grupo de gente que excitada hacían gestos sobre algo. Me acerqué. Dos hombres sacaban del mar a otro; ellos con sus trajes de hombre rana, él vestido normal de calle pero (no sé por qué, se me quedó grabado el detalle) sin zapatos y con los calcetines puestos. Dejado sobre la arena, le vi la cara: amoratada, mirándome como diciendo: de qué te quejas. Se había ahogado, quizás voluntariamente, mientras yo contemplaba frente al cielo mis ojos sucios.

Se interrumpe porque se sabe a punto de llorar. Apoya la cabeza sobre las manos; la mirada fija en el suelo. Intenta serenarse.

–Fue mi salvación –susurra, tras un rato con los párpados bajos sobre los ojos sin limpiar–; aquel hombre sin saberlo estableció un punto de comparación que me ha permitido superar los peores momentos de mi vida. Porque yo también he tenido los míos, ¿sabes? –se serena–. La gente cuando te ve con algo bueno piensa en eso, en lo bueno, pero no en los sudores que te costó; de

éstos nadie quiere saber de ti... Pero yo sí supe –ahora se muestra irritado–, y bien que lo supe. Volví a casa sabiendo lo que tenía que hacer.

Calla. Andrés lo mira como apremiándole a que lo diga. El otro duda.

–Esto no se lo he contado a nadie –parece decidirse–; aunque no me importa se sepa después de tantos años y cuando tanta porquería se ve por ahí. Además, lo hice por necesidad, que no vicio... Sin embargo, tampoco es cuestión de ir cacareándolo. Comprendes, ¿no?

–Sí, no te preocupes. Soy una tumba.

–Verás. Cuando Aniceto supo... –ve a Andrés hacer un gesto de no entender–. Ah, sí; Aniceto era el político ese del que te he hablado del Frente Antirrelajación. Pues bien, cuando Aniceto supo que yo trabajaba en el Banco Filantropía –(¡vaya por Dios!, se le ha escapado el nombre... Bueno, qué se le va a hacer; ya es tarde para rectificar.)– Estaba a punto de terminar mi condena, y me llama un día y me dice: «Javier, necesito me hagas un favor.» Yo, la verdad, agradecido como estaba por lo ya dicho, no tuve el menor reparo en dárselo por hecho aun antes de saber en qué consistía. Me explicó: Oculta en un lugar del Banco había una bolsa que debería sacar, una vez en libertad, del edificio y dejarla a buen recaudo. Esto en plan telegráfico; ahora lo que yo averigüé: Durante mi encierro, éste fue atracado por dos individuos que viendo las dificultades para poder huir deciden asegurar parte del botín dejándolo oculto en el propio Banco; pero, mira por dónde, una vez escondido la suerte les favorece y consiguen burlar a la policía gracias al amparo de un rehén; la detención no se produce y el dinero aguarda a ser retirado.

»No creas que desde un principio lo tuve claro, no. Aunque no le dije nada, yo dudaba entre él y don Ramiro –(¡hala!, ya sólo falta le digas que es tu suegro)–.

»A la mañana siguiente me acerqué de nuevo al Banco, pero esta vez directo al lugar donde estaba la bolsa (con no recuerdo qué excusa): detrás de un armario. No tuve problemas; me fui sin ni siquiera dar recuerdos al Director. Ya en casa, una pensión cerca del puerto, la abro y casi me desmayo al ver lo que hay: cientos, miles de billetes. No llegué a contarlos, pero no creo exagerar si digo serían más de diez los kilos que allí habría; también dos pistolas. A diferencia de antes, ahora lo tuve claro desde el primer momento. Cogí trescientas mil

pesetas, lo recuerdo bien porque éstas sí me molesté en contarlas; lo demás lo dejé como estaba.

»Lo convenido con Aniceto fue depositar la bolsa en una consigna de ésas de estación, diciéndole al encargado que venía de parte suya. Así lo hice. Cuando se la entregué nada le dije del dinero sustraído por mí (estaba seguro imposible de echar en falta por no ponerse los atracadores a contar lo robado con la policía en frente), pero sí de las pistolas. Se mostró asustado; no quería verse implicado con delitos de sangre y me las devolvió. «¿Qué quiere que haga con ellas?», le pregunté. «Lo que quieras, haz lo que quieras.» Y eso hice, tirarlas en un contenedor de basura encontrado al paso.

Al final no se lo has dicho. Tanto jaleo para callarte que esas pistolas las escondiste bajo tierra a la espera pudieran serte útiles, lo que no ocurrió porque cuando el capitán te dijo que Aniceto, ex miembro de la Organización, había sido el cerebro del secuestro que, en vida del Dictador, tanto conmoción causó por la brutalidad en el trato, y muerte (tiro en la sien) de los secuestrados, preferiste desentenderte del asunto dándoselas a él.

–Venía a preguntarte, Javier, si quieres cenar con nosotros –Mercedes le habla desde la puerta–. Es bastante tarde, y entre que llegas y no a casa se te hacen las diez.

–¡Anda!, qué tarde es –se sorprende el preguntado mirando su reloj–. Hablando y hablando no me había dado cuenta de la hora que es... No, no quiero molestar; sería abusar demasiado.

–Ni hablar de eso –insiste Andrés–; tú nunca abusas; si acaso todo lo contrario, que te has tirado más de veinte años sin querer saber de mí.

–Pues no se hable más –la esposa lo da por hecho–. Voy a decirle a Marli que ponga otro cubierto.

Se va de nuevo.

–¿Marli es tu hija? –pregunta Javier ante lo extraño del nombre.

–Sí. Su nombre verdadero es María Pilar, aunque todos la llamábamos Mari Pili. Pero ni uno ni otro; a ella le dio por decir que no le gustaban y se inventó ése de Marli. Hubo que atenerse a su voluntad si querías te hiciera caso.

«Estas mujeres de ahora –piensa Javier– desde que se han liberado no sabe uno cómo tratarlas.»

–Volviendo a lo de antes –prosigue Andrés–, lo que no entiendo es cómo te dio por devolver el dinero. Yo que tú me lo habría quedado todo inventando cualquier excusa: que no estaba, que lo encontraron los empleados del Banco...; yo qué sé, cualquier cosa antes que devolverlo.

–Tuve miedo –(y picardía, pues bien te vino después)–. Aniceto era, y es, un hombre de poder, y sabía que tarde o temprano me habría encontrado. No, lo mejor fue lo que hice. Fíjate hasta donde llega su brazo que incluso de las pistolas años más tarde me pidió cuenta.

–¿De las pistolas?

–Sí. ¿No te lo he dicho?... –sabe que no–. En la manifestación previa a la huelga (ésta de que me has hablado en honor de Casimiro –explica–), supongo recordarás se echó en cara a la oposición estar formada por una cuadrilla de mafiosos, y todo porque las pistolas usadas en la muerte de los simpatizantes del Dictador se demostró ser las mismas con que años atrás se hizo igual con aquel padre e hijo secuestrados que tan grandiosa manifestación de repulsa provocó también. A punto estuvieron de dar al traste con tantos años de lucha al pensar, el común de la gente, que si en la oposición hacíamos eso, qué no haríamos en el gobierno. Por suerte, el buen criterio se impuso y quienes pretendían la sucesión del Dictador fueron desalojados de la poltrona; las reglas del juego que todos queríamos jugar fueron aprobadas por unanimidad, y la veda de la caza del voto para los que poseen ambiciones políticas quedó abierta. Las mías por entonces eran puro recuerdo; volcado en mi trabajo sólo me preocupaba lo que a cualquiera: subir en el escalafón. Pues bien, en esto estoy cuando un día me viene Aniceto (mejor dicho: un emisario suyo) pidiéndome explicaciones sobre las pistolas, que qué había hecho yo con ellas. Figúrate después de tantos años lo que recordaba; excepto de lo que te he hablado, –miente– nada. Trabajo me costó convencerle; no podía creer fuera fruto de la casualidad el hallazgo entre los manifestantes de aquéllas, sí –aclara ante un gesto de incompreensión de Andrés–, de las mismas pistolas... Eso mismo me pregunté yo –hace suyo lo que cree es súbito pensamiento en éste–; si son las mismas es porque Aniceto tuvo que ver con el secuestro. Sin embargo, no quise preguntarle –(ni falta que hacía)–; me supuse que alguna relación habría con el juego político (ya sabes,

oposición y gobierno acechándose para sacar a relucir lo peor de sus respectivos pasados) y preferí mantenerme al margen.

–Hiciste bien. Yo de esto sé y puedo asegurarte que es un cubo de mierda. –(«Ni que lo digas», piensa Javier.)– Por qué te crees que me fui del PARECA, pues porque estaba hasta el gorro de todo esto. Aún hoy es el día en que sigo recibiendo amenazas diciéndome que saben de mí. Pero no me importa, que digan lo que saben si quieren; qué puedo perder si ya no tengo aspiraciones... Bueno, no –reconsidera–, alguna queda; como la de ir a cenar, ¿no te parece? Estoy hambriento.

–Como quieras –asiente el invitado aunque a disgusto por ser esta la segunda vez en que al irle a hablar de su estancia en el partido se desvía hacia otras cuestiones.

Ahora es cuando, salido del comedor y girando hacia la derecha con la puerta de entrada a la casa a sus espaldas, Javier se hace una idea de la totalidad del piso. Un largo, largísimo pasillo, con ninguna puerta a su izquierda y seis a su derecha, que termina con otra al fondo. Entra por la primera guiado por Andrés; es la cocina, amplia y, si no fuera porque al ser de noche lo hace la luz del fluorescente, muy iluminada por las dos grandes ventanas que hay en ella. Mercedes y quien sin duda es la hija dejan lo que estaban haciendo.

–Aquí la tienes –presenta aquél–; ésta es la tonta que quiere volver al barrio.

La chica (calcula Javier, de no más de dieciocho años) mira hacia el suelo avergonzada; un ligero rubor se le ha subido a la cara. Los padres ríen.

–Anda, no seas bobas y dale la mano –indica la madre.

–Mucho gusto –saluda con voz débil haciendo lo dicho.

Al sentir su mano en la suya, caliente y algo trémula, Javier la oprime con suavidad para darle confianza, para decirle que no se preocupe, que le gusta lo que ve en ella.

–Bien –da el padre por concluidas las presentaciones. Se sitúa junto a la mesa donde están los cubiertos; dispone el orden–: Tú será mejor que te sientes aquí, Javier, y Marli a mi lado; así Mercedes podrá servirnos sin tropezar con nadie.

Cada cual toma el asiento indicado. La cena ya se sabe en qué consiste

(estaba a la vista sobre el fogón): de primero sopa y de segundo una hermosa tortilla de patatas.

–Lo que me extraña de este Aniceto –retoma Andrés la conversación del comedor– es que siendo tan influyente, según dices, yo no conociera de él hasta que me has hablado.

–¿Y si digo que su primer apellido es Más? –le orienta Javier.

–¿Más Gilabert, el Secretario General del PARECA y actual presidente del gobierno?... Pero éste se llama Claudio; a no ser se hubiera cambiado el nombre.

–No, es su primo: Aniceto Más Paniagua. Creo recordar que el padre del Presidente y el suyo son, o eran si han muerto, primos hermanos. No obstante, es lógico no lo conozcas; Aniceto siempre ha gustado ser de los que controlan desde la sombra. Que yo sepa ni siquiera posee carnet del partido, me sospecho –pone duda donde está seguro– no por discrepancia de ideas, sino para no comprometer con su pasado.

La cosa por parte de quien no conocía queda en un rítmico sorber cucharadas de sopa que nada dice sobre si estaba o no equivocado. Los demás hacen otro tanto; es de mala educación hablar mientras se come.

La siente a su lado. Físicamente Marli no se parece en nada (es de ojos y pelo castaños), pero hay algo en ella, no sabría decir qué, que le recuerda a Rosario. También estaba así, de costado y callada, el día en que formalizadas sus relaciones su padre lo invitó a cenar. Más por las explicaciones de la hija que por las del pretendiente a yerno, éste se convenció de que Javier era el hombre apropiado para aportar la buena dote y, lo más importante, asegurarle un resto de su vida sin problemas. «No sería por el Banco –piensa–, porque mira que me quejaba. Debió creerse lo de la cartera ministerial una vez en el poder la Organización.» Con Ricardo no podía contar, eran demasiado grandes sus desavenencias; no abría la boca que ya estaba el hijo censurándole. «Lo que no aguanto de mi padre –le contaba a Javier– es que se crea dios y pretenda que los demás nos lo creamos también y le adoremos.» Aquella noche debió creérselo y el otro creer que lo pretendía. Su señora («que en paz descanse») era una santa pero una pobre mujer, era la clásica persona de la que todos se hubiesen aprovechado de no haber tenido la gran fortuna de encontrarlo a él (primer gruñido por lo bajo

de Ricardo que hasta ese momento comía apaciblemente). Fue como sigue: Está un día él en el bar al que suele ir a eso del atardecer a tomarse el pisco (era muy de este modo en su forma de hablar), cuando de pronto se vuelve y la ve a ella mirándole entre el grupo de amigas que la acompañan (¿tendrá que decirlo?; se atusa el bigotito a lo Clark Gable, canoso y cuidado con esmero), «porque en uno, la verdad, la naturaleza se sobrepasó» (segundo gruñido más fuerte de aquél y mirada del padre que se percata de la razón); «bueno, y también en mi hija», añade (así, en solitario, para demostrada su objetividad dar un sopapo de amor propio al mentecato del hijo). Resumiendo, de lo que se trata es de que Javier comprenda que le hacen un honor admitiéndolo en la familia, pues aunque actualmente vivan en este (miserable no lo dice, pero con su gesto despectivo lo da a entender) barrio, ello no invalida la alta alcurnia de donde proceden; y es aquí donde el honrado, por aquello de bien nacidos es ser agradecido, sin pretenderlo pone la mecha que va a hacer explotar la cólera reprimida por dos veces de Ricardo. «Gracias –dice–; la familia de su señora esposa no tendrá por qué volverse a avergonzar»; claro como la luz del día. Es del dominio público que si han llegado hasta donde están se debe, por un lado, a que él no supo administrar el patrimonio de la mujer, y, por otro, a que los hermanos de ésta se han desentendido de quienes ya les han causado bastante vergüenza por no estar a la altura de su entorno social. Sin embargo, el causante no quiere admitir esta versión y basa la suya en los celos. «Si acaso, yo debería avergonzarme –se revuelve–, que se mueren de celos porque otras mejores que ella me pretendían.» La duda queda en si con «ella» se refiere a la familia o a la esposa, pero en Ricardo es el fuego que le hace estallar. «A mamá tú nunca le llegaste a la suela de los zapatos, ¡bocazas! Estamos aquí sólo por tu culpa –acusa–; tenías que presumir de lo que no das la talla y te serviste de su dinero.» El padre enrojece; «¡cuidado con lo que dices!», grita. Rosario se interpone por medio; es la que siempre intenta apaciguar los ánimos.

–Por favor, me da el plato.

–¿Eh? Ah,sí. –(Es la hija quien lo pide viendo que ha terminado). Se lo da mostrando satisfacción–: Esta sopa estaba buenísima, Mercedes.

–¿Verdad que sí? –se confirma el padre–. Mi mujer con un poco de agua hace milagros. Verás ahora lo que dan de sí unas patatas y unos huevos.

–El hambre, todo lo hace el hambre –ríe aquella.

–En el PARECA es difícil saber quién manda sobre quién –vuelve al asunto Andrés–. Casimiro hablaba siempre de las ideas; «lo importante son las ideas», decía. Más tarde pude darme cuenta que no, que lo importante son las personas. De qué nos sirven las ideas si carecemos del elemento humano necesario para hacerlas realidad; es pretender construir la catedral sin tener las piedras para ello. En cambio, una persona honrada, y cuando digo honrada me refiero a la que antepone el bien de los demás al suyo propio (más o menos lo que has dicho tú antes de ese tal Jesús), será todo lo simple que quieras, pero sabes que donde lo dejas queda y, cuando menos, una pequeña casa donde cobijarnos se podrá hacer... A mí ponme un poco más –pide refiriéndose a la tortilla.

Era su natural; donde Rosario estaba el enfado tenía pocas posibilidades de prosperar. Bastaba una frase, por ejemplo: «no la entristezcáis» (refiriéndose a la madre), para reconciliar; y aquella noche hubo, además de la frase, lágrimas que nos hicieron sentirnos (sí, a todos; también a Javier y a mí) culpables de lo sucedido. (Nunca he llegado a comprender el corazón femenino, me desconcierta; tanto quejarse del sexo opuesto para luego ser ellas las que impiden se autodestruya. ¿Será por lo mismo del ahogado de Javier?) Padre e hijo, también el novio, acabaron pidiéndose mutuamente perdón. Habían sido días viéndola ilusionada, pensando en cada detalle de la cena, preparando ésta con tanto amor, que a la fuerza hubo que someterse a su deseo de paz. Recuerdo que Javier prometió solemnemente dejarse la piel (se entiende trabajando) si hiciera falta para sacarlos de la miseria, porque era ése, y no otro, el origen de las desavenencias paternofiliales. «No del todo cierto –recapacita–; además estaban sus caracteres contrapuestos.» El de Ricardo humilde, no por propia voluntad (que también llevaba su dios dentro aspirando, en nuestro caso, encumbrarse con la ayuda de la Organización), sino por fuerza mayor (como en la hermana su natural) impidiéndole llevar a la práctica su voluntad porque cuando lo intentaba fracasaba estrepitosamente. Por el contrario el padre no tenía estas limitaciones y se mostraba tal cual era: un cretino paseando su vanidad a la vista de todos. Si bien se mira daba risa, pues excepto casi todas las mujeres, los demás nos dábamos cuenta era una mierda pinchada en un palo; en Ricardo insufrible por saberla causa –como dijo la señora Petra– de su venir a menos. Pero volvemos a lo

mismo: ¿en qué medida esto le hubiese afectado de no tener un carácter contrapuesto?; ¿acaso no he cometido yo en ti, Javier (y tú en mí, que todo hay que decirlo), muchas estupideces posteriormente reconocidas como tales y, no obstante, perdonadas en el acto por estar los dos en el mismo sitio? Porque éste es el problema: el sitio, el que nosotros estamos aquí dentro y los demás están afuera, y, claro, no es posible sentir, pensar igual siendo otras las fuerzas que configuran (lo de la Cochinchina, ¿recuerdas?). Tu promesa de dejarte la piel fue sincera; además del Banco te pusiste a trabajar como repartidor de periódicos. Todos los días, a las tres de la madrugada diana; coge la bicicleta y lleva cada periódico a su abonado correspondiente, y después empalma con los recados de don Ramiro siempre vigilante de por qué has tardado el tiempo que fuera en llevar el recado en cuestión si él lo hace en menos y andando. Volvías a casa hecho polvo; y mientras los demás..., ¿qué hacían los demás? El barrabás del tío José disfrutando de la vida porque sólo se vive una vez; los creídos futuros suegro y cuñado siguiendo de holgazanes de colmena por ser denigrantes según qué trabajos y por padecer de abulia, respectivamente; y Rosario, toda amor, justificándolo todo y a todos. No podía ser; tarde o temprano habías de convencerte de que ni aun desollado es posible sacar de donde sea, en este caso la miseria, a quienes son parte intrínseca de ese sea.

–Eso es –se ratifica llevándose otro trozo de tortilla a la boca–. Yo soy Javier Rovira del Río –(los tres miembros de la familia dejan de comer tal preguntándose a qué viene semejante perogrullada–, y si los demás tienen su personalidad yo tengo la mía... –en su mirándole boquiabiertos se percata de la duda que les embarga). Deglute con dificultad por lo incompleto de la masticación–, me explicaré (viene a cuento por lo del anteponer el bien –aclara dirigiéndose a Andrés–): Cuando dejé la cárcel, conmigo también lo hizo Jesús...

–Un amigo suyo de prisión –interrumpe el marido y padre informando a sus respectivas de lo que no saben.

–... habíamos acordado ir a vivir yo con él hasta tanto y cuando encontrara nueva casa; no quería volver al barrio. Su piso era como el vuestro, con espacio suficiente para los que estaban: su hermano y la mujer e hijo de éste, y quienes veníamos a estar así, sin ningún tipo de preaviso, porque siendo de su propiedad (me refiero de Jesús) no tenía por qué darlo. Profesor no numerario de la Facul-

tad de Ciencias, el hermano contaba con unos ingresos reducidos y fue gracias a mis trescientas mil como pudimos solventarnos.

–¿Pues no has dicho que estabas de pensión? –nos recuerda Andrés fiel a lo prometido de la tumba.

Es verdad, no sé por qué te ha dado por decir esto. Estuviste hasta irte a hacer el servicio militar; por cierto, con unas prisas que parecía te estuvieran metiendo fuego.

Terminado que ha la tortilla, Javier deja sobre el plato el tenedor y se limpia con la servilleta. Bebe un poco de agua.

–Bien, ha sido un lapsus; he debido decir que pagaba como si estuviera de pensión... De lo que se trata es de que veáis que de nuestra parte todo fue anteponer el bien: Jesús dándoles vivienda gratis, y yo porque comemos de mi dinero –(dejémoslo en casi tuyo)–. Pues bueno, en este caso (y lo siento por vosotras –se disculpa dirigiéndose al sexo opuesto–), la arpía era la mujer; Eloísa se llamaba. Vestía bata de ésas de andar por casa con un escote que permitía saber, a quien quisiera, que iba sin sostén y cada vez que se sentaba enseñando las piernas casi hasta las bragas. Ya te puedes imaginar cómo estaba yo –dice al hombre–: a punto de saltar –todos ríen–. Jesús no, que por la edad o por tenerla demasiado vista no hacía caso; y el marido, bobalicón, no dándose por enterado.

–No lo entiendo –ahora es Mercedes quien interrumpe–. Si dices que era profesor de la Facultad de Ciencias, ¿por qué no le preguntas a él por ese tu amigo Ignacio?

¡Anda!, tiene razón. Sabemos sus nombres completos, sabemos donde viven; lo sabemos todo. ¿Por qué no vas y les preguntas?

–Porque no puedo; se me ha olvidado en dónde viven... –(¿Cómo que se te ha olvidado? Si lo sé yo es que tú también lo sabes.)– ¡Me dejarás terminar!

–Bueno, hijo; tampoco es para ponerse así. Sólo pretendía ayudar.

–Perdona, pero es que si a cada paso me cortáis se me va el santo al cielo. Ves, ya no sé por dónde iba...

–Por las bragas de Eloísa –orienta Andrés sonriendo burlón.

–Ah, sí... Yo creo lo hacía adrede, y no como pago de nuestro bien, sino porque le gustaba sojuzgar. (Su personalidad era de ésas de aquí yo y todos los

demás a mi alrededor.) Un día, estando solos en la casa, va y me llama para que la ayude a dar el pecho al crío (no tendría más de seis meses). –(Lo recuerdo; cerraste la puerta de la habitación para no dejarme entrar.)– En esto estamos cuando llega Jesús y nos ve: a ella con la teta fuera y a mí intentando explicarle lo sucedido. No sé si se lo creyó, pero al poco me quedé sin amigo y casa por culpa de su embarazo. Se lo dije: «Esto que me haces a mí ahora, Jesús, te lo hará a ti después.» Así fue. Años más tarde supe que lo habían echado a él también y vagabundeaba por ahí hecho un paria.

Me lo imaginaba. Tú sí te lo creíste; si no a qué mentir. Te fuiste voluntariamente con la excusa de la mili, y de Jesús sólo sabes –dicho por ella en Maternidad– que estaba por esos mundos de Dios fiel a su idea del revolucionario.

–Sí, en ocasiones la escasez de los ladrillos impide hacer la casa –admite el arquitecto.

Javier adivina en el silencio un tanto serio de Mercedes su enfado por haberse creído destinataria de la forma ruda con que me ha hecho callar. Le alaba nuevamente su arte culinario. Ni con ésas; su sensibilidad es a buen seguro de las del hiper.

–Perdona –se disculpa de nuevo–; a veces no sé lo que me digo... Volví a verla cuando dio a luz; su marido estaba pletórico de felicidad. «Te das cuenta –me decía–, tiene los ojos grises como los tuyos.» Nadie le había contado nada. Yo tampoco puedo asegurarlo, pero me creí en la obligación de ofrecerme para en lo que pudiera serles útil. Fue entonces cuando surgió lo de la huelga. «Esto no deberás hablarlo ni siquiera contigo mismo», me impuso Eloísa como condición. En la Facultad, un alumno (Ignacio) había solicitado del Decano la presencia de los profesores para que le dieran clase, rompiendo con ello la disciplina de la huelga. Recordaréis (tú no –dice a Marli–, que seguro no habías nacido) fueron tiempos aquellos de desorientación respecto de qué lado se iba a decantar la balanza: si al de los que querían perpetuarse en el poder o al de los que no querían lo hicieran, incertidumbre esta que en el vulgo provocaba posturas de indefinición política a la espera de ver lo que sucedía entre los contrincantes... Como arpía que es, la mujer de nuestro profesor sabe –(como todos, y tú también)– que estas posturas de ni fu ni fa a la postre invalidan cualquier reclamo de un trozo de la tarta, y quiere asegurarse el suyo; pero, ¡cuidado!, no te

vayas a equivocarse de bando. Para evitar riesgos lo mejor será estar a bien con los dos. Con la oposición ya lo está por ser cuñada de Jesús, y con los otros ¿por qué no echarles una mano en desbaratar la huelga que tanto perjudica a los intereses patrios? En los inicios de la revuelta estudiantil, el Decano (uno de los perpetuadores) ya se lo propuso a su marido: «si consigue hacerles desistir de su propósito de adherirse a la huelga, lo tendré en cuenta»; muy explícito: tú me ayudas con tus influencias sobre la oposición y yo te ayudo con las mías sobre el Gobierno. No pudo ser; Jesús no quiso inmiscuirse en lo que ni le iba ni le venía y dejó que todo siguiera su curso. Pero mira por dónde un buen día aparecen, fruto del azar, mi amigo Ignacio y quien os habla, el uno solicitando lo que el Decano quiere y el otro lo que Eloísa; sería de tontos desaprovechar la oportunidad. Ésta llama a aquél (por el marido sabe que el tal Ignacio es un buen muchacho pero algo apocado, y es muy probable, de no tener quien le acompañe en su reanudar las clases, que los agitadores den al traste con el empeño) y le ofrece la ayuda deseada. Yo sólo sé lo que se me dice: que haga causa común con ese pobre chico; lo demás me ha dado por pensarlo desde que supe que ese chico (sí –se ratifica–, mi buen amigo Ignacio Goñi Burillo) había muerto.

Por parte de la familia no hay preguntas ni comentarios; por mi parte qué puedo decir sino que me aspen si algún día llego a saberlo todo de Javier. Cuando estuvimos en el hospital me hablaba del doctor (y yo: «no comprendo su forma de pensar»), del bedel («esto es lo que yo no entiendo»)..., y ahora me entero que si decidió acompañar a Ignacio en su vuelta a clase fue porque, aunque no puede asegurar que sea él el padre de este hijo (¡venga ya!, ni que fuera yo tonto), se creyó en la obligación de darle gusto a Eloísa.

–Mi propósito al matricularme en la Facultad de Ciencias no fue en un principio éste; lo hice estando en el cuartel a seis meses de que me licenciaran. No os lo he dicho antes, pero en la mili el capitán de mi compañía no sé cómo –(silencia lo de la hija)– se enteró de mi pertenencia a la Organización. Para salir del paso le hablé de la gente que conocí en la cárcel –(y de los responsables de las células contiguas, y de las claves secretas sin desvelar su contenido, y...)– como si tuvieran algo que ver, y al llegar a Jesús lo de su hermano en la Facultad. Qué quise decirle; como platos se le pusieron los ojos (después de lo que me has contado de “El luminoso amanecer” –indica a

Andrés—, sé por qué). Me propuso matricularme para que pudiera informarle más detalladamente de ese hermano. Yo me dije: «es mejor le hagas caso si no quieres te amargue la existencia en lo que te queda de estar bajo su mando»; y así lo hice. Al poco murió el Dictador y vino lo de la manifestación y después la huelga; de tal modo que cuando Eloísa me habló de lo suyo, ya lo del capitán había perdido todo interés.

Mercedes no parece, tras tan largo circunloquio, recobrar su buena disposición hacia quien creemos ha sido causa de su enfado.

—Compréndelo —insiste éste—; no puedo volver después de tantos años y encontrarme con mi hijo.

¡Por fin!; le ha costado pero al final lo ha dicho. Es un detalle que le honra... Sin embargo, en el gesto adusto de la otra se sigue percibiendo su malestar. No lo comprendo; Javier le pregunta con la mirada por el motivo.

—Pues es muy fácil de entender —responde como si me hubiese oído—. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te contara, por ejemplo, de Ignacio lo que tú me cuentas? Sí —añade ante un gesto de no saber qué—, que su novia le hubiera dejado sin ningún tipo de explicación y diciendo luego que tuvo un hijo con otro hombre, para mayor afrenta, casado y sin parangón en cuanto a hombría de bien con tu amigo.

El aludido no responde porque empieza a darse cuenta de por donde van los tiros.

—Te lo diré yo —lo hace ella—: con ganas de llamarle mala bestia o algo peor. Porque Rosario era mi mejor amiga y me duele saber que cuando más te necesitó tú te dedicabas a hacer lo que hacías... ¿Sabes acaso dónde está ahora? —ve que no—; ninguno lo sabemos. Se fue quizá buscándote; decía soñar contigo y que la llamabas. Pobrecita, me daba tanta lástima.

Javier baja la cabeza avergonzado. Todos advierten la conmoción sufrida.

—Bueno, Marli —interfiere Andrés—; recoge la mesa y a dormir, que luego por las mañanas no hay quien te despierte.

Madre e hija se levantan haciendo lo ordenado. Nadie habla. Terminada la faena, esta última se despide. Vuelve a tener su mano entre la suya, caliente pero ya no trémula; quisiera besarla y pedirle perdón al sentirla de Rosario. Se retira suavemente yéndose con Mercedes.

–No te preocupes –quiere reanimarle quien también es hombre–. Las mujeres nunca nos comprenderán; ni que fuera por gusto que nos gusten tanto.

Javier sigue cabizbajo y sin proferir palabra. Los sentimientos que le embargan son confusa mezcla de remordimiento por haberse desentendido de quien tanto lo quiso, de tristeza por la pérdida de un amor sincero, de vacuidad en la cumbre del poder. Tanto esfuerzo para llegar a esto; «¡por qué!», me pregunta con rabia. ¿Y piensas que yo lo sé?; dicen que lo más difícil es conocerse a uno mismo.

–Todos tenemos nuestra parte de culpa; las cosas no suceden porque sí de buenas a primeras. Ya te lo he dicho cuando has llegado: somos lo animado y lo inanimado, desde el principio hasta el fin de los tiempos, quienes configuramos la realidad. El simple hecho, por ejemplo, de vivir en la montaña o en el valle hace a unos más aguerridos que a otros; y ahí está la historia como prueba donde se ve que los invasores siempre procedían...

–¡Vale! –interrumpe desabrido el pecador–; no hace falta me lo repitas otra vez. Ya sé que como Javier soy esto; pero ahora se trata de nosotros, de Rosario y yo... Debes ayudarme, Andrés. Cuéntame, ¿qué fue de ella?

–Lo que mi mujer te ha dicho: un buen día desapareció, se fue sin más. Desde que la dejaste su vida fue un continuo caer por el tobogán y supongo pensó que si no cambiaba de lugar era seguro el batacazo. Empezaron traspasando el quiosco, después el padre muere, más tarde se descubre que el hijo está detrás, y por último se cuelga éste en el calabozo. ¿Qué esperanza le quedaba a ella en el barrio?: ninguna; tuvo que marcharse... Recuerdo cuando murió el padre le pregunté a Ricardo que qué pensaban hacer. «De momento esperar –me dijo–; después tal vez volvamos con la familia de mi madre.» A mí me extrañó eso de volver con la familia porque todos sabíamos que no querían saber de ellos, pero pensé: a lo mejor es que han cambiado de opinión. Sí, sí, cambiar de opinión; y un cuerno. Cuando lo detuvieron y me enteré de la póliza a todo riesgo suscrita a nombre del padre que de haber sido cierto lo del accidente fortuito les hubiese hecho millonarios, supe la verdad: esperaba poder llegar a su altura, no al revés; y es que, excepto cuatro lunáticos, de la pobreza ninguno queremos saber. Y yo me pregunto: por qué tanto despreciarla si al fin y al cabo es el referente de la riqueza; ¿porque es causa de sufrimiento? Bueno, eso

habría que verlo. Hasta cierto punto sí, que es necesario comer y tener abrigo para poder vivir, pero cubierto esto que me demuestren que existe relación entre tener más y ser feliz. No en mi caso, desde luego. Cuando estaba en el PARECA tenía buen sueldo, coche propio y hasta secretaria; y qué, ¿era más feliz por ello? Ni hablar, que todo eran zancadillas y malas artes para deshacerse del adversario.

A ver quién me explica esta falta de coherencia: Se nos va por los cerros de Úbeda y encima alaba lo que tanto ha criticado en su hija por querer volver al barrio. Pero dejémosle continuar, que parece va a contar algo de su estancia en el partido.

—... lo clásico: preparan la trampa pensando que el enemigo actúa igual, o sea, movido por la ambición; pero cuando por no ser así no cae, vienen los enfados de por qué no has pisado donde yo quería que pisaras. Los Más emplean mejores tretas (por eso han llegado a donde han llegado); hacen lo de la zanahoria y el burro: se montan encima de éste y con un palo le ponen la zanahoria delante para que creído que la puede coger se mueva por donde quieren. Con la ideología como señuelo yo estuve durante años tirando de ellos; hablaba de lo maravilloso que iba a ser el mundo cuando el PARECA estuviera arriba. Y ahora, cuando ya lo está, qué puedo decir; ¿que lo es? No me atrevería a asegurarlo. Estamos en lo de siempre: todo depende del color del cristal con que se mira; para algunos tal vez lo sea, para otros no. Si nos atenemos a las fortunas hechas... Por cierto, como trabajador del Banco Filantropía tú lo sabrás mejor que yo. —(Ve la cara de sorpresa de Javier.)— Sí, hombre; de cómo ha podido subir tanto siendo como era uno del montón... ¿No lo sabes? —pregunta, sorprendido también él, ante lo invariante del gesto de su contertulio—. Te lo explicaré.

»La historia comienza en la oposición, instaurado el nuevo régimen. Pocos eran los que apostaban entonces por un partido como el PARECA cuyo casi único patrimonio era la fe de sus militantes en ese futuro maravilloso, por supuesto, convenientemente plasmado en un programa político resumen de lo dicho por el bueno de Casimiro. Los bancos no formaban parte de estos pocos; fieles a la buena práctica bancaria exigían garantías reales para otorgar sus préstamos, y qué garantía podíamos darles nosotros sino nuestra sola fe. Era un círculo vicioso: no os damos porque no tenéis, y como no nos dan nunca tendre-

mos. Aniceto (no sabía se llamaba así) debió ser quien informó a nuestro Secretario General Claudio: En tu banco había un individuo lo bastante emporcado como para sonsacarle el préstamo con la sola mención de hacer la luz en sus porquerías –(Javier sonríe nervioso)–. Fue el principio; la suerte le favoreció: ganamos las elecciones. ¿Recordarás aquel «ayudemos al desvalido», eslogan de nuestra campaña electoral? –(ni un que sí ni un que no por parte del sudoroso oyente)–; pues bien, había llegado el momento de ponerlo en práctica. Como preveíamos, al grupo de los desvalidos se incorporó casi toda la ciudadanía reclamando su derecho a la ayuda, y, por consiguiente, dejando el deber de hacerlo a la minoría que no supo, o no pudo, hacerse desvalida ocultando sus riquezas. No nos arredramos. Junto a la política de pague más quien más tiene, pusimos en marcha la del déficit presupuestario para que también lo hicieran quienes mintiendo aseguraban no tener nada; ya sabes: la de la inflación actuando a través de la máquina de imprimir billetes. En este aspecto fue un éxito; el dinero pasó de unas manos a otras sin que casi nadie se diera cuenta cómo. El Filantropía (como amigo en el secreto de lo que estaba sucediendo) se aprovechó endeudándose hasta donde pudo y más con toda clase de compras que más tarde revendía a precios muy por encima de la tasa de inflación, y que le permitieron hacerse con un patrimonio inmobiliario (propiedad de muchos de por el entonces falsos y hoy, realmente, desvalidos) que, convenientemente engordado con políticas gubernamentales de desarrollo favorecedoras de su lugar de emplazamiento, le han hecho el banco que actualmente es.

Calla; la explicación parece darla por concluida. Profundo suspiro de relajación en la tensión sufrida por el (en nuestro secreto) implicado en los negocios mencionados. Equivocación en Andrés –pienso– al creer, en el suspirante, asombro por lo inesperado de lo por él puesto de manifiesto lo que es alivio por lo no puesto.

–Espera –continúa–, que aún falta. –(Vuelta a la taquicardia en nuestro miedo.)– En la cumbre surgen quienes quieren ocupar también el puesto. Claudio mueve piezas, lo mismo su primo y el emporcado; todos no queriendo dejar nos echen de donde tan a gusto estamos. Es la guerra en el subsuelo de una aparente paz. La estratagema de mi bando consiste en crear problemas donde no los hay y achacárselos al enemigo, para luego, en la desesperación de los

afectados, granjearnos sus simpatías prestándoles ayuda (nunca mejor dicho esto del prestar, pues se trata de un verdadero préstamo a devolver con intereses). Ejemplos existen muchos, pero quizá el más llamativo sea el de Cipriano, el aspirante en las pasadas elecciones a ocupar el puesto. Sus posibilidades de lograrlo hubieran sido todas de no ser por la imputación que se le hizo en el desfalco de “Los sin Techo”; recordarás: la cooperativa que pretendió hacer realidad el derecho a una vivienda digna abaratando costes, incluidos los financieros (cosa que como supongo sabes afecta directamente a tu Banco por estar vinculado con la constructora de la familia Más) –(tic nervioso en el párpado derecho de Javier que se le abre y cierra con un ligero movimiento de cabeza)–. “El luminoso amanecer” fue quien hizo saltar la liebre. En primera página hace pública la noticia de que el señor Cipriano, promotor de la Cooperativa de “Los sin Techo”, utiliza los fondos aportados por los cooperativistas (como entrega a cuenta de iniciar las obras) para fines privados, entre ellos la financiación de su campaña electoral y alguna que otra francachela. El acusado lo niega airado: «Mi contable dará fe de lo que afirmo.» Se le busca, pero es inútil; misteriosa-mente ha desaparecido confirmando la noticia de un agujero de varios cientos de millones. Y aquí viene lo bueno – quien cuenta baja la voz cauteloso–, millones que por no sé qué extraños vericuetos fueron a parar a la tesorería de tu Banco –(el espasmódico movimiento de cabeza se acrecienta en intensidad)–. Una vez creado el problema, y abatido el enemigo (de Cipriano nunca más se supo), viene el arreglo del desaguisado. Es cosa fácil: El Gobierno y el Banco Filantropía, en atención a las precarias condiciones económicas de los afectados, acuerdan devolver (a fondo perdido, según la nota oficial; lo que es propiedad de éstos, según la verdad) parte de lo robado. El resto (no se dice) son los costes financieros por no haber hecho las cosas como deberían haberse hecho desde un principio. Por supuesto, entusiasmada la ciudadanía, el PARECA vuelve a ganar las elecciones.

Será mejor que nos vayamos, Javier; aquí ya está todo dicho y no es cuestión de que termine por agriársete la cena. Este Andrés es un cotilla. Además, qué culpa tienes tú de lo sucedido a Rosario; es el destino: unos nacen con estrella y otros estrellados. Qué se le va a hacer; la vida es así de caprichosa.

Se levanta con movimiento brusco en su excitación. Mira buscando la salida y huye, más que sale, de donde está. Un mucho confundido, Andrés se levanta a su vez y, en silencio, sigue a la prisa por el pasillo camino del recibidor. Al llegar, es el propio invitado quien torpemente abre la puerta del piso adentrándose en la penumbra del rellano de la escalera.

–Espera, hombre, que encienda la luz; no te vayas a caer –le requiere el otro.

Tanteando en la pared encuentra el interruptor y la enciende él mismo. Llama al ascensor.

–¿Estás enfadado por lo que te ha dicho mi mujer?

No hay respuesta.

–Si quieres yo puedo hacer indagaciones sobre el paradero de Rosario. Tengo amigos que pueden averiguar cosas.

Javier lo mira asustado. «¿Todavía más?», piensa. Ahora se explica el porqué de las amenazas anónimas que –como le dijo su madre– le han obligado a sustituir su nombre por el de Mercedes.

–No, por favor, no lo hagas –casi le suplica–. Ya lo haré yo.

Llega aquél. Entra ayudado por el antiguo compañero de Organización sujetándole la puerta. Una vez dentro espera, cabizbajo, a que dejada ésta cerrarse por su natural pueda dar la orden de bajada. Quien lo impide no parece decidirse.

–Ni siquiera me has dicho donde vives, y si tengo que esperar otros veinte años para volverte a ver ando listo.

Javier sonrío entre nervioso y agradecido. Es consciente de que no todo son ganas de querer saber; también hay mucho de amistad.

–No te preocupes, ya vendré otro día a verte. Pero es que ahora necesito estar solo –se disculpa–; han sido demasiadas las emociones.

–Como quieras –desde fuera Andrés le pone una mano sobre el hombro–, pero recuerda que en mí siempre tienes un amigo.

–Gracias; lo mismo digo.

Quitado el brazo, la puerta se cierra. Aprieta el botón correspondiente; el ascensor inicia su descenso.

Qué pensar, qué decir de lo que siento aquí dentro, solos, camino de la calle. Si me preguntaran: ¿por qué haces esto, por qué te preocupas por lo que tantos dolores de cabeza te está dando?, no sabría responder. Es como una fuerza que me impulsa, que me obliga a ir por donde quiere vaya y al mismo tiempo no coarta mi libertad. Es como lo que me sucede contigo, Javier, que siendo la misma cosa nos hablamos como si no lo fuéramos; en dialéctica permanente, muchas veces en desacuerdo, pero siempre caminando en ti por imperativo de nuestro cuerpo. Y qué, ¿me siento por ello menos libre? Ni hablar, que soy yo mismo quien me obligo... «Uf, tengo la cabeza a punto de estallar; no pensaba que Andrés supiera tanto... Ya he llegado... Ah, qué bueno el aire fresco de la noche. A ver, ¿qué hora es? Las doce y media. No sé...; y por qué no. Como cuando llegué a B***, me dejo llevar por donde mis pies me lleven. No he traído el coche, nadie me espera en casa, tengo una jaqueca horrible, y mañana (qué digo, si son más de las doce), hoy es fiesta y no tendré que madrugar. Sí, nada me impide hacerlo.»

... Fíjate lo que son las cosas, cuando hace unas semanas salimos del hospital (también como ahora: así, de noche) yo me veía pero no te hablaba; y en cambio ahora... cualquiera que nos oyese pensaría que estamos locos, ¿no crees? «Sí.» Sin embargo, no es cierto... Porque es muy fácil juzgar, decir que fuiste una mala bestia; pero me gustaría verla a ella en tu misma situación, a ver qué hubiera hecho. ¿No dice su marido que somos lo animado y lo inanimado hecho carne?; una genealogía, en línea recta, desde los orígenes del mundo hasta el yo presente (aquí, caminando por la acera hacia no sabemos donde), formada en su esencia por la esencia de todo lo que demás es, o sea, mi yo conteniendo la globalidad del todo bajo una determinada forma que en su momento era sólo una posibilidad aleatoria. Resulta bonito oírlo, ¿verdad? Aunque, no creas, también tiene su peligro (sobre todo para quienes les toca la peor parte de esta historia), porque ya me dirás quién es el guapo que condena a quién si cada uno lleva la globalidad en su cuerpo; es como tirarse un pedo y no poder acusar a nadie porque es tuyo. ¿Te ríes? Pues poca gracia te hacía cuando estabas en el barrio, cuando los demás no sufrían lo que tú; entonces todo era querer cortar cabezas... «Dios mío, perdóname.» Sí, porque unas cuantas has cortado. «Qué habrá sido de Rosario.» No sé; en este aspecto erais muy diferentes. Ella (como Ignacio,

como tantos que por el mundo andan) era incapaz de traspasar el dolor, y, claro, quieras que no, tenía que apechugar con él. «Debí buscarla cuando dejé la cárcel.» Ya te lo dije, pero tú ni caso preocupado por tu futuro... ¡Oye!, mira aquel bar; por qué no entras y pides una aspirina. Seguro que las tienen.

Se acerca al paso de peatones que lleva frente al local y espera (no sé por qué, porque no pasa ningún coche) a que el semáforo se ponga verde. Una vez puesto, cruza la calle y decidido entra. Sorpresa en la entrada, tanto en quien la ha hecho («vaya antro; qué pensarían mis subordinados si me vieran», piensa) como en quienes ya estaban dentro: pareja de hombre y mujer jóvenes sentados junto a una de las mesas, anciana de pie acodada en la barra y quien debe ser el dueño tras el mostrador. Quieto, a un paso de la puerta, aguanta sin pestañear sus miradas insistentes. No es cuestión de volverse atrás; si ellos no lo piensan Javier sí piensa podrían considerarlo triunfo, por la cobardía de la huída, de sus personalidades sobre la que, sin ningún género de dudas, consideran superior. Se acerca, con paso que pretende aparentar seguro, hasta la barra pero manteniendo una prudente distancia de la anciana; salta a la vista que está borracha.

–Por favor, ¿me puede poner una aspirina? –dice, y su voz que ha pretendido ser discreta suena amplificadas por el silencio expectante de los demás–. Me duele mucho la cabeza y a estas horas las farmacias están cerradas –quiere justificarse.

El dueño busca en uno de los cajones. La anciana ríe triste su borrachera; el hombre y la mujer cuchichean.

–Póngame también un café con leche.

–No puede ser; la cafetera está apagada –justifica su negativa éste de forma desairada.

–Bueno, pues que sea sola.

Mientras espera a ser servido, Javier mira de reojo a quienes están sentados. Juraría que están hablando de él.

–Tengo ganas de morirme para ver qué cara pongo –oye a la vieja farfullar.

Una sensación (vaga si se quiere, pero sensación al fin y al cabo) de peligro se le va mostrando. La indumentaria que en esta ocasión viste, como adecuación a la visita efectuada a Andrés, le distingue como persona con el suficiente

dinero como para permitirse la molestia, por parte de quienes tengan necesidad, de un atraco. Piensa en algo con que, sin dar pie a que se crean lo del triunfo, emprender la retirada. En esto, el hombre joven que esperaba fuera causa de su ruina se levanta y, despidiéndose con un lacónico «que os vaya bien a todos», se va del bar sin ni siquiera mirarle; al poco, la compañera hace otro tanto recogiendo los vasos de su consumición y adentrándose por la puerta que, a un lado del mostrador, a buen seguro lleva a lo que son dependencias privadas. Comprende, aliviado, que ha sido una falsa alarma y se deja descansar sentándose en una de las banquetas. Su vaso de leche con la aspirina le son servidos.

En frente, en la estantería acristalada con espejo de fondo, entre botellas de licores le sorprende su propia cara (en gesto tragándose la pastilla, directamente, sin ayuda de la leche) reflejada junto a la cara con chafarrinones de colorete y de carmín de la anciana. Observa su mirada hueca, vacía de contenido, sus gesticulaciones en la animada conversación que a media voz se trae con un imaginado contertulio, e intuye en ese decrepito rostro años de mala vida (no tantos como ha creído en un principio) en contraste con un tiempo en que niña jugaría alegre, tal vez, al amparo de un hogar. «Porque todos llegamos del mismo modo», piensa. Sí, desde ese pasado que nos define legándonos lo que fue; sin culpa, sin mérito por lo que puedan ser capacidades propias, pero individualmente responsables de cara al presente y al futuro de lo que hagamos con ellas. En este sentido, cada cual se esculpe a sí mismo con el material de que dispone, y al crear su vida sienta las bases de otras posibles creaciones. Y veo su cara, y me asusta pensar que estando en ella la globalidad del todo, éste no sea tan bueno como yo creía... ¿Pero qué es ser bueno?; ¿dar siempre placer y gloria? ¿No se dice que para descansar es preciso primero estar cansado?; ¿acaso no es su cara enferma y fea la que pone de manifiesto la salud de la mía? Me temo, Javier, como te he dicho tantas veces, que deberemos soportar la fetidez si no queremos perder el concepto del buen olor.

Decididamente la leche no la va a tomar, le repugna; en el vaso, a poco que te fijas, se ven huellas de otros labios. Pregunta por lo que debe; se le dice. Al pagar quiere saber algo del porqué de esa vida rota.

—¡Porque le gusta! —le espeta el preguntado—. Habrase visto estos señoríngos, siempre queriéndose entrometer donde no les llaman.

Se va, si cabe más asustado por la respuesta que por lo visto, escuchando a sus espaldas la risa loca de la mujer (ya no anciana; muy probablemente de sólo unos cuantos años más que él; quizá objeto erótico de quien ha creído dueño).

Sigue calle; andando sin rumbo fijo, desierto el camino... ¿No es lo mismo esto que le ha pasado que lo que le hizo a la señora Petra? También ella puso su buena voluntad por restañar la herida, y él se revolvió furioso sabiéndola, cuando menos en parte, culpable. Pues hace falta una gran grandeza de alma para sufrir el mal como causa sólo del propio error, para hacer el bien pensando en los demás. No sé en qué consiste el paraíso, ni por contraposición el infierno, pero me supongo que algo tendrá que ver con esto.

El declive de su andadura le advierte que va camino del puerto. No está mal; hasta incluso, con un poco de suerte, podrá presenciar un orto de luna, y si espera un poco más el de quien origina el día, y luego tomar un chocolate con churros en la terraza de alguna de las cafeterías que hay por allí, y ver a lo lejos el mar, su azul, las mil y una estrellitas de sol vibrando y jaspeándose sobre su superficie al suave soplar de la brisa, y respirar ésta, y (no lo dice pero lo siente) ser feliz... El paso haciéndose ligero a medida piensa en esto, resuena en el suelo empedrado. De pronto se para; presta atención: sólo el silencio. Hubiera jurado oír otros pasos. «No, es el eco de los míos –me dice–. Escucha, si no»; y avanza, pisando fuerte, un corto trayecto. Es verdad; la calle, estrecha más que por ella por la excesiva altura de las casas que hay a los lados, propicia la reflexión de las ondas sonoras, a estas horas de la noche audibles por la ausencia de ruidos mayores. Convencido, reanuda la marcha.

Es al poco cuando se percata de que la cabeza ya no le duele. A pesar de todo, no ha sido mala idea la de entrar en el bar; si no lo hubiera hecho ahora seguiría igual. Y es que hay cosas, a poca sensibilidad que se tenga, que no deben decirse. Mira que hablarle a él de Cipriano, de no sabe por qué extraños vericuetos el dinero pasó de uno a otro bolsillo; siempre pensando en misterios. «Pues tan sencillo como si alguien ahora saliera de ahí y me dijera»,

–Arriba las manos y no te vuelvas.

–¿Eh...? –no atiende a la orden en ademán de defensa.

–Tú lo has querido, señoritingo.

Las tantas de la madrugada.

... Debo avanzar, no puedo quedarme aquí; si lo hago estoy perdido. Tarde o temprano pasará el tranvía y no podré impedir que me atropelle. ¿Ves?, no hace falta luz para darse cuenta: extendiendo los brazos y toco las paredes. El túnel es demasiado estrecho; por mucho que me aparte, él lo ocupará todo y ya nada podré hacer... Así va bien: despacio, poco a poco. Ah qué frío; debí ponerme un jersey. Este suelo, además, juraría tiene agua. Pero no, está templado. ¿Templado? Cómo pues tengo frío. A ver. Al tacto es viscoso, como el aceite. Eso es, aceite que desprende el Metro. Son tantos los que pasan que, una gota éste otra gota aquél, al final es mucha la suciedad. Pero si es tanta y está templada es porque pasan de continuo; y si pasan de continuo, uno está al llegar; y si uno está al llegar, ¡sí, es que es su ruido! Maldita sea. Las paredes, como suponía son las paredes las que no me dejan apartar. Chillaré. Es inútil; no me oyen, hay demasiado ruido. Correré. No puedo, me resbalo con tanta grasa. ¡Oh...! Menos mal que no he esperado a comprar billete, si lo llego a hacer me atropella. Al revisor puedo darle uno de éstos (lo que está en el suelo no tiene dueño) siempre y cuando la fecha (no veo con tan poca luz) sea la de hoy. Imposible; mejor decirle la verdad. Pero cómo, si no sé en qué vagón anda. Preguntaré a... la gente, ¿dónde está la gente? Qué agonía; no entiendo nada. ¡Por favor, que alguien me diga lo que ocurre!... ¿Eres tú, Rosario?; espera, déjame que te explique. Me lo temía, está enfadada; se ha escondido tras las sombras del vagón contiguo. Me adentraré en él y, cuando quiera escapar de nuevo, la cogeré del brazo. Qué dolor, casi no puedo ni andar; debe ser por el frío y la humedad del

túnel. Pero no puedo volverme a quedar sin ella. Así, aunque sea arrastras. Cuando nos detengamos en la próxima estación será el momento; seguro habrá más luz que aquí. Mientras, este aceite no deja de ensuciar; y está templado, y sabe a sal, y... no está en el suelo. ¿Entonces?: soy yo la causa; debí limpiarme antes de subir al Metro. Espero lo comprenda el revisor. (Por ahí viene.) Con tantas prisas no fue posible –le diré–, no tuve tiempo de coger el ticket; la verdad ha sido... ¿Cuál ha sido la verdad? No consigo hacer memoria. (Llegué porque, ¿por qué llegué?) Y no pudiéndome justificar me detendrá, y me condenarán, e iré de nuevo a la cárcel, y volveré a estar con el asesino de su madre. ¡No, no quiero; déjenme salir! Gentuza; aparecen cuando menos los necesitas. ¿No comprenden que lo mío es más urgente?; y luego hablan de injusticia... Ha pasado; por suerte ha pasado y no me ha visto. Esperaré un rato, no vaya a ser que vuelva. ¿Sigue ella en el mismo sitio? Sí, parece ser que sí. Aunque sea arrastras. Rosario. ¡Oh!; la de los chafarrinones de colorete y de carmín. Estoy seguro: era la enferma; el alcohol de su aliento me escuece en la herida (¿qué herida?). Pero por qué, si no es Rosario, me rehuye. ¿Sobria tal vez siente vergüenza de su borrachera? Me pareció en el bar... ¡las puertas se cierran! Estábamos en la estación y no me había dado cuenta. Todos se han ido; reanuda la marcha; me lleva de nuevo a la oscuridad del túnel. Debo avisarle: que paren, que yo también quería bajar; si no lo hago nunca llegaré a comerme el chocolate con churros. Es verdad, ésta era la verdad: el chocolate con churros. No puedo perder tiempo; aunque sea por el hueco de la ventana... ¡Por fin!, lo he conseguido. ¿Ves?, no hace falta luz para darse cuenta: extendiendo los brazos y toco las paredes. ¿Las paredes? ¡No, no quiero volver a empezar!

–Cálmese, no se excite si no quiere que la herida vuelva a sangrar.

No sabemos lo que ocurre ni nadie nos lo ha explicado, pero una débil claridad permite apreciar, en la confusión de un lento y penoso despertar, los contornos de lo que resulta ser una habitación. No muy grande; con paredes color verde claro y techo blanco. Cama vacía a un lado. ¿A ver?... Sí, con ruedas como las del

–¡hospital!; estoy en el hospital.

–Sí, no se preocupe; lo peor ya ha pasado.

Como cuando abierto el interruptor la bombilla se enciende al instante, así se ha hecho la luz en nuestra memoria: percibiendo Javier el objeto punzante penetrándole en la espalda, sintiendo el dolor de la herida que ahora toca vendada. No se precisa más para darse cuenta que ha sido objeto de un atraco, quizá por quien consideró sospechoso en el bar. Porque, vamos a ver, aunque enemigos tiene todos aquellos a quienes la envidia carcome, ¿quién sabía de él a esas horas y por esas calles? Nadie, excepto que alguien del bar le hubiera seguido; y de ser esto cierto, quién sino el joven esperándole fuera. Además, el despectivo calificativo de señoritingo; dos veces lo oyó...

—Si quiere que avisemos a la familia deberá decirnos dónde vive.

—¿Cómo...? Ah, sí, mi familia. Están fuera, de vacaciones... No, mejor no preocuparles. Avisen a mi mayordomo. Mi nombre es Javier Rovira del Río; ya sabe: Director General del Banco Filantropía.

En el gesto de quien le habla se percibe que no sospechaba fuera tanta la categoría social del enfermo. Acostumbrado a que quienes saben de ésta indaguen por propia iniciativa pensando en ulteriores provechos, Javier no quiere, ni el cansancio se lo permite, extenderse en más detalles. La ve salir de la habitación.

«Como estaba diciendo, dos veces lo oí: cuando quise saber de la borracha y en el momento de la agresión. No cabe duda de que no siendo la misma persona lo es de su entorno.» Esto mismo creo yo; pero a qué preocuparse de lo que ya no tiene remedio. Tanto si consigues como si no demostrar lo que piensas, el mal está hecho. «Hombre, mira qué bien; encima de cornudo, apaleado.» No se trata de eso; se trata de saber si el daño sufrido te lo mereces o no. A poco que seas sincero tienes que reconocer que si eres lo que actualmente eres no es precisamente por haber actuado como una hermanita de la caridad. «Te veo venir.» Pues si me ves mejor no meneallo, no vaya a ser que de tanta justicia te toque pagar más de lo que te deben. «Tal vez tengas razón.» Fíjate si la tengo que con Andrés a punto estuviste de salir malparado, o mejor dicho: has salido, porque si no llega a ser por el dolor de cabeza no hubieras entrado en el bar y no te habrían robado. ¿Y todo por qué?, pues por tu empeño en no querer olvidar lo del tío José; y puestos a no hacerlo (esto no hay quien me lo quite de la cabeza) él tampoco lo hizo sacando a relucir lo de Cipriano para recordarte que tú

también tienes tus deudas. Al final, con un canto en los dientes te puedes dar de no haber salido peor malparado...

–Don Javier –vuelve meliflua la enfermera–, he llamado a su casa pero no responden.

–No se preocupe, lo vuelve a intentar más tarde. ¿Qué hora es?

–Casi las cuatro.

«Me lo imaginaba, llevo aquí sobre medio día. No es de extrañar que me sienta tan débil; desde la cena de anoche no he vuelto a probar bocado.»

–¿Es posible me traiga algo de comer? –pregunta el paciente con voz desfallecida.

–Si no quiere esperar a la cena, tendré que hacerlo de la cafetería.

–Bueno, es lo mismo. Súbame algo de beber y a ser posible unas hamburguesas...; ah, y de postre abundante fruta. Ahora en verano sólo la fruta apetece.

–Ejem, ya sabe; es que..., y no lo digo por usted que seguro le sobra, pero sin dinero no es posible. Todo lo que sea salirse del horario oficial de comidas hay que pagarlo.

–Sí, claro, es normal. En mi chaqueta...; ¿dónde han puesto mi ropa?

–No se preocupe, aquí la tiene: en el armario. Dígame lo que quiere y yo se lo busco.

–La cartera. Mire si por casualidad sigue en alguno de los bolsillos.

–... Cartera no veo ninguna... Pero espere; sí, aquí hay algo que se le parece.

Una vez en sus manos, Javier comprueba que se trata de la agenda, por su cubierta de fina piel fácil de confundir con una cartera. La abre. De uno de los compartimentos de la tapa extrae una tarjeta de cajero automático, naturalmente, del Banco Filantropía.

–El ladrón debió pensar que era inútil llevársela no conociendo la clave secreta. En fin, algo es algo. Tome, saque lo que precise; el número es tres veces trece. Supongo sabe dónde hacerlo, ¿no?

–Sí, en el vestíbulo principal hay uno de su Banco –sale rauda a cumplir la orden.

... ¿Piensas lo mismo que yo pienso? No te hagas el distraído; sé muy bien que desde que te has dado cuenta de que estamos en el hospital te mueres

de ganas por verla. No estaría de más intentarlo, y, al tiempo que recreas la vista en sus preciosos ojos verdes, te enteras de qué es lo que le pasa, de por qué no fue al entierro de Ignacio habiendo sido ella la que te informó. De paso quizá descubras algo de la otra Carmen, ya sabes: la del Profesor; no acabo de creerme lo de la señora Petra, lo de que siendo prácticamente iguales no sean la misma persona. Ayer, mientras le preguntabas a Andrés por esto, me dio por pensar si tal vez hay alguna relación con la negativa de la nuestra de querer hablar contigo, porque, convendrás, no puede estar en su casa para acto seguido no estar cuando les dices tu nombre. No caigamos en el mismo error. Ahora, cuando vuelva la enfermera, le preguntas por ella. Tanto si la conoce como si no, tú a callar; que venga sin saber quién eres. Ya tendrá tiempo de darse cuenta de la encerrona...

«No sé; lo veo bastante difícil.» El qué. «El hacerla venir sin saber quién soy.» Mira que eres aguafiestas, a todo le pones pegas... Pues, por ejemplo, te identificas como amigo suyo, de éstos de mocedad (con suficientes años de por medio para que la comezón de la curiosidad la incite a querer saber quién eres), y le dices a ésta, o sea, a la enfermera, que por favor mantenga en secreto tu nombre porque quieres darle una sorpresa. Ya verás si se la damos...

Por qué será que la fruta prohibida siempre sabe mejor. Lo digo por Carmen; porque, fíjate, con Angelines no te ocurre igual: la tienes aborrecida. Comprendo que físicamente no tienen parangón; pero ni tanto ni tan calvo, que también tu mujer tiene sus gracias... ¿Recuerdas cuando la conociste?; yo creo fue cosa de la madre. Después de haberte tenido que readmitir en el Banco («por los servicios prestados al restablecimiento de la paz social», le dijeron) ya no como botones sino como oficial administrativo, quería olvidases tus resentimientos con su marido, y qué mejor que invitarte a pasar un fin de semana en el yate de la familia. «Si ahora viera el que tengo, le daría vergüenza oírme.» Sí, porque no se puede presumir de yate con un velero de sólo un palo. Apenas cabíamos los cuatro allí. El padre no hacía más que mandarte a proa para mantenerte alejado de su hija; y no sé por qué, porque, la verdad, la impresión primera fue la de salir corriendo. Pobrecita, daba pena verla: pecotosa, con sus gafitas de miope, permanente tipo infantas *Las Meninas* y delgada como la raspa de un arenque. Ni por asomo se te ocurrió en esos momentos la posibilidad de ser su

yerno; eso fue después, cuando viste que a la hija le caías bastante bien y (¿te lo digo?) el traje de oficial administrativo se te quedó corto de talla. A punto estuvo de darle un patatús cuando supo que te habías declarado con el sí quiero de la pretendida; él, cuyas aspiraciones estaban en algún mequetrefe de la nobleza, emparentado con un aunque con el prefijo ex no por ello no botones y presidiario. Hizo todo lo habido y por haber para impedir la boda, pero no hubo manera; Angelines, hay que reconocerlo, fue al altar completamente enamorada. Si luego las cosas deterioraron es porque se dio cuenta de la realidad; no se puede fingir durmiendo en la misma cama. No obstante, a lo hecho pecho; y en esto no puedo censurarte, le has sido y le eres fiel... excepto en alguno que otro traspie con la imaginación. Nadie es perfecto.

«¿Qué estarán haciendo? Ya hará para dos meses que se fueron. Mis hijos»; y también de ella. Son los que dan sentido a la vida. Muchos odios no son sino consecuencia lógica del amor por los hijos, de querer que hereden un mundo mejor que el nuestro, de no querer sean ellos los que sufran. Nosotros no tuvimos esa suerte; a padre ni siquiera lo conocimos, y mamá nos dejó tan pronto. Recuerdo, en sus estertores de muerte, la besé en la mejilla; «hala, vida mía –la dije–, a dormir abundante, que dentro de un ratico estaré contigo». No se inmutó; sólo su boquica abierta mantenía un ligero suspiro y sus ojos abiertos yo sabía no miraban. «No sé por qué me dio por pensar que me estaba viendo desde una de las esquinas de la habitación.»

–¿No me diga que está llorando?

–¿Eh? ¡Vaya susto me ha dado! Por favor, hágase sentir cuando venga.

–Perdone; creí me había oído entrar... –la enfermera se muestra contrariada–. Aquí tiene, su tarjeta del cajero. La comida se la subirán ahora mismo. Si no precisa nada más –hace ademán de irse.

–Espere, no se vaya. A veces los recuerdos... –Javier intenta justificar la evidencia de lo que le ha obligado a secarse las mejillas con la mano–. En fin, quería preguntarle si por casualidad usted conoce a una compañera suya de profesión llamada Carmen, Carmen Millán Elizalde.

–Sí. Precisamente es ella quien le va a subir lo que me ha pedido.

–¿Y le ha dicho quien soy?

–Por supuesto. Cómo si no hacerlo.

«Vaya por Dios; si es que no hay manera. Uno siempre haciendo planes y al final te quedas con las ganas.»

La enfermera aguarda –muy probablemente– a que le explique cómo dar con alguien sin saber quien es.

«Ya todo está perdido. Si no atendió a mis llamadas por teléfono, menos lo hará ahora en persona. Y tenía fundadas esperanzas que pudiera decirme algo de la otra Carmen, y tal vez, a través de ésta, de Ignacio.»

Se va en silencio –quizás– porque piensa que don Javier, además de emocionalmente inestable, no sabe ni lo que quiere.

«¿Y si le pido le diga que se ha equivocado?; que yo no soy quien creía era. Volvería a estar como antes, y a buen seguro no pondría reparos en venir a verme.»

–Perdone la moleste otra vez –ensimismado en sus pensamientos no se ha dado cuenta de que la enfermera se ha ido–. Verá, le voy a ser sincero –y que por tanto está solo–. Yo tenía un amigo llamado Ignacio que hará aproximadamente un mes murió, si no aquí, en una habitación parecida. En el entretanto de su convalecencia (y como comprenderá todavía vivo), me acordé de una amiga de ambos que conocimos en tiempos de juventud –(alguien entra)–. La hice llamar, y cuál sería mi asombro al decirme no sabía de mí, de quien durante años fue en el recuerdo un admirador suyo; la verdad, son cosas que duelen. Pero, bueno, al menos sí se acordaba de Ignacio, aunque no de su familia; porque (no se lo he dicho) nadie sabía de ésta, y mi amigo, anestesiado, no podía hablar, ni lo podrá hacer porque murió a las pocas horas. Pasan los días y quiero volverme a poner en contacto con dicha amiga (que, como supongo habrá supuesto, no es otra que la compañera de usted Carmen Millán) porque no comprendo cómo no fue al entierro de nuestro común amigo Ignacio habiendo sido ella la que me informó. No hay manera, siempre que llamo a su casa me dicen que no está; y empiezo a sospechar que no quiere verme, cosa que sólo a mí importaría si no fuera porque mis pesquisas sobre la mencionada familia me han llevado hasta una Carmen que muy bien pudiera ser la misma Carmen, en este caso bastante mentirosa, pues, sospecho, conoce mucho más de lo que me dijo.

–Lo dudo.

Javier vuelve instintivamente la cara desde la ventana, donde la persiana a

medio cerrar deja entrar amortiguada la luz de la tarde, hacia la puerta de la habitación. Lo que ve le llena de rubor: Carmen, con una bandeja en las manos, se dispone a dejarla sobre una mesita que hay junto a la otra cama. La taquicardia, que el descubrimiento de esta presencia origina, la siente el enfermo agravada en cada latido punzándole la herida.

–Oh –se queja–, no pensaba pudiera dolerme tanto.

–Ni yo tampoco; y sin embargo después de oírle... –guarda silencio. No cabe duda de que también ella siente dolor.

Sus miradas, gris y verde, se encuentran. No hay intento de huida. Es un hablar, en el silencio de palabras calladas, donde él, relajándose en la intimidad de esta conversación, le pregunta el porqué de su enfado, y ella –pensamos– duda de lo que le hayan podido decir.

Se acerca trayendo la mesita movida a través de sus ruedas. Con femenil delicadeza lo dispone todo para que el paciente, a quien ya no mira, pueda saciar su apetito. Tan cerca, éste le coge la mano.

–Por favor, quédate un rato conmigo.

Su mano dejándose sujetar, la vista baja, mejillas ligeramente sonrosadas, son pruebas –así lo entiende Javier– de un deseo que quiere se cumpla. La deja libre para que se acomode a su gusto. Lo hace sentándose en un sillón a los pies de su cama.

–A veces lo que se cree mentira no es tal –se justifica de la acusación de mentirosa–, sino la verdad de lo que sin saberlo es una opinión errónea. Ni el otro día, ni ahora pienso hacerlo, hablé distinto de lo que pensaba.

–No, perdona; no he querido decir eso –la interrumpe.

Tanto Carmen –creo– como yo, quedamos expectantes esperando diga qué es lo que ha querido decir. No lo dice. Al parecer, el trozo de hamburguesa que se ha llevado a la boca se lo impide.

–De la familia de Ignacio todo lo que sé es lo que le dije –prosigue ella–; sin embargo, de usted... –hace pausa. (Javier la mira con aire interrogativo.)– ¿Le dice algo el nombre de Ángel Rico?

El preguntado traga lo que tiene en boca. Hace un gesto tal indicando que espere, que está tratando de averiguar. Tras breve tiempo,

–Sí –recuerda–, fue un compañero de facultad... No es que fuéramos

amigos, no, qué va; lo que ocurre es que al estar en el mismo curso, quieras que no, nos conocíamos. Recuerdo gustaba llamar la atención allá por donde iba, y quizás por ello formó parte del triunvirato que lideró la huelga, la famosa huelga tras morir el Dictador. Era un auténtico jilipollas –sentencia seguro.

Esto último, dicho con la sinceridad de lo espontáneo, causa en la oyente un efecto de disgusto. Los dos nos apercibimos. Él quiere saber:

–¿Es que acaso lo conoces? –pregunta.

–Es mi cuñado.

El siguiente trozo de hamburguesa, en este momento disponiéndose a ser masticado, cae sobre la sábana como consecuencia de la tos que la sorpresa del parentesco nos produce. Javier lo recoge maldiciendo su torpeza y lo deja a un lado del plato. Bebe, directamente del botellín, casi la totalidad de su contenido en refresco de cola.

–El hermano mayor de mi marido –informa con más detalle una vez repuesto quien ha preguntado–. Si lo fue (eso que ha dicho –se resiste a repetir el insulto–) no lo sé, lo que sí sé es que actualmente es una excelente persona. En casa todos le queremos mucho, y nos duelen sus penas como si fueran propias; por eso me enfadé con usted cuando supe lo que le hizo.

–¿Yo? –no comprendemos.

–Sí, usted.

–¿Y qué es lo que le hice?

–Si será cínico –(ahora es ella quien insulta)–; ganas me dan de irme... Pero no –reconsidera–, es hora de saber lo que realmente le ocurrió a Ignacio.

–¿A Ignacio? –seguimos sin comprender.

–De que lo expulsaran de la Universidad.

Tanta es la confusión que nos embarga que nuestra capacidad de mostrar asombro se resiente. El silencio consecuencia de esto es sin duda interpretado, por quien espera una explicación, como reconocimiento de que sabemos y no podemos ocultar más. Javier se ve obligado a desmentirla:

–Perdona, pero no sé de qué me hablas.

En su cara se percibe que no llega del todo a creernos, pero tal vez porque comprende que de este modo nunca sabrá nada,

–Bien, le pondré en antecedentes –dice, y arrellanándose en el sillón se

dispone a hacerlo—: Cuando el otro día supe quien era —(entendemos se refiere a la categoría social de Javier)— y hablando con mi marido se lo dije, salió a relucir lo de su hermano Ángel, de cuando ambos eran émulos (nunca mejor dicho por lo que a la rivalidad se refiere) en la Facultad de Ciencias. Usted, recordará, fue adivinado elemento al servicio del régimen en esos momentos resistiéndose a desaparecer, y es natural, entre otros mi cuñado, lo pusieran en su punto de mira. Comprendo que era una guerra y en las guerras quien ataca ha de estar dispuesto a ser atacado a su vez, pero llegada la paz tanto unos como otros tienen la obligación de perdonar. Mi cuñado llevaba años en la Universidad cuando el PARECA llegó al gobierno; que lo depuraran por algo que además de no hacer ni siquiera sabe explicar, me parece injusto.

Calla. Yo sigo como antes, y Javier también y, por la expectación, sin haber podido reanudar la comida. Nos mira, no sin cierto asombro porque sigamos sin recordar. Continúa:

—Lo del examen que le hizo a Ignacio lo supieron sólo aquellos a quienes usted se lo quiso decir. No sé a qué luego pedir responsabilidades a otros.

¿Lo del examen?... Sí, sólo puede ser ése. Os pusisteis de acuerdo para que en el momento de entregarlo él no lo hiciera y tú lo harías poniendo su nombre en el tuyo. Un notable le dieron; las matemáticas siempre han sido tu fuerte.

—Pero, bueno, y qué tiene que ver.

—Que fue la prueba que invalidó todo esfuerzo de los de su bando para que Ignacio fuera declarado inocente.

Me estoy empezando a temer que aquello del cambiazó tuvo sus complicaciones.

—Veamos si nos aclaramos —se dispone él a ordenar nuestras ideas—. Yo le hago un examen a Ignacio; más tarde alguien se chiva, y como castigo ejemplar es expulsado. ¿No es eso?

—Más o menos, pues falta por saber quién fue el chivato. No, desde luego, mi cuñado Ángel. Cuando se enteró estaba repitiendo curso (por haber sido consecuente con la huelga hasta el final), mientras Ignacio no y usted (al igual que cuando llegó pero ahora ido) misteriosamente sin hacer acto de presencia no volviéndose a matricular. Por supuesto que conocido el fraude mi cuñado fue de

los que se sumaron al reclamo de su cabeza, y, aunque lo negara, ya le aseguro yo más por un deseo de venganza que de justicia; pero esto no invalida lo primero. Él no pudo ser porque no supo de lo hecho hasta hacerse público.

¿Te has aclarado?, le pregunto. Javier no responde, si bien en su reanudar la comida con gesto meditabundo me doy cuenta precisa de mi ayuda. Se la doy.

Yo creo que a Carmen le han contado la siguiente historia: Aprobadas las matemáticas Ignacio en la convocatoria de junio gracias a ti, consigue con la de septiembre superar curso, si no con todo aprobado, al menos sí con lo suficiente como para no tener que repetir. (Hasta aquí de acuerdo.) Estando en el nuevo curso se le denuncia por lo de tu examen, y sacado éste de los archivos se comprueba que es cierto, que la letra no es la suya y en cambio el nombre sí lo es; prueba irrefutable que hace inútil todo esfuerzo del Decano y compañía (si es que lo hubo, pues es probable, acusados a su vez ellos de connivencia, ya tuvieran bastante con su propia defensa) en impedir su expulsión de la Facultad, reclamada, entre otros, por el propio Rico. Mientras tú (origen del chivatazo dando a conocer lo sucedido por no poderte reprimir de disfrutar la gloria del notable) eres el gran misterio: cuando llegaste a la Facultad porque nadie sabe de dónde vienes haciendo fracasar la huelga, y cuando te vas porque lo haces oportunamente librándote del castigo. Pasan los años. Ángel Rico, superado el curso repetido y los que le siguieron, es licenciado, o incluso doctor, con plaza en algún departamento universitario; y el PARECA, ganadas las elecciones (según noticia de dominio público) gracias a la financiación del Banco Filantropía, se hace con el poder. Es la hora de ajustar cuentas entre antiguos rivales. El depurado, pensando en esto, deduce, y cuenta a su familia, que sólo tú, como Director General del Banco sostenedor del actual gobierno, has podido ser el inductor de su defenestración.

–Y en esto es en lo que no estoy de acuerdo –opina, tras escucharme, interrumpiéndola a ella en lo que ha continuado siendo su explicación–. Cómo iba a querer ajustar cuentas de las que por ignorar ignoraba hasta su saldo. Es absurdo.

–No lo crea –disiente la interrumpida con tal ausencia de extrañeza que me hace pensar que el pensamiento de Javier hecho voz alta se ajusta a lo que estaba diciendo. Como no sabemos qué era, esperamos nos oriente. Lo hace–:

Las cuentas de la Organización siempre estuvieron claras, y el que la hacía, usted lo sabe, tarde o temprano la pagaba.

«¡La Organización!; ha estado hablando de la Organización y yo sin hacerle caso.» (Decir que me maldice es poco; a punto está de darme un sopapo.) «Y ahora con qué rostro le pido me lo vuelva a repetir», me echa en cara. Como no sea diciéndole la verdad, no veo otra salida.

–Perdona –Javier atiende a mi consejo–, ¿quieres volverme a repetir lo que has dicho?; lo anterior a lo de las cuentas de la Organización –concreta ante un gesto de la requerida de qué parte–. No te he escuchado –se sincera, y haciendo a un lado la bandeja da por concluida la comida para que vea que ahora sí tiene intención de hacerlo.

Carmen, quizá porque comprende de estos altibajos de la atención mientras se come, y más si se está hospitalizado, accede sin poner reparos.

–Decía que hasta poco después de morir el Dictador la oposición operaba a través de una organización clandestina, usted lo sabe –(al ser ésta la segunda vez que nos dice que sabemos, empezamos a sospechar que ella también sabe de nosotros en la misma)–, llamada precisamente así: Organización. En esta época de la que estamos hablando contaba en la Universidad con varias células, hasta tal punto independientes unas de otras que miembros de distintas podían ser, por ejemplo, compañeros de pupitre y, sin embargo, desconocer su común militancia. Por eso no es de extrañar que se diera a veces entre ellos la paradoja del mentiroso (ya sabe: decir si la proposición «esta frase no es cierta» es verdadera o falsa), porque se pensara lo que se pensara había contradicción: si «no me miente», sí lo hace por ser ley de aquélla guardar el secreto, y si «sí me miente», no lo hace porque hacerlo sería ir contra nosotros mismos. Por esta causa cuando Ángel preguntó a quien sospechaba miembro de la Organización que qué pensaba de que usted hubiera querido ajustar cuentas, no pudo sacar nada en claro.

Ni nosotros lo sacamos; por un lado por lo enrevesado de la paradoja del mentiroso, y por otro porque no sé qué pinta Javier queriendo ajustar cuentas en esa paradoja. Pero, en fin, mejor no pensar, no vaya a ser que se vuelva a enfadar porque no le dejo escucharla. Aunque, me parece... Sí, ha dado por terminada la explicación.

Silencio. En ambos se percibe un no saber qué decir más para aclararse.

Quizá sea esta falta de argumento lo que me hace recordar que después del rato que llevamos hablando nada se ha preguntado de la otra Carmen. Así se lo hago ver.

–Es verdad –reconoce su descuido–. No sé si me habrás oído al entrar, pero me han hablado de una Carmen que en vida del Dictador acompañó a un perseguido por la policía, apodado el Profesor, para que se ocultara en casa de un amigo, y que según descripción estaba tan buena como tú.

Decir esto de tan buena como tú y ponerse rojo como la grana, con el correspondiente espasmo de dolor en la herida, ha sido todo uno. Que Carmen es la compañera de pecado de sus fantasías sexuales lo sé desde que la vio por primera vez, pero nunca el subconsciente le había jugado la mala pasada de hacerlo público y, encima, en presencia de la causante del pecado. Ésta lo mira entre divertida y escéptica, pues a poco que se la conozca se sabe un cuerpo que en ella nada tiene que ver con lo que hay dentro. Son dos mujeres distintas: la del cuerpo amante voluptuosa, desenfrenada, devoradora de hombres e, incluso, con aberraciones de tipo homosexual; la de dentro tímida y sorprendiéndose, tal vez por inexplicables complejos, de que los demás vean en su físico lo que está muy lejos de ser su ideal de belleza. La primera es la que enardece a Javier; la segunda la que le enamora e impide la venganza en la otra de un orgullo que en su pasión se deja humillar. Como sólo esta última es la Carmen real, la orientación de similar atractivo queda relegada a un capricho de hombres que poco influye, si es que en algo lo hace, en la búsqueda de referencias de la otra Carmen.

–Pues así como me lo dice, yo creo debe ser mi sobrina Carmen. Según me han contado soy un vivo retrato suyo.

–¿Según te han contado?

–Sí, pues no llegué a conocerla. Era hija de un primo hermano mío. También perteneció a la Organización, y me supongo esa del Profesor debe ser una de sus tantas historias en la lucha clandestina. Murió hará seis años en el accidente aquel de aviación que se dijo había sido un atentado pero nada se pudo demostrar –(Javier indica con un gesto que sabe a cuál se refiere)–; y es que siempre estuvo muy comprometida con los débiles y esto a los poderosos no les gusta –queda este juicio como explicación de lo que pudo pasar.

No sabemos, ni creo nunca nadie llegue a saberlo. La vida sigue su curso, y otra Carmen –ahora ésta– es junto a él, poderoso, quien se preocupa de lo ocurrido a Ignacio. Hace memoria que la señora Petra le habló de su probable condición de casada. Se lo dice.

–Sí; su marido es quien le habló al mío de la vinculación de usted con el Frente Antirrelajación, supongo recordará, en la cárcel, entre los presos.

Javier, alarmado más que porque se sepa de su relación con dicho frente (al fin y al cabo mérito es haberlo sido contra el Dictador) porque pueda ser noticia en la prensa ávida por denostar a los grandes de la sociedad lo que en su momento no lo fue de un preso común como tantos otros, no dice ni que sí ni que no recuerda de esa vinculación. Se interesa, por el contrario, de la que hay («¿de parentesco, tal vez?») entre los dos maridos.

–Qué va; de antes ni se sabían. Fue a raíz del escándalo de la cooperativa de “Los sin Techo” –(junto a la alarma da un vuelco el corazón y de nuevo la herida se resiente)– cuando se conocieron; casualidades de la vida.

«Y tanto que sí –piensa, sin poderse sosegar, el vinculado en este caso con la cooperativa–. Ayer Andrés y ahora ella; ni que se hubieran puesto de acuerdo.»

–Es abogado (mi consorte –especifica–). Cliente en la reclamación al Estado de lo aportado como cooperativista se dio cuenta (mi marido, me refiero) que el nombre de su mujer era igual al mío: Carmen Millán, e indagando la coincidencia descubrimos lo del parentesco –(«por lógica el cliente y cooperativista tiene que ser el otro reclamando su dinero al responsable subsidiario del desfalco», Javier infiere)–; aunque ya por entonces entre una muerta y una viva –(«como ella es la viva el tiempo del que me habla lo fue tras el accidente»)–. Estaba destrozado; habían sido muchos años viviendo juntos, exactamente desde que se conocieron en la Organización formando célula con el jefe de usted en la cárcel Aniceto Más Paniagua (el nombre es fácil de recordar por lo insaciable de los apellidos). Supongo estará de acuerdo –(«como no sea con los apellidos, no sé en qué»)–, que es un hombre sin escrúpulos.

–Sí.

–Según él, el marido de mi sobrina, es gente esta de biografía llena y rica, pero desconocida y sin escribir, más adivinada que sabida. Casi todo cuanto se

puede decir de ellos son rumores, sospechas, leyendas, hechos que nunca se aclaran...; aunque algunos (para los que saben de lo que se guisa en las cocinas secretas de la política y las finanzas) sí.

Se interrumpe. Nosotros, conformes con que ese parco decir se mantenga como está, permanecemos callados sin entrar en dichas cocinas por temor sea la de la cooperativa o cualquier otra de las que, ya olvidadas, le han permitido a Javier llegar hasta donde ha llegado. Quizás por esto, porque ha visto fracasado su deseo de que con nuestras preguntas la exonerásemos de una posible indiscreción, parece decidirse a adentrarnos personalmente en la que sabe:

–Aquélla fue una célula bastante atípica; duró lo que un matrimonio mal avenido: apenas unos meses, y como en todo divorcio unos continuaron viviendo en la casa (en este caso la Organización) y el otro fue expulsado (Aniceto). ¿El motivo?: no lo sé –(Javier piensa como probable en el secuestro de padre e hijo asesinados con un tiro en la sien)–, pero lo que es patente es la inquina que desde entonces el tal Aniceto tuvo a todo lo que llevara o hubiera llevado el marchamo de la Organización. Y de lo que digo da fe el hecho de que de todos los que nosotros sabemos fueron miembros de ésta, sólo usted... –duda viéndolo en la cama herido– sigue en pie.

Nos percatamos de nuestro error. Carmen no sabe de ninguna cocina, sólo la presume ante la evidencia de la excepción que confirma la regla. El enfermo se sosiega, y

–Pues no creas –dice distendido–, que mis buenos sudores me ha costado –con lo cual la presunción («¿ah, sí?, oye la voz de la sorprendida) pasa a ser confirmación.

Cae en la cuenta: sin pretenderlo ha puesto, a quien no sabía, sobre la pista de la relación entre Aniceto y él más allá de los muros de la cárcel. Recapacita; no encuentra palabras con qué desmentirla. Decide continuar apremiado por su mirada.

–Como bien dices es un hombre sin escrúpulos y, no sé, pero después de lo que me llevas dicho... –Medita.– ¿Te han contado por qué fracasó la huelga?

–¿La de la Facultad? –(Le ve afirmar que sí.)– No; ni siquiera sé por qué se hizo.

–Lo de menos, me refiero a los motivos, si no fuera porque, quien más

quien menos, todos éramos aspirantes a más pan y agua; por qué no decirlo: incluso Ignacio. Yo, aunque no te lo creas –recuerda lo dicho por ella de su misterioso proceder en la Facultad–, no tuve otras razones para matricularme y después no hacerlo –(haces bien en sintetizar)–; lo que ocurre es que desde un principio me di cuenta que entre nosotros había mucho hipócrita que en la cara te sonrían y por la espalda te están dando la puñalada, y actué en consecuencia. Ignacio no era así; podía caer más o menos simpático, que sobre gustos no hay nada escrito, pero de lo que nadie podrá acusarle es de hipócrita; era un jarro de agua limpia donde en todo momento se podía ver a su trasluz. –(Carmen asiente con la cabeza.)– Yo creo que éste fue su problema, no saber fingir acarrea verdaderos problemas entre tanto desalmado como hay por ahí. Por eso le hice el examen, para vengarme de todos ellos. Sabía que le odiaban (también a mí, pero conmigo no pudieron) –y tras decir esto último le viene a la memoria el recuerdo de un suceso en el que no pudieron. Interrumpe la breve pausa–: Lo siento, pero tengo que decirlo: fue tu cuñado Ángel quien un día irrumpe a mitad de clase comandando un grupito de su ralea y dice: «A ver, los esquiroles, afuera ahora mismo si no quieren los capemos.» La cosa estaba clara por la sonrisa conchabada y estúpida de huelguistas y profesor (porque también entre estos últimos los había favorables a la huelga, aunque lo disimulaban para no comprometer sus intereses como funcionarios que eran de un Estado en esos momentos, recordarás, el mismo del Dictador) mirando, de todos los que allí estábamos, sólo a mí. Como sabía de él –(silencia por el marido de Eloísa)–, me levanté y le dije (a éste, al profesor): «Cada cual sabe el puesto que ocupa en esta historia y si algo me ocurre aténgase a las consecuencias.» No hizo falta más; a un gesto suyo de autoridad, aquéllos se fueron y la clase se reanudó como si nada –(como me temo le está ocurriendo a Carmen)–. Da igual –se hace cargo de mis temores de incompreensión por parte de quien callada escucha–. Le hice el examen para verlos fracasados en su odio, para quien consideraban subnormal los aventajase en un curso; como así fue, según me has dicho.

–Hasta que lo expulsaron –matiza la cuñada del capador.

–Bueno, sí, pero de eso ya no tengo yo la culpa –autoabsolución que tan pronto es dada le hace sonrojar recordándose origen del chivatazo.

A mí, a diferencia suya, e intuyendo la confusión no sólo en la mente de

Carmen sino en la de cualquiera que le haya podido escuchar, lo que menos me preocupa es si tenemos o no culpa (que tire la primera piedra el que no la tenga). Me preocupa más bien nuestra incapacidad desde que ha empezado esta historia para expresarnos con soltura, con libertad, sin temor a desvelar secretos que puedan poner en peligro nuestra integridad física. Éste es el verdadero problema: el decir que el problema de Ignacio fue que no supo fingir, que se mostraba tal cual era. Es triste tenerlo que reconocer, pero estamos en un mundo donde no es precisamente el amor lo que reina, me refiero al de verdad, no al de introducir el falo por algún agujero. ¡Maldita sea!, y todo por lo de siempre, porque no es posible sentir igual siendo otras las fuerzas que configuran.

Javier mira a los pies de su cama. La ve de soslayo, abatida, con la cabeza gacha apoyada en las manos, en ademán rendido, da la impresión, de poder llegar a saber.

–No pienses, que también yo es mucho lo que ignoro –se solidariza–. Por ejemplo, de cómo implicar a Aniceto en este asunto, porque tienes razón –da por cierta mi opinión de que Carmen está sobre la pista–, aún hoy es el día en que sigo tratándome con él. Y hemos hablado muchas veces de lo mismo que ahora hablo contigo; me refiero de esta época, de cuando muerto el Dictador, y su régimen, como bien has dicho, resistiéndose a desaparecer, hubo que poner toda la carne en el asador para acabar con tanto perpetuador de sus privilegios como había («y sigue habiendo», la oye apenas en un susurro)... –(Mira de nuevo hacia donde está; sigue igual. Me pregunta sobre lo que pienso al respecto. No sé, le digo. Decide continuar no dándose por aludido.)– Pero el problema quizás estuvo en eso que has explicado de la paradoja del mentiroso, que en el secreto de cada cual, he creído entender, es imposible aunar esfuerzos. («Dios mío, qué poco querido eres en este mundo», opina de nuevo en un susurro tan débil... que no me pregunta, parece no oírla.) Lo cierto es que, como ya te he dicho, la hipocresía estaba a la orden del día, y no era extraño ver cómo los planes de uno u otro bando llegaban a conocimiento del adversario. Es el caso éste el del profesor (no el de tu sobrina, sino el conchabado –identifica–); te puedo asegurar que aspiraba a ocupar el puesto del Decano. Por eso, por un lado quería a todo trance se diera la vuelta a la tortilla, pero por otro temía que al hacerlo se despachurrase dando al traste con sus aspiraciones; es decir, a

diferencia de nuestro héroe deseaba conquistar la nueva tierra sin quemar las naves de la vieja, por si acaso. Ahí lo tienes paseando circunspecto por los pasillos de la Facultad del brazo del Decano para acto seguido hacerlo riendo las gracias que le cuentan grupitos de estudiantes enamorados de su persona. «Por qué –me preguntaba yo (respecto de esto del amor)– si al fin y al cabo es uno de ellos, de quienes cutres no han querido secundar la huelga.» La respuesta sólo podía estar en lo que te acabo de decir: porque era un camino de ida y vuelta, o como se dice de los espías: un agente doble. Reconozco que, a diferencia de lo de ocupar el puesto, ésta no deja de ser una opinión particular mía, pero qué otra cabe máxime cuando tengo pruebas de que algunos –(piensa en el bedel)– estaban puntualmente informados de cuanto ocurría en el bando enemigo. No se cagaba una mosca, que ya lo sabían; y eso siendo de los que como el Decano, o yo mismo (son tus palabras), estábamos en el punto de mira de los huelguistas. No, nadie podrá convencerme de lo contrario, de que no hubiera gato encerrado; como se lo dije a Aniceto –(ve a Carmen en gesto de súbita idea levantar la cabeza mirándole sin pestañear)–: si hice lo que hice fue a cara descubierta, no como otros que lo hicieron soterradamente –(dicho lo cual la mirada de Javier se hace también de súbita inteligencia con lo que nos parece es la idea que sustenta a la contraria). Le pregunta–: ¿Estás pensando lo mismo que yo?

–Sí –responde ella sin dudar.

–¡Qué estúpido fui! –se maldice–; no debí decírselo. Aniceto no es de los que olvidan. Seguro que su largo brazo indagó hasta conocer el paradero de tu cuñado; las cuentas son las cuentas y había que ajustarlas. –(Tenéis razón: sólo él pudo ser –me sumo a su parecer.)– Y qué remedio te queda –quita valor a esta mi exculpación como desencadenante que fue del proceso de defenestración de Ángel Rico–; pero no, a lo hecho pecho.

¡Carajo! Oírle esta falta de agradecimiento por la solidaridad mostrada hacia lo que he pensado iba a ser una nueva autoabsolución y entrarme unas ganas horribles de decirle idiota es todo uno. Ni que lo hiciera adrede por llevarme la contraria. Anda que te zurzan.

–Perdonad si os he hecho daño –se disculpa–. Sí, sólo por mi mala lengua Aniceto debió creer que tu cuñado Rico, compinche del profesor, fue el traidor a

una causa: la suya, tal vez incluso, quién sabe, motivo de su expulsión de la Organización.

Cáspita, no esperaba una respuesta así. No sé lo que pensará Carmen, pero yo me quedo de una pieza. Nunca antes había visto a Javier mostrarse tan humilde. Las cosas deben estar cambiando mucho en él; con ésta es la segunda vez (la primera ha sido siendo comprensivo con mi parecer de no ajustar cuentas con quien creemos es el autor de su herida y robo) que sufre el mal como causa, al menos en parte, del propio error.

–No se mortifique –ahora es ella quien le exculpa–. Lo que por un lado se toma por otro se ha de dar, y no porque lo digamos nosotros, sino porque es ley natural que el agua sólo sale de la botella cuando se deja al aire ocupar su puesto. Si Ángel tomó en su juventud dando coces a diestro y siniestro, es justo le corresponda dar ahora.

Ni por telepatía; no salgo de mi asombro. Es éste el pensamiento de Andrés, Javier y mío de la globalidad del todo. Pensaba era exclusivo nuestro; pero no, por lo visto tiene criterios propios.

Se levanta, no sabemos si porque piensa que ya está todo dicho o porque en nuestro hablar se ha percatado que siendo la hora que es otras obligaciones la reclaman. Ve la bandeja sobre la mesa; se dispone a cogerla. De nuevo Javier le toma la mano, y en esta ocasión, quizás por lo recordado de tan buena como tú, siente como entre sus piernas le aumenta en tamaño. Carmen sonríe, le mira a los ojos.

–Estás bastante ojeroso –opina; y en nosotros este inopinado tuteo nos llena de perplejidad. Aunque..., sí, también de creencia de que está receptiva al deseo carnal. Espera al respecto. No, sus pensamientos están muy lejos de ser el mismo. Hace indicación de querer irse. La deja libre por miedo a su miedo.

–Carmen –la llama. (Se vuelve ya casi en el umbral de la puerta.)– Si no me guardáis rencor –(en plural, porque duda acerca de ella)– me gustaría hablar a solas con Ángel para ver si entre los dos somos capaces de sacar algo en claro acerca de la familia de Ignacio. Sería bueno poder subsanar los errores con él cometidos.

–Sí, sería bueno –admite.

Sale dejando en su ausencia una vaga sospecha de que ya nunca la vuelve-

remos a ver. ¿El motivo?: su sonrisa haciéndose seria al intuir del macho una proposición indecente. «Y qué —se duele Javier—, ¿tengo que sentirme culpable por ello; por ser hombre, por gustarme las hembras, por tener una fuerza dentro de mí que me lleva irreprimible a quererle dar satisfacción? Sí, lo reconozco: no soy perfecto, tengo un montón de defectos y alguna que otra virtud por ahí perdida; pero miraros al espejo, que tampoco vosotras lo sois. Estoy hasta las mismísimas pelotas de oídos, queriéndolo insulto, llamarnos machistas, de que si por nuestra culpa vuestra condición de mujeres está reprimida, de... ¿Acaso el mundo ha sido siempre como hoy es?; ¿acaso esto que renegáis del hombre macho (no sé si de verdad o por simple rabieta de saberos dominadas, a diferencia nuestra, más allá del deseo carnal) ha surgido de la nada? Miremos hacia el pasado, que en la hostilidad de la naturaleza salvaje hay mucho de causa de lo que ahora somos, y tened un mínimo de comprensión, si no por nosotros, al menos por vuestros padres, y los de ellos y los de éstos a su vez, que a pesar de todo os han hecho posible.» Calla. La idea es la de siempre, en este caso empleada como válvula de escape del furor peneano reprimido en su origen. Pasa el rato, lentamente recobra su estado normal; dimensión: apenas unos centímetros.

Vuelto hacia la ventana, percibe que afuera está anocheciendo. Recuerda (Ignacio agonizando) el crecer de lucecitas haciéndose multitud a medida entra la noche; y siente (tangibile en el propio palpitar) la Vida, de esponja que en el diástole absorbe y en el sístole expulsa lo que es vivido por otros y vive él, respectivamente. Piensa: «¿Dónde pues está lo perfecto?, ¿dónde lo que no lo es? Incluso el estiércol es muy útil como abono, y a las plantas les encanta, y a nosotros ellas. Además, ¿no son ambos, al margen de gustos personales, los que mutuamente se definen?; lo perfecto a lo imperfecto, y viceversa. No, la cuestión no consiste en qué es lo absoluto, sino en saber dónde está mi casa, mi hogar, mis seres queridos.» Estoy de acuerdo: ésta es la cuestión, porque en la Vida muchos lugares hay donde vivir, y los que para unos son los suyos, para otros no lo son y los hace desgraciados. Como muestra, aquí está en el que ahora estamos: tienes que andarte con ojo avizor si no quieres te den la puñalada; «de lo cual soy experto lugareño —me hace indicación—. ¿Te acuerdas cuando Aniceto nos pidió el préstamo? Yo sabía me sospechaba también camino de ida y

vuelta, sobre todo a raíz de que padre me readmitiera en el Banco siendo yo quien era y él un conservador de la legalidad vigente, lo de menos todavía fuera la del Dictador si conserva de sus intereses. Y no, la verdad es que las cosas salieron como salieron, sin premeditar, sin nada que ver con el espionaje. Qué narices sabía yo cuando el capitán me pidió, por no decir obligó, a matricularme en la Facultad que meses después iba a haber una huelga a la que Goñi se opondría y conmigo a su lado por darle gusto a la zorra de Eloísa –(nuevamente entra en erección, e intuyo en el calificativo zorra a quien, aunque bastardo, es la madre de su hijo, mucho en estos momentos de resentimiento hacia la generalidad del sexo del que, dejado en Carmen con las ganas y humillado por no haberse atendido como esperaba hiciera al deseo del poder que actualmente encarna, se sabe dependiente hasta que le dé satisfacción)–. Pues bien, el problema tenía su complejidad porque, por un lado, me exigía le ayudase bajo amenaza, no, no creas –me desmiente–, nada que ver con el dinero que le saqué del Banco, al fin y al cabo más culpable él que yo, sino... –duda de si sincerarse consigo mismo diciéndomelo– contarle a Angelines que yo, su marido, gusta a veces ser mujer. ¡Cojones! –se enfada nada más reconocerlo–, que sólo son esporádicas fantasías en la abstinencia, porque una vez comido soy muy hombre.» No te preocupes –le doy mi comprensión–, que de masculino y femenino estamos hechos. «Sí, pero no gusta que el otro –(entiendo se refiere al sexo opuesto)– te haga la competencia teniéndote ya a ti.» Callo porque pienso que éstas son cuestiones privativas de cada cual. Viéndome de este modo, sin nada que argumentar, prosigue: «Por otro lado, que Aniceto se hiciera con el poder gracias a nuestro préstamo, no suponía dejar de estar amenazados, sino la casi certeza de que creyéndome agente doble haría lo que ha hecho con Ángel Rico: defenestrarme. Por eso, si recuerdas bien, yo te decía que sí, que lo mejor era otorgarle el préstamo, pero asegurándonos primero de tenerlo bien cogido por su punto débil. Fueron días aquellos de un febril buscar este punto, y mira por dónde, cuando me daba por segura presa suya, leo, que ni caída del cielo, la esquela del fallecimiento de su madre, me parece (para mí luminoso fue) en “El luminoso amanecer”. ‘Cada cual sabe el puesto que ocupa en esta historia y si algo me ocurre atente a las consecuencias.’ Ésta fue mi frase, ni más ni menos, la misma que años atrás le dije al idiota del profesor, en aquella ocasión con un

cierto fundamento porque sabiendo de su intrigar por el decanato quise decirle que de ocurrirme algo iría con el cuento al Decano; pero con Aniceto me salió porque me salió, sin pensar, hablando de lo leído de su madre y amenazarme nuevamente por mi gusto por la naturaleza antes dicha. Si me preguntas qué sé de lo ocurrido con su madre, te diré que nada; ahora bien, a continuación tengo que añadir que sea lo que haya sido no es trigo limpio, pues desde entonces, ya lo sabes, a Aniceto lo tenemos más que bien sujeto, y todo por qué, pues porque creyendo que yo sé lo que él sabe teme lo haga público.» En resumen –sintetizo para comprobar si he comprendido bien–, que se sabe rehén nuestro porque te cree con poder de levantar el velo de su deuda con la justicia. «Eso es», me confirma; y nada más hacerlo admito que sólo diferimos en que en nuestro caso creemos que nadie sabe. «En esto del creer, como en tantas cosas, todo es relativo –continúa Javier en sus pensamientos–. Un tonto entre quienes cree más tontos va de listo por la vida, y al revés: un listo entre quienes cree listísimos coge tal complejo de idiotez que requerirá Dios y ayuda para superarlo. Por eso lo mejor es no meterse en camisa de once varas y dejar a cada cual que se defina por sí solo; una frase ambigua, y hala, que se crea lo que quiera, o como decía Jesús: que la subjetivice, que si es honrado (ya sabes: de los del bien para los demás) no tendrá problemas, y si no, en su propio infierno se quemará.» Hace pausa. Me doy cuenta de que se da cuenta de que hay algo que se escapa a esta norma. Le pregunto si es lo de Ignacio. «O de todos los que se le parecen –me contesta–. No sé si son tontos de verdad o porque están entre listos, pero siempre se llevan la peor parte de esta historia aun siendo de los del bien.» Sí, no sé –me sumo a su duda–; «aunque habrá que esperar al final para saberlo», reconoce con voz que en largo bostezo se apaga. Espero... El inicio de sus ronquidos me convencen de que se ha dormido. Salgo de él dejándolo en su estado; a veces me gusta desligarme de mí y gozar, también yo, de la soledad. Miro a través de la persiana; es noche cerrada. B***, como nuestro planeta en perspectiva espacial, se viste hermosa con multitud y variedad de luces y colores. No, todavía la hora no lo es de tan avanzada como para que el común de la gente se haya recluso en sus casas, y en la lejanía distingo cuerpecitos solitarios unos, otros en grupos, algunos más que vistos adivinados por lo necesario de la inteligencia en la conducción de gran diversidad de vehículos

que, junto a aquéllos peatones, señales de tráfico dirigen entre bloques de edificios que delimitan a avenidas y calles. Todo es movimiento, y sé, gustoso con mi silencio de aquí, el ruido que ello produce. Alguien entra; me vuelvo. Es la enfermera a la que antes preguntamos por Carmen. Trae la cena; observa. Queda le dice a una compañera que desde el pasillo espera con el carro repartidor, que no, que como ya ha comido será mejor dejarlo dormir. Se va dejando de nuevo entornada la puerta. Vuelvo a mirar, ahora hacia arriba. El cielo está limpio de nubes, y casi de estrellas por el resplandor de esta nuestra civilización que en la negritud de aquél las oculta. Y deduzco que más que por razones de luz es por la distancia que nos separa, quién sabe, tal vez tanta porque donde está lo infinito las distancias no se miden por velocidad, por espacio en el tiempo. La voz de Javier me distrae; habla entre sueños. Curioso le presto atención. Es algo relacionado con su eterno problema de amor, no metafísico, más terrenal..., aunque, cosa rara, no está Carmen en él; pienso si el revés sufrido tendrá algo que ver. Lo dejo en su callar lo dilucide por sí... Lo infinito –me vuelve a las mientes–; y nosotros viajando, literalmente viajando a su través en una nave llamada planeta Tierra hacia lo desconocido. Siempre el misterio, donde cada estación nos lleva a la siguiente y siempre hay otra que espera, donde la fe de que así sea es paso previo al control, donde el yo está abocado a perderse, morir, si no es capaz de encontrarse en lo otro, en eso que está en lo que denominamos afuera. Presto atención: me ha parecido escuchar, afuera en el pasillo, la voz de Angelines. Me acerco a la puerta, pero como está demasiado entornada no puedo salir y mirar. Dudo qué hacer; si Javier despertara y no me tuviera con él, no sería él. Decido, precavido, volverme a ser uno con él. Al hacerlo, «Dios mío, eres tú», le escucho decir. Sí, soy tú –respondo.

... Estaba en lo cierto, es ella –me digo al verla entreabrir cautelosa–. Entra angustiada, con síntomas de haber llorado. Pobre Angelines, siempre tan proclive al sufrimiento. Seguro que le han dicho que no se preocupe, que la herida no reviste gravedad; pero ella no puede, es superior a sus fuerzas, tiene que hacer un drama de todo. Recuerdo que nada más casarse ya tuvieron su primer encontronazo por esto, por pensar que en el caso (poco, según su criterio) que Javier hacía de sus zalemas se ocultaba la presencia de otra mujer. Que «mira si eres, lo que pasa es que te haces pesada», réplica de éste; «ves como

tengo razón; no lo dirías si no la hubiera», contrarréplica; y así continuar hasta hacer el drama con gritos coléricos del uno y entre lágrimas de la otra. A veces pienso si lo hace a propósito, si Angelines precisa sufrir tanto como comer, y cuando no hay motivos los crea para darse el gustazo de una buena comilona. No sé; pero no creo sea cruel por mi parte pensarlo después de los años que llevamos viviendo juntos, pues, quieras que no, de refilón algo me ha tocado también a mí sufrir de este sufrimiento. Sin embargo, todo hay que decirlo, no hay maldad por su parte, o sea, no lo hace por querer castigar (como en Aniceto su ajustar cuentas), sino porque ésta es su forma de amar, enfermiza si se quiere, pero amor al fin y al cabo. Angelines ama, y al hacerlo sufre y hace sufrir porque el suyo es un amor posesivo, de los que no pueden vivir sin tener al amado a mano. En fin, cosas de la cara y cruz de esa moneda que todos llevamos..., aunque, por contraste, la suya, me refiero a la cara, resulta de lo más atractiva. Mira, si no, ahora, haciendo a Javier arrumacos como si fuera un crío; feliz al comprobar en el placentero dormir de éste lo infundado de sus temores de antes. Incluso tanto se excede que... («hola, cielo mío», oímos), sí, lo ha despertado.

—¡Angelines! —se sorprende el marido; y, no sé si por lo dicho de la felicidad o por el recuerdo de la última discusión que tuvieron antes de iniciarse esta historia de Ignacio, ella irrumpe escandalosa a llorar—. Vamos, anda, cálmate; no seas tonta —la consuela enternecido gustando él el sabor de las lágrimas de su cara en la suya, adaptada en postura a su estado de convalecencia—. Pero si no ha sido nada, apenas un rasguño —quiere quitar dramatismo.

—No, no —ella no quiere—, la culpa es mía; no debí marcharme.

Decir que lo que sentimos Javier y yo sintiendo a Angelines es todo lo bueno que se supone es el paraíso, es decir poco. Es unas ganas enormes de hacer lo que sea pero en favor del otro porque el otro ya se preocupa por ti; es un querer ser nada para que él lo sea todo; es una emoción que intensa sube hasta hacerse nudo en la garganta a punto de...

—¡Vale, para ya! —lo deshace puntilloso en su masculinidad. La otra corta en seco. Piensa Javier si quizás se ha sobrepasado en su aparente irritación. Intenta recomponer lo roto—: Perdona, mi vida, pero no me gusta verte sufrir. Ya te digo que no es nada; un desalmado que quiso robarme, pero ya me conoces...

—y como le conozco dejo de prestarle atención en lo que sé de antemano va a ser un contar buscando la admiración de la esposa hacia el hombre que tiene. Mientras tanto, me da por recordar lo que ayer, salidos de la casa de Andrés, pensaba acerca de por qué hago esto, preocuparme tanto por Ignacio. Decía que no sabría responder; pero ahora, viéndola a ella encandilada escucharle a él fanfarrón, me pregunto que qué dios es quien no tiene adoradores. Toda soberbia que se precie de tal requiere de la humildad, ya sea real o fingida por el temor; y aquí está el quid de la cuestión. Yo, tan íntimo de mí, veo como amenaza todo aquello que quiere, o pienso puede, desbancarme de donde estoy o creo me correspondería estar, razón por la cual sólo con la humildad (personificada en gente como Ignacio, o en estos momentos Angelines) soy capaz de convivir; con quienes no lo son, digo humildes, entro irremediabilmente en conflicto. El asunto, desde luego, tiene su miga, pues depende no sólo del sujeto sino también del contexto (por lo consabido de la relatividad). Ahora bien, en lo que a mí concierne reitero que dos son las cualidades que me enamoran: sencillez y sinceridad, e Ignacio poseía ambas—; motivo por el cual no cejaré hasta conocer de su vida —informamos.

Angelines calla. Pienso que piensa que, durante su ausencia, en su matrimonio se ha inmiscuido una tercera persona: yo, que como no me conoce me equipara en sexo al de su marido homosexual. Horrorizado pido a Javier la desmienta.

—¡Por favor, Angelines!, no pienses cosas raras, que después de veinte años casados si algún problema de éstos tengo es sólo contigo.

Ella creemos comprende; hace tiempo que sus relaciones amorosas, por lo que a la carne se refiere, están en punto muerto; para ser exactos desde que engendraron a Rami tras por la habitual aburrida acusación de que hubo fraude en su petición de mano y el subsiguiente intento del acusado por desmentirla. Pero a estas alturas para qué seguir engañándonos; creo recordar que ya lo hemos reconocido esta tarde, antes de que llegara Carmen. Sí, hubo fraude; en su petición de mano tuvo todo que ver el dinero de papá, pues de haber sido por amor hubiera pedido la de Rosario y si por lujuria la de Carmen o alguna otra de su estilo, pero nunca la de quien era, hoy no tanto, lo neutro en mujer, es decir, que ni frío ni calor, como quien mira a una piedra y te quedas como si nada, sin sentimientos que compartir.

Pensándome, Javier la mira de soslayo, en el mismo sillón que hará escasas horas ha sido sitio de la belleza en pecado. Comprueba, en su rostro moreno, cruzar de entre piernas desnudas, de furor peneano reprimido en su origen (para qué dolernos recordándola de nuevo), que la estancia en el campo la ha favorecido. Abstraída, la parte no se apercibe de la mirada un tanto febril de su otra parte hombre, del deseo que cual globo se infla...

–Angelines –la requiere–, haz el favor, mira a ver qué es lo que tengo aquí. Me está molestando.

Ella amorosa, tanto que ingenua, se levanta y sigue sus indicaciones buscando explicación.

–Aquí, aquí –la orienta excitado.

Introduce su mano, tanteando entre las sábanas. Se infla y se infla... Lo toca; él la mira suplicante. Estamos seguros comprende («sí, vida mía», la oigo asentir); y de un portazo me cierra la puerta de la habitación, no de otra distinta, que no la hay, sino la de como cuando lo de Eloísa pudoroso no quiso le viera.

Media hora después.

Pienso en algún manual de orientación sexual que, estudiado por Angelines, dé razón de lo ocurrido, me refiero a su «sí, vida mía»; no esperaba reacción tan comprensiva hacia lo que sé por pasadas experiencias es un diferente sentir el sexo. Pero en fin, sea lo que sea, lo cierto es que a Javier le ha permitido recobrar su estado de normalidad peneana y, con él, de libertad para no hacer locuras de las que más tarde tenga que arrepentirse, como ahora le sucede con el recuerdo de Carmen. Todo se lo está confesando, no se deja nada en el tintero, incluso cuando él ha creído que Carmen también lo de una proposición indecente... Le acaricia la mano, visto su mohín de disgusto, entre las suyas requiriendo requiebros.

–No, mi vida, no te preocupes –se los da, y sabemos que es la verdad, que no miente, que lo neutro en mujer («hoy no tanto», reitera) tiene cualidades para hacerse querer, incluso más que quienes no lo son: «sencillos y sinceros», piensa y vuelve a lo dejado tras el breve paréntesis de ésa que es una de las servidumbres del cuerpo—. Me enamoráis, Angelines; quiero decir los que sois como Ignacio; sois mi debilidad. Estar con vosotros es como estar con uno mismo, sin tener que fingir, relajado y seguro. Por esto te digo que sí, es cierto, ya está bien de decir que no, me casé contigo por la posición de tu padre; pero a continuación tengo que añadir que en estos momentos no te cambiaría por nada del mundo –(por si acaso mejor no ponerlo en la tesitura de tenerlo que demostrar)–, y doy

gracias al cielo de que todo sea como ha sido.

Esta vez –estoy seguro– quien ocupa el puesto de esposa ha interpretado correctamente lo del enamoramiento (nada que ver con lo del breve paréntesis) y no teme le hagan la competencia teniéndola ya a ella. Se relaja.

–No creas, Javier. Sencilla tal vez, pero ¿sincera? –duda de sí misma–. No sé.

Su mano se va, con ella en actitud pesarosa, de nuevo a sentarse. Nosotros, convalecientes, quedamos un mucho perplejos por lo que creíamos no tenía secretos. Busca Javier su mirada en la suya intentando se explique.

–Sí –parece disponerse a hacerlo–; tener mi propia familia, ser madre (nada me has preguntado de ellos –nos recuerda a los tres retoños; y el padre, reconociendo su olvido, hace gesto de querer le cuente–). Los he dejado en casa, con Bautista y María. Estaban cansados después de las prisas del viaje y he preferido venirme yo sola; tú no sabes la murga que han dado.

Javier sonrío amoroso... En el callar distraído de quien nos ha parecido iba a explicar se advierte, de haber existido, un írsele el santo al cielo –tal vez– por motivos de preocupación maternal. Se hace necesario preguntar con palabras el porqué de esa su duda acerca de la sinceridad.

–Porque yo también tuve algo que ver con el hecho de que tú te casaras conmigo.

Comprendemos. Aunque poquita, es verdad, Angelines tiene su vanidad de mujer y gusta, máxime por el marido, se le reconozcan sus gracias.

–Por supuesto que sí –se apresura éste a hacerlo–; y ya te digo que no te cambiaría por nada en el mundo.

–No, no es eso –nos desmiente–. Me refiero a que si hiciste lo que hiciste fue porque yo hice lo mío; no podía dejar te fueras de nuevo.

Se lo digo: No sé tú, Javier, pero me estoy intuyendo, en el tiempo que sigue, un actuar que fue de Angelines desde la trastienda. Anda, impón tu autoridad y haz se sincere.

–De acuerdo –me muestra su aceptación–. ¡Basta ya, mujer! Lo que es prudencia con los de afuera es falta de confianza con los de dentro que puede generar conflictos. No quieras echar a perder lo que tantos años nos ha costado.

Muy bien dicho. A buen entendedor con pocas palabras bastan.

Angelines agacha la cabeza en acto –parece ser– de compunción. Aunque, dadas su postura y la nuestra, no vemos su cara, la intuimos, proclive a llorar, si no lo hace está a punto de hacerlo, si bien de forma más sosegada que cuando ha llegado. Enternecidos, ya se oye el *mea culpa* en la voz del marido por lo que creemos ha sido un pasarnos de rosca, cuando nos apercibimos de su contar apenas audible. Dejamos el *mea* para prestarle atención.

–... mirarte al espejo y no verte bonita, saber que no tienes eso que se llama belleza te obliga a tomar la iniciativa... Si supieras; el día que te fuiste se me partió el alma. Yo te sabía botones, por todos mandado; pero para mí eras el primero, el hombre de mis sueños. Mi padre se dio cuenta y por eso no quiso readmitirte al dejar la cárcel; quería algo más para su hija, su única hija, la que un día u otro lo heredaría todo. Y por supuesto que pretendientes sobraron, aunque, como tú has dicho también de ti, no de la fea María de los Ángeles Sancho sino de esa futura herencia... –(Es ahora, levantada la cara, cuando vemos sus hermosos ojos aterciopelados, húmedos de lágrimas. El amado hace intento de querer consolarla, pero ella indica que no, que la deje continuar.)– Tú, tan hombre de ti mismo, eras ajeno a mis sentimientos porque, en tu mirarme sin ganas me daba cuenta, aún te creías con fuerzas para alcanzar la cumbre sin mi ayuda; tenías que padecer más. Y bien que lo hiciste, mucho hemos hablado de ello. A Roberto Alcázar se lo dije (el año pasado, cuando nos lo encontramos en la recepción del Alcalde): «¿No sabes que en su vida y su muerte está la mía?»; ¿o es que acaso crees que dejó de estarlo cuando te encarcelaron? No; no hubo día que no supiera donde estabas y lo que hacías. De Roberto te supe amigo viéndoos salir juntos del cuartel; a él pregunté y me dijo lo del padrino, lo de tu intento fracasado con la hija del capitán. Pero no creas que me dolió, todo lo contrario; me di cuenta que ya tu orgullo de aspirante a alcanzar la cumbre no era lo que había sido, pudiéndome, tal vez, aceptarme a mí como madrina. Le propuse un negocio: él sería mi confidente a cambio del precio que acordara. Dicho y hecho. A instancias mías se las apañó para que, licenciado del servicio militar, te alojases en la pensión aquella del puerto donde no querían cobrarte convencido tú por lo simpático que le resultabas a la dueña, pero sabiendo los demás era porque yo pagaba las facturas. Esto me permitió estar puntualmente informada de tu actuar durante la huelga, de todo lo que me

has contado de tu amigo Ignacio y de cómo se demostró, en el reanudar de las clases, que excepto él los demás eran unos fingidores. Fue entonces cuando se le ocurrió a mi madre: por qué no aprovechar la ocasión para hacerte volver al Banco. Mi padre te apreciaba, pero sabiendo de mi sentir te temía –(«quizás me presagiaba causa de su muerte», piensa el yerno)–, y no quería ni oír hablar de ello; así que nos vimos obligadas a presionarle. Ya sabes que por el lado de mi madre la familia era muy adicta al Régimen. Pues bien, les contamos tu caso, de cómo valientemente te habías opuesto a los huelguistas. El asunto prosperó y, para qué seguir contando, a papá no le quedó más remedio que readmitirte.

«Ya me extrañaba a mí –me recuerda el readmitido– que fuera cuestión del capitán y sus compinches por nuestro ayudarles en su intento por perpetuarse en el poder, por otra parte, si exceptuamos lo de las pistolas, nada que yo sepa. ¿Que pudieron tener algo que ver con el prosperar del asunto?; pues es probable, pero nada más.»

Lo de las pistolas –me repito a mí mismo–; y sé que a Angelines no le hemos hablado de nada de esto, ni de nuestra pertenencia a la Organización, ni de tantas otras cosas que en su momento nos posicionaron como enemigos declarados de quien para nosotros era la personificación del Mal y para ella la del Bien. Y es porque los suyos, el de Javier y Angelines, fueron dos mundos que en el vagar del destino confluyeron en el que ahora son, con características comunes pero también diferentes como el distinto aprecio por el Dictador. Aún hoy es el día en que, apasionada, no consiente se le critique en su presencia. Y me viene a la memoria el caso de un viaje que hicieron juntos, cuando el marido tuvo que apearla apresuradamente del tren porque lo que empezó, por parte de quien ocupaba el asiento contiguo, como un exponer su opinión acerca de la maldad intrínseca del ya por entonces hacía años muerto dictador, acabó por soliviantar al resto de los viajeros en contra de la energúmena que, levantando la voz, se atrevía a decir lo contrario. (Javier ríe con ganas. La creída causa, desorientada porque haga reír lo que ha sido un sincero y triste contar su historia de amor, pregunta, no sin cierto enfado, por el motivo.)

–Perdona, mi cielo, pero es que me ha hecho gracia eso de verte dudar de tu sinceridad. –(Ella sigue sin comprender.)– No, no sabía nada de lo que me has contado –la orientamos–; sólo que me ha venido a la memoria lo de cuando

quisieron lincharte en el tren, ¿recuerdas?, precisamente por eso, por decir la verdad. Tu verdad –matiza Javier.

Cae en la cuenta. Muda su gesto en leve sonrisa. Considera:

–Y lo volvería a hacer, fíjate. No soporto se haga leña del árbol caído.

Guardamos un prudente silencio. Hacer leña del árbol caído es cosa de lo más natural; se ha hecho siempre y –creo– se seguirá haciendo. Ahora bien (y en esto le doy la razón a quien no lo soporta), mucho habría que oponer sobre que es un acto de justicia. Desde un punto de vista de la globalidad del todo sí, que –en esta nuestra historia se ha dicho hasta la saciedad– toda vida crece alimentándose con los nutrientes que otras con su muerte le dan, y es justo, llegado el momento, contribuya a su vez con los suyos; pero desde uno de esa globalidad bajo determinada forma, por ejemplo un ser humano, no pienso lo mismo, «y no porque actualmente sea yo, Javier, uno de los árboles más altos, sino porque el que lo sea –insisto (lo acabamos de ver con la suegra)– es producto de un conjunto actuar: el mío y el de los demás». Sí, es lo que recordando a Andrés iba a decir: que no porque no siempre veamos las consecuencias de nuestros actos éstas no se producen; como dice él: «Todo, hasta lo más insignificante, deja huella en la memoria del Cosmos.» Pero el problema, respecto a lo de la justicia, no es éste; el verdadero, y casi diría único problema, es el de cómo depurar responsabilidades sin que en ello se nos vaya la vida, pues a poco que te descuidas –del señoritingo ya te lo he dicho esta tarde– vienen otros queriendo depurar las tuyas, y así continuamos hasta la hecatombe final.

La esposa –me doy cuenta– mira a su hombre con preocupación por lo que son bruscos, además de extremados, cambios de estado de ánimo: de un pedirle casi irritado se sincere a un enternecerse oyéndola hacerlo, de aquí a un sonoro reír, y, por último, a un desatenderse de ella; y todo sin contar lo previo a lo del breve paréntesis. Comprendo, sabiéndome cuerdo, que se hace preciso que quien me tiene con él me presente a fin de, como muy bien ha dicho antes, no generar conflictos con los de dentro. Lo intenta:

–Cómo explicártelo, Angelines; pero yo no soy solamente yo, ¿sabes? Bueno, sí –rectifica viéndola más preocuparse–; a ver si me entiendes. Lo que quiero decir es que a poco que uno medite, es decir, piense, te das cuenta lo haces hablando con otro, con palabras que en el cerebro se pronuncian calladas.

Por esto es normal que a veces no me comprendas, porque no nos oyes hablar. –(Hace pausa esperando alguna pregunta. Como no se hace, la hago yo: ¿Esto soy para ti, sólo un hablar conmigo mismo?)– No. Desde que supe de Ignacio –prosigue–, mucho he cavilado acerca de él, acerca de ese no ser yo que de tanto pensarlo se me ha descubierto en mí mismo otro; y no porque antes no lo fuera, sino porque lo ignoraba, creo, preocupado como estaba por eso que has dicho de alcanzar la cumbre..., la cumbre –repite absorto–, sin darme cuenta que en todo edificio los ladrillos son los que se sostienen unos a otros. –(Sí, tal vez tengas razón y ésta sea mi personalidad; al menos desde que me sé, así es como me siento: como un pensarme ladrillo formando edificio.)– Recuerdo mis primeros días en B*** no podía ser igual, me refiero a no pensar sólo en mí, pues era cuestión de sobrevivir como tal ladrillo. De esto los que sois de buena cuna no sabéis y os es difícil comprendernos, de la rabia que da ver a otros vivir mejor. En tu caso, en mi mirarte sin ganas se escondía esta rabia, un intento por castigar con desprecio (orgullo, según dices) el daño que me hacía verte donde yo quería estar; y todo porque no te sabía aún lo que más tarde me di cuenta por Rupérez.

–¿Por Rupérez? –preguntamos al unísono Angelines y yo, si bien lo que es voz alta en ella en mí lo es callada.

–Sí, que nada hicieras contra aquel patán.

–No comprendo –insistimos.

«Ella no, pero tú sí que fue por él que yo entré a formar parte de la Organización.» Ya, ya lo sé. Lo que no comprendo es qué pinta en tu darte cuenta de tu mujer.

–Rupérez, ya sabes: el aspirante al puesto de tu padre hasta agenciármelo yo tras el préstamo al PARECA –le recuerda a ésta.

–Ya, ya lo sé. Lo que no comprendo es qué pinta en tu darte cuenta de mí –casual repite mis palabras.

–Verás. Como te acabo de decir, en estas semanas en que tú y los niños habéis estado fuera, sin duda obligado por Ignacio Goñi yo también lo he hecho, me refiero al estar fuera, de mi mundo actual; ha sido un detenerme y mirar hacia el pasado, recordar. He hablado con gente de la cual tú no sabes, de otros tiempos donde yo fui otro. No, no me pidas que te cuente –se apresura a denegar una posible petición a tal respecto–; para qué volverme a repetir... –(La miro; no

dice nada. Me quedo con la duda de si Angelines sabe.)— Fue al poco de que tu padre me contratara —prosigue Javier—. Rupérez, lo mismo que yo, echaba pestes de todos quienes creíamos causabais nuestro sufrimiento, y por esto congeniamos, no por otra cosa, porque desde el principio me di cuenta de la mala leche que llevaba encima. En tu caso supo calibrarte bien. Me explicaba que eras una pardilla, que lo que aparentabas en tu seriedad orgullo no era sino pura timidez. Yo no le creía, y cuando supe que le diste calabazas en sus pretensiones de noviazgo me confirmé en ello y te cogí más rabia por pensar que lo habías hecho por ser él, al igual que todos nosotros, unos simples operarios a las órdenes de tu padre, y no por lo que has contado: porque a quien querías era a este idiota que tienes por marido. —(Me confirmo en lo ya dicho poco antes de que se fuera Carmen: dios está cambiando.)— Sí, Angelines —se reafirma ante un ademán de la esposa de que no, de que no lo es—, un verdadero idiota. Me uní más a él, a Rupérez, en su conspirar contra vosotros; fueron años, hasta que me volvió a contratar tu padre, dando coces contra el aguijón. Mas mira por dónde, un buen día me veo de nuevo en el Banco y encima ocupando puesto de oficial, ahora sé gracias a ti, pero creyendo yo entonces que por mi valía. Rupérez lo es también: oficial administrativo, aunque nos diferenciamos en que él desde siempre, desde que entró en el Banco, y yo como consecuencia de un ascenso desde mi anterior puesto de botones. Comienzan las envidias; en el organigrama mi subida ha trastocado los puntos de referencia, y de ser antes el buen muchacho que ninguna culpa tenía de ser el último de la fila, paso a ser de todo menos bueno. Amigos uña y carne de antaño dejamos de serlo y surgen las discrepancias. Es el caso, entre otros, con Rupérez: no lo trago. Y le veo burlarse a tus espaldas (fruto del resentimiento con el cual, agradecido por mi readmisión, ya no hago causa), y sé que sabes y no le llamas la atención; y me doy cuenta que es verdad, que eres una pardilla, que no hay maldad en ti.

Calla; y la mujer hace causa con su callar. Ésta lo ha hecho, apagar la luz de la cabecera de la cama, al inicio de lo que el marido no ha querido que yo viera, y desde entonces sólo la lamparita de noche hace esfuerzos por ahuyentar la oscuridad. El silencio, de tan profundo, casi se palpa; todos sabemos que son las tantas de la madrugada. Recuerda yendo a encontrarnos la noche anterior con un posible orto de luna, y le pide que levante totalmente la persiana. Lo alto de

nuestra ubicación se queda corto frente a obstáculos que nos impiden ver el mar, pero el satélite hace rato que los sobrepasó y se nos muestra como agujero grande y redondo en la cubierta de cielo negro por donde vemos el reflejo de la luz que hay al otro lado: blanca, fantasmagórica, hermosa en su palidez.

–Es extraño –Javier habla con suave tono de voz acorde con la situación–. La otra noche, mientras caminaba hacia el puerto buscando ver como ahora esta luna, tuve el presentimiento de que algo iba a ocurrir, y cuando ocurrió fue como si ya lo hubiera vivido. No sé; mientras sucedía, un breve instante de ese suceso, como si pasaran por la moviola una película anteriormente vista pero que sólo a medida que la ves la recuerdas y sabes que la has visto, ¿dónde?: no sabes... Comprendo que se trata sólo de una impresión, un sentimiento muy particular mío; pero ¿te imaginas si esto, todo esto en lo que estamos inmersos, el Universo entero, siente, tiene sentimientos? Muchas cosas se explicarían, como, por ejemplo, ese recordar el futuro porque desde el ahora, en el que estoy como parte de este todo que somos una misma cosa, ya lo he vivido... Por qué esto, esto de ser una misma cosa, ha de ser sólo con el cuerpo, con la materia que en última instancia (energía mutante) es la misma en todos los sitios, y no también con el sentir, con el pensar, con el saberse vivo. Del mismo modo que comemos de aquélla (a través de los alimentos) comemos de éste (a través de la inteligencia), y somos lo que somos.

Angelines sigue callada, y yo... me temo que también.

–Es un ser misterioso éste que me tiene desconcertado; uno nunca sabe cómo atar cabos con él. Tan pronto se muestra agradable... –(una estrella fugaz cruza el cielo en su camino hacia la...– como de lo más aborrecible –destrucción)–.

–No podía –de improviso la oímos e interrumpe las reflexiones. Como no sabemos a qué se refiere, le pregunta por ello. Responde–: Fue quien me la presentó la mañana que vino al Banco. Vino a suplicarle, en atención a vuestra amistad, que intercediese ante nosotros.

–Pero de quién me hablas.

–De Rupérez. Ya su hermano estaba bajo sospecha y quería que nos olvidásemos del asunto.

–Nada, que no hay manera.

–El hermano de aquella novia que tuviste antes de que te encarcelaran por lo de la letra de mi padre.

–¿Rosario?

–Sí.

La confirmación del nombre, en lo que seguimos sin saber, tanto en Javier le incita a preguntar que no acierta a por dónde hacerlo. En su balbuceo, ella continúa:

–Habían suscrito una póliza a todo riesgo a nombre del padre y pretendieron cobrarla aun siendo el hijo el causante del accidente. No creo que Rupérez supiera del asunto, aunque sí debió ser él quien les aconsejó que lo hicieran, suscribir la póliza, pues, ya te digo, era el Filantropía quien tenía asumido el riesgo de la posible indemnización.

–Nunca me dijo nada –hace memoria, el ex novio más sereno, de lo que no se habló entre los dos que fueron oficiales administrativos.

–Rupérez no era tonto; sabía muy bien lo que se jugaba. De haberte dicho algo no hubiera durado en el Banco ni un minuto. –(Tan breve es el intervalo de tiempo que, sospechando una intención malévolamente, preguntamos el porqué). Se hace la remolona. Insistimos.– Porque sé a ciencia cierta que hizo causa con los atracadores.

–¿Con quienes?

–Con quienes nos robaron al poco de irte tú.

El atraco de Aniceto. Es éste un asunto que, sí, marido y mujer lo han hablado muchas veces, aunque sólo en lo que respecta a los pormenores; ¿diré (por esto, por los pormenores) porque Javier tiene miedo de que su media naranja sepa lo que sabemos de su coparticipación? No, pues matrimonio y Banco Filantropía son la misma cosa y nadie se acusa de robarse a sí mismo; es, exclusivamente, por lo del posicionamiento respecto a la personalidad de quien actuó como dictador: bueno para Angelines, no tanto para nosotros, y no querer recrear viejos odios que nada bueno aportan. Sin embargo, en estos momentos, entrado que ha Rosario en escena, las cosas han cambiado; «y mucho –me ratifica el copartícipe–, porque en lo que llevo vivido de esta historia (por cierto, que no se olvide: fruto de mis desvelos por Ignacio), todos me acusáis de haberme desentendido de quien tanto me quiso, pero todavía nadie me ha dicho

por qué no vino a verme a la cárcel sabiendo que yo estaba allí».

–Porque yo se lo impedí.

–¿Cómo? –por lo adecuado de la respuesta la parte se sorprende de que su otra parte esposa sepa lo que estábamos pensando.

–Sí, ya me lo imagino: te estabas preguntando que por qué entonces no acudí a ti. ¡Jolines, y qué torpe eres! –se queja esta su otra parte–; ¿te lo tendré que repetir? Mira, el asunto se resume así: Rupérez es culpable; se lo digo, y acto seguido le emplazo, en mi no denuncia, a que me ayude en que te quiero (a ti, Javier –recalca con pasión de amor–) para mí sola.

–Comprendo –el amado hace público que ya entiende acerca de lo que yo sigo sin comprender. Le pido que me lo explique. Cuenta con voz alta–: Vino a verme, mi novia que fue, a Rupérez, y éste se ayudó a sí mismo ayudando a quien no quería más novia que ella.

Me parece que sí, que ahora yo también entiendo: se trata del clásico pecado por amor (ejemplo tenemos con Eloísa y su, en nuestro secreto, hijo). Angelines, sabiendo de Rosario ocupando plaza en el corazón de Javier, se desembarazó de ella obligando a Rupérez lo hiciera so pena de denunciarle... No obstante, debemos confesar, lo mucho que sigue sin esclarecer: cómo de qué modo Angelines supo de Rupérez en el robo, qué pudo decirle éste a Rosario para que el eterno amor que nos prometió dejara al poco tiempo de ser eterno, y, en fin, cuánto es lo que sabe la parte de la otra parte en aquellos tiempos en que era otro.

–Por eso te he dicho que no podía llamarle la atención –la oímos–, porque aunque le sabía burlarse a mis espaldas, yo también llevaba mi culpa.

«Bien, dejémoslo estar –me pide quien si está aquí, en el hospital, no es precisamente por estar sano–. Otro día, más tranquilos, le preguntaremos.» Sí, le doy mi aceptación intuyéndolo (después de lo del breve paréntesis y el rato que llevamos hablando) con ganas de dormir hechas más por la urgencia de dejar de hablar de lo que pudiera llevarle a un saber Angelines de su con Eloísa llamémosle, por hacerlo de alguna manera, amor.

De nuevo el silencio; algún que otro ronquido. La persiana levantada; la luna más alta; la habitación blanca, de blanca palidez con su luz de lamparita de noche. Pienso en la posibilidad de volverme a desligar de Javier. Miro a los pies

de su cama por saber si Angelines también se ha dormido; la veo: inmóvil su cuerpo, sentada, su cara vuelta hacia el astro, gris el pelo en trenza recogido, ojos aterciopelados negros, húmedos –me fijo con más atención– de lágrimas, silentes, cayendo con brillo de esta luz que es de la noche. Pobrecita –me compadezco–, siempre sufriendo, en estos momentos, me inclino a creer, por lo que le hizo a Rosario, por saberse, en ese su amor obligada a hacerlo, sin eso que se llama belleza y atrae a los hombres. No te preocupes, mi vida –le digo aunque no me oiga–; es a ti a quien yo más quiero. Eres mi egoísmo, mi rayico de luz, mi chispa de la vida; eres mi ilusión. ¿No ves que en lo creído perfecto no tengo cabida?; me echa. «Qué se habrá pensado –me dice–, ¿que puede enseñarme a mí?» Y la vida pasa a través de su cuerpo, y no aprende, y un día muere por no conocer... Sí, porque dios, ateo, no ha sabido encontrarse en eso que denominados afuera.

Se levanta, con gesto cansino; arropa tierna a su hombre. Coge, de sobre la otra cama que hay en la habitación, su bolso que, junto a la chaqueta del rosa pálido traje chaqueta que viste, había dejado al llegar. Extrae una pequeña cajita, un pañuelo; se suena los mocos, abundantes de haber llorado. Al tacto se quita una lentilla, la mete en la caja; luego la otra. Vuelve todo a su sitio. Entra donde dentro de donde estamos está el lavabo y retrete; deja abierta la puerta. La oigo orinar, luego el agua correr. Sale, la cara algo mojada de haberse lavado. Otra vez buscando en el bolso, las gafas que, puestas delante de sus ojos miopes, la llevan, en su dejar pasar el rato, a la ventana, y, de aquí, a observar nuestra tantas veces vista ciudad.

Me acerco a su lado (no creo Javier se despierte). A diferencia de antes, de cuando yo estaba solo, B*** no muestra señales de vida, y sin embargo sabemos que sus habitantes siguen ahí, ahora en sus casas. Ves –le digo, o mejor dicho: me digo, pues no me oye–, al final cada cual acaba en su casa, porque es el sitio donde está nuestra gente, aquella con la que hemos construido la casa...; aunque, no sé lo que yo he hecho en la mía para tener que aguantar a este marido que tienes. Desde que me sé en él, mucho me lo he preguntado; somos tan diferentes: él casi siempre mirando hacia dentro, yo hacia fuera. Estoy hasta el gorro de oírle decir que si le hubieran preguntado antes de nacer si quería venir a este mundo hubiera dicho que no (en su pensado epitafio tiene plasmada esta

idea; «que no me vuelvan a traer», dirá); y es lo que le digo: no sé por qué, porque lo tienes todo. Te tiene a ti, Angelines (que no es porque yo lo diga, pero muchos para sí te quisieran); una salud de hierro, y el poder que le otorga ser el dueño del Filantropía. Pero ni con ésas. Lo suyo –dice– es como cuando estuvo en la cárcel: el ver a otros presos en peor condición no implicaba que dejara de estar entre rejas; y, claro, pensando de este modo no hay manera que deje de estarlo. Porque, mucho lo hemos hablado, cómo salir de donde uno está cuando este estar se fundamenta en una disyuntiva entre los conceptos mejor y peor. No es posible; si dejas al uno dejas al otro, y viceversa.

Se sienta de nuevo; me vuelvo hacia ella. La noto cansada, quizás con algo de fiebre por el ajetreo del día.

Cosa distinta –prosigo– es cuando, cansado de este estar, quieres irte a dormir. Entonces no valen argumentos de que si mejor o peor, porque lo único que deseas es que te dejen en paz... La oigo roncar. Vaya –pienso–, si antes lo digo antes me deja con la palabra en la boca.

Un tanto contrariado por la tan brusca interrupción de lo que he creído era una brillante disertación, me acerco al lavabo. Miro al espejo: refleja de enfrente la pared. Perra vida –me duelo sabiéndome en medio–; esta materia sólo es capaz de verse a sí misma, ni que fuera la única realidad existente. Le doy la espalda, vuelto hacia la puerta de ésta que es del aseo. Somos tan diferentes –recuerdo lo dicho respecto a Javier–; y, sin embargo, en su mirar hacia adentro está mi posibilidad de poder hacerlo hacia afuera. Reflexiono: Veo la relatividad de siempre, y en ella mi pecado de altivez... Salido de donde estoy, avergonzado me vuelvo a ser uno con quien había dejado solo en la cama.

... Aparto la cara, de modo inconsciente que al hacerlo deja de serlo; y me sé que estaba durmiendo. Intento, perezoso, no darme por aludido, pero no puedo. Observo, a través de los párpados, el color del rayo de sol que me ha hecho moverme: amarillorrojizo al cruzar de mi carne la sangre. Abro los ojos y la veo ahí, donde anoche la dejé.

–Angelines, ¿duermes?... ¡Angelines! –alzo la voz.

–Eh... –se despierta sobresaltada–. ¿Te ocurre algo?

–No, nada. Sólo que ya es de día –me justifico en lo que no sé por qué no la he dejado seguir durmiendo.

Cerciorada de que nada ocurre, se despereza con un leve bostezo. Mira su reloj, diminuto sobre la muñeca. Me dice la hora que es, y, sin duda por serlo del desayuno junto a este mi estómago durante horas vacío, me acuerdo y le explico que en mi camino hacia el puerto la noche anterior a esta pasada noche era feliz pensando comerme un chocolate con churros. Sobran las palabras para hacerle comprender lo mucho que me gustaría comérmelos ahora. Se me ofrece.

–No te molestes –rehuso por notarla cansada y quererme redimir de mi no sé por qué la he despertado.

–No seas tonto –opina al tiempo que, sufrida, se dispone a que yo la moleste. Me explica–: En la cafetería seguro lo hay, chocolate con churros.

Miento y repito que no, que no lo quiero; que sólo ha sido un recordar. Es inútil; tomada su decisión, nada la hará cambiar.

–Angelines, mi vida –le digo cuando ya se ha ido–, siempre tú has sido a quien yo más quiero.

.....

–Qué ricos –doy mi parecer mientras mastico el trozo que falta del churro con el que remuevo el chocolate en la taza, humeante, espeso, marrón cual la piel de un negro en su tierna infancia.

–Mira que eres. Lo tuyo es vicio.

–Ni que lo digas; desde pequeño me han gustado. Mi madre me los ponía siempre el día de mi cumpleaños. Yo sabía que no habría regalo, pero sí un tazón de chocolate con abundantes churros. Me ponía a reventar.

Ríe el recuerdo, y yo también por verlo reír. Bautista sale.

–Venía a preguntarle al señorito si va a estar mucho tiempo fuera.

–¿Por qué lo dices? –pregunto a mi vez.

–Porque si es así, María piensa que el señor podría dormir en la habitación del señorito. No es tan grande, y ahora, cara al invierno, la del señor es más lenta de calentar.

–Sí, tiene razón –mi acompañante en el desayuno está de acuerdo–. Una cama de matrimonio es muy fría para uno solo.

Siento un picorcillo sensiblero en la nariz; me la restrego para que no lo noten. Demasiado tarde. Dejo a un lado el churro y me ayudo con el pañuelo.

–Vamos, papá –sonríe. Me acaricia la mano (Rami siempre ha sido, como su madre, muy tierno en su trato con los demás; aunque también...)

Bautista espera.

–De acuerdo –doy mi autorización–; haz como tu mujer dice.

Se va Bautista, como siempre neutro, como si más que persona fuera cosa; sin inmutarse lo más mínimo por lo visto entre mi hijo y yo. Se lo digo:

–Con este hombre nunca sabes. Lleva más de veinte años sirviendo en casa y todavía no sé lo que piensa, si es que en verdad piensa.

–Hace su papel; a solas no es igual. Cuando murió mamá, yo le vi llorar en su habitación. La quería mucho.

–A tu madre todos la querían.

He dicho. Y me doy cuenta, en su mirarme mientras seguimos comiendo, que en ese todos no me he incluido. Como no responde, me explico:

–En toda convivencia hay roces; si alguien me dijera que no los tiene le diría que miente. Yo los he tenido... –hago memoria–; bueno, a miles. Pero así como con la mayoría sirvieron para enemistar, con tu madre fue distinto: tras cada roce vino la reconciliación, gracias a su sencillez innata que la llevaba a pedir perdón aunque no tuviera la culpa, y un quererla un poco más. Sí, con ella fue como el que va a la escuela y aprende, en este caso a ser condescendiente con los demás –y como sé de él, de lo mal que se lleva con su hermano Javier, añado–: Porque, no creas, al final la peor parte se la llevan los que no lo son.

–Pues será al final, porque hay que ver lo que sufro yo a su lado –me ha entendido.

Terminado que hemos los churros, me ayudo con la cucharita en lo que queda de mi chocolate en la taza. Acabo; me limpio con la servilleta.

–Mira, Rami, en estas cosas uno no puede dar consejos –vuelvo a lo de la condescendencia–; hay que vivirlas para llegar a conocer. Simplemente eso: conocer, porque ya te aseguro yo desde ahora que a tu hermano nunca lo comprenderás; no nos comprendemos ni a nosotros mismos, como para comprender a los demás. Pero lo importante no es esto, lo importante es llegar a saberte ver como él te ve a ti.

–¿Y cómo me ve a mí? –me pregunta en lo que noto es un empezar a irritarse.

Qué decirle; ¿con este o aquel defecto? Sería faltar a la verdad, pues muchos de los defectos que ambos se achacan mutuamente son para mí virtudes, y virtudes hay por ellos creídas que yo no las considero tal. Pensando en esto, y viéndole esperar respuesta tras sus gafas de miope, me viene a la memoria que los tres lo son: miopes, herencia de Angelines y no mía, que las uso de vista cansada sólo para leer.

–Como cuando te quitas las gafas, no ajustado a la realidad. Tú sabes que sin ellas no ves bien y por esto te las pones; pero si pretendes que me las ponga yo, el que deja de ver bien soy yo. Lo mismo ocurre entre vosotros; cada uno tenéis vuestra personalidad y pretendéis que el otro se ajuste a la propia.

En su agachar la cabeza me doy cuenta que la comparación ha surtido efecto. Para no apenarle demasiado, me meto en su pellejo.

–A mí me pasaba igual; me costó años llegar a saberme ver como me veía vuestra madre: lleno de arrogancia –suavizo con la palabra el problema que yo me sé: soberbia–. Cuando alguna fiesta o acto de esos oficiales requería nuestra presencia, era un verdadero drama para los dos; desde días antes porque ella no quería ir y yo sí (aunque pequeñín, algo recordarás... –de sus histerias, iba a decir pero me contengo sabiéndolo, junto a la ternura, del mismo pelaje–), y llegado el momento porque, yendo contra su voluntad por darme gusto y el qué dirán, deseaba a todo trance pasar desapercibida.

–En esto nos parecemos –reconoce.

–Sí.

–Os avergonzamos.

Su observación me deja de una pieza; me duele. Se lo echo en cara: ¿Avergonzarme de mi propio hijo?

–No, si no tienes por qué enfadarte; es normal que sea así. Hasta yo mismo me avergüenzo, como para no hacerlo tú. Un ejemplo: ¿Recuerdas cuando me llevaste a comer con un, creo, amigo tuyo que te había invitado? –(Hago gesto de que no.)– Da igual. Me llamaste la atención por hacerlo sin urbanidad, como si fuera un muerto de hambre, como si en casa nos faltara la comida... Cada vez que lo pienso me pongo enfermo; no, no por ti –se apresura a exculparme–, sino por mí, por lo subnormal que soy, por no saberme comportar en sociedad, no ya como hacen otros aparentando más de lo que son, sino simplemente como soy.

De la anécdota no consigo acordarme, lo de menos cuando sé hay las que se quieran que confirman lo dicho: Ramiro es, como lo fue Angelines, una verdadera calamidad en relaciones sociales. Ahora bien, en lo que no estoy de acuerdo es en que me avergüence (con su madre sí, que no era carne de mi carne); lo que me da es rabia, rabia de verlo torpe, sin liderazgo, de saber que no será él el Director General que yo soñaba para el Filantropía.

–Convéncete; sería un fracaso –parece darse cuenta de lo que estoy pensando.

–Es probable –acepto su opinión–, pero eso es porque la gente no sabe valorar lo bueno. Mucho quejarse del déspota, del que los mantiene a raya con el miedo, pero cuando llega el que no lo es se le mean en la pechera –y me acuerdo de Ignacio Goñi, de lo que le hicieron.

Le hablo de su persona.

–... y supongo fue por esto –concluyo tras largo recordar–, por tener un carácter como el vuestro, que me preocupara por saber de su familia.

La historia le ha gustado, yo sé; siempre nos gusta vernos retratados en otro. Quiere saber más.

–Eso quisiera también yo... –Recuerdo a Ángel Rico–: Fue un compañero de facultad quien más tarde me confirmó las miserias y egoísmos que hubo en aquella huelga, de cómo muchos miembros que eran del Régimen maquinaban en contra suya queriendo hacer méritos para el nuevo que se avecinaba –pienso en Crispín de Vicente y su padre–, cómo entre los propios opositores se traicionaban entre sí –me silencio a mí mismo porque, a diferencia de Luis Peirona con el mencionado Rico (y quién sabe si Antonio Grau, muerto en extrañas circunstancias), yo no traicioné a nadie–, y, en fin, cómo contribuimos todos –aquí sí me incluyo– en lo de siempre: a que sean otros los que lleven nuestra carga... Pero no, de mi amigo Ignacio no supe nada más. Lo enterramos y sanseacabó.

Desilusionado me pregunta por el sitio. Sonrío.

–Aquí mismo; debajo de cada hierba, de cada flor –oriento viéndole mirar desconcertado el jardín en donde estamos, de nuestra casa la parte de atrás. Se lo digo–: Lo incineraron, y como me dieron sus cenizas y me hablaron de lo buenas que son como abono... –dejo se imagine el resto.

Mientras, yo también lo hago: imaginar, pero respecto a lo que el futuro pueda depararle. Rami ha decidido dejarnos, irse, y ninguno sabemos a dónde. Parece más bien una huida; ¿tal vez del ser de su hermano en endiosamiento parecido a mí en mis años mozos que tanto le humilla?, ¿de un marido de su hermana que aspirante al puesto de Director General no ha hecho más que incordiar sabiéndole en quien yo tenía puestos mis ojos para que me sustituyera?, ¿de mí, su padre, que ciego a su idiosincrasia lo encaminé por donde no debería haberlo hecho? No sé. Como siempre no comprendo, conjeturo, me muevo sin saber a ciencia cierta por dónde voy; pero al menos, a diferencia de antes, desde que me conozco en esta historia, he aprendido que la vida es mucho más que yo, y me consuela ver en mi no control libertad para quien llamo el otro: persona, animal, planta o la misma tierra... Mi hijo se va; y sí, estoy sufriendo por él, por mí, por este no saber lo que el futuro nos depara.

—¿Y qué —le pregunto— si te ocurre como a Ignacio?

—Sería un volver a empezar.

La respuesta es de mi agrado. Empezar, acabar, y en el medio un hacer; saber en todo momento que la nada será nada cuando queramos que lo sea.

Dejamos el jardín (me doy cuenta pisa con cautela sabido lo del abono), y nos adentramos en casa, tres plantas, la tercera abuhardillada, de esta que es urbanización de lujo. Me acompaña al despacho; sobre la pared el plano de B*** enmarcado.

—¿Ves? —le digo señalando mi calle que fue del casco antiguo—, aquí empecé yo hará con creces los cuarenta años —calculo. Pero no, no hablo de lo que hasta antes de quedarme sin Angelines era un vanagloriarme de mí mismo, de mi haber subido desde la nada. He aprendido que cada sitio es importante y nadie tiene por qué enorgullecerse del que ocupa.

Mientras él observa el lugar, yo abro la caja fuerte. Recuerdo, y la asemejo con la carpeta con sus mil pesetas que tanto asombro causó en tío José; casi río. Vuelto, me ve. Le explico lo del dinero, la importancia que el común de la gente le da a un simple trozo de papel, o lo que sea, siempre y cuando crean que es dinero.

—Si me apuraran diría que yo así lo he hecho, dejando que los demás creyeran que lo tengo, capacidad para darles lo que ambicionan —aunque como lo

sabemos, que él no tiene mi capacidad de engaño, le obligo y coge el que le doy.

No lo cuenta; sus manos torpes no podrían.

–No, papá, no me avergüenzas. Te lo agradezco... –(Debe creer que yo he creído que lo he humillado.)– De verdad, no me molesta que me ayuden –insiste viéndome dudar, pesaroso–; lo que duele es que hagas lo que hagas siempre venga el otro –entiendo el heredero de mi soberbia– diciendo que lo suyo es mejor. Porque yo también soy humano, ¿sabes?, y si tengo hambre y veo a otros comer me entran retortijones si no comparten su comida.

Río, justificado por su dolor de tripas, el ejemplo; él también. Guarda el dinero en su bolsillo.

Salimos, camino de la calle. En el vestíbulo la maleta aguarda.

–¿Pero de verdad no sabes a dónde vas? –le pregunto.

–Hombre, lo que se dice no saber, no; algo sé. Lo que ocurre es que no quiero fracasar de nuevo, decir: «mira, esto haré», y después no poder. Porque lo que ha ocurrido hasta la fecha ha sido esto, un no poder por haberme puesto el listón muy alto... No, miento –reconsidera–; por no haber querido ver mis limitaciones. Pues qué te crees, ¿que yo no tengo mi orgullo? Ya lo creo que lo tengo.

Calla, y yo pienso que para mí quisiera ese orgullo.

–Aunque ahora mismo firmarí porque fuera como el tuyo –prosigue y me sorprende–, por tener tu autoconfianza que te hace no arredrarte ante nadie ni ante nada. Es como supongo le ocurre a Dios, que se basta a sí mismo.

–No digas tonterías –me enfado y le reprocho, ahora sí, para avergonzarle–. Nadie se basta a sí mismo, todos nos necesitamos –pienso en la globalidad del todo, su relatividad. Y filosofo, entre pinos y verde césped, sobre el sendero empedrado que comunica la casa y de la verja la salida, andando, sin prisas (quisiera no llegar), él con su maleta, yo con mi argumento de la globalidad...

No puedo, se me escapan. Deben ser los años.

–Sosiegate, que te están viendo –me hace indicación de lo que ha sido levantar una persiana en uno de los chalets de esta nuestra urbanización donde el sosiego es norma.

Miro con firmeza; en el entrever una sombra tras el cristal deduzco que es cierto. No me importa. Hago gesto de que vea y cuente a todos que yo, el vecino señor Rovira, tan inflexible y serio que es, lloró sin que cupiera consolación la

marcha de su hijo.

–Y qué, si es verdad, si siempre tú has sido a quien yo más quiero –digo y me acuerdo de su madre, en el hospital, salida de la habitación. Lo repito más fuerte para que esta vez lo oiga–: ¡A quien yo más quiero!

–Por favor, papá –me reconviene enfadado–. Si vas a montar el número te dejo ahora mismo.

Veo que ya no es una sino varias las ventanas con su correspondiente sombra y le hago caso, más por él que por mi sentir vergüenza, que no la siento.

Llegados, aguardamos al autobús que enlaza con el centro urbano. (Tanto ha sido su empeño de esta vez intentarlo por sí solo que no ha querido coger uno de nuestros coches, ni siquiera para acercarse hasta la estación.) Nadie espera con nosotros, a nadie vemos por esta nuestra calle entre pinos, setos y verde césped de los chalets que la circundan. Y siento escalofríos, no de frío, que aunque enmarañado el cielo el sol se deja ver, sino de la soledad que me llama para cuando se haya ido ¿por causa de su hermano, cuñado y/o mía?

–No creas, que allá donde vayas te encontrarás lo mismo –afirmo (algo vengativo) pensando en esto, en la parte que como miembros de la familia hayamos tenido en su decisión de dejarnos. No me entiende. Le hablo de nuevo de la realidad global...; (lo veo llegar). Me apresuro en mi consejo–: Y recuerda que no hay nadie, por malo que te parezca, que no tenga sus cosas buenas (si no para ti, para otros); y al revés: no lo hay, por bueno que sea, que no vaya de vez en cuando al retrete obligado por su necesidad... –de echar la mierda no digo, dejando inacabada la frase, por no respirar el humo negro y mal oliente del tubo de escape del autobús.

Me da un beso, le doy no sé cuantos. Nos decimos cosas, breves por la prisa; y cuando quiero darme cuenta... se han ido.

En el discurrir de la mañana...

«La mañana que el *Rolls Royce* sale de la cochera del chalet ubicado en el número nueve de la urbanización de lujo de esta nuestra ciudad, las cosas a nivel político están bastante revueltas por... Qué quieren que yo les diga que ustedes no sepan; se podrá discrepar de por qué se llega hasta donde se llega y de la bondad del sitio, pero lo que todos sabemos es que estamos. Pues bien; al volante, el señor Javier se dirige como de costumbre (bueno, quizás sea mejor anteponer la palabra casi, pues ido su hijo el pequeño, único de los tres que le quedaba en casa, su emotividad, ya de por sí bastante inestable, se ha resentido) a su lugar de trabajo en el Banco Filantropía. Como de costumbre también, enfila la carretera hacia la Plaza de La Concordia, lugar donde, como cualquier automovilista sabe, confluye y se canaliza el distinto tráfico; por cierto, dada su creciente intensidad, cada día más difícil en cuanto a evitar embotellamientos y malas maneras de quienes se ven constreñidos en su querer ir a donde quieren ir. Aunque –volviendo a lo que es costumbre–, contra lo que lo es (sin duda por lo dicho de su emotividad) no escucha al locutor de radio informar de las últimas noticias apagada que lleva la del coche.

»Su correr no es todo lo rápido que podría serlo en este inicial tramo de la

carretera y son muchos los conductores que al sobrepasarle le pitan furiosos por lo que ha sido frenar sus prisas hasta quedar el carril contrario libre para el adelantamiento. Ni se inmuta, sigue como si nada; bien pegado a su derecha.

»Pasa el tiempo; y con él kilómetros, algún que otro semáforo apenas puesto en rojo, su correr que siendo el mismo ya no es lento.

»Pasa más; la circulación se adensa, peatones sinnúmero no ya por aceras sino imprudentes cruzando la calzada en estos momentos de sentido único, semáforos que obligan a más pararse que avanzar. Toda la atención es poca.

»Es aquí, en este punto, cuando se percata que, contra lo que es costumbre, la acción de constreñir a su querer ir al Banco se ha iniciado antes de hora, es decir, antes de llegar a la Plaza de La Concordia. Conecta la radio interesado por el motivo. El locutor le informa de la manifestación que tiene colapsadas calles que –aunque no lo dice se infiere– deja sentir cual onda expansiva sus efectos en donde está. Se da cuenta de su error; debería haberse informado antes, ahora ya es tarde para volverse atrás dado el sentido único de la calzada.

»Sigue; no como si nada (su corazón late más deprisa), sino obligado por las circunstancias.

»Los claxons (de otros menos comprensivos con eso que se llama el otro) entran en acción, no de golpe, poco a poco, a medida el acaudalado río de medios de locomoción va deteniéndose en su precario avance hasta ser nada lo que avanza; los motores al ralentí. El ruido es ensordecedor.

»Ante la prolongada espera, muchos conductores son los que se apean intentando ver, desde la altura de su estar en pie, en lontananza, lo que muy probablemente saben de la no sabida de antemano manifestación. Algunos hay que se van hacia las aceras, parado que han el motor y cerradas las puertas de su coche en la calzada, mezclándose con quienes peatones también miran a lo lejos, unánimes en el sentido único. Otros hacen indicación a su acompañante, o acompañantes, de vehículo de querer hacer lo mismo: prevenirse para lo que se intuye como un peligro. Ninguno hay que por no hacer ni siquiera piense en lo que está sucediendo.

»Las primeras muestras llegan, de gente apresurada, poca, en retroceso de donde vienen, entre coches en punto muerto y ahora, por la expectación, sin apenas tocando el claxon. Informan a quienes preguntan; y éstos a su vez

informan, y al final todo el mundo sabe que la policía está cargando contra los manifestantes.

»Silencios; opiniones, la mayoría de desaprobación.

»Llegan más, más corriendo y gritando insultos contra las fuerzas represoras. Sean o no de los que se estaban en un principio manifestando, se hacen, con los que de aquí desapruaban, manifestantes; y el clamor aumenta, y la rabia... Disparos, botes de humo en contestación. Carrerillas de sálvese quien pueda.

»A todo esto, al volante, el señor Javier sigue en su *Rolls Royce*; solo entre coches solos porque lo que era antes retaguardia se ha convertido en línea de batalla. En frente, la policía; detrás, los más recalcitrantes de quienes imprecan con su odio. Y piensa si, tal vez, se ha excedido en su comprensión con eso que se llama el otro... –(una tanqueta hace acto de presencia, por la acera, mostrando en su movimiento lento el recelo de quien o quienes desde su interior oculto la conducen...)-, con eso que enfrentado consigo mismo... –(algo violento cruza frente a él...)- no merece se despreocupe de sí –(provocando una gran llamarada en su choque contra aquélla)-. Sale despavorido viendo a la tanqueta arder, el fuego a escasos metros. Corre, corre en dirección opuesta buscando salvación.

»Tropieza y cae. Se levanta; renqueando llega a lugar seguro. Mira de donde viene: policías gritando en ayuda de sus compañeros, el incendio provocado por lo que ha sido un *cóctel molotov*. Se sabe inocente; estaba allí y el artefacto pasó por delante de sus narices, pero no fue él quien lo lanzó. Sin embargo, las víctimas, en sus gestos señalándolo, parece que no piensan igual. Reanuda la huida viéndolos amenazantes venir.

»Tuerce por una bocacalle, y luego otra, y otra más... Se ahoga; su edad ya no está para tantos trotes. Para brusco junto a un portal, apoyado sobre la pared el brazo y sobre él la frente en actitud que intenta relajada de tomar resuello. Es entonces cuando desde atrás le empujan metiéndolo en la casa. (Pretender que fue mi defendido quien entró por su propio pie es –como demostraré– contrario a todo razonamiento que se pretenda serio.)

»El MED (Movimiento en Desacuerdo), como organización clandestina que es, no posee una estructura lineal jerarquizada; sus comandos operan autónomos (según expliqué ampliamente en una de mis anteriores comparencias)

y, hoy sabemos, infiltrados hasta en los lugares más insospechados. ¿Pero significa esto que el señor Javier, Director General del Banco Filantropía, sea miembro del actualmente detenido? Hagamos repaso.

»Los primeros indicios que se tienen de este comando son de cuando en la conmemoración de los veinticinco años en la presidencia del gobierno de don Claudio Más, Secretario General del PARECA, su efigie en el vestíbulo del ayuntamiento saltó hecha añicos por una bomba precisamente en el momento en que el propio retratado la descubría tirando de la enseña nacional. Entre la concurrencia hubo heridos, aunque no por suerte el homenajeado; y se habló de que si no del propio poder alguien muy vinculado debió facilitar la colocación de la bomba dado lo difícil del sitio. Por supuesto que el señor Javier y su señora esposa estaban presentes, pero cómo: él siendo uno de los heridos y ella presa de un ataque de nervios... No obstante sigamos con el repaso; puede que haya algunos que piensen que el fanatismo obliga a estos extremos: de hacerse daño a uno mismo, a fin de no levantar sospechas.

»Huelgas; ¿qué diremos de las huelgas? Se hacen no para reclamar obligaciones, sino derechos de quienes los tienen acaparados; y nuestro encausado los tiene sin límite ya desde antes de la aparición del comando que nos ocupa. Suponer que en el incitar clandestino de éste las hubo (no se olvide, algunas entre sus propios empleados) para que le reclamasen por la fuerza lo que desde un principio estaba gustoso a dar, no deja de ser un absurdo; incluso diré más: es delito contra el honor por la acusación implícita que conlleva de tendencias masoquistas, ¿delito en el que ninguno de los presentes querrá incurrir? Es pregunta.

»Panfletos, extorsiones, más bombas... Los informes policiales hablan *ex ante* de los detenidos excepto, oh sorpresa, del señor Javier; su presencia en la casa fue todo un descubrimiento... Sí, no se inquieten, ya sé lo que están pensando: se olvida de Aniceto Más Paniagua, primo que fue de nuestro Presidente del Gobierno. No señores, no me olvido; sólo lo he dejado para el final para analizarlo con más detalle.

»Desde el acontecer del hecho que nos ocupa, público ha sido por los medios de comunicación que ambos hombres se conocieron en la cárcel, consecuencia mi defendido del robo a una joyería, consecuencia —escrito está— de lo humilde de su origen. Mucho se ha especulado acerca de la naturaleza del

chantaje con el que aquél violentó a éste para que, contra la voluntad del suegro, otorgase el préstamo que permitió al PARECA ganar sus primeras elecciones, y del resentimiento que pudo derivarse de ello. Por mi parte, no sé es cuanto puedo decir, me refiero a la naturaleza del chantaje, pues en cuanto al resentimiento, sí, no me cabe la menor duda que lo ha habido y lo hay, y esto por el afán desmedido de más pan y agua. Ejemplo tenemos con su tío José. No dudó en sacrificar al sobrino con tal de lo que esperaba fuera, en su licenciosa vida, un estar mejor; ¿pero qué es lo que consiguió?: quedarse sin casa, al principio huyendo y después, hecho su alcoholismo crónico, porque lo que menos le importaba era la casa. Era frecuente verlo –se dice ahora– en callejas de escaso tráfico, lleno de mugre y piojos, sentado en cuclillas en algún recodo, entre sus manos la sempiterna botella con vino, puesta la boca de ésta en su cañón olfativo para no desperdiciar ni siquiera el evaporarse etílico cuando no lo bebía. Qué importa si ha muerto si ya lo estaba... Pero bien, prosigamos. Dado por sentado el resentimiento, cabe preguntarse si lo fue tanto como para tomar parte en el atentado que acabó con su vida. Es verdad que Aniceto, como hombre que gustaba controlar desde la sombra, era de costumbres no conocidas y se requiso la colaboración de alguien que, como todos piensan del señor Javier, supiera de él; pero qué es lo que sabía, qué es lo que sabe que no sepamos los demás es algo que ni el mismo Javier sabe –son palabras suyas–. Por consiguiente, *cui prodest scelus is fecit* (a quien beneficia el delito es su autor); es decir, a falta de información averigüemos quién se ha lucrado, en este caso con la muerte de Más Paniagua, y sabremos si como tal beneficiado formó parte del comando asesino.

»Creo que a estas alturas de nuestra vida, a poco que hayamos querido verlo, tendremos que convenir que las cosas no surgen de la nada, que todo tiene su causa; cosa distinta es conocer, mejor dicho, comprender el camino seguido por ese origen hasta el hecho final. Es camino lleno de sorpresas, imprevistos, que se quiere libre en su no dejarse comprender, porque –seamos sinceros– la razón oculta que cada cual, como paso que es del camino, tiene de querer saber es la de controlar, amarrar fuertemente a los otros pasos a su interés privado, que no de éstos ni del total camino. Así, es frecuente ver cómo se tuercen el derecho y la justicia a fin de que sean otros los que lleven nuestra carga, aun a sabiendas de que para poder disfrutar comiendo el pan es preciso primero amasar la harina;

es un ejemplo. Comprendo que la vida es dura y hacemos lo que podemos, pero esto no debe llevarnos a negar la evidencia: que de Aniceto todos tenemos algo. Ahora bien, porque así sea ¿debemos justificar lo insaciable de sus apellidos, su falta de escrúpulos? No, me niego rotundamente. El que esta vida de camino que conocemos obligue a una continua competencia entre rivales no significa que puedan sobrepasarse determinados límites sin poner en riesgo al propio paso, a cada cual... ¿Que me estoy embarullando? No, señores, esta vez sí que no; sé muy bien lo que me digo. Y ustedes, a poco que lo mediten, también.

»Aniceto (esa parte que todos tenemos suya) era (es) la imposibilidad manifiesta de pensar en lo que no fuera él, su propio yo; era la megalomanía del superhombre que para nada tiene en cuenta a lo demás salvo en la necesidad de su sacrificio; las pirámides, que si en el antiguo Egipto su construcción requiso de la vida de miles de esclavos hoy requieren en la Tierra de una naturaleza vilipendiada y masacrada. Fue el becerro de oro que nos atrajo a todos y todos adoramos, cuatrienio tras cuatrienio haciéndole ganar las elecciones y sin que quepa, por tanto, en esta ocasión hablar de la culpabilidad de un solo hombre. Hizo lo que quisimos que hiciera pues de lo contrario le habríamos negado nuestra confianza. ¿Y qué fue ello? Ya lo he dicho (y cada vez que lo repito me viene a la memoria lo del fallecimiento de su madre): hacer a otros pagar la factura de nuestro goce cuando no castigar por habérmolo impedido. El día del atentado (quienes saben de la pericia en el vuelo de Aniceto nos han convencido del sabotaje en su repentino caer desde las alturas) estaba en esto, supervisando desde una avioneta el lanzamiento de grandes dosis de insecticida para acabar con la plaga de mosquitos que sus picados electores reclamaban urgentemente, incluido el señor Javier; repito: incluido el señor Javier que, como consecuencia del luto oficial y el dejar de fumigar veneno, fue una de las innumerables víctimas de los sedientos de sangre dípteros. Vemos, pues, la carencia de fundamento que como no beneficiario tiene cualquier implicación que se le suponga en lo que pudo ocurrir, ya que –convendrán conmigo– la verdad no es esquivada a manifestarse en estos casos.

»Javier, el señor Javier, no diré sea un dechado de virtudes, que patrimonio como el suyo no se hace de la noche a la mañana sin algún que otro traspié, pero (siempre hay un pero en la vida) hay que reconocerle conciencia de lo que él

llama errores. Un error es algo que hecho lo que haya sido la situación resultante no es la que se esperaba, en cuanto a evitar el mal se entiende, pues si por una de esas casualidades de sonar la flauta se evita, entonces lo no esperado no es error sino feliz descubrimiento, como le ocurrió –me ha comentado– con su amigo Ignacio. En un principio no estuvo en su ánimo hacer lo que hizo por caridad cristiana, sino porque reconociendo en él el carácter mismo de su mujer quiso justificarse de su saberse culpable; me explicaré. El día en que éste apareció por el Banco reclamando auxilio, hacía escasamente otro en que negado a su consorte se había ido de casa con los hijos de ambos, sin despedirse, a tomar el aire puro de la montaña recomendación del médico lo que intuía era, de no hacer nada en su humillarse en pedir perdón, el paso previo a la definitiva ruptura del matrimonio. En aquel momento, reacio a esta humillación, lo trató con suma descortesía; sin embargo, en los días que siguieron hasta recibir la llamada de su ingreso en el hospital, tuvo tiempo más que suficiente para darse cuenta de su error, de que sin su mujer, su carácter tan proclive al sufrimiento, no sólo el mal seguía ahí sino empeorado. Fue entonces cuando empezó a reconvenirse de lo hecho, de querer dejar en la estacada a carácter como éste que ya es de por sí cruz para el que lo posee como para encima no ayudarlo. Así creyendo y haciendo, con su amigo la cosa quedó en nada, pues nada pudo averiguar de su familia; ahora bien, el efecto inducido fue la reconciliación con su esposa y el feliz descubrimiento del que he hablado... Traigo esto a colación porque aunque confirma el dicho de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra (añadiría yo de mi cosecha: tantas como tiempo vive (hemos visto la última con los mosquitos)), es condición *sine qua non* el que así sea en cualquier proceso de aprendizaje. Mi defendido, el día en que lo detuvieron junto al comando del MED, era ya alumno aventajado en aprender a ser condescendiente con los demás, y la prueba la tienen en su neutral proceder durante la manifestación que le supuso la pérdida del *Rolls Royce* incendiado por el propagarse de las llamas de la tanqueta. No es, por tanto, ajustado a derecho –como bien ha dictaminado el tribunal– pretender implicarle ahora con cuando no lo era como militante de la organización que fue llamada Organización; la vida es una pero los momentos no, y hacerlo sería como juzgar a alguien por lo que hizo otro, por otra parte, ya juzgado por su propia realidad (*verbi gratia*, su tío José).

»Concluyo.

»En mis palabras es probable muchos hayan querido, querrán entrever pretensiones de paladín en cuanto a cuestiones de tipo ético o moralista. Les aseguro que, si es así, se debe más al propio proceso del acontecer de los hechos que a mi voluntad. No he expuesto en base a prefijadas ideas; he dejado al verbo fluir por donde le viniera en gana; el resultado es el que es. El señor Javier, aquí presente, mira hacia atrás...»

–Papá hizo gesto, efectivamente, de querer mirar hacia atrás.

«¿Y qué es lo que ve?: una historia a sus espaldas, compleja, entretejida con infinitud de intereses, materializada en un cuerpo muy probable no al gusto de todos, pero, y en esto soy categórico, sin que nada ni nadie pueda considerarse ajeno a ella; se podrá argüir si el reparto es o no justo en cuanto a equitativo, de la necesidad de allanar el camino aun empleando la fuerza, pero nunca –repito– de que no todo tiene su parte en este hacer lo que somos. En este contexto, puedo asegurar que la influencia de este cuerpo historiado en el ser actual del señor Javier ha sido decisiva, ha sido como el sueño que uno recuerda de la pasada noche y que aunque ficticio en su trama no lo es en las causas que lo motiva e influencia que ejerce en el comportarse despierto. ¿Creen, por tanto, que quien sabe de la necesidad en la planta de la raíz para hacer el fruto, de la espina en el rosal, del mal para definir el bien, puede querer destruir la raíz, la espina, ese mal? No, pues hacerlo supondría también destruir el fruto, la rosa, el bien. Quien esto sabe no desea destruir, convive, es condescendiente, suaviza con el bálsamo de su comprensión el ingrato momento de conocer lo que es dolor porque sabe es, *per se*, gestación de lo que será alegría.»

–La nuestra, desde luego, cuando lo absolvieron por falta de pruebas; aunque (¿verdad?, Benito) papá lo tomó como si tal cosa.

–Sí; tu hermana tiene razón. Desde que le detuvieron, vuestro padre se comportaba como si nada de lo presente le importara; parecía como ido, como si sus preocupaciones fueran otras, no diré ya de las del juicio donde tanto se jugaba en su futuro, sino incluso de las de nuestro querido Filantropía. Se despreocupó totalmente de él.

–Ya.

–Sí, Javier; no digas ya. Benito ha tenido que hacerse cargo de la dirección

general obligado por las circunstancias.

El censurado por su «ya» dicho con tono de voz de no creer en lo que se le dice, se encabrita, casi chilla,

–¿Acaso digo lo contrario?! –con despectivos gestos que aparentan querer justificar este inexplicable por lo desproporcionado su mal humor en la falta de tacto de los demás. Hiere; y a Benito le viene a la memoria lo leído a un siquiatra en no sé dónde: «La soberbia es un amor desordenado de sí mismo, que se acompaña de una hipertrofia del yo... Necesita permanentemente el reconocimiento explícito y/o implícito de sus cualidades y logros. Esto hace casi imposible la convivencia: la vuelve insufrible, pues reclama pleitesía, sumisión, acatamiento y hasta servilismo.» Por consiguiente, teniendo en cuenta que en este momento del único reconocimiento que se ha hablado ha sido de la dirección general, intuye como verdadero motivo del enfado el no ser él, Javier, a quien se reconozca el logro de ocupar el puesto. Ahora bien, a qué entonces no reclamar su parte como hijo que es del dueño del Banco.

–Para mamá siempre tú fuiste quien debería haberse hecho cargo; pero claro, tanto despreciarlo... –se interrumpe en su explicación, aunque suficiente para saber que con el reclamo dios dejaría de serlo en su error.

El vivales de Benito sonrío para sus adentros. Desde su hacerse cargo estaba preocupado por el inevitable momento en que habría que dar cuentas de lo hecho, pero por lo que lleva visto la cosa se promete más sencilla de lo que esperaba.

–Es obvio que no hay profeta sin honra sino entre la familia –afirma enfático–. ¿Pero es que no te das cuenta, mi vida, que vitalidades como la de tu hermano no están hechas para la insulsa vida de un despacho, por muy de Director General que sea?; esto es para gente apocada como yo, pero no para quienes están llamados a liderar, a encumbrar a niveles de gloria que para sí hubieran querido nuestros padres.

Quienes escuchan se miran boquiabiertos. Viendo no del todo convencido al artífice de las glorias, se dispone a darle la puntilla:

–Sí, Javier, reconócelo; que lo que te pierde es la humildad.

–Bueno, ejem... –dios se sonroja–; nadie es perfecto.

Ella, tras esta imperfección, comprende. Calla, no obstante, porque junto a

Benito hay otro Benito (dejado en casa al cuidado de la niñera) que, como hijo de ambos, a buen seguro el día de mañana heredará y hay que ir haciendo sea cuanto más mejor; sin remordimientos, pues no siendo atributo divino el creer que grano no hace granero pero ayuda a su compañero, pronto la ruina imposibilitaría tal herencia de ser en estos momentos su hermano Javier quien heredara. Momentos por otra parte críticos por llevar días desaparecido el hacedor del patrimonio.

–Sabiéndole sin su *Rolls Royce*, me ofrecí para traerle hasta aquí, vuestra casa –explica el yerno–, y cuál sería mi asombro cuando me dijo que prefería coger el Metro. –(No lo dice pero se presiente la vergüenza que en el vástago causa pensar en el padre mezclado con la plebe.)– No insistí; no sabía lo de esa pelandusca.

–¿Quién?

–Un amor adúltero del que ya sabía Angelines desde mucho antes.

Cuenta ésta.

Muy probable sean los motivos de la desaparición de aquél, el de este hijo que, por travestido, se conoce por el nombre de su madre: Eloísa. Pero lo grave no es esto,

–... lo grave es que, haciendo caso omiso de su bastardía, pretenda parte junto a nosotros los legítimos.

–No lo consentiré –sentencia Javier imperioso.

–Ni nosotros tampoco –se solidariza el matrimonio por boca del marido–. Hasta aquí podíamos llegar. Una cosa es que no tenga él la culpa de ser lo que es y otra muy distinta que pretenda equipararse en lo que son derechos exclusivos nuestros.

En el repentino oír abrir la puerta de la calle, unánimes callan y se apaciguan. Se miran tal preguntándose quién puede ser. Decidido, e impetuoso como siempre en su actuar, Javier se va a verlo; Angelines hace indicación a Benito de que haga otro tanto. Al poco, con exclamaciones de afecto de éste que no de aquél, regresan.

–¡Mira quién está aquí!

Franqueado el umbral, a la cabeza el líder,

–¡Si es mi tato Rami! –sorprende a la que en el poco ha estado esperando.

Muestras de cariño: abrazos y besos, de verdad en la evidencia de sus rostros felices.

Concluidas éstas, él explica que nada más tener noticia (no dice cómo) de la extraña desaparición de padre, se puso de vuelta en camino. Benito repite, para su información, lo del hijo bastardo y contrario a su sexo y lo que ellos opinan de causa que haya podido tener en la huida. No cree, y se le ocurre añadir:

–Esto me temo es como le ocurrió a mamá cuando Javier se fue, que a punto estuvo de quitarse la vida.

La ocurrencia, dicha sin doble intención, pues por semejanza con el pasado inculpa a su autor por lo que en el presente haya podido ocurrir, hace en el nombrado un mirar a éste con tal seriedad y firmeza que sobran palabras para advertirle del peligro que corre de no cambiar en su forma de decir lo que piensa.

Se acoquina Rami en el respeto que le tiene a su hermano.

Dándose cuenta Angelines de la tensión entre ambos, diplomática recuerda, y justifica a un tiempo el pecado de quien a punto estuvo de provocar un suicidio, que el amor de madre era muy posesivo. Eran tiempos aquellos de libertad, *hippies* con margarita en la oreja y revolución de primavera, y Javier no quiso quedarse en zaga. Se fue con otra... (pelandusca no dice por miedo a provocar de nuevo su rabia); ¿el resultado? Le pregunta por los cuatro hijos que tiene.

La respuesta se queda sólo en un «bien».

Repuesto Ramiro, vuelve a la razón de su vuelta:

–Papá me habló de un amigo suyo de juventud, que muerto y no habiendo podido averiguar el paradero de su familia lo tuvo a él como único acompañante en su entierro. Pienso si ahora –(silencia, por no repetir la ocurrencia: en la tristeza de no tenernos con él)–, sabiendo de esta familia estará con ellos.

Algo sabían del asunto, aunque no mucho. Cuenta con más detalle.

El Director General interino se muestra nervioso. La historia de Ignacio Goñi es la bastante frecuente del hijo de papá venido a menos: a) por falta de aptitudes, o b) porque los celos le hacen despreciar lo hecho por el progenitor. Con la gente del primer punto (por ejemplo, Rami) no hay problema, ellos mismos reconocen su incapacidad; ahora bien, con la del segundo sí lo hay porque no se trata de aptitudes sino de grado de parentesco, y no es lo mismo la afinidad que la consanguinidad. De aquí sus nervios. Si a Javier le da por verse

retratado en el morir en la miseria de Ignacio, es muy probable reclame su puesto de Director General como hijo que es de quien al fin y al cabo sigue siendo el dueño, y habría que ver entonces si con sólo sus aptitudes, él, Benito, era capaz de hacerse valer frente al cuñado. Se previene para no tenerlo que comprobar:

–Si yo supiera de un amigo mío lo que tú nos cuentas de este Ignacio, te aseguro que lo que menos querría es estar con su familia.

–¿Por qué?

–Porque no creo que a sus hijos, si los tiene, les guste saber de un padre así.

La observación, precisa en cuanto a poner de manifiesto que si es desgracia tener un padre incapaz mucho más es que vengan otros a recordarlo, produce en Angelines (no al tanto del prevenirse del cónyuge) un efecto de inmediato, y apasionado por lo injusto del tal proceder filial, rechazo. No así en Javier, que se muestra, ahora triste, como ajeno de lo que se habla. Interesado Benito, le pregunta por su opinión.

–Por supuesto –apresura su respuesta con ademán de que estaba un tanto distraído.

Si bien se mira, la opinión no se ha dado; sin embargo,

–Somos mayoría –se impone el interesado considerándola acorde con la suya e ignorando la del otro hijo–. Tú de esto no entiendes porque estás soltero –acalla en éste lo que pudiera ser un quererla expresar–, pero si algún día te casas y tienes hijos comprenderás que ningún padre que se precie puede permitirse no ser lo máximo, lo más grande para lo que es carne de su carne... –hace como que medita lo que va a decir–; Dios mismo.

No hay réplica. En el silencio de los hijos Benito piensa si se ha sobrepasado en esto de lo de Dios. Su conocimiento de este Ser, si es que existe, es prácticamente nulo, pero él no lo ha nombrado pensando en esto sino como concreción de todo lo que el hombre considera bueno, útil en cuanto a permitirle ser feliz. Siente un ligero escalofrío. De ser en un futuro muchas las necesidades que su Benito tenga para ser feliz, el trabajo que como padre le espera para darles satisfacción es de órdago.

–Bueno, o casi –se rectifica precavido.

No han sido éstas, sin embargo, las consideraciones que han hecho en los hermanos de quien podría ser Director General guardar silencio; ha sido la de

entrever, en la tristeza que le ha causado la observación del pariente por afinidad, problemas de los que no puede dar cuenta sin poner en entredicho su condición divina, la misma de padre que, todos excepto Ramiro, consideran huido por no poder sufrir la humillación de saber los suyos del dominio público.

—No, Javier, créeme; el problema no consiste en tener problemas, sino en no querer admitir que somos nada —la excepción dice; y marido y mujer se miran horrorizados. Previendo un inminente desintegrar en la nada, raudos fuerzan un cambio de conversaión dejando a la habida hasta estos momentos despeñarse cual agua de un río formando catarata, con millones de vaporosas e iridiscentes gotitas y ensordecedor ruido que hace inaudible lo que saben se ha dicho.

—¡Yo de estas cosas no sé! —chilla Benito a la pregunta de ella de si le ha cambiado los pañales al niño—. Fíjate, Javier —requiere su atención ocupado que está en acoquinar al hermano pequeño con una mirada más que seria de asco, casi de odio—, nada menos pretende que sea yo el que tenga que levantarse por las noches... —habla y habla Benito, lo de menos de qué si con ello consigue distraer la atención de la divina ira contra quien tiene el defecto de decir lo que piensa; por cierto, nada en estos instantes. Angelines lo sabe y siente lástima por él. No es de extrañar que siga soltero, que en su vida no haya tenido ni siquiera una novia; a Ramiro le falta la fuerza para hacerse valer.

Aparentemente por fin distraído, a salvo el hermano, la conversación vuelve poco a poco a su cauce de antes.

Sean los que sean los motivos de la desaparición de padre, una cosa está clara: que hay que hacer que vuelva a casa; y dado que la policía no parece tomar mucho interés en el asunto, no estaría mal que Javier, miembro destacado del Partido del Progreso Permanente (según afirmaba cuando eran oposición al PARECA), haga uso con tal fin del poder que en buena lógica tendrá al haber ganado su partido las pasadas elecciones. Todo esto lo opina Angelines.

La acepta; la idea es buena y toma nota, con tan poco entusiasmo que las dudas acerca del liderazgo que, con sólo la palabra del propio líder como prueba, ejerce en el partido, se hacen más dudas. Esto es nuevo, más que para Benito y Ramiro, para Angelines.

Se ha hecho tarde, y tiene que darle el pecho a Benito —apresura ella junto al consorte su marcha—. Javier, instalado en casa desde que llegó ayer por la

tarde a B***, piensa pasar también esta noche, aunque no más porque quiere coger mañana por la mañana el avión; sus altos deberes lo reclaman. En cuanto a Rami, sin nada que ha venido, le parece a la hermana un despropósito su idea de irse a una pensión; en casa estará mejor.

–Bueno, Javier –sobre sus hombros pone el cuñado su brazo–, supongo no te importará siga haciéndome cargo de la dirección general hasta tanto aparece el abuelo –se apresura a quitarlo (se ha dado cuenta, en el sentir convulsos los hombros y furibunda mirada, que lo pretendido confianza entre iguales ha sido considerado del inferior osadía)–. Aunque eres tú, como más capacitado –acepta sagaz el no dejarle ser un igual–, quien debería hacerlo.

Así está mejor –le dice el transformarse la furibunda mirada en benigna sonrisa–, la voz:

–Debiera, pero no puedo. Esto de que tantos dependan de ti obliga a mucho –y el gesto como si cargara una cruz.

Tras los acuerdos para un futuro próximo, el primer acto de la escena de la despedida consiste en darle Benito a Javier la mano, resabiado por lo del brazo, con estricta cortesía, y abrazar emocionada Angelines a su tato Rami que no ha conseguido levantar cabeza desde su admitir que somos nada; el segundo, intercambiar parejas: ella besando ya no con emoción, y el marido adoptando postura cómica de pugilato que hace sonreír a quien en su fingir quiere como contrincante, quiere que aprenda a defenderse de gente –piensa– como el cretino de su hermano.

Abierta la puerta de la calle, en el porche todos, en el empezar ellos a hacer camino por el sendero empedrado que comunica la casa y de la verja la salida, Ramiro se vuelve silencioso a su interior sin que, enfrascados que están en volver a ultimar acuerdos ahora sobre el Banco, se percaten de su ausencia. Se ha dicho, cuando se hablaba no importa qué con tal de apaciguar, que Bautista y su mujer María, la cocinera, estaban, están de vacaciones en su pueblo desde poco después que padre saliera, libre de toda culpa, de la cárcel; se ha dicho, pero es ahora cuando Ramiro lo siente escuchando a sus espaldas las voces que se alejan sin ninguna en frente que las sustituya. Se apoya en la barandilla de la escalera que desde el recibidor conduce al primer piso del chalet; la cabeza sobre el barandal, las manos cogidas a sendos balaustres. Una,

dos, tres, hasta cuatro veces golpea frente y barandal con un agarrarse fuerte a la balastrada para que el dolor no venza a su rabia, a su quererse destruir. No puede, es más fuerte el querer vivir. Lloro amargamente.

Abierta la puerta, de la calle llega el ruido del motor del coche que se pone en marcha. Bruscamente deja de llorar y levanta cara: ve a Javier, finalizada la despedida tras un levantar el brazo en gesto de decir adiós, volver a casa. En la zona golpeada, el dolor con pulso de su corazón le advierte, y nota al tacto, el enorme chichón que se ha hecho. Sin demora en el tiempo, a la izquierda de la abierta otra puerta le lleva a un distribuidor al cual confluyen cuatro puertas más. Abre una; se adentra en el aseo.

Cruza el porche, el umbral; la puerta cierra sin volverse en lo que sería ver la calle. A su derecha dos puertas, a su izquierda por la que se acaba de ir Ramiro. No lo ha visto; y continúa, en su volver a donde estaban antes, por la segunda de la derecha al comedor. Mira en derredor. Curioso abre otra, y, tras cruzar lo que es despacho, otra más que le lleva, siendo la que ha sido primera de su derecha, de nuevo al recibidor. Se impacienta. Sube a la siguiente planta; entra y sale por cada una de las tres puertas de la izquierda; entra y sale por la de enfrente, se asoma por la de la derecha a la terraza. Llama a voces por el tramo de la escalera que conduce a la buhardilla; en la no respuesta se desespera. Baja, más brioso, de nuevo a la planta baja, al recibidor y el comedor. De las tres puertas de éste, la del mismo tabique que la de entrada es la única por la que no ha mirado; lo hace: el *office*, en comunicación directa con la cocina, y otra puerta que cruza y le lleva al jardín, de la casa la parte de atrás. Busca por todo él, también en el invernadero. Da la vuelta a medio chalet, pasa junto a la piscina, la cochera; llega al porche y empuja, queriendo entrar, la puerta que cerró antes dejando las llaves dentro. Ante la evidencia de su descuido, sigue para completar la vuelta, aunque no lo hace porque viendo, empujando y abriéndose otra puerta en el trayecto decide entrar por ella a casa, al lavadero a cuya izquierda está (se ve a través de la suya abierta) el dormitorio del servicio y siguiendo recto el distribuidor al cual confluyen cuatro puertas más, de derecha a izquierda (abre y mira): la de la sala de juegos, la del recibidor, la de la cocina y la de... no puede, ésta se le resiste.

–Enano, ¿estás ahí? –pregunta sin cejar, e impetuoso como siempre, en

sus intentos por abrirla.

–Sí. ¿Qué quieres? –preguntan a su vez desde dentro.

–No, nada. Sólo quería saber si eras tú.

–Pues ya lo sabes –displicente el identificado por la voz, Ramiro, da por zanjado el querer saber.

Se vuelve Javier al comedor.

Abre la puerta Ramiro, con cautela, sólo un poco. Viendo que no hay nadie, la abre totalmente y sale. Su hermano –lo sabe de años obligado a convivir con él– es así de impredecible, tan pronto se va como si nada como por un quítame allá esas pajas se pone hecho una furia; y como lo sabe toma, de puntillas, camino que los separe lo más posible. Pero,

–¡Te pillé, enano! –le sorprende el impredecible a mitad de escalera entre la baja y la siguiente planta. Ríe a mandíbula batiente, no el enano sino quien, con sólo siete centímetros más de estatura, se cree gigante poniéndole desde atrás su brazo por el hombro, más o menos como cuando con el cuñado tan poca gracia le ha hecho. Es por esto, y no por lo que reconoce broma en el susto, que Ramiro no cede en su enfado, en su quisiera sufra lo que hace sufrir a los demás; incluido él. Se separa con brusquedad de su brazo; hace intento de continuar su ascenso; no le deja; se fuerzan las posturas, y en una de éstas Ramiro, desde su posición más alta de unos cuantos escalones, empuja con pie y cuerpo haciendo rodar a Javier escalera abajo. Se acabaron las carcajadas, la caída ha sido lo bastante aparatosa como para hacer que sangre por la nariz. Lo ve el uno; lo ve el otro en su mano intentando contener la hemorragia..., y también, en el continuar su ascenso el causante, que no hay arrepentimiento por lo hecho. Se levanta cual animal enfurecido al que todavía sobran fuerzas para hacerse con la víctima, esta vez, tras una corta persecución, cogida por el pescuezo y obligada, a trompicones, a volver en la planta baja a su inferioridad de siete centímetros de estatura.– ¡Te doy una hostia! –oye en su acoquinarse Rami.

Lo lleva hasta el comedor y lo deja libre, libre con su corpachón (más de peso que de talla) vigilando cualquier intento de escapada. Se limpia con el pañuelo lo que queda de la hemorragia, después de todo no mucha; ha sido más la impresión de ver la sangre que el daño en sí. Junto a la puerta, de las tres la que requiera con movimientos rápidos y bruscos de su presencia para obstacu-

lizar, Javier no habla, sólo mira con mirada seria, desafiante que se hace odiosa, la desesperación del hermano por tener que estar donde no quiere.

–¡Nunca lo conseguirás! –grita éste no dice el qué. Tiembla su cuerpo entero; se sienta en el sofá; casi llora.

No cede Javier en su portarse.

Sobre la pared, encima de donde está Ramiro, un cuadro de madre en su juventud, vestida con la elegancia del momento, observa lo que fue un dejarse retratar y ahora es enfrentamiento entre los hijos. Se da cuenta el que para ella siempre fue quien debería haberse hecho cargo de la dirección general del Filantropía. Sí, tiene razón Angelines, el suyo era un amor posesivo, casi enfermizo, pero al fin y al cabo amor; de los tres, Javier su preferido. Lo idolatraba. Todo cuanto hacía estaba bien hecho; todo cuanto decía, la verdad. No es de extrañar que a punto estuviera de quitarse la vida cuando se quedó sin dios.

–¡Yo no soy mamá! –grita otra vez el acorralado.

Javier entiende. Deja de obstaculizar la puerta.

–En fin –se muestra contrariado–, haced lo que queráis –expresión ésta que en Ramiro, sabiéndose solo, produce el efecto de su hermano tratándole de vos, con el servilismo con que suele relacionarse esta forma de hablar. Lo mira sorprendido, tal preguntándose si son posibles los milagros.

No hay respuesta. Vuelto, se va escalera arriba.

Permanece quien no es mamá bajo el retrato de quien sí lo es, desorientado, ya no histérico, tratando de comprender.

Pasa el rato. Lo oye bajar; llamar por teléfono a un taxi. Se levanta Ramiro; curioso se le acerca.

–¿Pero es que te vas? –pregunta.

–Sí.

–¿Pues no has dicho que pensabas quedarte hasta mañana?

–Pensaba, pero he cambiado de opinión –cambio que en el apretar de dientes advierte del cuidado a tener con la forma de decir lo que se piensa. Coge el maletín con el que ha bajado; la gabardina sobre el brazo. No hay tiempo para pensar

–¿Tanto te he ofendido? –si quiere dé respuesta a esta más que duda rabia por verlo como siempre, tan digno él, tan sin humildad.

Se repite lo de la hostia, lo de encolerizarse el uno y acoquinarse el otro; si bien, cruzado que ha Javier el porche, y sin duda por el valor que da saberse tras una puerta de la calle que en caso necesario se podrá cerrar,

–¡A ver si resulta que el que da la hostia soy yo! –grita Ramiro fuera de sí–. ¡Miserable! ¡¿Pero quién te crees que eres?! –(Lo ve, haciendo oídos sordos, aligerar el paso...)– ¡Nunca, ¿oyes?, nunca conseguirás que te adore! –(cruzar de la verja la salida...)– ¡Mi dios no sois vosotros, bocazas; mi dios son los despreciados, los desgraciados que tanto os avergüenzan!... –(continuar calle abajo en busca de que llegue el taxi. Desaparecer.)– A quienes tanto hacéis sufrir –queda su voz en un susurro.

Congestionado por lo que ha sido excitación, se duele de la cabeza. Se la toca; nota y recuerda lo del golpearse contra la barandilla, el chichón que sin duda su hermano ha visto pero del que no ha querido saber.

–Miserable –insulta de nuevo.

Cierra la puerta. No hay congoja en la expresión de su rostro; algo sí de feliz, serena paz... Se va camino del distribuidor hacia la cocina. Busca entre los armarios; un trozo de pan es suficiente para saciar su apetito. Sale al jardín por la puerta del *office*; pisa con cautela. Abre el grifo de la manguera de riego.

–Ignacio –llama–; ¿recuerdas lo que papá dijo?: «Todos nos necesitamos.» Sí, es verdad; lo he pensado y comprendo que tiene razón... Aunque después de conocer a todos, lo que es yo me quedo con vosotros.

... y un poco más.

–¿Eh...? ¡Oiga, ¿pero qué hace usted?!

–Vamos, no sea tonto y sígame.

–¿Y por qué he de hacerlo?

–Porque es a usted a quien persiguen y no a mí.

–Pero yo no he hecho nada.

–Eso dígaselo a otros, pero no a quienes le hemos visto salir corriendo. ¿O acaso quiere hacerme creer que del cielo llueven bombas?

–Se lo repito: el que estuviera allí no implica que...

–¡La policía!; viene la policía. Vamos, apresúrese, suba conmigo.

¿Qué hago? Sólo yo soy quien me sé inocente... Juraría que esta cara...

En fin, que sea lo que Dios quiera.

–Es usted tardo en reaccionar. Pero hombre de Dios, ¿no comprende que las cosas no están para andarse con bromas?; ¿en qué mundo vive? Ande, pase; en mi casa estará a salvo.

–Mire, señora, yo soy un hombre respetable; ¿sabe? El que me haya visto correr no significa que...

–Ya, ya; que haya sido quien ha tirado la bomba.

–Exacto.

–¿Y cree que la policía piensa igual?

–¡Me importa un bledo lo que piense!

–Por favor, no grite. Los vecinos.

–Sí, claro; pero es que me exaspera el saberme sin culpa y que no me crean.

–¿Como cuando aquella noche?

–¿Aquella noche?

–No me recuerda, ¿verdad?

–Pues lo cierto es que sí, que su cara me suena mucho pero no caigo.

–La hija de Andrés, su amigo de cuando vivían en el barrio.

–¿Usted?

–Sí, yo; Marli. Aunque un poco más mayor.

–Fíjate... (¿En qué?, ¿en que incumplí mi promesa de volverle a ver?)

–Cuando le he visto caerse me he dicho: si no es él le falta poco; pero ya cuando se ha parado frente a mi portal no he tenido la menor duda. He pensado era porque sabía que vivo aquí.

–No, qué va; pura casualidad.

–Sí, ya lo veo, porque hay que ver lo que le ha costado hacerme caso.

–Los nervios. (Sin duda los de aquella noche. A poco más y me enchirona de nuevo. El muy cotilla lo sabía todo.) Y dígame..., o mejor dicho: dime; ¿porque no te importará te tutee?

–No, claro que no.

–Y qué es de él, de tu padre me refiero.

–Se fue de viaje.

–¡Ja! Seguro que a la Cochinchina.

–Eso quisiera yo. Pero de donde se fue no se vuelve.

–¿Ah, sí?

–Murió.

–Caramba; sí que lo siento. Me dejas de una pieza. (¿Cómo es...? Ah, sí.)

Te acompaño en el sentimiento.

–No se preocupe.

–De verdad, no lo esperaba. Si lo hubiera sabido habría ido a veros... ¿Y hace mucho de esto?

–Bastante.

–¿Tu madre estará destrozada?

–Se fue con él.

–¿También ha muerto?

–También.

Jo, que parca es; no parece la orfandad le afecte mucho. Creo recordar que su novio y Andrés no eran lo que se dice uña y carne; pero bueno, no es razón, un padre siempre es un padre.

–Venga y se lo presentaré.

–¿A quién?

–A mi marido.

Debe ser el mismo, tiene cuadros por todas las paredes. Pronto cambiaron de opinión con lo del vivir en el barrio; se ve una casa mejor que aquéllas... ¿Pero por dónde me lleva...? Anda, fíjate, hubiera jurado que era un armario y resulta que por arriba sigue. Aunque que poca imaginación tener que poner una escalera de mano para poder subir; ni que quisieran que nadie lo hiciera.

–Rubén, Jeremías, no os preocupéis, soy yo... Tenga cuidado con la trampilla no se vaya a golpear la cabeza.

–¡Uf!; pues sí que está difícil.

–Vea: Aquí mi marido Rubén, y un amigo, Jeremías. Este señor es don Javier Rovira del Río; ya sabéis, el del Banco.

–Mucho gusto.

–El gusto es mío. (Pues sí que sabe de mí, hasta se acuerda de mis apellidos.)

–Dejad que os explique. Todo ha empezado en la Plaza de La Concordia. Estaba yo...

Sí, no hay duda, su estudio lo tiene en otra parte y en este desván guarda los cuadros, sin más luz que la de una bombilla para protegerlos de la del sol que tanto daña los colores... Y qué bien pinta el endiablado. Éstos sí tienen pies y cabeza y no aquél que tanta confusión me produjo por la falta de orden. Cada cosa en su sitio, como tiene que ser... El amigo no me quita ojo, lo noto; cree que no me doy cuenta, pero lo veo... Hala, ella, vuelta a lo de la bomba. Pues esta vez no pienso decir nada; que se crean lo que quieran... Ahora que me acuerdo, he dejado el *Rolls* con las puertas abiertas; y el fuego tan cerca. ¡Madre mía!

–¿Decía?

–Pensaba que estando mi coche tan cerca del fuego si se habrá incendiado.

–Ah, ¿pero iba en coche?

–Claro. Ya te he dicho que yo nada he tenido que ver; sólo pasaba por allí y me han obligado a hacer lo que he hecho.

–«Y me han obligado a hacer lo que he hecho»; yo, tan bueno de mí. ¡Maldita sea!

Pero bueno, con quién se cree que habla éste.

–Déjalo, Jeremías. No tenemos por qué dudar de su palabra... Compréndalo, estamos todos un poco alterados. Como bien ha dicho mi mujer, las cosas no están para andarse con bromas... ¿Y estás segura de que nadie os ha visto?

–Seguro, seguro, nunca se está. Pero sí, puedes estar tranquilo...

Algo de místico debe tener, es todo huesos. Y cómo mira, ni que intentara taladrar mi cerebro.

–... a no ser que fuera acompañado... Don Javier, ¿me escucha?

–¿Eh?... Perdona.

–Digo que si estaba solo o acompañado.

–Solo, completamente solo. (No parece creerme. Ahora verás.) Sí, completamente solo; lo que ocurre es que me he distraído mirando tantos cuadros como tenéis por aquí.

–¿Le gustan?

–Mucho.

–Pues es de los pocos. Los críticos dicen que no tienen valor, que son

simples copias y para esto ya está la fotografía.

–Los críticos dicen lo que les dicen digan; si lo sabré yo. Menudos negocios (cuidado, no me vaya a incluir) hacen algunos.

–Estoy de acuerdo. ¿Sabe aquél de “El pez que se muerde la cola”?... ¿No? Pues fíjese, lo pintó un conocido mío que no consiguió vender un cuadro por lo malos que decían que eran. Se muere. Un vivales se hace con el pez; intenta venderlo pero no hay manera. En secreto se pone de acuerdo con otro vivales, lo llevan a una subasta y éste le paga al primero lo que nadie esperaba valiera el cuadro. Se hace publicidad del asunto y aparece el primo que, creído de la veracidad de la transacción, lo compra a su vez por menos dinero convencido de que hace un gran negocio, cuando la realidad es que los dos vivales han demostrado ser vivales ganando lo que en vida del autor del cuadro todos decían que no lo valía. Y así estamos, con un montón de primos que, no queriendo ser primos y sí vivales, aseguran contra viento y marea que sus propiedades valen lo que pagaron por ellas, cuando no más.

Vaya con Rubén; y Andrés diciéndome que era un mequetrefe.

–Aunque para qué discutir. Allá cada cual con lo que quiera creerse.

–Sí, allá cada cual; pero lo que no cabe duda es que hay trabajos que requieren de más aptitudes que otros, y estos los tuyos pocos sois los que sabéis hacerlos.

–Gracias.

–¿Ves?, Rubén, te lo tengo dicho: no te desanimes y sigue pintando, que tarde o temprano habrá quien reconozca tu mérito... Lo que le ocurre a mi marido es que es muy huraño.

–Problema grave. Las amistades son necesarias, y sobre todo en esto del arte. La genialidad de muchos que dicen genios estriba en que han sabido hacerse con buenos padrinos... Y dime: ¿Fuiste tú quien pintó aquel cuadro que había en casa de Andrés?

–¿Cuál?

–Uno sobre fondo negro, con colores sin orden ni concierto.

–Sí, el que me regalaste de novios.

–Ah, ya; “Caos en la nada”.

–Caos el que me produjo. Desde que lo vi no hay pesadilla que tenga por

las noches en que no se me aparezca. Por lo que veo, mucho has cambiado en tu forma de pintar.

–No lo crea... Mire, aquí tengo dos de aquella época; “Absurdo” los he titulado. Y es lo que quiero que sean, absurdos para la estupidez, para tanto fantasma que va por ahí presumiendo de sabio. ¿Pero qué es lo que ocurre si puestos frente a este espejo los hacemos coincidir?...

–¡Oh!; cuanta belleza.

–La de la vida, ni más ni menos, para los que saben mirarla con ojos limpios de ambiciones.

–«Con ojos limpios de ambiciones.» ¿Sabe acaso usted lo que esto significa?

Vuelta el místico. Está visto que la tiene tomada conmigo.

–Significa capacidad para darlo todo sin pedir nada a cambio; sufrir, morir si es necesario.

Anda, casi las mismas palabras que me decía Jesús. Si será que son familia.

–Por un casual no tendrá usted algo que ver con Jesús.

–¿Jesús?

–Un amigo que conocí hará más de treinta años. Él también decía eso del sufrir.

–Pues poco caso le hizo.

–¿Por qué lo dice?

–Porque no es posible darlo todo y al mismo tiempo ser dueño de un Banco como el Filantropía.

Lo repito: mucho saben de mi vida. Creía haberle hablado a Andrés de que trabajaba en el Filantropía, pero no a ella, y menos de que fuese yo el dueño.

–¡Estoy contra ti, oh soberbio, dice el Señor, porque tu día ha venido, el tiempo en que te castigaré!

Atiza, hasta sabe de mi problema.

–Cálmate, Jeremías. Don Javier, estoy seguro, no nos pondrá inconvenientes.

¿Inconvenientes?

–Usted, don Javier, convendrá conmigo, no precisa de tanto como tiene.

–¿A qué te refieres?

–A que para vivir con poco basta.

Me estoy oliendo que estos tres pretenden les eche una mano. Normal, después de lo que les he dicho del buen padrino.

–Sí, tienes razón; Marli lo sabe por su padre. Cuando llegué a B**** traía lo puesto y sobreviví; incluso diré más: era más feliz que ahora, no porque viviera mejor, sino porque tenía eso que se llama ilusión... ¿Qué sería del relato de la felicidad sin la ilusión? Una quimera. Como dijo aquel: «Se cuenta nada más lo que la prepara, luego lo que la destruye.» Y en este punto estoy de acuerdo, pues la felicidad consiste en soñar, en soñar poder tener...

–Bueno, bien, dejémonos de filosofías. Lo que queremos saber es si en su voluntad está abrir la espita de su granero... ¿No?, ¿que no me entiende?; muy sencillo. Mire a su alrededor: ¿cuántos son que tienen lo que usted? Muy pocos, por no decir nadie; y comprenda que así no se va a ninguna parte.

–¿Me estás diciendo: viejo, muérete?

–No, don Javier; Rubén no dice esto... Sólo, que ya ha visto, en la manifestación; la gente está soliviantada.

–Lo he visto; está como está el mundo desde que es mundo: no conforme con lo que tiene. Pero lo que me asombra es que seáis vosotros, después de hablar como acabáis de hacerlo, quienes vengáis con éstas.

–«Quienes vengáis con éstas.»

–¡Cállese!... Sí, asumo mis errores; no es preciso me los recuerde a cada paso. (Y yo que los he creído desinteresados, dispuestos al sacrificio.)

–Y lo somos...; eso que está pensando.

¿Será posible que a tanto llegue su taladrar?

–Ególatras, mentirosos, despreciativos de cuanto no nos satisface, buscadores sólo del sometimiento de lo demás a nuestros intereses.

–Ah, ya.

–Estamos haciendo de la Tierra un sepulcro.

–¿Véis como me da la razón? Hoy en día sólo se habla de los derechos del hombre. Y los animales y las plantas qué, ¿no cuentan?

–¡Pero la venganza está próxima, cercano el día en que la propia muerte huirá de ti, oh soberbio, en que te sabrás solo en el vivir eterno, perdido en el abismo de tu ambición!

¿De qué ambición me habla ahora?

–Ni Marli ni yo se la negamos. Es luz como la del día que lo que se recibe es dado por alguien, no surge de la nada; aunque no siempre se perciba hay otra persona, animal, planta o la misma tierra que sufre nuestro bien...

–Alabado sea Dios; por fin lo comprendéis.

–... que sufre nuestro bien; ¿ha oído? El suyo es granero repleto de cosas que en su momento se sufrieron y va siendo hora de gozarlo vaciándolo. No hay beneficio sin perjuicio.

No hay manera.

–Déjame que le explique, Rubén. ¿Se acuerda cuando cenamos aquella noche en casa? Usted le hablaba a mi padre de un tal Aniceto, hombre con gran poder en el PARECA y primo, si no recuerdo mal, de esta bestia negra llamada Claudio Más que actualmente nos gobierna. Mi padre no militaba ya en el partido; sin embargo, el tiempo de cuando militaba era presente en aquel presente, y no es un juego de palabras. Hechos en los que intervino, como otros en que no, proyectaban su sombra sobre él como si fuera la propia que nos acompaña a todas partes, como otro yo que en sí mismo le condicionaba en cuanto hacía.

–Sí, a tu padre le gustaba mucho pensar en esto de lo del Yo. De él aprendí yo.

–Las amenazas estaban a la orden del día, tanto por los beneficiados de aquel tiempo como por los perjudicados; por los que no querían hiciera públicas las razones de su beneficio como por los que sí querían en su afán de venganza.

¿Si estará pensando en mí?

–... Era de esquizofrénicos; urgía desaparecer si no quería le volvieran loco. Se volvió al barrio, a casa de la abuela, esperando se olvidaran de él; mientras, nosotros, continuamos en el mismo sitio. Pasan los días; «y vuestro padre», nos preguntan. Lo teníamos meditado: callada por respuesta bajo la sospecha, dicha a grito pelado tras las paredes de casa para que se enteren bien, de que papá se ha ido con su querida.

–¿También él?

–¿El qué?; ¿el que hiciese como usted con la amiga de mi madre?... No, qué va; lo nuestro fue simple invención para que nos dejaran en paz...; aunque, a decir verdad, al final, sí, fue un irse con su amor de siempre: la gente honrada, la

gente que, como él decía, antepone el bien de los demás al suyo propio. Verá:

»Ya había muerto la abuela; Rubén y yo casados, y mis padres, con mi hermano, haciendo vida normal de calle, o sea, de casa al trabajo y del trabajo a casa, y poco más. No obstante, de los días que volvió al barrio tiene nuevos amigos; se llaman..., qué importan los nombres; es un matrimonio anciano que en vida del dictador de ustedes en el secreto de su casa libró a muchos, incluido Claudio, de una muerte segura. De aquí que todos crean que hacen causa con el actual régimen. Creencia, que no realidad porque se descubre que en el mismo secreto del íntimo hogar el matrimonio ha cobijado a un mozalbete, hijo de un esbirro que fue de aquel que dicen la personificación del Mal, y, según cuentan, implicado en actos involucionistas. Se les detiene, a los amigos; el muchacho ha huido. Mi padre se entera, y les recuerda a unos y a otros las razones que motivaron las antiguas amenazas por su falta de honradez, por anteponer el bien propio al de los demás; y amenaza también: quien quiera hacer público su mal que tire la primera piedra. Conciliábulo de los amenazados, a una dan la razón a Aniceto: es preciso que un solo hombre muera por todos. No fue así. Mi madre y mi hermano le acompañaban cuando por fallo en los frenos, se dijo, el coche se despeñó por un precipicio.

–Vaya; no lo sabía. (¿O sí?)

–¿Ha comprendido? En lo que nos atañe no se trata de tuyo o mío, de si es o no de justicia la paga que cada asalariado recibe; se trata de que la Vida es una, de que el yo de cada uno de los demás es el propio yo bajo las engañosas apariencias de personalidades distintas.

–Te siento tan parte de mí, que tu daño es mi daño; tu felicidad, la mía. Era por esto por lo que yo te amaba, para curarme...

–Calla un momento, Jeremías... Había creído escuchar... No, han debido ser los vecinos.

Pobre Andrés. Y yo sin quererme dar por enterado por miedo me delatará.

–Sí, tenéis razón. Pero qué difícil se hace llegada la hora.

–Lo sabemos. Por eso es usted mismo quien debe decidir. Nadie está legitimado para sustituirle.

–Ni para juzgarle, Jeremías, que te has pasado.

–No importa; no le censures, Marli. ¿Sabes?; esta mañana, haciendo

camino hacia mi lugar de trabajo: el Banco, me preguntaba que de qué serviría lo que uno hace si no hubiera vínculo entre lo otro y yo, eso que se llama amor. El amor es lo que da vida, es el egoísmo de la Vida que se resiste a morir; a qué entonces tanto dolerse. Me lo pregunto, pero no puedo dejar de dolerme porque mi vida, esta parte de la Vida que está en mí, la siento distinta a la otra, a la que desde fuera me pide, como vosotros decís, que vacíe el granero... (Se han quedado de una pieza. Es seguro porque a ellos les ocurre igual.) Lo otro y yo, qué gran misterio. Los dos son uno y a la vez distintos; el uno depende del otro, ambos se definen mutuamente. Por esto digo lo del amor, porque en el vínculo lo bueno y lo malo se justifica siempre... (Siguen igual: sin nada que decir.) Por ejemplo: yo. Desde que me sé, sé que soy porque está lo otro, porque a través de un cordón umbilical que llamo vínculo lo otro me crea y lo creo yo. Así tenemos que las catástrofes naturales, las guerras o cualquier desgracia que todo el mundo considera no tener nada que ver con el amor, al final resulta que sí, que el otro, que es ya yo en otro lugar o lo será en un futuro, se beneficia de mi perjuicio; y si no que se lo pregunten a quienes hubieran sido cazados de no ser porque los cazadores peleándose entre ellos no dieron tiempo a la caza... (Pero bueno, qué os pasa; más o menos estoy diciendo lo que me habéis dicho.) El granero: cuando se llena, se llena porque el de otros se vacía, y cuando se vacía, se vacía porque otros se llenan. Y esto es tan cierto como dos más dos son cuatro; porque la Vida no sólo se manifiesta a través de los seres humanos, también, lo hemos dicho hace un momento, de los animales y las plantas, y así resulta que, aunque no se quiera, todo es amor... (No lo entiendo.) En fin, no sé.

—Ni yo tampoco que la dejara, vaciada que fue por usted.

—¿Qué?

—La amiga de mi madre.

—¿Rosario?

—Sí.

—¿Es que sabes de ella?

—La tiene por el barrio hecha un andrajo.

—¿No me digas?

—Casi ciega. Se sirve de un grueso palo, ¿que no tendrá los dos metros?, para guiarse y amenazar a todo el que intenta acercársele. La gente sabe de su

mal humor y le gastan bromas para hacerla enfadar todavía más; lógico esté siempre de mal humor. Sufre mucho.

–¿Pero estás segura de que es ella?

–Creo. La loca la llaman; pero ella grita que no, que su nombre es ése...

Lo siento; he pensado se refería a ella con eso de lo del amor... Pero, por favor, no llore.

–¿Juraría...?

–Sí, callaros; yo también lo he oído.

Pero qué ocurre...

–¡¡Alto a la autoridad!; todos quietos. Esto es una redada!

Tras tanto tiempo.

Javier. «Qué.» Que no sé qué pensar. «Pues parece mentira, porque desde el principio no has parado de hacerlo.» Ya, ya lo sé. Me refiero a que no sé qué pensar respecto a lo que ahora nos ocupa. Mucho es lo que espera respuesta en esta historia y me siento incapaz de dársela. «No te compliques la vida. Hagamos como siempre: contemos las cosas tal y como vienen.» Si tú lo dices...

Estamos en el Metro, camino del barrio, de nuestro antiguo barrio cuando llegamos a B***. La gente nos mira, sin duda por el traje de frac que vestimos. No hemos tenido tiempo ni ganas de cambiarnos, de adaptar nuestra apariencia al entorno. Que piensen lo que quieran, a fin de cuentas lo único que nos importa es encontrar a esa mujer, a ésa que Marli dice creer es Rosario; aunque para ser exactos, más que el cuerpo físico, el nombre que lo llama, nos mueve a buscarla el espíritu que intuimos el mismo de Ignacio, Angelines, nuestro hijo Rami o la Rosario que conocimos, tan pobre él, tan poca cosa en su sencillez que se hace querer. ¡Oh, Dios mío, y cuanto lo echamos a faltar! Sin su presencia la vida nos duele más.

Molestos por lo que sabemos son comentarios de burla sobre nuestra apariencia por parte de quienes nos acompañan en el viaje, hacemos como que no nos percatamos distraídos que estamos mirando a través de la ventanilla. No es posible, la oscuridad del túnel en contraposición con la luz del vagón se hace en el cristal espejo de sus risas. Qué imbéciles; estamos seguros se creen vestimos así por extravagancia, por chifladura al demostrar, estando con ellos aquí, no

tener lo que como medio de transporte se corresponde con un frac. Son de los muchos que no miran más allá de la camisa que llevas puesta. Luego se quejan, dicen no comprender su situación, cuando la misma es la lógica resultante de esta cortedad de mira. Dejarlos es el mejor remedio. No diremos nada; para qué, es inútil repetirnos... Aunque, respecto a lo que hemos dicho de lo mucho que espera respuesta en esta historia, tenemos que admitir que saberlo todo es imposible, porque de no serlo no habría futuro, tiempo donde escribirlo a medida pasa, lo cual –vemos– no se corresponde con la realidad. Marli y compañía lo sabían, por eso nos hablaron como lo hicieron. En la Vida siempre hay un matrimonio anciano (lo fue el de sus abuelos con el Profesor) que cobija a los perseguidos en cada momento para impedir precisamente eso: que en el ajustar cuentas de la ambición deje de haber un futuro...

–Apártese pingüino; ¿no ve que obstruye la salida?

No nos demos por aludidos. A palabras necias oídos sordos.

Dos estaciones más y habremos llegado. Difícil va a sernos poder encontrarla sin más referencia que el apodo de loca y el largo palo del que hace uso. Pero esta vez sí que no, no cejaremos hasta dar con su paradero.

–Escucha: «El ex presidente del gobierno don Claudio Más manifestó, a una pregunta de los periodistas que esperaban su salida del alto tribunal, que quien esté libre de culpa que tire la primera piedra. Ante la insistencia de los presentes de que concretase al respecto, añadió: ‘Yo, señores, no soy fruto de la nada; tuve un padre.’»

–A ver, déjame leer.

Interesados también nosotros, nos alzamos de puntillas sobre el hombro de quien, traspasado que le ha sido el periódico, lo lee atentamente.

–Pues sí que le echa cara –opina–; mira que acusarnos a todos por lo que hizo. –Se vuelve; nos mira entre sorprendido y molesto.

–Perdone –nos disculpamos.

Su acompañante de traspaso ríe, y a su risa se suman otras que se hacen carcajadas, y entre todas más ruidoso el que ya es de por sí ruido por el traqueteo del tranvía. Nos enfadamos:

–¡Idiotas!

Represalias en distintas voces a un mismo tiempo:

–Si será jilipollas.

–Para idiota él.

–El vejestorio este, seguro es de los claudistas.

–Pues sí, mire por dónde –le confirmamos a este último–; soy claudista, y a mucha honra.

Sabemos que no es verdad, que a estas alturas de nuestra vida nos importa un bledo la política; pero lo decimos por venganza, para hacerles daño con lo que tanto odian. Y no satisfechos, insistimos:

–Porque mucho cobarde es lo que hay aquí. Ya veríamos de volver Claudio a lo que fue quién se le atrevería.

Crujir de dientes a nuestro lado, caras que se hacen serias a medida escuchan y risas, ahora en el extremo opuesto de donde estamos, indican que lo que nos sucede en el instante requiere de su tiempo para darse a conocer, para hacer unánime el sentir de la gente que abarrota el vagón. Son segundos, de galopante arritmia con más, y más procaces, insultos; silbidos. Todos contra quienes, solos en la excepción, defendemos al defenestrado Claudio Más.

No nos arredramos:

–Mucho quejarse del mal olor, pero a la hora de la verdad cada uno va y pone su poquito de mierda.

Chirriar de frenos deteniendo al tranvía en su entrar en la estación. Movimientos convulsos entre los viajeros, entre quienes llegados a su destino se preparan para apearse tan pronto abran las puertas y quienes no. Advertimos:

–No empujen, que yo todavía no he llegado.

–¡Que se calle! –gritan a lo lejos.

–Que les digo que no, que no quiero bajar –nos resistimos en lo que es, abiertas que han sido las puertas, una corriente humana que nos empuja hacia la salida. Es inútil: nos apean.

Se disuelve la corriente. Nos volvemos para subir de nuevo. Nos lo impiden quienes, interesados, obstaculizan la entrada. Se cierran las puertas y se pone en marcha el tranvía mostrando, a través de las ventanillas de lo que ha sido vagón de discrepancias, rostros con triunfantes risas.

–¡Cabrones! –nos desgañitamos–; ya podréis. Veríamos de ser más joven.

–El puño en alto, queriendo golpear, frente al pasar cada vez más veloz de otros

que son también vagones. Se adentran en la oscuridad del túnel; desaparecen... También, en el subir de la escalera mecánica, los últimos de los apeados voluntariamente. Nos quedamos solos en la estación... Bueno, no; un mendigo dormita en uno de los bancos. Meditamos: Aunque nuestro antiguo barrio está a una estación de donde nos encontramos, la distancia no es tanta como para no empezar a indagar sobre lo que nos trae, máxime advirtiéndolo, como advertimos, la condición de andrajo en quien pudiera saber algo. Nos acercamos:

–Oiga, buen hombre –requerimos su atención, con amabilidad, repuestos de nuestras iras–, quería preguntarle si por un casual sabe usted de una mujer que se hace acompañar de un palo llamada Rosario.

En nuestro insistir tocándole el hombro, el requerido levanta con dificultad lo que es cabeza caída sobre el pecho de su cuerpo en posición sentado y deja oír, alivio de su estómago, un largo eructo. Separamos raudos nuestra cara de su cara, de esa bocanada de aire denso en vapores que son de todo menos de algo que no lleve alcohol. Le vemos entreabrir los ojos pero no mirar, perdido en los sueños de una borrachera. Lo dejamos sabiendo que en este estado de nada podrá informar.

Sí –volvemos a la meditación resentida que ha quedado la membrana pituitaria por el pestilente efluvio etílico–, la distancia no es tanta como para no salir del Metro y andar a pie, aireándonos, lo que resta de camino.

... Anochece, y hace frío; estamos en invierno. La verdad es que la idea de venir precisamente hoy, día tan desapacible, en busca de Rosario se nos ha ocurrido de repente, pensando que con nadie en casa esperándonos la tristeza es peor... Nos orientamos: Avenida de Los Desamparados; el casco antiguo empieza en su parte baja, hacia la izquierda.

Proseguimos.

Ellos, nuestros hijos, tienen su mundo, cada uno el suyo, y es normal quieran vivir su vida. No debemos atosigarles con nuestras penas... Leemos, sobre el vallado de una obra: «Contra la usurpación de nuestros derechos: huelga general.» Pobre Claudio, la huelga que fue preludio de su defenestración. Y todo por lo mismo, por creerse imprescindible y no aceptar que el mundo pueda funcionar sin uno. No seremos nosotros quienes caigamos en este sempiterno error. Cuando vengan los otros a reclamarnos sus derechos, no estaremos (¿...?);

y que despotriquen lo que quieran, que cada generación hace lo que puede. ¡Buf!, ya oigo sus gritos poniéndonos a parir...

–¡Tío bueno, mira: Ésta es tu teta!

–¡Ja, ja, ja, ja...!

Anda, por un momento nos he creído en la Organización... ¿Y por qué no?, quizás ellas sepan algo.

–No, yo ya estoy viejo para estas cosas –dejamos en claro, sabiéndolas del negocio de la carne, que no nos ha movido ésta en nuestro aproximarnos hasta donde están–. Sólo quería saber si habéis oído hablar de una tal Rosario. Me han dicho que hace vida por aquí.

Las tres, locas en su vestir, se miran tal preguntándose entre ellas lo que queremos saber. Informamos con más detalle:

–De mi edad, aproximadamente. Se hace acompañar de un largo palo para defenderse de los que la incordian llamándola loca.

En su continuar mirándose, sin palabras que intenten averiguar, creemos entender que nada saben.

–En fin –lo damos por cierto–, seguiré buscando.

Vueltos, a escasos pasos que han quedado a espaldas nuestras, la voz de un hombre nos reclama. Miramos de nuevo hacia donde están porque es de ahí desde donde nos han hablado..., y lo sigue haciendo, ¡atiza!, tras los labios de una de ellas.

–¿No será poli, por un acaso? –pregunta.

Si no lo vemos no lo creemos; de las tres, la más femenina resulta que es un tío. Apercebida de nuestra confusión, ríe escandalosamente. Nos sonrojamos.

–No, ya veo que no –se responde a sí misma acompañada ahora en su risa con las risas de sus compañeras.

Nuestra naturaleza de hombre orgulloso de su virilidad se resiente. Sentimos todo el peso de su feminidad y necesitamos imponernos.

–¡Putas! –insultamos. Ahora sí, volviendo decididos a lo que nos ha traído al barrio; el andar ligero, queriendo alejarnos cuanto antes... Pero,

–¡Espere..., espere...! –su voz oímos corriendo tras nosotros. No queremos, sin embargo, ofendidos que hemos sido, hacerle fácil su deseo; que corra más si es que quiere alcanzarnos.

Al final lo consigue.

–¿Dice que se llama? –pregunta jadeante.

–Rosario, Rosario Bitrian Soler –respondemos sin dejar de andar, displicentes en nuestro enfado.

–Quizás sepa algo –nos da esperanzas a la vez que, deteniéndose, nos coge del brazo para que también lo hagamos: detenernos, para permitirle tomar resuello. Lo hacemos. Tras segundos que han pasado de silencio en nuestra espera–: Hace meses que no la veo –prosigue–, pero tengo vista a una anciana que era el hazmerreír de todos por eso de lo del palo.

La irritación se torna en interés.

–¿Y sabes dónde vive?

–¿Es usted de aquí?

Su pregunta, que no respuesta a la nuestra, nos deja un tanto contrariados. Creíamos, a pesar de lo ocurrido en el Metro, que el traje de frac que vestimos era prueba suficiente de nuestra superior categoría social, de una categoría que considera humillante vivir en barrios como éste; pero resulta que no. Dolidos por lo que pensamos es un repetirse la creencia en nuestra chifladura,

–Mire, señorita –y tan pronto nos mira dudamos del calificativo otorgado sabiéndola hombre.

–Eloísa me llamo.

–Pues bien, Eloísa –aceptamos su deseo de ser considerado mujer–. Yo no visto así por extravagancia. Tengo compromisos que en ocasiones me obligan a hacerlo, actos oficiales a los que debo acudir... –No parece impresionarse. Queremos lo haga.– ¿Ha oído hablar del Banco Filantropía? –Nos dice que sí.– Pues pregunte y sabrá.

Sin embargo, una vez que hemos puesto sobre la pista, y como con éste que se nos cruza es el segundo viandante que mira con todo descaro el contraste que hacemos (de posición social: furcia y a pesar de todo respetable caballero; de edad: joven y quien pudiéramos ser su padre), apresuramos nuestro saber dejando el suyo para más adelante.

Se nos da. La presunta Rosario frecuentaba un bar que hay por aquí próximo porque

–... le gusta empinar el codo de vez en cuando.

Dudamos. Rosario era una abstemia total, no probaba el vino ni siquiera en las comidas. Pero bueno, por si acaso, dejamos nos oriente respecto al lugar donde se ubica el mencionado bar.

Clara la situación, le damos las gracias; no así nuestro pedirle disculpas por el trato de hace un momento. Andamos los primeros pasos en el proseguir la búsqueda.

—¿Sabe?, yo tampoco soy de aquí. Pero tuve un padre, un cabrón que me dio la vida y después ahí te quedas —la hemos oído quejarse en su quedarse atrás, aunque al volver la cara para tratar de comprender nos quedamos con las ganas porque ella también lo ha hecho, volverse hacia donde estaba con sus compañeras.

Seguimos andando. El casco antiguo es una zona bastante enrevesada, más difícil de conocer que el resto de B*** por lo retorcidas y, en proporción al espacio, mayor número de calles. Giramos por aquí y por allá, a la luz de las farolas de lo que ya es de noche, mirando las placas que identifican a las calles, algunas con nuestra sola presencia... Nuestro antiguo barrio lo sabemos parte del casco antiguo, perdidos a que hemos llegado, no sabemos por dónde, y mucho menos lo que creíamos haber entendido acerca de la situación del bar. Preguntamos aprovechando el cruce con otro que es también peatón. De nuevo, como con Eloísa hace ya un largo rato, lista de nombres y calles que sin bolígrafo y papel a la memoria obliga de quererla recordar. Pesimistas por la reciente experiencia, renunciamos a ello. Mejor será volver al principio y reintentarlo.

Encontrado el camino correcto, no sin haber vuelto a preguntar tantas veces como ha sido necesario, nos apercibimos, en cuanto a lo que observamos de los edificios que lo delimitan, que ya conocíamos de él. ¿Cuándo...? Sí, de cuando nos dejamos llevar por nuestros pies, con una jaqueca horrible, aquélla como ahora noche en que salimos de la casa de Andrés, y llegamos hasta este paso de peatones y... ¡el mismo bar!

«Gato escaldado del agua fría huye»; aunque nada sabemos de sus actuales parroquianos y dueño, tememos sigan siendo los del señoritingo. Descruzamos el paso de peatones. No sabemos qué hacer. Miramos desde la acera de enfrente, haciendo como que pasamos para disimularnos de quien, sombra a través del esmerilado cristal de la puerta, aparece como si fuera a salir

del local. Llegar a la esquina, detenernos y volver a mirar porque no lo ha hecho, ni lo hará, pues ya no se ve. Meditamos. La noche, con el fragor de un horrísono trueno, se avisa de perros. Miramos al cielo: la que viene es de aúpa. Decidido. Entramos, que nos llamen a un taxi con el que volver seguros a casa, y, mientras, nos enteramos de lo que queremos saber.

... Sólo estaba ella, la joven que acompañaba a quien creemos fue el autor de nuestra herida y robo. La observamos, ocupada que está en servirnos la copa de coñac que hemos pedido incumpliendo nuestro plan, percatados de que nada tenemos que temer. Ya no es tan joven; las canas empiezan a poblar su pelo y la grasa se acumula en su culo grande, enorme, bajo una apretada falda que a medida sigue hacia el suelo se vacía, campanuda en su vuelo, por la delgadez de sus piernas. En frente, donde vuelve a dejar la botella con la marca del coñac elegido, la misma estantería acristalada con espejo de fondo que fue reflejo de nuestra cara y la de con chafarrinones de colorete y de carmín.

–Buena noche nos espera –predecimos en lo que es un oír empezar a llover.

–Sí –nos da la razón, lacónica, dejando la copa con un tercio aproximado de carga donde sobre la barra acodamos los brazos.

La cogemos con mimo, olemos el tercio, lo miramos al trasluz y bebemos un lento y largo sorbo.

–Mi nieto; esta mañana lo hemos bautizado –explicamos al tiempo que dejamos la copa e intuyendo, en el notar su mirada mientras hemos bebido, lo consabido de la chifladura por el traje de frac–. De haber sabido que iba a llover, me hubiera ido a casa a cambiarme de ropa.

No sabemos; queremos decir respecto a haber demostrado nuestra no chifladura. Vuelta, tras servirnos el coñac, a lavar la vajilla que estaba lavando cuando hemos llegado, no quiere, no diremos ya mirarnos de nuevo, ni siquiera hacer algún comentario. Tanto laconismo nos hace pensar si, al igual que nosotros a ella, nos ha reconocido e intenta, no sabiendo de nuestro igual, que no sea el de ella; cosa a todas luces imposible. Por otra parte, ya que lo pensamos, se infiere de ello un cierto grado de culpabilidad en cuanto a lo hecho por el señorítingo, pues en caso contrario no comprendemos a qué no querer seamos iguales.

Pasa el rato; silencio en el caer de la lluvia, monótona después del agua-

cero inicial. La copa vacía sobre la barra; nosotros acodados mirando, en un fingir distracción lo que es pensar en cómo preguntar por Rosario, ora aquí ora acullá; ella haciendo como que hace sin hacer para disimular su miedo.

«Dejémonos de monsergas» habíamos empezado a decir cuando la voz de un hombre saliendo por la puerta que, a un lado del mostrador, a buen seguro lleva a lo que son dependencias privadas, nos ha interrumpido; suplicante, lastimera, triste en su tono. Se ha ido a su lado; nos preguntamos quién puede ser. Los oímos hablar, a él casi llorar. Vuelve a su puesto de dueña tras el mostrador.

—¿Decía? —pregunta, creemos, por lo que habíamos empezado a decir.

Su acordarse de esto nos sorprende bastante, más porque, ensimismada que estaba en sus cosas, hemos pensado lo que hemos pensado. Ahora no tanto, y es por lo que, dejándonos de monsergas, vamos al grano:

—Me han hablado de una mujer a la que usted tal vez conoce, aproximadamente de mi edad; dicen que está loca, pero ella grita que no, que su nombre es Rosario. Se hace acompañar de un largo palo.

—No siempre; sólo cuando requería de él para defenderse de tanto desalmado como hay por ahí.

—Ah ¿pero la conoce?

—Claro. Por aquí todos la conocíamos.

—¿La conocíamos?

—Sí, porque murió si no hace los dos meses poco le falta —echa un jarro de agua fría sobre el gato escaldado que, sin embargo, no huye, no huimos porque el agua fría que nos supone conocer de su muerte no guarda relación con la escaldadura de aquella noche...; ¿o sí? Tratamos de averiguarlo:

—El caso es que yo tuve una novia... —recordamos: «aproximadamente de mi edad»—; bueno, hace de esto muchos años —detallamos acordes con la referencia dada—. Pues bien, yo tuve una novia que se llamaba también Rosario, pero que a diferencia de ésta, que según me han dicho gustaba bastante del vino, aquélla (me refiero a mi novia) no lo probaba ni aun en las comidas; y es por lo que tengo dudas si serán la misma. ¿No sabrá, por un casual, de sus apellidos?

—Sí —afirma, y en su pausar recobramos la esperanza creyendo piensa en los apellidos—, Rosario tenía verdaderos problemas con la bebida —nos vuelve a la desesperanza—. El día en que la atropellaron (ahí mismo, en ese paso de pea-

tones –nos señala al que ya sabemos–) llevaba tal cogorza encima que sólo a ella se pudo responsabilizar de su muerte por haber cruzado con el semáforo en rojo. Pobre, tenía que haberla visto, quedó como un guiñapo. Yo estaba aquí, tal como ahora, y oigo: booom y los gritos de la gente, y salgo corriendo, y la veo boca abajo, sobre el suelo, echando sangre por todas partes. Intento ayudarla, pero me dicen que no, que mejor esperar a la ambulancia. Fue inútil; cuando llegó estaba muerta.

–Pero, ¿y los apellidos? –insistimos en lo que nos interesa.

–Quizás fuera una figuración mía, porque ya digo que estaba boca abajo, pero juraría que en el rato ese hasta que murió, la oí reirse.

–Pero, bueno, ¿me los querrá decir?

–No –niega, y en su pausar ya no sabemos qué creer–, Rosario murió feliz, con la felicidad de quienes han sufrido mucho y, por fin, saben que ha llegado la hora del descanso. Pues, ¿quién disfruta más de éste: aquel que pudiendo ir a sesenta kilómetros por hora sólo va a treinta, o aquel otro que va al máximo de lo que puede ir aunque sea menos?... –Nos mira, la miramos; pensamos si vale la pena preguntar de nuevo.– Naturalmente que el que más corra llegará primero, pero por lo mismo quien se canse más descansará más –se responde a sí misma–; y Rosario, con el cochecito de inválido que era ella, anduvo al máximo.

Calla; y nosotros, convencidos de la inutilidad de hablar a quien no quiere oír, dejamos que sea lo que Dios quiera.

–No, no los sé; los apellidos.

Cáspita... No cabe duda, es de efectos retardados. No es que no quiera oír, sino que almacena lo que escucha y lo va sacando poco a poco.

–Y dígame, ¿hacía mucho que la conocía? –nos apresuramos con otra pregunta por si, conocedores de esta su idiosincrasia, tarda mucho en contestarla.

–Más de veinte años –nos sorprende de nuevo, no por los veinte años, sino por lo dicho de la idiosincrasia–. Venía por aquí, se ponía tal como usted ahora, y, hala, copa de coñac, despacito, una detrás de otra hasta que se colocaba. Daba gusto verla coger la copa con mimo y saborear el trago como si fuera el último –describe con tal indicación de manos que parece equiparar lo que ha sido nuestra forma de bebernos el coñac con el de la antigua parroquiana. Valedores

de nuestra reputación, nos negamos a lo que gustosamente hubiera sido pedir otra copa.

–En fin –damos por terminadas las pesquisas–; no creo tengan nada que ver. Mi Rosario, ya digo, era una abstemia total.

Hemos afirmado.

De nuevo, junto a la nuestra, el recuerdo de su cara riendo triste su borrachera: «Tengo ganas de morirme para ver qué cara pongo.»

–¿Y esta su Rosario gustaba de los chafarrinones de colorete y de carmín? –nos revocamos en lo del terminar.

No hay respuesta; pero, a diferencia de antes, nos percatamos se debe al uso que hemos hecho del poco usual vocablo chafarrinón. Se lo explicamos:

–Borrón o mancha con que se desluce algo.

–¿Se refiere a si le gustaba maquillarse?

–Sí.

–Bueno, no sé. Rosario tenía su modo de vida, y me imagino que lo que debió empezar por exigencias del trabajo acabó en costumbre.

–¿Del trabajo? –preguntamos no viniéndonos a la memoria ninguno que requiera de estas exigencias.

–Del del fulaneo, ya sabe.

Sabemos. Y también que se trata de la misma, de la que quisimos saber el porqué de su vida rota.

–Aunque no siempre debió ser así –prosigue–. Ella presumía de orígenes de alta alcurnia.

...

–¿Qué..., qué ha ocurrido? –balbuceamos viéndonos tendidos sobre el suelo, en lo que es un intento por parte de ella, asustada, por hacernos levantar.

–No sé. Bajada de tensión, tal vez.

No sin gran esfuerzo, entre ambos lo conseguimos. Ya de pie, torpes, tratamos de comprender:

–Ha sido al decirle que Rosario presumía de alta alcurnia.

Recordamos: Un rayo de fuego y luz hiere nuestra mente, un agolparse la sangre en el corazón parado, oír: «¿le ocurre algo?», tambalearnos y caer.

–Sí, ya sé –informamos con el gran dolor que este saber nos supone. Le

pedimos un vaso de agua que, aunque retarde la información, nos permita recobrar las fuerzas.

Nos lo da. Mientras bebemos, notamos de su impaciencia por también saber. No, no nos inquieta. Desde el caernos hasta ahora habrá sido cuestión de minutos, pero en este intervalo ha cambiado nuestra disposición hacia esta mujer, hacia quien, aunque seguimos sospechando involucrada en lo que fue nuestra herida y robo, hemos visto afligida por nuestro mal, solícita por ayudarnos.

Es como si un dique que separa aguas se quita dejándolas que se junten. El dique del recelo se ha quitado y la conversación discurre sin trabas, recobradas las fuerzas, junto a la barra del mostrador sentados, contándole nosotros la creencia, que nos ha llevado al desmayo, de que se trata de la misma Rosario por la coincidencia en lo de la alta alcurnia, nuestra vida pasada, su pobreza, el haber abandonado a quien tanto nos quiso; no así (sensibles que somos al desasosiego que en ella provocaría) nuestra identidad con aquel parroquiano a quien tuvieron la desfachatez de robar, nuestro poder, el insinuar el justo castigo.

Terminado el triste relato (con alguna que otra interrupción por parte de la voz tras la puerta, ida a atenderle y vuelta a escucharnos), entrevemos sus ojos en un tris de llorar, sorberse los mocos intentando evitarlo.

–Sí. Si el otro mundo existe, Rosario será feliz –nos mostramos de acuerdo con lo dicho hace rato del descanso–; en éste ya pagó su cuota de sufrimiento.

Asiente; no podía ser de otro modo siendo como ha sido suya la idea. Nos mira en nuestra pena como dudando de algo. Busca en los estantes de la estantería, entre botellas de licores. Encuentra; nos la da.

–Tenga su llave –nos sorprende–; es de su casa... No, no se preocupe –parece querer legitimar lo que es posesión de bienes ajenos–; ella siempre quiso guardáramos copia para cuando perdía la suya. Comprenda que, dados sus hábitos, era habitual; me refiero a perder la llave.

La cogemos, no sabemos por qué porque, muerta que está, nada sirve de algo.

–Tal vez en su casa, a solas con ella, con sus cosas, encuentre pruebas que justifiquen lo que pudo pasarle.

Tiene razón, es buena la idea, hasta incluso feliz en la esperanza de que pueda invalidar la creencia que tenemos en estos momentos de que son la misma

Rosario. Y poderla encontrar, y subsanar el error cometido.

Animosos pedimos nos detalle, con bolígrafo y papel, la ubicación de su barrio, su casa; no queremos se repita lo del perdernos de esta tarde, además de que, siendo la hora que es y lo desapacible del día, ya no habrá gente por la calle a quien poder recurrir en caso de duda.

Sabido el lugar, miramos, haciendo sombra con las manos sobre el cristal hasta casi igualar la luz de adentro con la de afuera, a través de una de las ventanas: Ya no llueve; levantamos la vista: sigue nublado, aunque menos que antes.

–No lloverá –predecimos lo que queremos que sea.

Nos volvemos a ella, a la dueña del bar, y preguntamos lo que se le debe; nuestra intención es darle una buena propina por las molestias causadas. Nos tanteamos la ropa buscando el dinero, la cartera que lo contiene; no la encontramos. Repetimos de nuevo, más despacio, siguiendo un premeditado camino que no olvide ninguno de los sitios de posible encuentro. Nada, no está; sin duda la hemos perdido. Se lo decimos. Pero, ¿dónde?; hacemos memoria tratando de averiguar. El bolsillo donde era habitual su estar es lo suficientemente seguro como para que sólo con la ayuda de alguien haya podido dejar de estar. «Hoy en día la gente de por aquí es pobre pero honrada», ha asegurado, pero, aunque no lo fuera, se requiere una aproximación mínima de la largura del brazo para poder sustraer, y ésta, que recordemos, no se ha dado mas que...

–¡Con esos cabrones del Metro! –descubrimos con la rabia que da saberse por dos veces víctima de esos cabrones. Explicamos, y mientras lo hacemos caemos en la cuenta que nos hemos quedado indocumentados, llevando como llevábamos el DNI en la cartera.

Clamamos por la falta de justicia en el presente.

–Sí, la vida es así de injusta –reconoce–; vea si no con Rosario –y en su ver nos hace ver, sinceros, a Themis con su balanza claramente inclinada en nuestra contra. Nos amansamos sabiéndonos ante la diosa deudores aun sin los varios miles de duros que nos han robado.

De nuevo la voz, el irse y volver.

–Como le estaba diciendo, en esta vida la justicia brilla por su ausencia. Ahí lo tiene –señala hacia la puerta–, es mi marido; prácticamente bobo desde

que tuvo el accidente.

Por curiosidad, y mucho más porque de bien nacidos es ser agradecidos, le pedimos explique, desahogue su pena en nosotros.

Su historia es otra de tantas, de ésas donde el débil es vapuleado injustamente por quien tiene la fuerza. Por experiencia sabemos del tema; pero qué decirle: ¿adelante, vénguese?, ¿sea misericordiosa y perdone?, o ¿de qué se queja si usted también lo hizo? No, no seremos nosotros quienes demos consejos. Que cada cual aprenda en su cuerpo.

Sí, no obstante, no queremos en esta ocasión repetir lo de tantas veces en nuestra vida, olvidarnos de quien precisa de nuestro apoyo. Se lo ofrecemos, sin poner mientes en la sospecha que seguimos teniendo de coincidencia entre el señoritingo de aquella noche y este bobo; el tiempo ha pasado y nuestras opiniones son otras. «Si fuera posible que el Estado le pasara una pensión, la cosa no sería tan cruda», nos ha dicho, e inmediatamente hemos pensado en nuestro hijo Javier, su puesto destacado en el Progreso Permanente.

—Le escribiré. Para él será pan comido lograr que le den una —la esperamos.

Pobre; se deshace en halagos, en darnos mil y una gracias por la felicidad que ya vislumbra. Y eso que nos vamos sin pagar.

El papel en la mano, con un croquis tan bien detallado que nos recuerda el plano de B*** en nuestros primeros días. Nos levantamos el cuello del frac, hace mucho frío. Pero vamos contentos, por dos motivos, o mejor dicho, tres: por persistir la esperanza de que puedan no ser la misma Rosario, por la alegría que hemos creado en la dueña del bar, y por haber sido infundados nuestros temores de un principio.

En esto del miedo siempre ocurre lo mismo: es más por lo que uno piensa que por el peligro en sí. Allá, en casa de Marli, estuvimos secuestrados, y, podemos decirlo con toda seguridad, muertos de no haber intervenido la policía, pues no nos hubieran dejado libres, aun de pagar el rescate que de continuar el secuestro se hubiera pedido, sabiendo como sabíamos de los tres. Y sin embargo, qué; pues, nada, que como no lo pensábamos estuvimos tan tranquilos. Como dijo el sabio: «Que no es otra cosa el temor que la renuncia a los auxilios de la razón; pues cuanto menor es la confianza en los interiores recursos, mayor

se juzga la ignorada causa del tormento.»

¿A ver?... Sí, vamos bien.

Lo que es difícil de entender es cómo se puede caer tan bajo con pensamientos tan elevados como los que ellos tenían, decir que mueve el amor lo que se hace con odio... Lo que es nosotros no lo diremos, que siempre nos ha movido el egoísmo y, por lo mismo, no estamos dispuestos a vaciar el granero así, tan alegremente.

Nos detenemos de pronto; hubiéramos jurado oír otros pasos. Escuchamos y, aunque nada oímos, prudentes por el recuerdo de aquella aciaga noche, nos ocultamos en el portal de la casa que tenemos al lado. Pasan uno, dos, varios minutos sin que nada altere la soledad de la calle. «Qué tontos –nos reconvenimos–, pero si no llevamos dinero encima.» Despreocupados seguimos camino...; y es al poco cuando los vemos, en un pequeño recodo, a la luz de una farola, a él con la jeringuilla esperando a que ella, hinchada la vena con apretaduras de mano y una goma en el brazo impidiendo circule la sangre, se la pida para inyectarse el trozo de cielo. Pasamos de largo, sin casi mirar, el corazón algo alterado.

Lo sabemos, nos sentimos. Cientos de metros más adelante,

–¡Y qué puñetas querías que hiciera! –nos gritamos, sin represión en la voz, golpeándonos los puños con rabia. Cuando hacemos porque hacemos y cuando no porque no hacemos, siempre la conciencia acusa...

Llegados a un cruce, miramos el croquis; nos sabemos en un barrio bastante alejado del que fue el nuestro. Seguimos un poco; otro cruce. Un poco más. Leemos: «Calle del Sepulcro.»

Hemos llegado.

Más que calle es una calleja, macilenta en su luz, pútrida en su olor, húmeda –pensamos– aun en los días que sean de sol. Leemos de nuevo: «Sepulcro.» Con paso vacilante nos adentramos en ella. «Número 13.» Empujamos la puerta; los goznes chirrían en la soledad de la noche. Dudamos si entrar.

–¿Vive alguien aquí? –preguntamos buscando respuesta que tranquilice nuestro ánimo.

No la hay. Miramos las ventanas de las casas de al lado: todas a oscuras, igual que las correspondientes a la en que vivía Rosario. No nos extraña, a estas

horas y con este día.

Entramos, de par en par abierta la puerta por necesidad de luz y, por qué no decirlo, hacer fácil una posible huida. ¡Cuidado!, un escalón...; sudor frío tras el susto. En frente vislumbramos un trozo de escalera; a los lados sendas paredes; en el techo una bombilla. Tanteamos buscando el interruptor. Lo encontramos; hacemos la luz, débil pero más que antes, más que la que, amortiguada, sigue llegando de afuera, de la calle. Entornamos la puerta por discreción, por un si acaso pasara alguien. Nos llegamos al inicial tramo de escalera; un peldaño, otro más, despacio en el subir mirando hacia arriba por el hueco que forman en su conjunto. Todo es muestra de decrepitud, casi de desahucio en lo que muy probable sea un no vivir nadie en toda la casa. Una planta, otra, la tercera con dos viviendas que sumadas a las de abajo hacen un total de cuatro, cuatro puertas, a diferencia de la de la calle, requiriendo de llaves para poder entrar. Introducimos la que llevamos en la cerradura de lo que creemos es tercero izquierda. No abre. Pensamos si haciéndose la derecha izquierda al bajar, tal vez estemos equivocados. Lo comprobamos; estábamos: se ha abierto. De nuevo de par en par por necesidad de luz (de miedo por pensados desconocidos peligros), buscar el interruptor y encender.

Ha sido un leve girar de cabeza a un lado y otro y ver que es todo, que no hay más, porque la otra puerta que en la cocina hemos creído en un principio de acceso a otras habitaciones, vemos que sí, da acceso, pero a un minúsculo retrete. Nos volvemos a la de entrada (burlándonos de lo pensado al dejarla abierta) y la cerramos, es demasiada la libertad con que el aire corre..., y sigue corriendo. Con un leve girar lo comprendemos: de las dos únicas ventanas, la del dormitorio tiene un cristal roto. Lo dejamos como está; hemos venido a lo que hemos venido y no a reparar cristales.

Ha sido también, nada más ver, que la disposición de las cosas, a pesar de algún que otro trastocamiento posterior, todavía guarda el orden de lo que debió ser un estar viviendo y, de repente (prueba es el mucho polvo acumulado), dejar de estar durante tiempo y tiempo. Es mejor que haya sido así; de este modo nuestras posibilidades de encontrar pruebas son mayores.

Empezamos por el armario ropero...; bueno, empezamos y acabaremos porque, si exceptuamos la pequeña mesa de la cocina, no hay más muebles que

una cama y dos sillones. Es el clásico armario antiguo con cajones abajo, estantería arriba y en medio el perchero para colgar ropa –vemos– propia de quien tuvo, en su condición de andrajo, preocupaciones distintas a la de vestir con elegancia. Continuamos por los cajones: el primero con más ropa, y el segundo con de todo un poco: ropa (ahora de la que es íntima), botella de coñac, caja metálica con utensilios de costura, dos con sendos pares de zapatos, una vela, un bolso (abrimos: peine,pañolito,pintalabios, polvera, monedero con algo de calderilla), novelas ilustradas del corazón, frasco de colonia, cajita con un rosario (no sabíamos que el alcohol congeniase con las avemarías), sobre grande con recibos, libreta, bolígrafo y mechero de propaganda, más sobres...; caemos en la cuenta: los recibos van a nombre de quien tiene que pagarlos. Nos volvemos al sobre grande y miramos; «Hnos. de Melchor Casorran». Debe ser por cuestiones de inquilinato, quién sabe; a veces se acuerdan pagos a nombre de otro a fin de no tener que renovar contrato. Lo dejamos, el cajón; en lo inventariado y en lo poco que queda por inventariar no vemos prueba alguna. Pasamos a la estantería: una caja de cartón conteniendo libros, sábanas, varias mantas; detrás, casi oculto, un maletín. Sacamos éste, su peso no es de estar vacío, y lo dejamos sobre la cama..., y a nosotros también; la posición forzada de los cajones nos ha cansado. Un ahogo, un írsenos la cabeza nos obliga a seguir dejándonos hasta quedar totalmente tendidos, la cara vuelta al techo con la luz de la bombilla, su filamento incandescente, entrando por la abertura de los iris hasta hacernos daño en el cerebro. Cerramos los ojos. El corazón sentimos alocado de lo que no sabemos nos ocurre, el misterio de lo que en nuestro susto aguarda. A diferencia de en el bar, la mente atenta; en el tímpano el pulso: «Pon-pon, pon-pon, pon-pon...» Aúlla un perro a lo lejos, muy a lo lejos, su tristeza. «Pon...-pon, pon...-pon, pon...» Una campana, más próxima, da las horas. «Pon..., pon..., pon...» Silencio, profundo silencio. Nos dejamos, no obstante el volver a la normalidad cardiaca, como estamos, tendidos sobre la cama. Pensamos:

«¿Qué me está ocurriendo?» Yo creo es la edad; no puedes pretender estar siempre como cuando eras joven. «Pero nunca antes me había pasado.» Antes no, pero ahora sí. El tiempo, ya lo sabes, no pasa en balde. «Y yo que creía que nunca me iba a faltar.» Ni te faltará, ¿o es que me crees distinto a ti? «No, claro que no.» Pues entonces. Si se acaba esta historia haremos otra que la sustituya;

no te preocupes. Lo importante es no perder la fe. «Y la esperanza.» Y el amor.

Nos levantamos; el maletín a nuestro lado. Se nos resiste a dejarse abrir. Recordamos un destornillador visto en el cajón de todo un poco. Lo cogemos. Tras arduos esfuerzos haciendo palanca bajo los puntos de cierre conseguimos abrirlo. Vemos no creyendo lo que vemos: manteles, servilletas –¡oh,Dios mío!– hasta la cubertería de plata que aportamos intentando sacar de la miseria con nuestro sueldo de repartidor de periódicos; todo con las iniciales JR en el ajuar de novia de lo que fue un compromiso de matrimonio.

–¡Era ella; lo sabía, era ella! –grita nuestro dolor en la evidencia, en la evidencia de la pérdida de la esperanza de que no fuera aquélla su cara de enferma y fea que puso de manifiesto la salud de la nuestra.

Lloramos sin que nos quepa consolación.

Pasa el rato; y lo sabemos, que tarde o temprano, tanto si nos da por pegarnos un tiro como por seguir viviendo, habremos de dejar de llorar. Como no tenemos la pistola a mano, y el pañuelo ya no puede seguir absorbiendo más agua, optamos por hacer de la sábana de la cama pañuelo. A medida su poder de secado alivia la humedad de nuestros ojos y fosas nasales, y el llanto se hace menor, sentimos la vergüenza del alivio. Hacemos intentos por desembarazarnos de él volviendo al lloro inicial. Es inútil, no podemos, nos sabemos hipócritas por nuestra cobardía, por seguir viviendo, por (nos viene a la memoria la muerte de su hermano Ricardo) haber hecho de la sábana pañuelo y no cuerda de ahorcado. Vuelta a llorar sin que quepa consolación...

En el maletín es todo lo que hay: el ajuar de Rosario. No creemos, sin embargo, se limitara sólo a esto su guardar de aquella época; y como no lo creemos sacamos la caja de cartón conteniendo libros. Los miramos uno por uno, pasando rápido sus hojas, sin importarnos lo que en ellos se dice. El trabajo da su fruto: Una fotografía del padre, ya maduro pero –tenemos que reconocerlo– hecho un adonis; varias de la madre, que no es que estuviera mal, pero como mujer le iba en zaga al marido; otra de la familia al completo.

–Mi vida –besamos su cara de niña, alegre, haciéndonos un nudo en la garganta que apretamos fuertemente para no volver a lo de hace un rato. A su lado el hermano; «nunca lo creí capaz; matar a su padre, matarse él. Abúlico que era, si me lo hubieran dicho no lo habría creído.»

Seguimos buscando entre hojas. Un sobre con el sello matado y la dirección que fue de Rosario (Bitrian Soler, al completo el nombre) en nuestro antiguo barrio es el siguiente hallazgo; no hay remite. Sacamos la carta que en su día ya fue sacada y leemos: «Señorita Bitrian: Agradezco la sinceridad de su carta. Sepa que por mi parte todo está olvidado. Dios se lo pague.» Y firma una tal M^a A. Sancho. «¿Cómo? A ver, déjame ver... Sí, no cabe duda, es la firma de Angelines», reconocemos sumamente sorprendidos. Hacemos memoria tratando de comprender: Aquella noche, a altas horas de la madrugada, los dos (o los tres, según se mire) en el hospital; Rupérez por medio. Que si sí, que si no, que si tal vez, y sólo saber lo de quitarnos la una a la otra porque el «otro día, más tranquilos, le preguntaremos» no se dio, ni se dará estando ahora las dos muertas. Impotentes ante esta realidad, dejamos la carta en su sitio. De qué sirven las lucubraciones si los protagonistas no están, o no quieren hablar como hemos visto infinidad de veces; es perder el tiempo. Sin embargo él no se pierde, que, lo sepamos o no, lo comprendamos o no, lo que se hace queda y tarde o temprano sale a relucir en llámese persona, animal, planta o tierra. ¿O es que acaso hubieran sido ellas lo que fueron, estaríamos nosotros aquí siendo lo que somos, de no haberse hecho lo que motivó esta carta? No nos respondemos; para qué, lo consideramos una pérdida de tiempo después de tantas veces como lo hemos hecho.

Terminados los libros, damos por concluida la búsqueda, no porque no queramos saber más, que mucho nos gustaría, sino porque, tal como hemos visto al llegar, ya está todo visto.

De nuevo la campana nos informa de la hora que es (lo ha hecho puntualmente durante todo el tiempo que llevamos aquí), e intuimos el sol a mitad de camino hasta hacer despuntar al día. La cabeza nos duele un poco, sin duda por la congestión sufrida durante el llorar sin consolación. Aunque gracias al cristal roto el piso no requiere de más aberturas para una mayor ventilación, abrimos la ventana por costumbre, por ser lo que siempre hacemos cuando queremos que se nos despeje la cabeza. La luz de la habitación se proyecta en la oscuridad de afuera y tememos, si bien difícil por la hora que es no imposible, que de levantar la persiana alguien vea nuestro querer ver. La apagamos, no sin antes proveernos de una de las mantas del armario; hace frío y mucho. Bien tapados, levantamos

ésta y nos sentamos en uno de los sillones. El cielo, ya sin nubes, se promete azul para las horas que vengan tras el amanecer. Que vengan, nos repetimos; «¿y si no viniera ninguna?» Entonces será que te habrás muerto. «Muerto... ¿Y qué es estar muerto?» No lo sé. Tal vez sea como cuando en la vida uno cambia haciéndose mayor. «Sí, el niño que muere al hacerse joven, éste maduro, y así sucesivamente... Pero, ¿y al final?» Igual que al principio, yo creo. «No entiendo.» Como en la circunferencia, donde todo punto es principio y final a la vez; donde el punto x (por ejemplo, tú) puede ser posicionado, definido, en base a tantas coordenadas como otros puntos hay o ha habido (Javier Rovira Sancho, Rami, madre e hija Angelines, Ignacio Goñi Burillo, las tres que fueron una misma Rosario), y viceversa: estos últimos según tantas coordenadas como el punto tú has sido y eres durante tu recorrido desde el principio hasta el final sin dejar de ser tú porque todo es lo mismo. «Ahora entiendo. Me estás diciendo lo de siempre.» Sí. Por eso me ha extrañado esta tarde, mejor dicho, ayer –me rectifico recordando la hora que es–, frente al vallado de la obra, lo de «cuando vengan los otros a reclamarnos sus derechos, no estaremos»; cómo que no estaremos, ya lo creo que estaremos, en ellos mismos sufriendo o disfrutando de nuestro propio infierno o paraíso... «Pues sí, tal vez sea así.»

...

El quiquiriquí del gallo desde uno de los terrados próximos nos dice, al despertar, que hemos estado durmiendo; y al poco rato ya sabemos qué hora es. Un rayo de sol, en su camino hacia el mediodía, cruza el sillón posándose en nuestros párpados y a través de ellos sentimos, más que ver, posiblemente el zumbido de un moscardón. Inefable placer en el recuerdo de tiempos pasados más allá del tráfigo moderno.

Perezosamente nos levantamos; de buena gana no lo haríamos, pero nuestras tipas reclaman que las vaciemos de su contenido. Ya en la cocina, entramos en el pequeño habitáculo que da cabida al retrete: bajada de pantalones (cuidando de la cola del frac para que no entre en la taza), sentarse y, en fin, lo que es natural. Sin prisas que tenemos, nos entretenemos en mirar los trozos de papel de periódico dispuestos para ser utilizados como papel higiénico. Sucesos acaecidos hace meses han sido mutilados, por el corte de la página que los explicaba, en varios trozos. En uno de éstos el Partido del Progreso queda roto

por la pe que le sigue –sabemos– de Permanente. Curiosos por ver si está nuestro hijo Javier en lo que de él se dice, buscamos entre los trozos restantes los que completan la página. Encontrada la pe, leemos lo que ya sabíamos: «gana las elecciones», pero nada que haga referencia a nuestro hijo. Seguimos buscando, y, como no encontramos, deducimos que dejándose siempre lo bueno para el final su nombre estaría en uno de los trozos ya utilizados. Terminado que hemos, utilizamos nosotros también. Subida de pantalones, tirar de la cadena y salir cerrando la puerta para evitar el propagarse del mal olor.

Un gato, negro como el azabache, nos observa desde la ventana abierta del dormitorio, inmóvil pero tenso en su miedo, descarado en no ceder con su mirada de fuego a la nuestra, odioso por pretender aparentar osadía. En un intento por simpatizar hacemos por acercarnos a él, solícitos, mostrando cariño. No nos deja; salta y huye por los tejados demostrando lo que es: un cobarde egoísta... No sabemos, pero tal vez sea la mención del egoísmo lo que nos hace pensar en el nuestro, en lo que siempre ha sido nuestra vida. Decir que lo que hemos hecho ha sido porque sí, porque preferimos la felicidad ajena a la nuestra, es no decir la verdad. No nos gusta el sufrimiento, nos aterra verlo, que pueda alcanzarnos; y hemos corrido, dando golpes a diestro y siniestro, incluso abandonando a seres queridos, en un intento porque no lo hiciera. Si luego lo ha hecho, nos ha alcanzado y hemos sentido su amor, ha sido por falta de fuerzas, por no quedarnos más remedio... Sí, hemos dicho bien, amor, pues no es otra cosa el sufrimiento que esta ausencia de amor; ¿o es que se sufre, aunque produzca cansancio, por el trabajo cuando se sabe en beneficio propio? No lloramos; aun viéndonos a nosotros en esta ausencia de amor con Rosario, esta vez no lloramos. Es como una sensación de que es tonto hacerlo cuando se está próximo a pagar la deuda. Nos acordamos: intermediar por la concesión de una pensión a favor de quien creemos fue el autor de nuestra herida y robo en aquella noche en que, ignorantes de que fuera aquella cara que quería verse muerta la de Rosario Bitrian Soler, la abandonamos.

Sentados junto a la única mesa que en todo el piso hay en la cocina, provistos de libreta y bolígrafo cogidos del cajón de todo un poco, la mirada perdida en alguna de las muchas grietas que muestran la decrepitud de la casa, pensamos en cómo intermediar. El asunto es complejo porque, aunque padres,

no ignoramos de los problemas de nuestros hijos, de aquello que los enfrenta. Así Javier tiene el suyo, que fue nuestro, de la soberbia y hay que ir con mucho tacto para no herirle en su amor propio. Querer algo de él supone, en primer lugar, aceptar su convencimiento de que es superior a todos, el número uno, y que, por tanto, lo que hace no lo hace por obligación, sino por real gana; en segundo lugar, que tanto si otorga como si no otorga, lo hecho es correcto, la perfección suma a la que no cabe poner objeciones ni dudar de lo que es su convencimiento del primer punto. En consecuencia, empezamos dándole de lo que tanto necesita: «Mi querido hijo Javier; o mejor dicho: Mi muy queridísimo hijo Javier», dos puntos. Con este preámbulo, reiterativo para más, podrá verse en nuestro corazón ocupando el primer puesto. (Qué importa si lo ocupa o no; ni nosotros mismos lo sabemos, que cada momento tiene sus preferencias. De lo que se trata ahora es de ganarnos su voluntad.) Pasar, directamente sin más, a pedirle la pensión, acarrea el riesgo de que se niegue alegando problemas de equidad, de que siendo él el garante de la justicia no puede hacer distinciones so pena de contradecirse a sí mismo; y, por otra parte, ponernos en plan moralista, de maestros que tienen algo que enseñar, además de la carga que para luego nos supondrá el tener que ser coherentes con lo dicho, supone la casi certeza de su rechazo al vernos como competidores que pretenden usurparle su puesto de maestro que como número uno le corresponde. Remarcamos los puntos del signo ortográfico dos puntos...; escribimos: «Una tarde, a las tres menos cuarto, recibí una llamada de teléfono desde el hospital hablándome del ingreso en Urgencias...» Y nos sale así, sin premeditarlo, el contarle de nuestra vida.

Después de un arduo trabajo, y mucho de tiempo transcurrido, damos por concluida la carta. Nos la leemos oyéndonos a nosotros mismos. Estamos conformes, pero hay algo en ella que le falta. Repasamos; no sabemos lo que puede ser. En fin, que se quede como está.

Una vez firmada, la introducimos en un sobre con sólo la dirección del destinatario.

—Mejor de este modo. Javier ocupa una posición en la escala social que le obliga a guardar las apariencias, y no le gustaría sabernos aquí.

Nos levantamos, dispuestos a volver de nuevo a casa. Vemos la parte que del polvo del piso se nos ha traspasado y, pulcros que somos, no queremos salir

con él a la calle. Nos quitamos el frac; sacudimos sus manchas. De una repisa situada sobre la fregadera cogemos jabón. Nos disponemos a usarlo cuando alguien llama a la puerta. En un principio no nos damos por aludidos, pero ante los insistentes golpes, molestos vamos a abrir. Antes de hacerlo miramos por la mirilla.

–¡No se esconda; sé que está ahí! –oímos gritar tras la puerta.

Descorremos el pestillo y abrimos.

–Nadie se esconde. Sólo quería saber quién era; en los tiempos que corren hay que ser precavidos. Además, ya ve: me estaba lavando.

El aludido, un más de viejo que pulcramente vestido, viendo nuestros remangados brazos con espuma de jabón cede algo en su enfado.

–Bien, da igual. De lo que se trata es de que me explique qué hace usted aquí siendo yo el dueño.

Con suma cortesía se lo explicamos, nos sabemos infractores de leyes que regulan la propiedad privada. Informado, sin nada por su parte que añadir a lo que ya sabemos, se muestra comprensivo: no interpondrá denuncia por allanamiento de morada. Le damos las gracias y la llave, prometiendo irnos tan pronto acabemos de asearnos.

En su bajar las escaleras con la precaución de sus, como los nuestros, demasiados años, salimos al rellano acompañándole con la mirada en su camino hacia la calle. Cuando por el apagarse de la luz que dejamos encendida anoche deducimos que ya ha llegado, le damos de nuevo las gracias levantando la voz para ser oídos. No hay respuesta. Entramos de nuevo en el piso cerrando la puerta.

–Qué buen hombre; a muchos como él el mundo sería otro –reconocemos de vuelta hacia la fregadera.

... Terminado el aseo nos acercamos al dormitorio. Se nos ve fatigados, tanto que a punto estamos de caer al suelo.

–Qué te pasa –nos preguntamos palpándonos el pecho–. No debes excitarte; ya verás como cuando lleguemos a casa se te habrá pasado.

Nos dejamos caer sobre el sillón y cerramos los ojos intentando acompañar la respiración a un ritmo más sosegado. El gato nos mira receloso desde la ventana. Oímos campanadas del vecino reloj. Algunas voces de mujer, desde los

terrados próximos, incitan nuestra curiosidad haciéndonos entreabrir los párpados. Las vemos hermosas, sin saberse vistas, junto a los tendederos donde la ropa limpia flamea al viento llena de luz. Sonreímos. Las disfrutamos dejándonos llevar por este estado de somnolencia...

Dormidos que nos hemos quedado, comprobamos, al despertar, que son más de las doce. Nos levantamos con prisas. Puesto el frac, mirándonos en la vaga sombra del cristal no roto de la ventana más que peinarnos nos alisamos los cabellos. Miramos a nuestro alrededor. La encontramos sobre la mesa de la cocina. Volvemos a leerla.

No sabemos si por esta relectura o porque lo hemos soñado, a nuestra mente viene el recuerdo de la posdata en la carta de Ignacio: «Si nos encontramos ya nada podrá con nosotros.» Lo que él pretendió decirnos con esta frase nunca lo hemos sabido, aunque nosotros creemos que fue que todo es uno, que hablar en segunda o primera persona, de tú o yo –pensamos en quienes nos lo dijeron: Rubén y Jeremías–, no es sino puro convencionalismo; la casa es casa porque cada parte de ella tiene su ladrillo –ahora en Andrés– cumpliendo una misión, sin que quepa hablar de importancias, si acaso de lo que los une haciéndoles ser casa. Lo añadimos a la carta. Sí, era esto lo que le faltaba, decirle a la cumbre que si está arriba es porque otros hay abajo que lo sostienen, y que en estos casos la justicia tiene sus propios cauces y no hay que violentarla demasiado.

A la espera de ponerle sello, humedecemos la solapa y lo cerramos.

Bajando las escaleras nos damos cuenta de nuestro no coger la fotografía donde aparece Rosario con su familia. En nuestra intención estaba hacerlo, como un recuerdo para no olvidar, y se nos ha olvidado, y ahora ya no podemos cerrada que está de golpe la puerta y sin la llave. Siempre tan inútiles –nos reprochamos–, tan sin capacidad para hacer lo que nos proponemos. Y pensamos en el granero, en lo lleno que lo tenemos sin que hasta el presente hayamos hecho nada por vaciarlo. Sin embargo,

–Pero bien, ahí queda; no se perderá. Si yo me muero otros disfrutarán de él, aunque sean los ratones.

Al llegar a la puerta de la calle la abrimos y el sol entra arrollando a la penumbra del portal. Guiñando los ojos para adaptarlos a la luz, permanecemos

indecisos un momento. Desde los balcones próximos algunos curiosos observan. Unos mozalbetes vienen gritando y tirándose piedras. Cuidando de esquivarlas les imprecamos por su poca precaución. Ríen sin hacernos caso. Cuando han pasado, cerramos la puerta y con paso vacilante emprendemos camino hacia uno de los cruces.